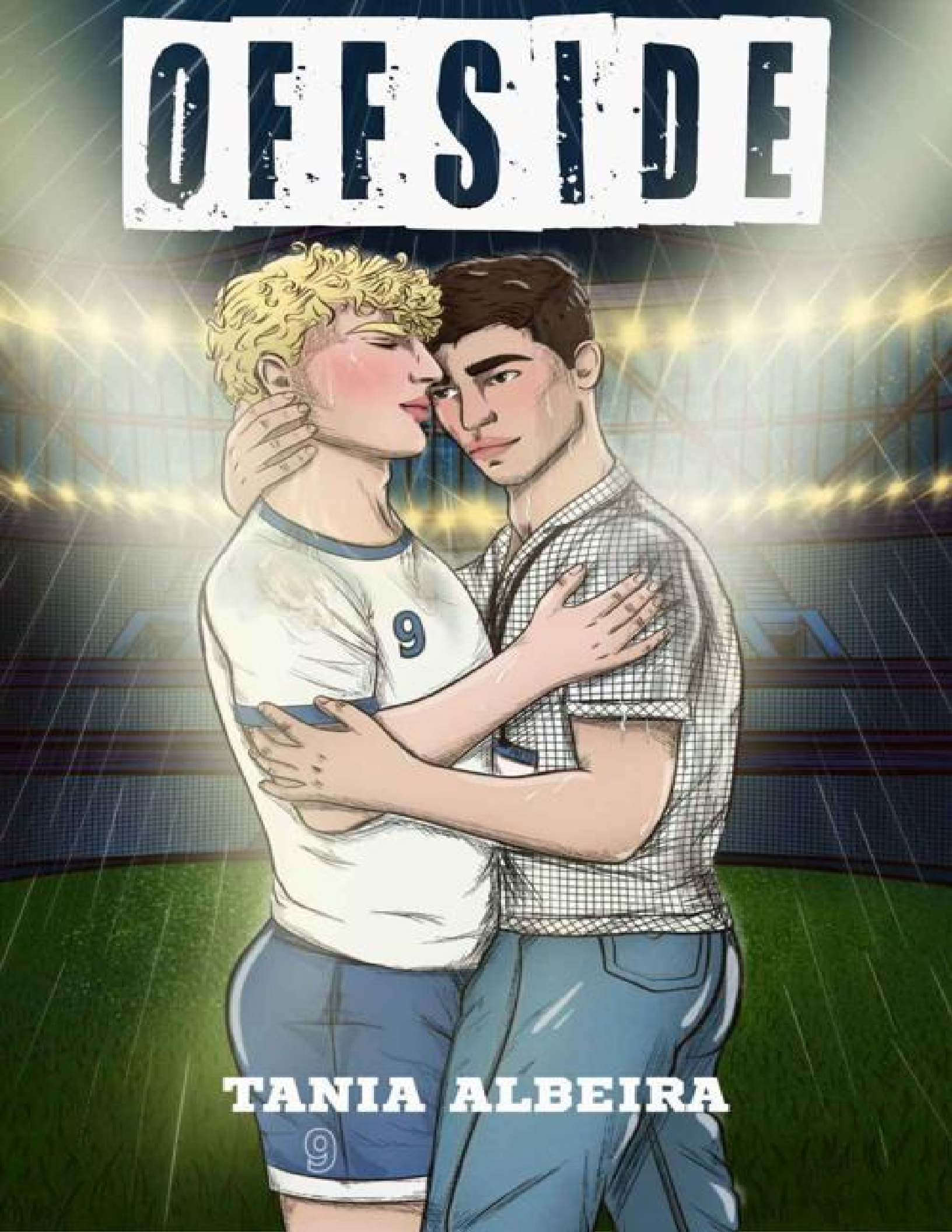
# OFFSIDE



TANIA ALBEIRA


OFFSIDE

TANIA ALBEIRA

# OFFSIDE

ILUSTRACIONES DE JESUS GALLEGO



Derechos de autor © 2024 Tania Albeira Rodriguez

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma  ro por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin permiso.

Diseño de la portada de: Jesús Gallego

A todos los que alguna vez os habéis sentido en fuera de juego.

# Contenido

Derechos de autor
Dedicatoria
1 HOT TRICK ahora
2 WALKEY ROAD antes
3 OSO PANDA ahora
4 BAD BOY antes
5 ¡NO ME JODAS! ahora
6 ¡LUUUUUUUKE! antes
7 LO SABEN ahora
8 PRIMERA CITA antes
9 LA CAMISETA ahora
10 RICITOS DE ORO antes
11 PREFIERO BESARTE ahora
12 MAMMA MIA! antes
13 SANGRE de PERIODISTA ahora
14 LUCKY LUKE antes
15 EL BÚNKER ahora
16 CUENTO DE HADAS ahora
17 LENTO ahora
18 SIN CORAZÓN antes
19 ANSIEDAD ahora
20 RECATADO Y RESPONSABLE antes
21 DE ANFIELD A STANLEYFIELD
22 PERIODISTA Y FUTBOLISTA antes
23 NO ES JUSTO ahora
24 GOOD BOY antes
25 NEBULOSA MULTICOLOR ahora
26 TODOS LOS DÍAS antes
27 EL HÉROE Y EL IMBÉCIL ahora
28 MON AMOUR antes
29 KEEP CALM ahora
30 DESASTRE antes
31 COSAS GAIS ahora
32 RAZONES INFINITAS antes
33 SOLOS CONTRA EL MUNDO ahora
CONTINUARÁ ♡
Acerca del autor

# 1 HOT TRICK ahora

*«Bebe cerveza, marca de córner y de cabeza.*
*Dickinson siempre está de fiesta».*

El partido no podía terminar mejor. Marcus hizo un *hat trick* y estaba pletórico.

Todo el North Power Stadium coreaba su nombre hasta desgañitarse. Acababan de vencer al Chelsea nada más ascender. Marcus metió el primer gol de cabeza, tras un córner sacado a la perfección por su compañero Rizik Hesham. El segundo fue de chilena, algo con lo que siempre sueña un delantero. Hacer una chilena y que te salga bien es lo máximo. Y el tercero vino a la contra cuando Marcus se fue de tres defensas y se plantó en el área, solo ante el portero. Después de eso, ¿cómo no iba a tener a todo el estadio a sus pies?

Tras atender a la prensa, recoger el premio al mejor jugador del partido y ducharse, Marcus se quedó solo en el vestuario de los *wildcats*. Sonrió cuando escuchó cómo alguien golpeaba la puerta y fue a abrir.

—¿Ahora me crees cuando te digo que eres el mejor futbolista del mundo? —preguntó Luke cuando entró en el vestuario. Los dos llevaban más de un año saliendo en un absoluto secreto. Luke era un periodista deportivo del *Sunrise Press*, uno de los principales periódicos del país. Él no era muy famoso. Marcus, sí. Igual que no había nadie en toda Inglaterra que no conociera el periódico en el que trabajaba Luke, no había nadie que no supiera quién era el nueve del Northwalk y de la selección.

—Puede que tengas algo de razón.

—¿Algo? ¡Has hecho un *hat trick* en tu debut en Premier! —exclamó Luke orgulloso de él.

—Ha sido brutal. Luke, en serio, todavía no me lo creo. ¡Joder! Ni en mis mejores sueños me imaginaba que tendría a todo un estadio a mis pies, coreando mi nombre —dijo Marcus emocionado antes de besarle.

—Yo también estoy a tus pies.

—Ah, ¿sí? —preguntó el futbolista en tono juguetón.

—Totalmente —Luke sonrió y le mordió el labio. Después se arrodilló para hacerle la mamada más alucinante de toda su vida.

El vestuario de los *wildcats* se llenó de vapor, de besos, caricias y de una pasión más ardiente que la vivida en el campo esa misma tarde.

# 2 WALKEY ROAD antes

La vida de Marcus era un caos. Lo único que le daba cierta estabilidad era el fútbol, pero ni siquiera era futbolista profesional. Jugaba en un equipo desconocido de la quinta división del fútbol inglés, salía de noche más que la luna y no creía en el amor.

Todo eso fue antes de que el ojeador del Northwalk City, Ryan Cole, se empeñara en ficharlo. Ese chico de ojos azules, que no dejaba de meterse en líos, necesitaba una oportunidad. Ryan sabía que Marcus era tan bueno que podría sacar al Northwalk del infierno de la Championship y devolverle a la Premier por la puerta grande.

Se encontró con él en el New 52, uno de los pubs más conocidos de Westbrown. Ryan se presentó y hablaron de fútbol mientras bebían cerveza. Antes de que se terminaran la segunda, Ryan le ofreció que fichara por el Northwalk. Marcus le miró boquiabierto.

—Estás de coña, ¿no? —dijo sin creerle mientras colocaba su botellín sobre la barra.

—Para nada. Lo digo totalmente en serio. Queremos que seas nuestro nueve. La temporada está a punto de terminar, y para la siguiente estamos creando un equipo potente. Marcus, te estoy hablando de ascender y jugar en la élite del fútbol. —El delantero inglés volvió a mirarle con sorpresa.

—Espero que tengáis suerte. Subir a la Premier es bastante jodido —le respondió mientras pedía otra cerveza.

—Marcus, te he visto jugar, y no me explico qué coño haces en el Westbrown. Por favor, será solo un año en segunda. La Championship no está nada mal y luego jugarás en Premier —suplicó Ryan.

—Claro, y después me llamará Clive Allen para que sea el nueve de la selección inglesa. ¡No te jode! Mira, Ryan, te agradezco la oferta, de verdad, pero creo que te equivocas. No soy tan bueno. — Jugar en quinta le resultaba fácil y creía que no era suficiente para un equipo con tantas aspiraciones.

—Está bien —aceptó resignado—. Llámame si cambias de opinión. —Ryan le dio su número y él lo guardó en la agenda de su móvil.

Marcus no le dio más vueltas a la oferta del Northwalk City. Cuando Ryan se fue aparecieron algunos de sus colegas, como si fuera una sustitución en el minuto ochenta. A ninguno de ellos podía llamarle amigo. De hecho, ni siquiera sabía por qué pasaban el rato juntos. No tenían mucho en común, pero ahí estaban, una noche más, en el pub de la esquina de la calle Walkey Road.

El reloj destartalado de la pared del New 52 marcaba las 2:15 de la mañana. Todavía no era hora de volver a casa. Ventajas de ser un futbolista de quinta, pensó Marcus. Apenas quedaban diez personas en el local cuando entró un tipo tan fornido como arrogante, con un cigarro en la oreja y vestido con la camiseta del Boroughside, el equipo rival del Westbrown.

—¡Hostia! Si está el niño mimado y malo de los *browns* bebiendo cerveza —comentó el recién llegado, alzando la voz para que le oyera todo el bar.

—¿Nos conocemos? —preguntó el futbolista molesto.

—¡Por supuesto! ¡Yo soy Derek Salt y tú, el marica que nos jodió el Playoff! —gruñó el tipo del Boroughside.

—Encantado —ironizó.

—¡Que te den por culo, Dickinson! —replicó Derek—. ¡Puto Westbrown! Debería desaparecer.

—¡Puto Boroughside! ¡Desapareced vosotros! —gritó uno de los gemelos de la cuadrilla de Marcus. Los aficionados de los dos equipos se llevaban a matar. Para demostrarlo, el hincha del Boroughside le respondió con un puñetazo en el estómago que dejó al colega de Marcus retorciéndose de dolor.

—¿Qué coño haces, tío? —chilló Marcus, mirando a Derek con rabia—. ¡No te ha hecho nada!

Derek se acercó y le empujó con fuerza. El futbolista había bebido tanto, que tuvo que agarrarse a la barra para no perder el equilibrio. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo. Sus colegas de farra se habían largado. Marcus le devolvió el empujón y Derek sonrió con suficiencia, llamándole maricón de nuevo. No tenía ni idea de que era cierto ni de que, por desgracia, había escuchado esa palabra demasiadas veces. Sobre todo, en boca de sus padres. Eso hacía que sintiera una rabia infinita.

—¡Ah, no! —farfulló el camarero, metiéndose en la cocina, al pensar en la que se iba a liar—. Por mí como si os matáis. No me pagan lo suficiente como para aguantar esta mierda.

Marcus se acercó Derek, y le dio un puñetazo en el ojo, que le dejó dolorido y llevándose las manos a la cara. El futbolista se dio la vuelta, pensando que ya había acabado todo. Fue un error. El hincha del Boroughside le atacó por la espalda, agarrándole del cuello y estampando su cara en la barra. Marcus protestó por el dolor y por el asco que sintió al notar la pegajosidad de esa madera que llevaba años sin una buena limpieza. Reaccionó tirando de la camiseta de Derek, con tanta fuerza que la tela se rompió. No hubo mucha diferencia, el tipo tenía un escudo del Boroughside tatuado a todo color en el pecho. En ese momento, Marcus pensó que se enfrentaba a un simple fanático, bastante violento y vengativo. Derek le agarró con fuerza y le propinó un puñetazo en el mentón, para después tirar de su camiseta hasta hacerla jirones.

El delantero se quedó con el torso desnudo y con la respiración acelerada. Recordó muchos momentos en su vida en los que había sentido tanta rabia. Cuando sus padres le hicieron la vida imposible al enterarse de que le gustaban los chicos. Cuando se metió en su primera pelea. Cuando el equipo de sus sueños y su ciudad le mandó a la mierda por considerarle demasiado chupón. Entonces Marcus aprendió a pasar el balón, a ser buen compañero y por qué no, a liarse a hostias a las dos de la mañana en un garito de mala muerte por defender a alguien que le había dejado tirado.

El tatuaje con frase *bad boy* que llevaba debajo del ombligo quedó a la vista y Derek se rio de él.

—¿Tus padres te dejaron tatuarte esa mierda?

—¡Cállate! —gritó Marcus intentando no derrumbarse porque un gilipollas le hablara de sus padres y le recordara que el mundo era una mierda.

Derek volvió a reírse, Marcus le agarró del cuello y le golpeó. Él contraatacó, Marcus también. Su cuerpo estaba lleno de alcohol, sudor y sangre. Llegó un punto en el que Derek no pudo seguirle el ritmo. No tenía tanta rabia acumulada como Marcus, quien con cada

golpe que daba, solo sentía más dolor. Pero no podía parar. Continuó pegándole hasta que escuchó una voz dulce que le prometía que todo saldría bien si se largaban. Marcus se rindió y se dejó llevar. El chico insistió y le agarró para sacarle de allí.

—Joder. Eres un puto ángel —balbuceó Marcus cuando salieron a la calle y el aire le golpeó la cara. El chico se rio de su comentario y dijo que no lo era. Marcus sintió que su risa le relajaba casi tanto como su voz.

—¿Estás mejor?

No le respondió. Estaba asustado por la pelea y deprimido por las innumerables cervezas que había bebido. Entonces se apagó y sus sentidos se limitaron a escuchar las indicaciones de su ángel, ese que le llevaba lejos del caos y del infierno en el que había estado sumido toda la noche.

Al día siguiente, cuando Marcus se despertó, no tenía ni idea de dónde estaba. Intentó hacer memoria de lo que había pasado la noche anterior, pero los recuerdos estaban borrosos. Solo tenía algo claro: La había cagado.

Miró a su alrededor. El apartamento estaba decorado con buen gusto. Las paredes eran de un tono azul relajante que distaba mucho del utilizado en los hospitales. Había algo en aquel lugar que le resultaba acogedor y apacible. En uno de los laterales había una estantería con un montón de libros, varias velas y un par de cactus. Todo estaba muy ordenado. Tanto que Marcus pensó que el habitante de esa casa era todo lo contrario a él.

En la pared había cuadros, algunos con fotos y otros con portadas de revistas y periódicos. Se acercó a ver las instantáneas. En una de ellas salía un chico que parecía de su misma edad, bastante guapo, de ojos oscuros, posando sonriente junto a tres chicos y una chica, igual de felices.

Antes de que pudiera fijarse en las demás fotos que decoraban la pared, la puerta se abrió.

—Buenos días.

La voz tranquilizadora del «todo va a salir bien» pertenecía al chico sonriente de la foto que le había llamado la atención. El futbolista se fijó en él. En persona era más guapo. Vestía con vaqueros y una camiseta de la NFL negra que le quedaba tan holgada como perfecta.

—Hola —le saludó Marcus sin dejar de mirarle. Su barba de dos días le hacía irresistible y su pelo corto y castaño como un buen café, parecía tan suave que daban ganas de hundir los dedos en él. Sus ojos eran como una nebulosa oscura en la que podías perderte con solo mirarle un segundo. Para colmo, aquel muchacho de voz suave, ojos preciosos y pelo corto despeinado, tenía una sonrisa preciosa y adorable.

—Me imagino que querrás saber qué haces aquí —preguntó comprensivo. Marcus asintió—. Por cierto, me llamo Luke.

—Yo, Marcus.

Hablaron de la pelea en el pub. Marcus recordó los insultos, los golpes, los gritos, el miedo y después la paz que sintió cuando Luke le sacó de allí. Fue como un oasis en mitad del desierto, pero él no estaba acostumbrado a que le ayudaran.

—Espera... Luke, una cosa. —Se tocó nervioso sus rizos rubios—. ¿Por qué haces esto?

—¿El qué? —preguntó Luke confundido.

—Ayudarme, salvarme el culo.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque nadie lo hace.

# 3 OSO PANDA ahora

Esa noche de principios de septiembre, el teatro de Northwalk se vistió con sus mejores galas para la fiesta de la liga inglesa. En ella se premiaba a los mejores jugadores y entrenadores de los últimos treinta días.

**Luke_19:38**
¿Estás preparado? ☺

**Marcus_19:38**
¿Para morirme de aburrimiento?

**Luke_19:39**
Para recoger el premio, bobo.

**Marcus_19:40**
No creo que gane.

**Luke_19:40**
Vas a hacerlo. Eres el mejor. ♡

Ese mes, Marcus había metido ocho goles y dado cuatro asistencias. Sus números eran tan buenos que, aunque la temporada acababa de empezar, los delanteros de los otros equipos ya se estaban despidiendo de la bota de oro.

Luke seguía el evento por la tele de la preciosa casa que se compraron hacía unos meses, en mitad del bosque de Northwalk. Había pasado mucho tiempo desde que se conocieron en aquel pub, y desde entonces todo había cambiado mucho y para bien.

Los colegas de profesión de Marcus estaban disfrutando de la gala y bromeando felices con sus parejas. Él estaba solo, escribiéndose con Luke. Si hubiesen ido juntos a la fiesta, se habrían convertido en el objeto de deseo de todos los tabloides británicos. Ya nadie les conocería por el fútbol ni por las crónicas del periódico. Los dos lo sabían y no estaban preparados para ser el centro de atención de todo el mundo. Por ese motivo, su relación era como un secreto de estado conocido solo por unos pocos afortunados.

A Marcus le tocó subir al escenario para recoger el premio al mejor jugador. Fue vestido con un traje azul océano, a juego con sus ojos. Lo había elegido Luke, por eso le gustaba. Miró hacia el público: Personalidades del mundo del fútbol, jugadores, directivos, entrenadores... Todos se habían juntado para la gala en ese teatro tan distinguido. Marcus agarró el trofeo y sonrió. Dio las gracias al equipo y a quienes le apoyaban cada día, aceptándole y motivándole para que se esforzara en todos los entrenamientos y partidos. Besó el premio con forma de león, el símbolo de la Premier. El metal estaba frío, no como los cálidos labios de Luke. Marcus habría preferido besarle, abrazarle y dedicarle el premio a él. La temporada pasada, a su colega del Brighton, Jonathan Snaw, le dieron ese mismo trofeo y lo celebró besándose con su novia delante de todo el público. ¿Por qué él no podía

hacer lo mismo? Ah, sí. Porque el mundo era una mierda, se recordó.

—¡Joder, Dickinson! Deberían haberte dado también la bota de oro —le felicitó un futbolista del United, en la celebración pósterior a la entrega de premios.

—Darío, estamos en septiembre —se rio Marcus.

—Como sigas marcando tantos goles, los *wildcats* ganaréis la Premier en marzo.

—¡Y este será pichichi en enero! —añadió Thomas, el capitán del Stanleyfield United—. ¡Menos mal que viene de segunda!

—No es para tanto —dijo Marcus.

—Calla y toma un poco de champán, que te lo has ganado —replicó Ibrahim, el portero del Serpentown, dándole una copa llena.

—Gracias, Ibrahim —asintió Marcus, sujetando el trofeo con una mano y la copa con la otra.

Después de charlar un rato con sus colegas, Marcus se quedó solo, apoyado en una de las recargadas columnas del teatro victoriano. Simon Scott le vio y se acercó a él para felicitarle con una sonrisa de oreja a oreja. Simon era presidente del Northwalk junto a su hermano David.

—Marcus, Marcus, Marcus. Estás muy solo esta noche y eso que has ganado.

—Es que estoy cansado —mintió el delantero.

—No te lo tomes a mal, pero en las fiestas a nadie le gustan los sosos —bromeó el presidente. A Marcus le entró la risa. Por suerte o por desgracia, tenía un máster en eso de salir de fiesta.

—No soy de trasnochar mucho —se justificó Marcus. El presidente era tan inocente que pensaba que el mote de *Party* Dickinson se lo había puesto la afición porque su fútbol era una fiesta. Simon era ajeno a los rumores que aseguraban que las juergas de su delantero eran épicas.

—Si estás cansado, vete a casa, anda. Yo te cubro.

—¿En serio? —Simon asintió—. Muchas gracias, presi.

Marcus se largó a casa sonriente con su trofeo y sin nada de sueño. Nada más entrar por la puerta, Luke corrió a abrazarle y a felicitarle. En la mesa le esperaba su cena favorita. Marcus pensó que no podía tener más suerte ni pedir nada más.

Antes de cenar, se quitó la americana azul y Luke le soltó el nudo de la pajarita. Después de ponerse cómodo, el futbolista dejó el trofeo en medio de la mesa, al lado de los refrescos. Luke le miró divertido y negando con la cabeza.

—Marcus, Marcus, Marcus. A mí me da igual que seas el MVP de la Premier. Tenemos una vitrina para guardar estas cosas. —Luke le señaló un bonito mueble del salón, lleno de fotos de los dos, de premios, periódicos y balones de fútbol.

—En serio, ¿por qué esta noche os ha dado a todos por repetir mi nombre tres veces? Luke, yo no soy *Beetlejuice* —protestó Marcus mientras retiraba el papel de aluminio que guardaba la hamburguesa que se estaba a punto de comer en tres bocados, como hacía siempre.

—¿Quién repite tanto tu nombre, Ricitos de Oro? —preguntó Luke, intentando ignorar que el trofeo seguía en la mesa, en vez de en su sitio.

—El capullo de mi novio y Simon Scott, uno de los presis. Pensaba que me iba a mandar a la mierda cuando le he dicho que no estoy acostumbrado a salir de fiesta —replicó

Marcus, antes de morder su deliciosa hamburguesa de queso y bacon. Luke se rio tanto que estuvo a punto de caerse de la silla.

—Oh, pobrecito. ¿Nunca has salido de noche? —le vaciló Luke, quien apenas llevaba dos bocados de su cena.

—No seas capullo. He mentido al presi para poder estar contigo.

—Luke sonrió al oírle—. Le he dicho también que estaba cansado, pero no es cierto. Quiero estar toda la noche haciendo el amor contigo. Solo si quieres y si me has traído batido…

El batido de *bacon* y chocolate era el favorito de Marcus. El de Luke era el de fresa y nata. Mientras Luke terminaba de cenar y Marcus se acababa su batido, hablaron sobre la gala. Para guardar su secreto, Luke intentaba no cubrir las noticias de Marcus. No lo tenía muy difícil. El futbolista y su equipo eran la sensación de la Premier, y todos los periodistas del *Sunrise Press* estaban como locos por escribir sobre ellos.

—Dios, adoro este batido —dijo Luke, sacando la pajita del vaso para chuparla y rebañar las últimas gotas.

—Yo te adoro a ti —replicó Marcus, mirándole enamorado y acercándose a él para besarle.

Los sedosos labios de Marcus hicieron que Luke se olvidara de guardar el trofeo en su sitio. No había nada más importante en todo el universo que sus besos y caricias. Marcus le subió en brazos hasta la habitación mientras Luke le besaba el cuello con deseo. La ropa se volvió un incordio y la temperatura subió demasiado rápido. Luke le desabrochó la camisa con una mezcla de pasión y ternura que solo estaba a su alcance. Solo él podía dejar sin palabras al nueve de la selección inglesa, con una mirada o una caricia, aunque fuera a través del pantalón.

El pijama de Luke acabó en el suelo junto al traje azul. Se tumbaron en la cama totalmente desnudos y allí hicieron el amor, sin dejar de besarse, acariciarse y sentirse. Se conocían tan bien que cada uno sabía lo que quería el otro y lo que ambos necesitaban para estallar en un orgasmo. Antes de llegar al éxtasis, Marcus agarró la mano de Luke y se metió un dedo en la boca para lamerlo con ganas. Luke gimió más fuerte y descontrolado. Sus cuerpos estaban pegados, acoplados y sudando juntos, como si hubieran nacido para amarse y darse placer. Se corrieron a la vez. Con un millón de jadeos, suspiros y besos. Con el pulso acelerado, la respiración entrecortada y una complicidad absoluta.

—Te lo dije. Un batido y soy todo tuyo —le susurró Marcus al oído para después dejarse caer sobre su pecho.

—Porque creo que ya habrán cerrado, que si no te compraba otro —sonrió Luke, acariciándole el pelo.

—No necesito más batidos para quedarme despierto. Solo te necesito a ti.

—Eres adorable, pero mañana entrenas temprano. Y yo tengo que ir a Greyouth a cubrir la rueda de prensa de su nuevo entrenador. ¡Dios, qué pereza!

—Puedo entrenar sin dormir y lo sabes. Lo he hecho mil veces. Además, el Greyouth este año seguro que baja. Solo llevamos un mes de Premier y ya andan cambiando de entrenador.

—Ya, el fútbol es cruel y tú, por mucho que lo niegues, tienes sueño —adivinó Luke al ver cómo Marcus se frotaba los ojos.

—Me gusta más besarte que dormir —admitió.

—Ya, pero si no descansas no podrás besarme, oso panda. —Luke le llamaba así cuando

dormía mal y tenía ojeras.

—Eres bobo. Ve a guardar el premio, anda. Sé que te mueres por hacerlo

Luke se puso el pijama y bajó corriendo las escaleras. Se acercó a la mesa y sujetó el león brillante de metal que había ganado su novio. El apellido de Marcus estaba grabado con letras doradas. Luke las recorrió con sus dedos antes de dejar el trofeo en la vitrina. Era innegable, estaba infinitamente orgulloso y enamorado de él. Mientras, el futbolista se quedó en la cama, sonriendo y tapándose la cara con el edredón. Le parecía irónico que el amor de su vida fuera un maniático del orden.

Al poco rato, su respiración profunda se empezó a escuchar por toda la habitación. Había prometido quedarse despierto, pero solo había tardado cinco minutos en caer en los brazos de Morfeo. Cuando regresó, Luke se tumbó a su lado y acarició sus rizos dorados hasta que él también se quedó dormido.

De madrugada, Marcus se desveló y bajó a la cocina a por un vaso de leche. Antes de volver a la cama, dejó el trofeo en la mesa, como había hecho hacía unas horas. Sabía que Luke se levantaría primero, vería el premio y se echaría a reír antes de tomar su café, y conducir las veinticinco millas que separaban Northwalk de Greyouth.

# 4 BAD BOY antes

Marcus no tuvo una tarde fácil. La temporada había llegado a su fin y su equipo, para variar, se mantenía en quinta división. A las cinco alguien de la junta directiva le había citado en las instalaciones del club. Habrían llamado a su representante, pero no tenía uno. No era como esos futbolistas que tienen toda su carrera planificada. De hecho, a Marcus los planes le daban alergia.

Cuando llegó al despacho del presidente, en las instalaciones del Westbrown se quedó asombrado. Allí había tres sillas, una ocupada por su jefe y otra por Derek Salt, el hincha del Boroughside. El mismo con el que Marcus se pegó hacía unas semanas por defender a un colega. Derek le sonrió con suficiencia, y él supo estaba jodido.

—¿Qué leches hace este tipo aquí? —le preguntó Marcus al señor Howard, el presidente del Westbrown.

—Los tres tenemos una conversación pendiente, así que, toma asiento, Dickinson. —Marcus le miró extrañado, pero le hizo caso. Cuando se sentó en esa silla de oficina, forrada con tela marrón y con el escudo del equipo bordado, el directivo le miró y continuó su discurso—. Bueno, te presento a Derek Salt, el hijo del Nolan Salt, el presidente del Boroughside. Aunque creo que ya os conocéis.

—Por desgracia, sí —replicó intentando no dejarse intimidar por los contactos de ese tipo—. Pero no entiendo de qué va todo esto. Pensaba que me habíais llamado para planificar la temporada.

—La temporada… —El presidente se rio de la ocurrencia del delantero—. La planificaremos, Dickinson. Tranquilo, tú no te preocupes por eso. Verás, Derek ha venido a contarnos lo que le hiciste. El presidente y su familia están muy disgustados. Sé que en el campo las dos aficiones no se llevan bien, pero fuera sí. Por desgracia, tu temperamento y tu actitud son tan vergonzosos que han puesto todo eso en peligro. Verás, Dickinson, en el Westbrown tenemos valores, y tú no encarnas ninguno de ellos.

Derek Salt aplaudió ante las palabras del presidente mientras miraba a Marcus con desprecio.

—Pero yo… —balbuceó Marcus, quien nunca se quedaba sin palabras—. Puedo cambiar. Estoy dispuesto a hacerlo.

—Ya es tarde para eso. Tus juergas y excesos nos están saliendo muy caros. Así que, siento comunicarte que desde ahora mismo, estás fuera del Westbrown. Por cierto, ya puedes ir olvidándote del finiquito. Lo cobrará el señor Salt en tu nombre, que bastante daño le has hecho.

—Yo… tengo una oferta de un equipo de Championship. —Marcus intentó jugar su última carta.

—Si eso es verdad, no entiendo qué diantres haces aquí —le espetó Howard sonriéndole con incredulidad.

—Yo tampoco, pero este hombre… ¡Dios, él me pegó primero! ¡Él empezó todo! Me

insultó y golpeó a un colega.

—¡Es suficiente! —Exclamó el presidente disgustado—. Me importan un bledo tus juergas y peleas, Dickinson. ¡Esto no es una maldita película de Bud Spencer, es un equipo de fútbol!

—Sí, de quinta división. —Marcus quiso recordarle al presidente el lugar del Westbrown, pero al ver la mirada asesina que le echó, supo que la conversación se había terminado—. Está bien. Adiós, señor Howard.

—Deberías darme las gracias, Dickinson —le espetó Derek, antes de que abriera la puerta y abandonara el Westbrown para siempre. Marcus le miró confundido.

—¿Por qué?

—Porque te has librado de que mis abogados te manden a la trena por las hostias del otro día.

—Supongo que apreciarás más tu libertad que el hecho de tener equipo —añadió Howard, echando más leña al fuego.

Marcus se marchó sin responder a ninguno. No quería empeorar más las cosas, porque era cierto, no tenía equipo.

Aquella fría tarde de verano Marcus salió cabizbajo de las oficinas del Westbrown. En el norte de Inglaterra, el clima casi nunca da tregua. Encima, el cielo estaba tan oscuro que anunciaba tormenta. El futbolista iba con unos vaqueros rotos y una sudadera negra con la frase *I don't care* estampada. El lema de su *outfit* explicaba muy bien su estado de ánimo. Todo le importaba una mierda. Se puso la capucha y caminó sin rumbo, deseando que le diera el aire. Necesitaba cafeína. Un whisky estaría mejor, pero era demasiado pronto.

Paró en una de esas tiendas que abren veinticuatro horas, y se compró un Monster de mango. Justo cuando abría la lata, se topó de frente con Luke, el chico que le sacó del pub aquella noche. Iba acompañado por el periodista deportivo más insufrible de toda la ciudad. Andrew Miller era el encargado de las crónicas de los partidos del Westbrown, y un auténtico cretino. A pesar de las genialidades de Marcus, en cada artículo, Miller lo ponía de vuelta y media, centrándose más en su vida fuera del campo que en sus goles y asistencias.

Marcus y Luke se saludaron y se sonrieron. Miller se echó a reír.

—¿No me jodas que conoces a *Party* Dickinson? —le comentó a Luke con sarcasmo mientras Marcus fruncía el ceño. Miller había apodado así al futbolista por su afición a salir de fiesta.

—No se llama así —replicó Luke molesto.

—Tranquilo, estoy acostumbrado. No me afecta lo que diga este —le dijo Marcus intentando esbozar una sonrisa.

—¿Este? —Miller se dio por aludido—. Perdona, pero yo soy un buen periodista, el azote de los futbolistas niñatos como tú, que vais de chicos malos, os creéis estrellas y no valéis nada.

Marcus volvió a fruncir el ceño. Él podía ser muchas cosas, pero no se creía una estrella. Sabía exactamente dónde estaba: En ningún maldito sitio.

—Andrew. ¡Ya vale! —bramó Luke.

—Doyle, cálmate, solo estoy haciendo mi trabajo.

—Él no te ha hecho nada —le recordó Luke—. Además, no es tu puto trabajo, Miller. Estás de prácticas y eres un becario. A ver si te entra en esa cabeza tan dura que tienes.

Marcus miraba la escena sorprendido mientras se bebía su Monster. Así que, el gran Andrew Miller no era más que un becario con aires de reportero ganador del Pulitzer. Al pensarlo, Marcus se echó a reír. Su risa hizo que Miller se cabreara y que le mirase hecho una furia.

—Y a ti, ¿qué leches te pasa? ¿De qué coño te ríes, Dickinson?

—No lo entenderías. Son cosas de niñatos y chicos malos.

El futbolista estaba tan acostumbrado a que le llamaran así que se lo había tatuado en el cuerpo. A Luke su respuesta le hizo gracia. A Miller, no. El becario del *Westbrown Post* le fulminó con la mirada justo cuando el móvil de Luke sonó. Él se apartó para contestar la llamada, y Miller aprovechó su ausencia para acercarse a Marcus hecho una furia. Le tiró el refresco al suelo de un manotazo y él se quedó alucinado, mirando con sorpresa cómo se derramaba el líquido anaranjado. Le habría soltado una hostia sin dudarlo, pero actuar así era lo que le había llevado a estar sin equipo. Además, no quería causarle problemas a Luke. Así que, optó por apartarle con la mano. Si le hubiese golpeado, Miller escribiría una noticia en el periódico, poniéndole como un matón y pidiendo su exilio de la ciudad.

El cabreo de Miller era descomunal. Marcus tampoco estaba muy contento, pero no quería añadir a un periodista a su larga lista de problemas. Por eso, tras apartar a Miller, se alejó de él y de sus miradas fulminantes. Luke lo vio todo mientras atendía la llamada de su jefe. Cuando colgó, se acercó a Marcus y le preguntó si podía esperarle. Él accedió. No tenía nada que hacer y Luke le caía bien. No como el imbécil de Miller.

Luke habló con su compañero cerca de Marcus y su mirada perdida. Andrew dijo sus intenciones en alto para que Marcus le oyera. Quería denunciarle y acabar con su carrera, pero Luke tardó muy poco en hacerle cambiar de opinión, hablando más bajo que él. Al oírle, Miller asintió, dio una patada al bordillo de la acera muerto de rabia, y se largó de allí, regalándole una nueva mirada de odio a Marcus.

—Siento haberte metido en líos con tu amigo —se disculpó Marcus cuando Luke regresó junto a él.

—Tú no has hecho nada malo —sonrió Luke—. Y ese idiota no es mi amigo. Olvídalo. ¿Te hace un café?

—Me vendría genial, la verdad. Total, me he quedado sin refresco… Digamos que no estoy teniendo un buen día, Luke —confesó Marcus, tocándose el pelo nervioso.

Caminaron hasta una cafetería, lejos de la zona en la que Miller había montado su espectáculo. Marcus se pidió un expreso doble y Luke, un capuchino. El local era pequeño, pero acogedor. Se sentaron en una mesa del fondo y Luke le preguntó qué tal estaba.

—Genial —mintió el futbolista.

—Me alegro. No le hagas ni caso al imbécil de Miller. Las dos neuronas que tiene no le dan para más —dijo Luke, tras darle un sorbo a su capuchino, en el que la barista había dibujado un corazón. Para entonces, Marcus ya se había terminado su expreso doble.

—Ya… —Marcus estaba harto de fingir que todo iba bien, pero tampoco estaba acostumbrado a que nadie se preocupase por él. Sus padres nunca le habían querido. Cuando se enteraron de que era gay, menos. Y a sus colegas solo les preocupaba salir de fiesta—. Mira, Luke, todo es una mierda. Me acaban de echar del equipo y no sé qué hostias voy a hacer.

—¡Pues que les den! —El arrebato de sinceridad de Luke pilló a Marcus por sorpresa, pero le encantó—. Marcus, ellos se lo pierden.

—Me han echado por lo que pasó la noche aquella en la que me salvaste el culo en ese pub.

—No lo entiendo. Esa no era la primera vez que te metías en líos, ¿no? —preguntó Luke extrañado. Toda la ciudad sabía de qué pie cojeaba Marcus, y a él le daba igual. Hasta entonces. No lo entendía, pero le jodía que ese chico de ojos oscuros y pelo castaño también se hubiera dado cuenta.

—No —admitió Marcus ante un recuerdo nublado de todas las veces en las que la noche había acabado mal—. Pero esa vez me pegué con el tipo equivocado.

Marcus le contó quién era Derek Salt, le explicó cómo había sido la reunión con el presidente y cómo el Westbrown no había dudado en librarse de él. Al hablarlo con Luke se sintió extrañamente bien, como si una parte de su dolor desapareciera.

—Vale, lo pillo, el presidente del Westbrown es gilipollas. Pero ¿cuál es el plan B?

Marcus se rio ante la pregunta de Luke. ¿Plan B? ¡Si ni siquiera tenía un plan A!

—Ninguno —admitió—. Ah no. Espera, igual me llama el London Boys para que sustituya a su delantero.

—¡Venga ya, Marcus! Tiene que haber algo que puedas hacer. No vas a dejar el fútbol.

—Bueno… Esa noche vino un tío del Northwalk City al pub a hacerme una oferta. Me rayó la cabeza, diciéndome que yo debía ser su nueve y no sé qué hostias.

—Están en Championship. La segunda división es mejor que la quinta —dijo Luke.

—Sí, y la Premier es mejor que la Championship.

—Y jugar Champions es mejor que jugar Europa League —replicó Luke y los dos estallaron en risas.

A pesar de todo, la tarde no había estado tan mal, pensó Marcus mientras abría la puerta de su solitario apartamento. Luke había insistido en que llamara a Ryan Cole, el ojeador del Northwalk, pero Marcus no lo veía. Claro que quería seguir jugando y convertirse en futbolista profesional era su sueño. En el Westbrown cobraba un pequeño sueldo por llevar las equipaciones y los demás bártulos en su furgoneta a todos los partidos. Su abuela Harriet murió hace dos años, y le había dejado dinero y la casa de Ground Hill en la que vivía.

Marcus se tumbó en la cama, mirando al techo. Un montón de pensamientos rondaban su cabeza, y entre ellos se coló Luke. Recordó su dulce voz cuando le sacó en volandas de aquella pelea infernal en el New 52. ¿Por qué lo hizo? Marcus no encontraba respuesta y luego estaba lo de esa tarde. Luke era encantador, cercano y adorable. El futbolista se preguntó qué le habría dicho Luke al tonto de Andrew Miller para que se largara de allí tan rápido.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba en su portátil tecleando el nombre de Luke Doyle en Google. El buscador tardó dos segundos en encontrarlo y Marcus se quedó paralizado, mirando la pantalla. Luke era periodista de la sección de deportes del *Westbrown Post*, el mismo diario en el que Miller hacía sus prácticas. Marcus leyó su última crónica. Era de un partido de fútbol de la Liga Norte inglesa. Junto al titular había una foto de Luke, en la que salía con una sonrisa preciosa. Marcus miró la instantánea y se desahogó.

*«Joder, Luke. ¿Por eso querías tomar un café conmigo? Yo… Te he contado mis putos problemas y tú no me has dicho que eres periodista. Soy gilipollas. Mierda. ¿Vas a publicar que no tengo equipo? ¿Vas a hundirme? Si quieres hacerlo, lo tienes muy fácil».*

Se sintió gilipollas por hablarle a una pantalla de ordenador mientras sus ojos azules se llenaban de lágrimas. Tenía miedo. Miedo de que Luke le hubiera utilizado. Miedo de que toda su carrera saltara por los aires antes de empezar. Y no por pegarse con el tipo equivocado, si no por contarle todos sus secretos a otro.

El miedo y la rabia llevaron a Marcus a la despensa de su apartamento para buscar una botella de whisky. Después fue a la nevera a por una lata de coca cola. No se le daba bien afrontar los problemas. Huir y mezclarlos con alcohol, sí. Echó las dos bebidas en un vaso grande y se lo llevó al salón. Antes de bebérselo, se puso cómodo. Se quitó sus vaqueros desgastados y se quedó en calzoncillos. Se acercó a su desordenado armario y buscó la camiseta del Stanleyfield Wanderers, el equipo de sus amores.

Cuando se terminó el cóctel, notó cómo le rugían las tripas. No le apetecía cocinar, así que sacó una bolsa de nubes y un mechero. Se sentó en el sofá y le dio fuego a la primera nube hasta que quedó tostada, con los bordes derretidos y los tonos rosas mezclándose con los blancos. Se sentía como un *boy scout*, pero con demasiados problemas. No tenía equipo y estaba convencido de que era infinitamente gilipollas por habérselo contado a un periodista.

# 5 ¡NO ME JODAS! ahora

El Northwalk acaba de ganar al Serpentown por cero a dos. A pesar de que ambos equipos eran novatos en la Premier, el partido fue trepidante. Los goles de Marcus y Rizik hicieron que los *wildcats* siguieran en la parte alta de la clasificación.

Tras salir del estadio, Marcus y Luke fueron a cenar a casa de los padres del periodista. Seb y Barb vivían en la tranquila ciudad de Serpentown. Era muy distinta de Stanleyfield, donde Marcus había vivido hasta los dieciséis.

—¡Te has salido esta noche, Marcus! —le felicitó Seb cuando se bajaron del coche y caminaron hacia el porche de la casa.

—Solo he marcado un gol. —Seb sonrió ante la modestia del novio de su hijo.

—Y has dado una asistencia. Ese gol también era tuyo. —El padre de Luke se emocionaba mucho con los partidos de Marcus desde que debutó en Championship—. Has jugado tan bien que no sé por qué te han cambiado en la segunda parte. Yo habría quitado a Rizik.

—Papá, ¿vas quitarle a Mario el puesto de entrenador del Northwalk? —bromeó Luke. Su padre le hizo una mueca burlona y los tres entraron en casa, donde les esperaba la madre de Luke.

—Hola, chicos —les saludó ella sonriendo, después de darles un cariñoso abrazo. Barb Tenía el pelo castaño y los ojos algo más claros que los de su hijo—. Poneos cómodos. Creo que a la cena le falta un rato.

—Sí, mi pastel de carne estará listo enseguida. Voy a vigilarlo — se despidió Seb, marchándose a la cocina. Todos sabían que cada vez que cocinaba ese plato, se obsesionaba con que le quedara perfecto. Incluso usaba un termómetro de cocina para que la temperatura fuera la adecuada.

—Yo voy a terminar el capítulo de los *Bridgerton* que he dejado a medias —se excusó Barb.

Luke y Marcus subieron al primer piso para dejar las cosas. A Marcus le gustaba la habitación de Luke. En la entrada había un póster de David Beckham sin camiseta y con una pose sugerente. El resto de las paredes estaban repletas estanterías de libros y de imágenes de equipos de rugby, NASCAR, F1 y de One Direction, su grupo favorito. Pero Marcus siempre le vacilaba imitando la postura de Beckham. Esa vez, Luke le paró a tiempo, lanzándole unas zapatillas de casa para que se pusiera cómodo.

—¡Auuu! —Marcus fingió que le había hecho daño y Luke se rio.

—No sé por qué nunca quito ese dichoso póster.

—Porque te encanta que te vacile. —Marcus se acercó a él y le atrajo por las caderas para besarle el cuello. Antes de que siguiera, Luke se movió para cerrar la puerta y el pestillo.

—Luke, tus padres nos esperan para cenar —le recordó Marcus, mirándole con deseo. Solo podía pensar en besarle, pero también sabía dónde estaban. Luke sonrió y le tumbó en

la cama, colocándose a horcajadas sobre él.

—Mi padre acaba de precalentar el horno. A ese pastel le queda más de media hora para estar listo, y mi madre está viendo la tele. Además, odio al Marcus responsable, no me pone nada —le susurró Luke al oído mientras metía las manos bajo su camiseta para acariciarle la tripa.

—Nunca he sido responsable —admitió el futbolista, acercando sus labios para besarle despacio, recorriendo toda su boca.

—Luke, tus padres nos esperan —se burló Luke imitándole cuando pararon para respirar.

—Luke, tus padres nos van a tener que esperar porque vas a estar demasiado ocupado corriéndote en mi boca.

Las palabras de Marcus bastaron para que a Luke se le escapase un gemido. Los padres de Luke no les esperaban. Seb estaba mirando embobado cómo se cocinaba su pastel de carne, tal y como había adivinado su hijo. Y Barb había empezado el siguiente capítulo de la serie a la que se había enganchado. Luke y Marcus se negaron a despegar sus labios. El calor hizo que se quedaran sin camiseta y con los pantalones desabrochados. Marcus le mordió el cuello suave, intentando controlarse para no dejarle marca. Le besó la oreja, dibujando círculos con su lengua en el lóbulo mientras Luke se derretía entre gemidos silenciosos y caricias. Marcus terminó de desnudarle, besó sus hombros, el mentón y lamió su pecho y su tripa, haciendo que a Luke le resultara imposible no gritar su nombre.

—Abre las piernas —le susurró Marcus con sensualidad, antes de llegar hasta el duro miembro de Luke y metérselo en la boca.

—¡Joder! —gimió tras hacerle caso. Marcus sonrió y volvió a chuparle, esta vez metiendo un dedo húmedo entre sus nalgas. Le excitó tanto que Luke estuviera tan abierto y tan cachondo, que estuvo a punto de correrse.

—Me encantas —admitió Marcus, fascinado con los gemidos amortiguados de Luke, con su forma de echar la cabeza hacia atrás y con sus mejillas sonrosadas por la excitación.

—Tú sí que me encantas. Córrete conmigo —suplicó.

—¡Chicos, la cena ya está lista! Mi pastel de carne está perfecto y en su punto —avisó Seb orgulloso desde el otro lado de la puerta.

—¡No me jodas! —protestó Luke, más alto de lo que le habría gustado.

—¿Va todo bien? —preguntó Seb confundido al oír a su hijo.

—¡Síií, ya vamos! —gritó Marcus. Luego miró a Luke y le besó con suavidad—. No pasa nada, tenemos toda la vida para correrlos juntos.

La cena fue tan agradable como siempre. Bromearon sobre si el Northwalk luchaba esa temporada por ganar la Premier o por salvar la categoría. También hablaron de lo mucho que se aburría Luke cubriendo los partidos del Greyouth. De repente, una fuerte tormenta interrumpió su conversación sobre el último escándalo en Down Street. Los cuatro salieron al porche para ver el avance del temporal sin mojarse. En cuestión de minutos había empezado a caerse el cielo en Serpentown. Marcus y Luke se miraron y acordaron volver a Northwalk. A Seb y Barb su decisión no les hizo mucha gracia. Los padres siempre temen a la carretera, aunque conduzcas como un piloto experimentado de Fórmula 1.

—Vale, pero llamadnos en cuanto lleguéis —pidió Barb.

—Siempre llamamos, mamá —replicó Luke mientras Marcus le sonreía desde el asiento del conductor de su Bentley Continental GT de color azul.

—¿Vamos? —preguntó Luke, apoyando la mano en la pierna de Marcus, tras

acomodarse a su lado. Él asintió y arrancó el coche—. Te diría de ir a un hotel y registrarnos con nombres falsos, pero mañana tengo que estar a las once en Greyouth.

—Es verdad, tienes que ir siete horas antes al estadio —le vaciló Marcus, metiéndose con su excesiva puntualidad.

—El partido es a las doce, y con una hora me vale para acreditarme y pedir las alineaciones, idiota.

—¿Te llevo? —preguntó Marcus sin mirarle por ir centrado en la carretera.

—¿En serio? —dijo sorprendido.

—Claro. No quiero que te pases toda la mañana en el tren.

—¿Se te ha olvidado quién eres? —preguntó Luke.

—¿Tu novio?

—Y el nueve de la selección y del Northwalk. Marcus, como nos vean juntos vamos a tener problemas.

—Vaaale. Ve en ese coche averiado, que seguramente te dejará tirado a mitad de camino. Y encima, tendré que ir a buscarte. ¡Con lo que me gusta dormir! —Luke negó con la cabeza divertido, pero Marcus insistió—. En serio, déjame ir contigo. Te echo de menos y no tengo entrenamiento.

—¿Cómo me vas a echar de menos si estoy ahora mismo contigo, tonto? —preguntó Luke entre risas.

—Mañana te echaré de menos, aunque no sé por qué. Eres un capullo —bromeó.

Cuando llegaron a casa se lavaron los dientes, Luke se puso el pijama, Marcus se quedó en calzoncillos, y los dos se durmieron con el ruido de la tormenta de fondo. A los diez minutos les despertó el teléfono.

—¿Quién es? —preguntó Luke con voz de dormido mientras Marcus miraba la pantalla.

—Mi amante —respondió él gracioso, llevándose una colleja por ello—. Hola... Sí, hemos llegado bien... Sí. Tu hijo es un desastre... Sí, se ha olvidado de llamaros... Buenas noches, Barb.

Luke puso los ojos en blanco, le abrazó y enseguida se durmieron de nuevo.

El partido del Greyouth era un asco. El nuevo entrenador tenía mucho trabajo para salvar a ese equipo del descenso. La primera parte acabó con los locales empatando a cero ante el poderoso London Boys. Justo antes de que comenzara el segundo tiempo, se armó un gran revuelo en una de las gradas.

—¿Qué leches pasa? —le preguntó Luke a Melissa, una periodista del *Mirror*, bastante maja. Ella le miró y antes de salir escopetada de la zona de prensa, le contó lo que sabía.

—Marcus Dickinson ha venido a ver el partido. —Al ver que Luke no reaccionaba y la miraba como las vacas al tren, decidió explicarse—. Ya sabes, el nueve del Northwalk y de la selección. El MVP de la Premier…

—Eh, sí sí, ya sé quién es… —Melissa se despidió de él con la mano y se marchó de allí, con el resto de periodistas. Cuando se quedó solo, Luke se desahogó—. ¡No me jodas! ¿Para qué coño ha venido?

Luke estaba cabreado, asustado y confundido. No quería ni imaginarse lo que pasaría si alguien les viese juntos en el estadio. Su secreto dejaría de ser un secreto y todo se iría a la mierda. Luke se perdió el gol del London Boys y tuvo que mirar la repetición en la pantalla gigante del estadio. Antes de que el árbitro pitara el final de ese partido tan soso y aburrido, Luke escribió a Marcus, demostrando una vez más que, cuando se enfadaba, se volvía más

malhablado que él.

**Luke_13:54**
¿QUÉ COÑO HACES EN GREYOUTH?

**Marcus_13:55**
He venido a buscar al borde con el que salgo.
No quiero que se pase todo el día en el puto tren.
¿Luke? ¿Sigues enfadado? ☹

**Luke_13:58**
Estoy yendo a hacer las entrevistas.
En cuanto acabe, te veo en el parking, bobo.

La rueda de prensa fue un aburrimiento por culpa de la derrota. Cuando terminó, Luke recogió sus cosas a toda prisa y Melissa se acercó a él sonriendo.

—Luke, si quieres puedo acercarte a Northwalk, me pilla de camino.

—Oh, gracias, Melissa. Pero… Yo… vuelvo en tren. He comprado billete de ida y vuelta. —Intentó ser convincente, pero no se le daba bien mentir. Siempre que tenía que hacerlo se ponía rojo, decía cosas sin sentido y le sudaban las manos.

—Tampoco me cuesta nada llevarte a la estación —insistió Melissa con amabilidad, hasta que se fijó en lo cortado que estaba. Entendió que Luke tenía planes y le guiñó un ojo —. No seas tonto, anda. Escribe la crónica y disfruta de lo que queda del finde.

Luke se despidió de Melissa con la cara más roja que el escudo del Stanleyfield United. Caminó hasta el parking trasero y allí buscó el Bentley. Marcus y él habían aprendido a esconderse de los focos. Por eso, el coche estaba en una zona vacía del final del aparcamiento. Luke bufó por tener que ir hasta allí, cargado con el portátil. Pensó que no tendrían que ser discretos si Marcus no se la hubiera jugado tanto. Pero cuando llegó al coche, le miró y se le pasó el enfado. Marcus le esperaba leyendo el último número de la *Four Four Two*, una revista inglesa dedicada al fútbol. Luke son rió. Era la primera vez que lo hacía en todo el día.

—¿No te dije ayer que no vinieras? —le recordó Luke mientras se acomodaba y se ponía el cinturón.

—¿No te dije que te echaría de menos y que me aburriría? —confesó Marcus con despreocupación, mirando por el retrovisor antes de dar marcha atrás.

—Yo también te echaba de menos, pero… Joder. ¿Y si nos han pillado? ¿Y si…? —Luke sintió que le faltaba el aire.

—Luke, respira. Nadie sabe por qué he venido y nadie nos ha visto juntos.

Luke frunció el ceño. El estadio estaba tan lleno de periodistas y aficionados, que no era tan raro pensar que cualquiera podía haberles descubierto. Cuando Luke se quitó la chaqueta, se le cayó el billete de tren y los dos se echaron a reír. Encendió su portátil, más relajado y se puso a escribir la crónica del partido. En diez minutos estaría lista. Antes de que la terminara, Marcus aparcó el coche. Era imposible que hubieran llegado a Northwalk tan rápido. Había veinticinco millas y solo llevaban diez minutos de viaje. Luke levantó la vista de la pantalla de su ordenador y miró por la ventanilla. Estaban en la estación de tren de Greyouth.

—Pero… ¿Qué haces? —preguntó Luke nervioso.

—Traerte justo a tiempo para que cojas el tren —dijo Marcus con tranquilidad.

—Pero-pero —titubeó Luke—. ¡Joder, Marcus! ¿A ti qué hostias te pasa? Primero te la juegas viniendo al puto estadio. Me dices que lo has hecho porque me echabas de menos. Y, ahora me dejas en la maldita estación para que me vaya a Northwalk con mi puto billete. En serio, ¿a qué coño estás jugando? Si no quieres que vuelva contigo, no haber venido a buscarme. ¡Maldito idiota!

Luke estaba nervioso. Porque no soportaba trabajar en domingo, porque odiaba ver partidos malos, porque el delantero del Greyouth era malísimo y porque Marcus le estaba poniendo de los nervios. Así que, guardó el portátil en su mochila y se dispuso a bajarse del coche. Pero Marcus bloqueó las puertas, le agarró la mano y le miró con cara de niño bueno.

—Marcus, como siga aquí contigo, voy a acabar despellejándote —amenazó Luke.

—¡Relaja, Jeffrey Dahmer! —rio Marcus, después le miró a los ojos y le habló más suave—. Luke, solo era una broma. No quiero que cojas ese tren. Por eso he venido a buscarte.

Marcus iba a seguir explicándose, pero él le abrazó y le besó con ganas, consiguiendo que los dos se olvidaran de dónde estaban. Cuando despegaron sus labios Luke sonrió y le vaciló.

—Esta te la guardo, Ricitos de Oro.

Marcus arrancó el coche de nuevo y Luke se concentró en terminar la crónica para mandarla al periódico. Luego sería libre. Tardaron cuarenta minutos en llegar a su casa situada en mitad del bosque, lejos del bullicio de la ciudad y de miradas indiscretas.

Ambos se morían de hambre. Habrían parado en un McAuto de camino, pero Marcus se negaba a meter el Bentley en ese sitio. La calle era demasiado estrecha y sabía que si lo hacía se quedaría sin puerta o sin retrovisor. Eso no le importaba mucho. Que Luke y él terminaran siendo portada de los tabloides por comprar dos hamburguesas, sí.

Luke abrió la nevera y sacó unos de esos filetes que se cocinan en dos minutos. Marcus se puso cómodo.

—¿Por qué no vas haciendo la colada mientras cocino? —sugirió Luke, todavía algo gruñón.

—Trabajar los domingos te sienta fatal.

—Y a ti te sienta fatal...

Luke iba a terminar la frase, pero acabó mordiéndose el labio al ver cómo se quitaba la camiseta.

—Entiendo que me has perdonado —sonrió Marcus. Cuando Luke iba a responderle, su jefe le llamó por teléfono.

—Hola, Osborn. Sí, ya he mandado la crónica —dijo preguntándose para qué le llamaba si ya la había recibido. En serio, lo de ser periodista, a veces no estaba pagado—. No he puesto eso en el texto... Te aseguro que no tengo ningún problema con Dickinson. —Osborn le estaba sacando de quicio con sus teorías absurdas sobre su odio a Marcus, ese mismo que estaba a su lado, con el torso desnudo, mirándole intrigado con sus ojos azul océano—. No sé por qué no lo he añadido a la crónica, pero si es tan importante ahora la reescribo y la mando. Dame quince minutos... Está bien, serán diez.

—¡Hay que ver cómo mienten los periodistas de hoy en día! —exclamó Marcus, haciéndose cargo de los filetes que Luke había abandonado para hablar con su jefe. Le miró

y puso los ojos en blanco—. ¿Estás seguro de que no tienes ningún problema conmigo?

Luke se encerró en la habitación con el portátil. Marcus se quedó en la cocina preparando la comida y dándole espacio. Un rato más tarde, le avisó de que estaba lista, pero él no respondió. Marcus tocó la puerta y Luke continuó en silencio. Entonces abrió y le vio sentado en el escritorio cabizbajo. En el portátil había una foto de su visita sorpresa al estadio del Greyouth. No le dijo nada, simplemente se sentó en el borde de la cama hasta que Luke se acomodó a su lado y habló.

—No puedo explicarte lo que me jode esto, Marcus. Tengo que cambiar la puta crónica entera y... —Aunque Luke no encontrase las palabras, él le entendía—. ¿Sabes lo que quieren publicar? Que tú estuviste allí. El partido les importa tres cojones. He ido en tren hasta Greyouth, he visto cómo juega ese maldito equipo… En serio, lo hacen peor que los *browns* de quinta.

—Tan malos no son. —Marcus le hizo reír y le secó con delicadeza las lágrimas que mojaban sus ojos oscuros—. No sabía que les fuera a importar tanto que yo estuviera allí, Luke. Solo quería ir a buscarte. Te echaba de menos. —Luke apoyó la cabeza en el hombro de Marcus.

—No vuelvas a hacerlo. Podían habernos pillado. —Marcus asintió y le miró divertido —. Ya… Te he besado en el coche. Joder, menos mal que tienes un don para aparcar en el último hueco de los parkings.

—A ti tampoco se te da mal —admitió Marcus sonriendo.

—Pero miento fatal y mi jefe empieza a pensar que te odio, porque siempre paso de cubrir tus noticias.

—Ah, ¿no me odias? —La pregunta hizo que Luke se riera de nuevo.

—Eres tonto. Odio tener que reescribirlo todo. ¿Qué pongo? Tenía diez minutos para terminarlo y quedan seis.

—Escribe: «El imbécil de Marcus Dickinson fue al partido del Greyouth y se aburrió mucho» —le dictó entre risas cuando se acercaron al escritorio y Luke abrió el portátil.

—¿No decías que el Greyouth no era tan malo?

—Son un coñazo, pero juegan en Premier y el año pasado nos ganaron antes del ascenso.

—Me acuerdo de ese partido, jugasteis fatal.

—¿Tú no tenías que escribir sobre mí? —preguntó Marcus en tono burlón. Luke le sacó la lengua y cuando sus cuerpos se rozaron, los dos sonrieron—. Cuando acabes la crónica, más te vale venir a la mesa. Tengo más hambre que un cocodrilo a dieta.

—Creo que voy a llamar al periódico para decirles que no puedo escribir porque te paseas por casa sin camiseta —le recriminó Luke riéndose, para después besarle la tripa con ternura.

—Hace mucho calor cuando estás cerca —le susurró Marcus al oído—. Puedes ponerlo en la crónica. Al idiota de tu jefe le encantaría.

# 6 ¡LUUUUUUUKE! antes

En el apartamento de Marcus se habían terminado las provisiones de nubes, whisky y coca cola. Solo entonces, Marcus decidió moverse. ¿Por qué leches Luke no le había contado que era periodista? No podía quitárselo de la cabeza.

Cuando se levantó de la silla, sintió que todo le daba vueltas. Se agarró a la mesa con una mano para intentar sostenerse y lo consiguió. Ese gesto le hizo pensar que no estaba tan mal. Marcus miró el reloj y se sorprendió. Ya eran las once de la noche. Se había pasado un buen rato bebiendo y quemando nubes de azúcar. Le encantaba esa mezcla de sabores: Alcohol, cafeína y golosinas derretidas. Al menos calmaba su dolor por un rato.

Puso la tele para distraerse y se topó con la tertulia deportiva de la *BBC* sobre la pretemporada que estaba a punto de comenzar. Le daba igual. Él no tenía equipo, y Luke lo sabía. En cualquier otra circunstancia se habría quedado a ver el debate, pero esa noche ni siquiera el fútbol podía calmarle.

Marcus se vistió con unos vaqueros rotos y desgastados, con tantos agujeros que dejaban a la vista buena parte de sus pálidas piernas. Dudó unos segundos sobre si era buena idea ir a hablar con Luke. Al final, se armó de valor y buscó la dirección en su móvil. El número 33 de la Calle Green Drive. La escribió para poder decírsela al taxista al día siguiente de la bronca en el pub. En realidad, vivían bastante cerca. Al averiguarlo entendió por qué el del taxi le preguntó si no le salía mejor ir andando.

La casa de Luke estaba a dos manzanas de la de Marcus, en un edificio moderno de color crema. Cuando llegó al portal, empapado por la lluvia, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuál era el piso del periodista. Solo con pensar en esa palabra, ya se sentía como una mierda. No tenía su número de teléfono ni su dirección completa. Pero se sabía su nombre y empezó a gritarlo desesperado.

—¡Luke Luke. ¡Luuuuuuuuuuuke! ¡Quieroo hablar contigo!

No se le entendió muy bien después de los dos primeros Lukes, pero sus chillidos desvelaron a varios vecinos.

—¡Joder, Doyle! Dile al payaso de tu amigo que se calle la boca. ¡Algunos madrugamos mañana! —gritó un vecino desde su ventana. El señor Madders era tan borde como cotilla.

—¿Qué cojones…? —Luke se asomó y se quedó a cuadros al ver el panorama. Marcus, empapado, con una camiseta del Stanleyfield Wanderers, perjudicado por el alcohol y gritando su nombre como un poseso.

—¡DOYLE! ¡Que se calle de una puta vez o llamo a la policía! — vociferó Madders de nuevo, llamando la atención de otros vecinos y de algunos curiosos que vivían en la misma calle que Luke. Esa en la que Marcus estaba montando su show.

—¡Luuuuuuuke! —Marcus volvió a gritar atormentado y de rodillas sobre la hierba del jardín que había enfrente del edificio. Esa noche estaba lloviendo a cántaros, pero ni siquiera las gotas de lluvia que caían sobre su cuerpo eran capaces de reconfortarle.

Luke bajó corriendo las escaleras del portal en pijama y zapatillas. El vecino seguía amenazándole y Marcus seguía gritando su nombre. Luke se acercó a él y le tapó la boca con suavidad. Él le miró confundido, pero dejó de chillar. Luke le ayudo a levantarse y le dio la mano para llevarle hasta su casa y que hablaran más tranquilos. Cuando los dos entraron, cerró la puerta con llave, por si acaso al cotilla de Madders se le ocurría acercarse. Los dos se sentaron en el sofá y Luke le preguntó qué pasaba.

—Lo sé todo, Luke. Sé que te acercaste a mí porque quieres venderme —balbuceó Marcus con la cara llena de lágrimas—. Me sacaste de aquella maldita pelea y hoy... Te he contado lo de los *browns*. ¡Joder! Sabes que soy un desastre y que ya, ni siquiera tengo equipo.

—No eres un desastre —dijo Luke mirándole fijamente—. Y yo no te he vendido ni lo haré, Marcus.

—Vale. Te puedo llegar a creer, pero tu amigo… Él-él quiere joderme vivo.

—¿Qué amigo? Espera… —Luke recordó lo que había pasado esa misma tarde—. ¿Estás hablando del cretino de Andrew Miller?

—Sí —balbuceó Marcus, secándose las lágrimas.

—Me he encargado de ese tío. No sabe una mierda de lo tuyo con los *browns* ni va saberlo. Además, ya te he dicho antes que no es mi amigo. —Luke sintió que sus palabras sonaban muy a Al Capone—. Quiero decir que, antes he hablado con él y sabe que no le conviene meterse contigo. —Mierda, sonaba más mafioso todavía—. No creo que quiera tener más problemas en el *Westbrown Post*. Por mucho que le haga la pelota, el director no lo soporta.

—¿Por qué no me dijiste que eres periodista? Luke, ¿por qué no? —preguntó Marcus dolido.

—Pensaba que lo sabías —admitió Luke—. Siento que hayas creído que soy como el maldito Miller.

—¿Qué? No lo eres. Miller jamás me ayudaría. Tú, sí.

Marcus era sincero. No comprendía por qué un periodista como Luke se empeñaba en ayudarle. Sentía que no valía nada, que solo era un chico problemático y autodestructivo.

Luke le dijo que se equivocaba. Después preparó té para los dos y mientras la tetera hervía, buscó ropa en su armario para que Marcus se cambiara. Estaba empapado por culpa de la lluvia, y sus vaqueros se habían llenado de barro. El clima del norte de Inglaterra no se apiada de uno ni en verano.

Luke le lanzó una toalla, pantalones y una camiseta. Marcus se secó y se quitó sus vaqueros para ponerse los que Luke le acababa de prestar. El efecto del alcohol ya no era tan fuerte, y la charla le había tranquilizado bastante. Se quitó su camiseta empapada, y Luke regresó con dos tés. Los colocó en la mesita de su acogedor salón mientras miraba a Marcus confundido.

—Marcus, tienes una camiseta ahí.

—Ya la he visto, pero ni muerto me pongo eso. —Luke frunció el ceño—. Soy hincha de los Wanderers. No del puto Stanleyfield United.

—Vale. Pensaba que eras futbolista, no un hooligan.

—Las dos cosas —rio Marcus. Luke desapareció otra vez y regresó con una camiseta blanca del Leeds United.

—Tampoco soy del Leeds —admitió Marcus, cogiéndola al vuelo y poniéndosela. La prenda le estaba algo justa, pero le quedaba genial. Luke se sentó a su lado—. Pero no me

caen tan mal.

—Tranquilo, me ha quedado claro cuál es tu equipo —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Tu colección de camisetas de fútbol tiene que ser alucinante —reconoció Marcus, antes de darle un sorbo al té—. Yo solo tengo esta y las de los equipos en los que he jugado.

—¿Por qué no has jugado nunca en los Wanderers? —preguntó Luke. Marcus le miró extrañado—. Oh, no, joder. Todo lo que hablemos es *off the record* total. Tienes mi palabra de periodista.

—Eso no me da mucha confianza —dijo Marcus más relajado.

—Pues entonces, palabra de Luke.

—Eso está mejor —sonrió—. Jugué en los Wanderers de crío hasta que me rechazaron por chupón. Ya sabes, según ellos no pasaba el balón a nadie. Yo creo que sí lo hacía, pero da igual. Aunque me mandaran a la mierda, sigue siendo mi equipo. —Marcus normalmente era un chico de pocas palabras, pero con Luke sentía que podía hablar de casi cualquier cosa sin apenas conocerse.

—Qué cabrones.

—Bueno, fue una hostia, pero no dejé el fútbol. No podría hacerlo. Me imagino que a ti te pasa lo mismo con el periodismo —reflexionó Marcus y Luke asintió.

—Supongo. Aunque, igual que el fútbol, tiene su lado oscuro, y es una mierda. Por cierto, ¿qué hacía un hincha de los Wanderers jugando en el Westbrown?

—Soy de Stanleyfield, pero me vine a Westbrown con dieciséis. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó Luke.

—¿Qué hace un hincha del Stanleyfield United escribiendo en el *Westbrown Post*?

—Yo vivía en Serpentown, pero vine aquí a hacer las prácticas y me quedé.

—Mierda, acabas de admitir que eres del United.

—¿Y? —preguntó Luke divertido.

—Que me caías bien…

—¿Ya no te caigo bien? —Marcus se rio y negó con la cabeza—. Así que te caigo peor por ser un *redwhite* que por ser periodista.

—Luke, escribes muy bien, pero tu equipo es pésimo.

El espacio que había entre ambos se había reducido al mínimo. Se sonrieron, y Luke se lanzó, convencido de que los dos sentían lo mismo. Pegó sus labios finos a los carnosos y rosados de Marcus. Antes de que sus lenguas se entrelazaran, al futbolista le entró el pánico. No estaba acostumbrado a sentirse tan bien con alguien. No lo entendía, pero quería acariciar el pelo de Luke y tener su boca pegada a la suya toda la noche. Sin embargo, el miedo le llevó a hacer justo lo contrario: Alejarse de él y salir corriendo.

—¡JODER, SOY ESTÚPIDO! —gritó Luke cuando Marcus salió de su piso.

—¡Cállate, Doyle! —replicó el vecino desde el otro lado de la pared.

Marcus corrió desde la casa de Luke hasta la suya como si le persiguiera una manada de chacales hambrientos. Al llegar, metió la mano en los bolsillos de los pantalones y no encontró nada. Mierda, esos no eran sus pantalones. Eran del chico que le acababa de besar. Se apoyó en su buzón, sintiéndose gilipollas por haber huido asustado. Recordó el beso, los cálidos labios de Luke uniéndose a los suyos durante unos segundos, besándole suave, pero con deseo. Había sido el mejor beso que le habían dado en su vida y él se había largado corriendo. Pensó en lo mal que lo estaría pasando Luke. Quería pedirle perdón y que sus labios volvieran a fundirse, pero sentía una enorme vergüenza. No le extrañaría que le

mandara a la mierda. ¿Quién se larga en mitad de un beso?

A Luke, la huida de Marcus le había dejado en fuera de juego. Se le ocurrían un montón de motivos por los que se había largado. El primero era que no le gustaran los chicos. El segundo, que no le gustara él. Los amores no correspondidos son un clásico. Necesitaba disculparse por haber sido tan impulsivo, y debía devolverle sus cosas. Su ropa mojada todavía estaba en la sala. Luke buscó la dirección en su cartera. Al encontrar su carné, se quedó mirando la foto. En ella, Marcus salía con una sonrisa adorable y con el pelo y los ojos más bonitos que había visto nunca. En la parte trasera de la tarjeta estaba la dirección. Calle Ground Hill número siete. Luke sonrió al pensar que estaba bastante cerca de su casa y se sintió idiota por volver a soñar despierto. Estaba convencido de que después del beso, Marcus no querría ni ser su amigo. Luke se vistió con lo primero que encontró: unos vaqueros y una camisa de cuadros negros y blancos. Guardó las cosas en una bolsa y estaba tan nervioso, que se olvidó de la camiseta verdinegra de los Wanderers. Salió a la calle y en solo unos segundos acabó empapado por la lluvia. Se le había olvidado que en Westbrown las tormentas duran toda la noche. Sobre todo, en verano.

Marcus caminó por segunda vez hacia Green Drive. De nuevo, acabó calado hasta los huesos. La camiseta blanca del Leeds estaba tan empapada que transparentaba todo su torso. Casi se podía leer su tatuaje a través de la tela.

Se encontraron al comienzo de la cuesta que conducía hacia la calle de Marcus. Los dos hablaron a la vez y se echaron a reír tímidamente.

—Lo siento —se disculpó Luke—. No quería incomodarte.

—No lo has hecho —respondió Marcus—. Perdón, he salido corriendo como un gilipollas.

—Estabas en tu derecho. Yo me he venido arriba. Pensaba que entre tú y yo... —se disculpó de nuevo.

—Es que, entre tú y yo…

Marcus intentó explicarle que tenía razón, pero se quedó embelesado, viendo cómo el agua mojaba el pelo color café de Luke, resbalando por sus mejillas como un río, hasta desembocar en su pecho, gracias a esa camisa sin abrochar del todo. Miró sus ojos, tan oscuros y brillantes como una nebulosa o una tableta de chocolate. Por sí solos podían iluminar la noche más apagada. Luke le devolvió la mirada, igual de fascinado que él, pensando que los ojos azules de Marcus brillaban más que el agua del océano cuando le da el sol. Por culpa de la lluvia, sus rizos parecían oro fundido, y la camiseta del Leeds dejaba a la vista sus abdominales.

Marcus se acercó más a Luke, acarició sus mejillas y le dio un beso más largo, cálido y apasionado que el primero. Sus lenguas se entrelazaron, y cuando pararon para respirar, Luke hundió sus manos en los rizos de Marcus y volvió a besarle. En la calle no ha bía nadie. El cielo de Westbrown se estaba cayendo en mil pedazos. Daba igual. Lo que había entre ellos era mucho más fuerte que cualquier tormenta.

Caminaron hacia el apartamento de Marcus, negándose a despegar sus labios. Su casa no era como la de Luke. Era menos bonita y acogedora. Aunque lo último lo había sido hace tiempo, cuando su abuela Harriet aún vivía.

Marcus abrió la puerta con las llaves que le dio Luke y entraron dentro, a salvo de la lluvia. El futbolista siguió cubriéndole de besos, sin pensar en si estaba bien liarse con un periodista. Estaba bien, era perfecto y totalmente *off the record*.

—¡Joder! Nunca pensé que me fuese a gustar tanto esa camiseta del Leeds —admitió Luke mientras Marcus le llevaba a su dormitorio.

—Ni yo que me fuera a volver loco un periodista —confesó haciéndole reír.

La habitación era espaciosa, y al igual que el resto de la casa, no estaba decorada. Los dos se tumbaron en la cama y volvieron a pegar sus labios. Cuando Luke fue a quitarle la camiseta, se dio cuenta de que estaba pegada a su cuerpo por culpa de la intensa lluvia. Ambos se rieron y siguieron desnudándose, acariciándose, besándose y dándose placer.

Un buen rato después cayeron rendidos en la cama. Todavía jadeaban y sus latidos eran acelerados. Se sonrieron con complicidad. Los ojos azul océano de Marcus reflejaban calma, por primera vez en esa tormentosa noche.

Luke se quedó mirando la camiseta del Leeds. Estaba tirada en el suelo, hecha una bola y empapada. No pudo evitar sonreír. Cuando quiso darse cuenta, Marcus ya estaba en el quinto sueño y la respiración de su pecho subía y bajaba lentamente. Era adorable cuando dormía. Despierto, también. A Luke le encantaba cómo pronunciaba su nombre, su forma de mirarle, los gestos que hacía al hablar, su risa contagiosa y su ironía.

El cerebro de Luke iba a mil por hora. El orgasmo eléctrico que acababa de tener, ayudaba a que estuviera más lúcido. A Marcus le ayudaba a dormir como una marmota, desnudo y con el edredón tapando solo la mitad de su cuerpo. Luke no quería molestarle, pero pasaba de largarse sin despedirse. Observó a Marcus. Era tan relajante que acabó cerrando sus ojos oscuros de color chocolate y durmiendo a su lado.

Luke se despertó a las ocho de la mañana y miró a su alrededor. Marcus seguía durmiendo. Se agachó a buscar su ropa. Estaba enredada con la de Marcus y esparcida por el suelo de la habitación. Recogió sus calzoncillos y vio que seguían empapados por culpa de la tormenta de la noche anterior. Igual que la camisa y los vaqueros negros. Marcus enseguida se despertó algo confundido. Siempre dormía solo, pero sonrió al ver a Luke allí.

—Buenos días —le saludó mientras se estiraba, dejando ver su cuerpo desnudo y mojado por el sudor.

—Hola. Te quedaste dormido, y yo no quería molestarte, pero tampoco quería irme sin decirte adiós... Luego me entró sueño... Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón? —preguntó Marcus mientras se libraba del edredón y salía de la cama.

—Por haberme quedado a dormir. No quería invadir tu espacio.

—Marcus le miró y se echó a reír.

—Luke, no has invadido nada. No eres el presidente de Estados Unidos. Relájate, anda. ¿Quieres desayunar?

—Sería genial. Sin cafeína no soy persona —admitió Luke, riéndose.

—Yo tampoco.

Marcus metió la ropa en la lavadora y se puso unos slips secos. Le dio otros a Luke, junto a unos vaqueros y una camiseta negra de Black Sabbath.

—No llamaste al tipo del Northwalk, ¿verdad? —adivinó Luke, tras darle las gracias y vestirse con la ropa que le acababa de dar. Marcus negó con la cabeza—. ¿Por qué no lo haces?

—Luke, anoche vinimos hasta aquí comiéndonos a besos y el sexo fue jodidamente brutal. ¿Qué he hecho mal? —Luke sonrió al recordarlo. Él jamás se había acostado con alguien sin tener una cita antes, pero con Marcus no le hizo falta. Le deseaba tanto, que le

pareció que las citas estaban sobrevaloradas. Estaba tan inmerso en sus pensamientos, que no le respondió. Marcus se puso en frente suyo, de cuclillas, mirándole intrigado—. Luke, ¿sigues ahí?

—Eh… Sí-sí.

—Entonces, explícame por qué después de una noche así quieres que llame al dichoso ojeador del Northwalk. Espera… ya lo entiendo. Si dejo de ser futbolista, no volverás a follarme.

—¡Yo no he dicho eso! —protestó Luke, mordiéndose la lengua para no decirle que le gustaría repetirlo mil veces.

—¿Entonces?

—Marcus, necesitas un equipo, y el Northwalk está en Championship. Joder, no sé por qué leches jugabas en quinta. —Marcus se echó a reír, recordando que el ojeador del Northwalk le dijo lo mismo. Después se puso a buscar algo por la habitación—. ¿Qué buscas?

—El móvil. ¿No quieres que llame a ese tío? —Luke sonrió al oírle y se acercó a por la bolsa en la que había llevado las cosas que se había dejado en su casa. Marcus le dio las gracias antes de coger el móvil y hacer la llamada.

—Gracias por hacerme caso —dijo Luke cuando Marcus colgó.

—Eres jodidamente persuasivo. Por cierto, ¿tienes algo que hacer hoy?

—Tengo el día libre y había pensado adelantar trabajo atrasado —explicó Luke.

—¿No prefieres venir a Northwalk conmigo? —Luke le miró con curiosidad—. Quieren verme esta tarde en la ciudad deportiva para que firme el contrato. Si no llega a ser por ti, nunca habría hecho esa llamada. Lo pasaremos bien, te lo prometo. Yo me encargo de los billetes de tren y te invito a comer donde tú elijas.

—¿Yo soy persuasivo? —preguntó Luke, echándose a reír. Marcus asintió—. Vamos en mi coche, ¿vale?

—Genial. Si quieres puedo prepararte un capuchino para desayunar. No me quedan tan bonitos como los de la cafetería de ayer, pero… —Luke le interrumpió besándole.

—Me da igual que no sepas dibujar un corazón en el café.

Marcus le devolvió el beso y se marchó a la cocina, pidiéndole que pensara dónde quería comer.

—Quiero comer contigo en el Five Guys de Northwalk.

—Joder, qué rapidez. Como se nota que eres periodista.

—Ayer no te hacía tanta gracia. —Los dos se echaron a reír.

# 7 LO SABEN ahora

Ese lluvioso sábado de octubre, los *wildcats* jugaban en casa contra el poderoso London Boys. Si ganaban, batirían el récord de victorias seguidas en la Premier de un equipo recién ascendido. Antes de empezar la temporada, todos pensaban que tendrían que luchar por salvar la categoría. Sin embargo, se les estaba dando demasiado bien eso de dar guerra a los grandes equipos y hacer temblar a los no tan grandes. Tan bien que ya iban segundos en la clasificación.

A pesar del buen ambiente, el partido fue casi tan soso como los del Greyouth. El Northwalk no encontraba espacios para poder hacer su juego y a Marcus le tocó defender durante toda la primera parte. Los del Noroeste de Londres no les dejaban tener el balón, algo que para el Northwalk era tan vital como respirar.

En el descanso, Mario les motivó, asegurándoles que podían ganar. El entrenador italiano que había subido al Northwalk a la Premier, nunca dejaba de creer en sus jugadores. Marcus le escuchó mientras se bebía un Red Bull de tres tragos. Necesitaba concentrarse y dejar de desesperarse ante ese equipo que se las sabía todas.

Nada más comenzar el segundo tiempo, la charla y la cafeína hicieron efecto. Marcus consiguió zafarse con clase del defensa que le cubría. Miró a su compañero Rizik para pasarle el balón, pero un rival metió la pierna, tirándole al suelo. Todo el Northwalk se acercó al árbitro para protestar y pedir el penalti. Para los de Londres, en cambio, esa entrada estaba a años luz de la pena máxima. Lógico, nadie en su sano juicio pide que le piten un penalti en su contra. El ambiente estaba caldeado y el North Power gritaba cada vez más mientras el colegiado hablaba con sus colegas del VAR, y se acercaba a ver el monitor de televisión que había entre los dos banquillos. No tardó en regresar al campo, donde todos seguían discutiendo. Se llevó el silbato a la boca y pitó el penalti.

Los jugadores del Northwalk hablaron. Todos estaban de acuerdo en que debía lanzarlo Marcus. Él aceptó y se acercó a la portería del London Boys para recoger el balón. Allí se cruzó con Noel Wand, el portero, quien le miró con una sonrisa socarrona y le habló en voz baja, tapándose la boca. «¿A qué periodista se la vas a chupar hoy para que hable bien de ti, Dickinson?». A Marcus se le vino el mundo encima. Le habría dado una hostia con mucho gusto, pero si lo hacía, se llevaría una tarjeta roja instantánea. Las palabras del cancerbero le dejaron en shock. El de Londres olió su miedo, y cuando Marcus se iba con el balón, echó más leña al fuego, gesticulando como si tuviera una polla en la boca. Marcus se quedó pálido, recordando su viaje a Greyouth, cómo recogió a Luke en el parking trasero y cómo bromeó con dejarle en la estación. Y después… Luke le besó. Adoraba sus besos, cada uno era distinto, pero igual de mágico que los anteriores. Marcus no sabía cómo explicarlo. Lo que sentía antes de lanzar ese penalti, sí. Pánico, miedo y un temor infinito a que su secreto dejara de serlo. Les habían pillado. Mierda. No era tan descabellado, ya que ese día el Greyouth se enfrentó a ese mismo equipo. Y si el portero…

A Marcus le temblaban las manos mientras posaba el balón en el punto de penalti. Intentó calmarse, pensando que, si Wand lo sabía, no había usado esa información en su

contra. Al menos, de momento. Marcus suspiró y miró la portería. El arquero le sonrió con malicia. Mierda, más nervios. Él no era de esos delanteros que fallan penaltis, pero las palabras y el gesto de Wand le habían creado una inseguridad que le nublaba la vista. Así que, chutó la pelota tan fuerte que la mandó a la grada. Los visitantes lo celebraron y los *wildcats* se acercaron a consolar a su delantero.

El partido acabó con empate a cero. Nadie le reprochó el fallo, pero Marcus se sentía demasiado culpable y nervioso.

—Marcus, tío, no pasa nada. Hasta los mejores jugadores del mundo fallan penaltis —le consoló Rizik, de camino al vestuario.

—Eso es. No se acaba el mundo —añadió Konstantin, el capitán y portero alemán del Northwalk. Marcus sonrió ante los ánimos de sus amigos.

Cuando todos se reunieron en el vestuario, Mario les miró orgulloso de lo que habían conseguido. El partido no había sido fácil y un punto no estaba nada mal.

—Hoy no hemos podido ganar. No pasa nada. Somos humanos, chicos, pero la semana que viene machacaremos a nuestro rival. ¿Estamos? —Las charlas de Mario subían la moral a cualquiera—. Y Marcus meterá un gol o quizás tres. Pero debemos acostumbrarnos a las derrotas, a los empates, y saber celebrar las victorias. Espero que aprovechéis el fin de semana para descansar y desconectar.

—Míster, hoy es mi fiesta —anunció Juul, un centrocampista neerlandés que ese día cumplía 29.

—Y va a ser la hostia —opinó Faris, el mejor amigo de Juul, chocándole la mano. Mario frunció el ceño.

—Lo siento, yo no elegí nacer el mismo día en el que nos quedamos sin batir el récord.

—Felicidades, Juul... Vale, esto va para todos. Os recuerdo que sois adultos. No pienso daros una charla para que os comportéis. Pero muchos aficionados se han pasado toda la semana esperando este partido. Y no les hará mucha gracia que os montéis una juerga épica precisamente hoy. —Marcus intentaba escuchar a su entrenador, pero no podía. La frase del portero del London Boys le estaba torturando—. Así que, tened cuidado con las redes sociales, y… ¡No hagáis estupideces que atraigan a los paparazis!

—Tranquilo, míster. Iré sin móvil a la fiesta, pero con un par de cervezas —bromeó Louis, un joven defensa francés. A lo que Mario respondió, diciéndoles que no tenían remedio. En ese vestuario había muy buen rollo y también un Marcus cabizbajo y en silencio, que ni siquiera había empezado a cambiarse de ropa.

Marcus salió el último. No podía dejar de darle vueltas a lo que había pasado antes de que fallara ese penalti. Para colmo, esa tarde tocaba quedada con la pandilla de Luke. Marcus odiaba las cuadrillas. Por eso no tenía una, pero tampoco quería ir a la fiesta de Juul. Los amigos de Luke eran normales. Ni futbolistas, ni famosos. A Jacob, Daniella, George y Avery no les seguían los paparazis. Conocían a Luke desde el instituto y habían aceptado a Marcus en el grupo, comprometiéndose a no contar nada de su relación, aunque les torturasen en la Torre de Londres.

Marcus condujo hasta casa, intentando dejar de pensar en su viaje a Greyouth y en las palabras de Wand. Era imposible, su cerebro se había convertido en una lavadora centrifugando. Debía contárselo a Luke, pero no tenía fuerzas. Estaba demasiado acostumbrado a guardarse las cosas. Sin embargo, él le conocía tan bien, que nada más

verle, sabría que algo iba mal.

Cuando llegó a casa vio la mesa del salón repleta de comida. Nachos, tacos, guacamole, patatas fritas, dulces… Le pareció excesivo. En cualquier otra ocasión le habría gustado, pero esa tarde todo le molestaba. Pensó que Luke se había pasado y sí, en realidad se había pasado dos horas preparando la casa para la visita de sus amigos. Luke salió de la cocina, quitándose el delantal. Cuando iba a besarle, miró sus ojos azul océano y adivinó que algo iba mal. Le preguntó qué le pasaba y si era por el partido, pero el timbre sonó de forma insistente y Marcus fue a abrir.

El chándal azul de Marcus con el escudo del Northwalk contrastaba con el elegante jersey de cachemir de Avery. Todos iban más formales que el futbolista, pero ninguno le juzgó. Aquello era una reunión de amigos, no la London *Fashion Week*. En quince minutos los cinco se pusieron al día de sus vidas. Marcus apenas habló y, tras la merienda, Jacob propuso jugar una partida a los dardos en la sala de juegos. Eligieron el 501, un juego en el que hay que tener algo de puntería para acertar en los números correctos de la diana y quedarse a cero. El primero que lo consigue, gana. A Marcus le tocó jugar contra George. El amigo de Luke perdió enseguida. No es que ser delantero ayude mucho a ser un as de los dardos, pero las horas que había pasado en los pubs jugando, sí.

—Parece que Dickinson no ha perdido puntería, y eso que ha fallado un penalti —bromeó George, tras perder claramente y en tres rondas.

—Parece que George no puede callarse la boca —gruñó el delantero, dejándoles a todos boquiabiertos.

—Lo decía a buenas. Lo del penalti les pasa incluso a los mejores futbolistas.

Él no le respondió, pero sintió que sus palabras de ánimo no sonaban ni remotamente parecidas a las de Konstantin y Rizik.

—Si queréis, no jugamos más —propuso Avery.

—Me la suda —replicó Marcus. Si hubiera observado a Luke tan solo un segundo se habría dado cuenta de que estaba preocupado y haciéndole gestos para que hablaran a solas, y para que dejara de portarse como un capullo.

Después de la discusión con George, nadie salvo Luke volvió a hablar a Marcus. Esa tarde parecía un *gremlin* mojado a las doce de la noche. Cuando apagaron la diana, Luke se acercó y le insistió para que hablaran. Él se negó, fingiendo que todo iba bien y Luke suspiró apenado.

Se dividieron en dos equipos para echar una partida de Trivial. Marcus ni se molestó en contestar las preguntas. No le preocupaba que los amigos de Luke volvieran a pensar que era un futbolista tonto que solo sabía dar patadas a un balón. Le importaba mucho más que el maldito portero del London Boys hubiera descubierto su secreto. Cuando acabaron de jugar ya eran casi las siete de la tarde. Jacob propuso pedir la cena, y Marcus se largó a su habitación. Luke le siguió y le esperó fuera para darle espacio.

—¿Estás bien? —preguntó, conteniéndose para no echarle en cara que se había portado como un idiota.

—Jodidamente genial —ironizó.

De repente, Marcus abrió la puerta y salió de allí, vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca con el símbolo de los Judas Priest escrito en letras negras.

—No hacía falta que te cambiaras para cenar —dijo Luke sorprendido.

—No voy a cenar con vosotros.

—¿Por qué no? —Marcus se encogió de hombros—. ¡Marcus, no me jodas! Llevo toda

la tarde intentando hablar contigo y tú has pasado de mí. ¿Qué cojones tengo que hacer para que me cuentes lo que te pasa?

—Es que no me pasa nada. —Al oírle, Luke puso los ojos en blanco—. Pásalo bien con tus amigos, ¿vale?

—Eres idiota —replicó Luke, apoyándose en la pared y mirándole enfurruñado. Marcus se acercó a él y le acarició la cara—. ¿En serio crees que vas a arreglar esto besándome?

—Yo… No iba a besarte —se defendió, haciéndole reír.

—Mientes fatal.

—Tú también —dijo Marcus sonriendo.

Se quedaron unos segundos mirándose, como si nada más importara, como si no hubieran pasado una tarde horrible sin entenderse. Se abrazaron, cerraron los ojos y juntaron sus labios, en un beso tan lento como apasionado. Luke le acarició el pelo y Marcus le estrechó entre sus brazos.

—¡Estáis aquí, chicos! —gritó Avery, plantándose delante de ellos y mirándolos con sorpresa. Los dos abrieron los ojos y la magia se rompió—. Necesitamos saber qué queréis cenar.

—Oh, yo ya me iba —se despidió Marcus, mirando a Luke con tristeza. Después se puso la chaqueta, les dijo adiós a los demás y se largó en su Bentley al cumpleaños de Juul.

Nada más llegar a la fiesta, se preguntó qué hacía allí. Enseguida se respondió: «Huir porque te has portado como un gilipollas con Luke y porque tienes miedo de que todo salte por los aires». Quiso largarse y volver a casa, pero el anfitrión le abrazó por la espalda.

—Ostras, Marcuss. Eress literalmente la últiima perssona que esperaaba ver porr aquí. —Juul llevaba un pedal curioso. Apestaba a vodka y no hacía más que subir fotos a *Instagram*. Si Mario es tuviera allí, le habría tirado el móvil a la fuente de chocolate.

—Ya… ¡Felicidades, Juul!

—Los demásss están jusssto allí, tras la baarra.

—¡Qué raro! —exclamó Marcus con ironía. Juul se rio.

Estaba prácticamente todo el Northwalk, incluyendo alguno del cuerpo técnico, sin que Mario lo supiera.

La casa de Juul estaba decorada con globos dorados y guirnaldas de colores. El futbolista cumplía 29 años y lo estaba celebrando por todo lo alto, intentando acabar con las existencias de vodka de todo el Reino Unido. En uno de los sofás de cuero que decoraban el salón, Héctor se estaba enrollando con una chica. El defensa colombiano del Northwalk estaba borracho, y casado con otra. Marcus le saludó, pero el tío estaba demasiado ocupado con su lengua y sus manos. En la barra, Buckley, el segundo portero del Northwalk, cantaba y bailaba como si aquello fuera el *Bar Coyote*. Konstantin le agarraba para que no perdiera el equilibrio. Marcus se rio al verlos, pero volvió a arrepentirse de estar allí. Aun así, decidió quedarse un poco más. Divisó la barra al fondo del vestíbulo. Mientras iba hacia allí, una chica ataviada con un vestido rojo de cintura alta se cruzó en su camino. Miró a Marcus de arriba abajo y le gustó lo que vio. La camiseta blanca se ceñía perfectamente a su cuerpo, marcando sus pectorales y los vaqueros ajustados resaltaban su culo, volviéndole más deseable.

—Creo que no nos han presentado. Soy Liv, la mejor amiga de Juul —dijo la chica risueña.

—Yo Marcus. Soy compañero de Juul.

—Adoro a Juul, pero entre tú y yo, tiene un gusto musical pésimo. —Liv tenía razón. La música que sonaba por los altavoces era horrible—. ¿Te apetece largarte de aquí?

—La verdad es que sí. —Marcus fue sincero, pero sintió que debía corregirse al ver cómo Liv se acercaba más a él—. Oh, no, lo siento, pero salgo con alguien.

—Vaya. Tu novia tiene mucha suerte.

—No creo que piense lo mismo —replicó él, convencido de que Luke no estaría muy contento.

Tras despedirse de Liv, Marcus supo que solo había un modo de encajar en esa fiesta. Y no era volverse hetero. Bastaba con adorar a Baco, o a quien fuera el dios de todo el alcohol que había en esa casa. Se bebió un chupito de vodka, sin acordarse de que tenía el Bentley fuera. Cuando la música mejoró, Marcus ya se había tomado tres chupitos de vodka y estaba cantando a gritos *Rock`n`Roll Star* de Oasis, abrazado a Rizik. Eran amigos, y el alcohol que corría por sus venas ayudaba a que estuvieran eufóricos.

—Creo que no me iba de fiesta contigo desde el ascenso —confesó Rizik riendo. Marcus chocó su vaso contra el suyo.

—Esa fiesta fue brutal. No me acuerdo ni de la mitad.

—Ni yo. Espero que este año hagamos otra —aulló Rizik mientras sonaba otra canción.

—Hostias, Marcus. ¿Cuándo has venido? —dijo Héctor, sumándose a la conversación.

—Hace un rato, pero estabas demasiado ocupado para verme —le recordó él.

—Ah, ya. Está buena, ¿eh?

Marcus se encogió de hombros. Pasaba de opinar sobre los rollos de Héctor. Él solo podía pensar en Luke y en el cabreo que tendría. Necesitaba salir de allí, pedirle perdón y contarle lo que había pasado antes de que fallara ese maldito penalti.

Todas las juergas tienen un momento en el que se vuelven decadentes. Las de los futbolistas no son una excepción. Demasiado alcohol, demasiadas horas y demasiadas emociones. En fin, demasiado de todo, pero Marcus se largó de allí mucho antes.

A la entrada de la casa de Juul había varios fotógrafos mal escondidos tras unos arbustos. Marcus no le dio importancia. Si salía de fiesta y borracho, los tabloides no le harían la vida imposible. Si publicaban que era gay, sí. Se quedó quieto, mirando el cielo estrellado, lamentándose de que el mundo fuera así, de que no pudiera decir la verdad. Cuando le deslumbraron varios flashes supo que debía salir de allí. Ni siquiera se acercó al Bentley. No podía con ducir en ese estado y tampoco se atrevía a pedir un taxi. No con un montón de paparazis rodeando la tranquila y costera ciudad de Northwalk.

Marcus tardó más de media hora en ir corriendo a casa, esa que estaba perdida en medio del bosque de Northwalk, lejos de cojones. El camino hasta allí ayudó a que se le pasara un poco el efecto del alcohol, pero no del todo. El vodka de Juul era del bueno.

Cuando por fin llegó, vio que las luces estaban apagadas y suspiró aliviado. No le apetecía estar con los amigos de Luke. Le costó un poco abrir la puerta, como si las llaves no quisieran entrar en la cerradura. Marcus pensó en huir de nuevo. «Joder. No, no puedes estar toda la vida huyendo», se recordó a sí mismo, hasta que consiguió abrir.

Subió hasta la habitación y sonrió al ver a Luke tumbado en la cama, durmiendo. Su pecho subía y bajaba, al ritmo de su relajada respiración. La camisa de su pijama favorito, ese de cuadros escoceses, estaba medio desabrochada. Era tan bello, adorable y adictivo que no podía dejar de mirarle. Al poco, Luke se desveló y levantó la cabeza de la almohada. Encendió la luz y miró a Marcus, esperando a que hablara.

—Lo siento, no quería despertarte.

—Marcus, ¿estás borracho? —le preguntó al notar que su voz sonaba distinta.

—Puede que un poco, pero estoy bien. Antes me he portado fatal. Perdón, soy imbécil.

—Lo sé.

—¿Qué sabes? —preguntó Marcus confundido mientras se quitaba las zapatillas y las lanzaba por ahí, ganándose una mirada asesina de su chico.

—Que eres imbécil. ¿Dónde estabas?

—En la fiesta de Juul. La música era horrible y he conocido a una chica. Me ha propuesto que nos largáramos de allí.

—¿Y lo has pasado bien? —ironizó Luke. Marcus negó con la cabeza avergonzado—. Espera, ¿estás intentando ponerme celoso porque una chica ha ligado contigo?

—No, joder. Solo intentaba hacerte reír. Te recuerdo que soy gay.

—Y un capullo —añadió Luke, antes de dar un trago a su botella de agua, sin dejar de mirarle.

—Me vuelves loco cuando te enfadas. Bueno, siempre lo haces —confesó Marcus mientras se quitaba la ropa para meterse en la cama. Luke no respondió, pero sus ojos oscuros brillaban a través de la luz de la luna que se colaba por la rendija de la persiana que quedaba abierta. Marcus le miró con amor y deseo.

—No. No puedes portarte como un idiota, largarte y luego venir aquí a hacerme la pelota —replicó Luke—. Sabes que odio estar enfadado, pero ni siquiera me cuentas lo que te pasa. ¡Joder, Marcus, no es tan difícil!

—Ya… da igual. Buenas noches, Luke.

El futbolista se metió en la cama en calzoncillos. Luke le dio la espalda. Marcus quería contarle lo que le pasaba, pero no sabía cómo hacerlo. No encontraba las palabras. «El portero del London Boys sabe lo nuestro y va a jodernos vivos» sonaba demasiado apocalíptico. Y decirle que su secreto ya no estaba a salvo, sería dema siado dramático.

Marcus se acomodó detrás suyo y empezó a hacerle dibujos en la espalda con las yemas de sus dedos. Le acarició el pelo y escuchó cómo suspiraba relajado. Besó su cuello y le abrazó. Su olor y la reacción de su cuerpo hicieron que siguiera llenándole de besos.

—¿En serio crees que puedo dormir así? —protestó Luke, girándose y mirándole.

—Lo siento. Como no te habías quedado dormido… Sé que me odias, pero… Yo solo puedo pensar en besarte.

—No te odio. ¡Joder, apestas a alcohol!

—Es vodka —admitió Marcus, saliendo de la cama. Luke encendió la luz y le miró extrañado.

—¿Ahora dónde vas?

—Al baño. No sé si masturbarme o darme una ducha.

—También puedes dejar de ser un imbécil y contarme qué coño te pasa —gruñó Luke, acercándose a él.

—No sé cómo hacerlo. No me llega la sangre al cerebro.

—¿Por qué no? —preguntó Luke. Marcus se mordió el labio inferior observándole. Quería besar cada poro de su piel. Quería terminar de desabrocharle los botones del pijama. Se moría por acariciar su cintura y por tenerle entre sus brazos.

—Porque en la fiesta me he arrepentido unas quince veces de no estar aquí, contigo. Te he imaginado solo en la cama, y joder, me he largado en cuanto he podido.

—Eres la persona con la mente más sucia que he conocido en mi vida —se rio Luke.

—¿Y? —preguntó Marcus preocupado y esperanzado.

—Que me encantas —dijo Luke y le besó, como si intentara fusionar sus labios con los suyos.

Marcus le tomó en brazos y Luke enroscó las piernas alrededor de su cintura, sin dejar de besarle. Volvieron a la cama y sus latidos se aceleraron con cada caricia y cada beso. Se quitaron la ropa y Marcus se tumbó encima suyo con las piernas abiertas. Los dos gimieron cuando sus erecciones chocaron. Marcus recorrió todo su cuerpo a besos. Lamió y mordió sus pezones con deseo y delicadeza. Luke echó la cabeza hacia atrás, notando cómo sus mejillas ardían. Sus gemidos inundaron la habitación y se intensificaron cuando Marcus agarró su polla con firmeza y empezó a masturbarle. Se la metió en la boca y la chupó con deseo hasta que se quedó paralizado, cuando las palabras y el gesto del portero del London Boys volvieron a su mente. Los besos de Luke habían conseguido que lo olvidara durante un rato, pero el miedo estaba ahí otra vez. Entonces, se apartó, derrumbándose en la tripa de Luke, contándoselo todo. Al saber la verdad, él le pidió que subiera y le abrazó. Ni se le pasó por cabeza reprocharle que no se lo hubiera dicho antes, le conocía mejor que nadie.

—Marcus, no creo que Noel Wand sepa que estamos juntos.

—Entonces… ¿Por qué lo ha dicho? —preguntó asustado y apoyando la cabeza en su pecho.

—Porque eres…

—Insufrible, estúpido y un niñato —dijo Marcus.

—No eres nada de eso. Intocable, sí. Eres el niño mimado del fútbol inglés. En el *Sunrise Press*, salvo Osborn y los cuatro gilipollas que le hacen la pelota, los demás te tienen en un pedestal. Cuando los oigo hablar de ti, me entra la risa, porque esa gente no sabe que eres incapaz de echar tu ropa sucia al cesto de la colada. —Luke consiguió que se riera, pero todavía estaba asustado—. El gilipollas de Wand ha hecho varias cantadas esta temporada, y la prensa lo ha despellejado vivo.

—Luke, fui a buscarte a Greyouth el día que jugaron contra el equipo de ese imbécil. Y en la estación...

—Marcus, aparcaste en el último hueco del parking. Además, cuando bromeaste con dejarme allí, no bajé del coche. Y sí, te besé, pero… si nos hubiera visto, ¿qué ganaría haciéndolo público?

—Podría contárselo a un cretino como Miller y jodernos —opinó el futbolista—. Puede que George tenga ganas de hacerlo des pués de lo de esta tarde.

—George es idiota. —Marcus le miró con los ojos muy abiertos y sorprendido por lo que acababa de decir—. No digo que tú seas un santo. Te has portado como un capullo, pero él no tenía que haberte dicho lo del penalti.

—Estás muy razonable y maduro —observó.

—Lo soy —replicó Luke orgulloso antes de chuparle la cara—. Y te recuerdo que ni siquiera cubro tus noticias, para que nadie sepa lo nuestro.

—No es por eso —dijo Marcus divertido. Él le miró con curiosidad, antes de echar el edredón encima de ambos para que no se enfriaran—. Admite que tu jefe tiene razón. No me soportas.

—Mierda, me has pillado —bromeó Luke.

—Creo que la próxima vez que Wand me diga eso, le voy a decir que es verdad.

—La próxima vez, le vas a decir al árbitro que le saque una tarjeta amarilla porque el portero no puede hablarte.

—Pedir una tarjeta para otro jugador es tarjeta —dijo Marcus en tono repelente. Luke le hizo cosquillas y volvieron a besarse, subiendo de nuevo la temperatura.

# 8 PRIMERA CITA antes

El resto de la mañana fue perfecta. Volvieron a hacer el amor, se ducharon juntos, y se montaron en el coche de Luke para ir hasta Northwalk. Al mediodía pararon a comer donde había elegido el periodista.

—Podrías vivir solo a base de *bacon* y cafeína, ¿verdad? —bromeó Luke, al ver lo feliz que estaba bebiéndose su batido.

—Totalmente —admitió él riéndose—. Pero necesito más cosas.

—¿Por ejemplo? —Marcus sonrió y acercó sus labios a los suyos, cerró los ojos y cuando estaban a punto de besarse, Luke se apartó, le agarró la mano y le llevó al baño del restaurante, sin darle tiempo a que dijera nada. Cuando llegaron, cerró la puerta y Marcus le miró contrariado.

—No entiendo qué hacemos aquí si no quieres besarme.

—Sí quiero —se defendió Luke, antes de apoyarle contra la pared para besarle con una urgencia y un deseo infinitos.

—Vale, te creo —suspiró Marcus cuando recobraron el aliento.

—Marcus, vas a convertirte en futbolista del Northwalk —le recordó mirándole con dulzura.

—Gracias por no besarme.

—Acabo de besarte —replicó Luke. Marcus se echó a reír, y se alegró de que le entendiera. Si alguien descubría que era gay, le harían la vida imposible, y no estaba preparado. ¿Quién lo está para que le juzguen sin motivo?

Un rato más tarde los dos llegaron a la ciudad deportiva del Northwalk. El lugar se llamaba Sandhill por una especie de montículo, similar a una duna de arena que adornaba la entrada. En la recepción le aguardaban el ojeador Ryan Cole y Michael Billings, un directivo de la junta, algo estirado y prepotente. Luke le esperó abajo, junto a la estatua del gato montés, la mascota del escudo y del equipo.

—Buenas tardes, Marcus. La verdad es que tu llamada ha sido toda una sorpresa. —Michael dejó claro que él mandaba.

—Hola. Sí, lo he pensado mejor —reconoció.

—Vayamos a mi despacho, allí charlaremos más cómodos —sugirió Michael con una sonrisa falsa. Los tres subieron a la primera planta del edificio. Allí el directivo les señaló una sala con su nombre grabado en una placa.

—Me alegra mucho que hayas cambiado de idea —confesó Ryan, mirando a Marcus en cuanto entraron en el despacho y tomaron asiento frente a un enorme y lujoso escritorio.

—Ya, normal que quiera jugar aquí. ¡La quinta división tiene que ser un asco! —opinó Michael.

—Bueno, se puede sobrevivir —dijo él.

—Yo prefiero vivir —replicó Michael—. Verás, los *wildcats* somos muy sinceros y aquí hay gente empeñada en que vengas. — Miró a Ryan—. Y otros que no lo tienen… Perdón,

que no lo tenemos tan claro. Somos un equipo de categoría y tú vienes de dónde vienes.

—Lo sé, pero voy a esforzarme al máximo para ser el delantero que el Northwalk necesita.

—¡Oh, vaya! —exclamó Michael con pena fingida. Era un cretino. Marcus lo intuyó en cuanto abrió la boca, pero ahora se es taba esforzando demasiado en dejarlo claro. El futbolista confirmó que no estaban allí para que firmara un contrato como jugador del Northwalk—. Me temo que ha habido un malentendido. Aquí no te necesitamos, Marcus.

—Entonces no entiendo para qué me habéis hecho venir. —protestó, sintiéndose tan pequeño y tan ingenuo, que solo quería salir corriendo de allí sin mirar atrás.

—Porque hay cosas que es mejor tratar en persona. Ya te he dicho que aquí nos gusta hacer las cosas bien.

—Supongo que entonces no tenemos nada más que hablar —dijo Marcus con un hilo de voz casi imperceptible, a la vez que luchaba para que las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos, se quedaran ahí.

—¡Michael, esto no es lo que habíamos acordado! —protestó Ryan—. ¡Yo me dejo la piel buscando jugadores, vienen aquí y tú les mandas a la mierda!

—¡No me jodas, Ryan! —le reprendió Michael—. No estamos tan mal como para fichar a un tío de quinta.

Marcus salió de allí hundido. Le temblaban las piernas, tenía un nudo en el estómago y sentía que todo su mundo se había derrumbado por enésima vez. Cuando vio a Luke, no pudo retener más las lágrimas. Él le abrazó y Marcus le pidió por favor que se largaran.

Al llegar al número siete de la calle Ground Hill se despidieron, y antes de bajar del coche, Marcus le besó. Fue un beso lento, algo tímido, que no tenía nada que ver con los de hacía unas horas. Sus labios se separaron, pero Luke le atrajo hacia él, volviéndolos a juntar y acariciando sus rizos dorados. La química que había entre ellos era tan grande que se olvidaron de intercambiar los números de teléfono. La mala noticia del Northwalk también contribuyó.

Esa misma noche, después de que el Northwalk le hubiera rechazado, Marcus se acercó a Walkey Road. Sabía que dejarse caer por un pub no solucionaría sus problemas, pero le daba igual. Se sentía imbécil por haber creído que podía convertirse en un futbolista profesional. Tras su visita a Sandhill solo podía hacer una cosa, asumir que eso jamás sucedería. Cuando acabara el verano tendría que buscar trabajo en una fábrica y un equipo de quinta, sexta o séptima. Aunque su sueño no se cumpliera, no estaba dispuesto a dejar el fútbol. Era lo único que podía salvarle de una depresión perpetua.

El pub The Crown era el mejor para jugar a los dardos de todo Westbrown. Estaba cerca de la casa de Luke, a quien Marcus habría llamado sin dudar si tuviera su número. Pero no lo tenía, por eso estaba jugando a los dardos con Mia. Era maja y muy directa, salvo cuando se trataba de amor. Esa chica de padres italianos, pelo castaño con mechas rubias, que adoraba el color negro; estaba colada por Marcus desde que se conocieron en el instituto. También era la más sensata del disfuncional grupo con el que el futbolista pasaba el rato.

—¿Jugamos una más y nos largamos de este antro? —preguntó Mia coqueta, acercándose a él y rodeándole con sus brazos.

—Yo estoy bien aquí —replicó él sin inmutarse.

—Podríamos jugar a otras cosas.

—Mia, aquí no hay billar. —Al oírle, la chica le soltó y suspiró irritada. Lo último que se le pasaba por la cabeza era jugar al billar.

—Olvídalo, Marcus. Nos pasaremos toooooda la noche jugando a los putos dardos y bebiendo cerveza.

—Si no quieres, no tienes por qué hacerlo.

—Sí quiero. ¡Maldito borde! —replicó ella—. Vamos a jugar otra partida, anda.

Luke entró en ese mismo pub con sus amigos, dispuesto a echar unos dardos y unas risas. Se acercó a la máquina para comprobar si estaba libre. Entonces vio a Marcus lanzando un dardo al mismísimo centro de la diana. Se quedó embobado mirándole, convencido de que no sabía hacer nada mal. También se sintió culpable por haberle pedido que llamara a Ryan. Parecía que había pasado una semana desde aquello, pero había sido hacía unas horas.

—Y tú… ¿qué leches miras? —Mia observó a Luke y chasqueó los dedos delante de su cara para llamar su atención—. ¿No ves que estamos jugando?

—Eh, sí sí, perdona. Solo quería saber si la máquina estaba libre —se defendió Luke.

—Pues ya ves que no —insistió ella, justo cuando Marcus llegaba con los dardos recién quitados de la diana.

—Hola… —Los dos se saludaron a la vez, algo tímidos.

—¿Os conocéis? —preguntó Mia mientras buscaba algo en su bolso. Los dos se quedaron en silencio mirándose—. ¿No sabéis si os conocéis?

—Eh… Sí, nos conocemos —dijo Luke.

—No lo tenéis muy claro —se rio Mia—. Bueno, voy a la barra. Marcus, ¿quieres algo?

—Sí, por favor. Una *stout*. —Marcus le dio veinte libras.

—¿Y tú? —preguntó ella mirando a Luke. El periodista dudó de que se refiriera a él. Pensaba que le odiaba.

—¿Yo?

—No, Ryan Gosling. ¡No te jode! —le vaciló Mia. Luke se rio y le pidió una cerveza como la de Marcus.

Mia regresó enseguida con los botellines. Luke le dio un largo trago al suyo.

—Deberías beber más despacio —le susurró Marcus.

—¿Tú cuántas llevas? —dijo Luke, un poco más alto de lo que habría deseado.

—Oh, Marcus nunca lleva la cuenta —respondió Mia—. Lo que pasa en Walkey Road se queda en Walkey Road.

—No suele pasar mucho en Walkey Road.

—Marcus, me deprimes. Voy a la barra a hablar con Rayna.

Mia se marchó a charlar con una de las camareras y Marcus miró a Luke.

—¿Has venido solo?

—No. Mis amigos están allí. —Luke señaló a un grupo de cuatro personas, que estaban al fondo del local, observándolos.

—No se les ve muy contentos.

—Ya, puede que les esté ignorando. Soy un amigo pésimo. —Marcus se echó a reír y Luke le dio diez libras.

—¿No puedo invitarte a una cerveza?

—Me has invitado a comer —contestó Luke.

—Y tú me has llevado a Northwalk.

—No me lo recuerdes.

—Vaale, nos olvidamos de Northwalk y a ver qué te parece esto: Tú dejas de ser un amigo pésimo y cuando me eches de menos, vuelves conmigo y nos tomamos una *stout* juntos.

—Vale, pero… ¿Y Mia? —le preguntó Luke. Él se volvió a reír.

—Ve, anda. Me están mirando tan mal que creo que quieren jugar a los dardos con mi cara —dijo Marcus, al notar cómo los amigos de Luke le fulminaban con la mirada.

Cuando Luke regresó con su cuadrilla, Ryan Cole apareció en el pub, mirando hacia todos los lados. El ojeador suspiró aliviado al ver a Marcus aburrido en la barra.

—Hola. Me he recorrido todos los pubs de la manzana para encontrarte —explicó Ryan, jadeando de cansancio y tomando asiento al lado suyo en uno de los taburetes.

—¿Para qué? —preguntó Marcus—. El Northwalk no trata con jugadores de quinta.

—Eso no es verdad y tú no eres un jugador de esa categoría, Marcus. Te he visto jugar y sé de lo que hablo —replicó el ojeador mientras le hacía un gesto a un camarero para que le trajera una cerveza.

—No creo que te mande tu compañero de la junta directiva a hacerme la pelota.

—Para nada. Voy a ser directo. ¿Qué te parecería estar cedido en otro equipo de Championship hasta que el Northwalk vea de lo que eres capaz?

—¿Por qué habéis cambiado de opinión? ¿Por qué hostias vienes a buscarme? —preguntó Marcus desconfiado.

—Porque el Northwalk sí te necesita y la junta directiva ha aceptado ficharte. Te pagaríamos el sueldo, y tú solo tendrías que jugar en otro sitio. Además, puedes elegir.

—¿Elegir entre qué?

—El Stanleyfield United.

—Ni de coña.

—O el Redfox, que está en Backtown, aquí cerca.

—Bueno… Eso no suena mal y tampoco tengo nada que perder —admitió Marcus—. Me refiero al Redfox. Jamás me pondría una camiseta del maldito Stanleyfield United.

—Entonces no se hable más. ¡Al Redfox!

En esa barra pegajosa de restos de bebidas del siglo pasado, Marcus firmó su primer contrato como futbolista profesional. No se lo creía. Hacía una hora estaba convencido de que su sueño se había roto y ahora era más real que nunca.

Luke estaba con sus amigos, pero no podía dejar de mirarle. Deseaba con todas sus fuerzas que la visita de Ryan trajera buenas noticias.

—Luke, estás en otro mundo —le reprochó Avery.

—Sí, en el mundo de: «Me he acostado con un futbolista y paso de mis amigos» —añadió Daniella en tono burlón.

—Bueno, la ropa del futbolista no le queda mal —le vaciló George, chocando la mano con Daniella.

—¿Queréis jugar a los dardos? —preguntó Luke, ignorando sus comentarios.

—¿Estás cambiando de tema? —bromeó Jacob.

—Sois muy petardos. No sé por qué os lo he contado.

—Porque somos tus amigos y nos adoras —dijo Daniella, arrastrándole hasta la diana. Antes de llegar, se encontraron de bruces con Marcus.

—Luke, te estaba buscando. ¿Podemos hablar? —dijo él mientras la cuadrilla le miraba con desconfianza. Marcus les ignoró. Se moría por contarle a ese chico de ojos de nebulosa y pelo color café que por fin tenía equipo. Quería celebrarlo con él. Solo con él, porque aquello era culpa suya. Si no le hubiese insistido para que llamara a Ryan, jamás lo habría

hecho. Luke sonrió y asintió.

—Oye, si vas a dejarnos tirados, tenemos derecho a saber quién es tu amigo —ironizó George.

—Él es Marcus.

—Encantados —dijo Daniella, presentándole a los demás. George, Jacob y Avery. Marcus sintió que nada más oír sus nombres ya se le habían olvidado.

—Ten cuidado, Luke —le pidió Avery. Él puso los ojos en blanco. Cuando salieron del pub, Marcus miró a Luke confundido.

—Oye, ¿por qué tus amigos me odian?

—Porque son muy especialitos y porque soy idiota, y saben que nos acostamos. Tú no les hagas caso.

—Mmm. Ya es la segunda vez que me pides que ignore a alguien —le vaciló Marcus y él se echó a reír.

—¿Vas a contarme qué hacía el ojeador del Northwalk en The Crown?

—¿Cómo sabes tú que…? —dijo Marcus sorprendido.

—Te estaba mirando —confesó Luke sonrojándose. Él sonrió y le acarició la mejilla con cariño.

—El Northwalk me ha fichado.

—¡Joder, eso es genial! ¡Vas a jugar Championship y luego… Premier!

—Luke, respira —se rio Marcus al verle tan emocionado—. No voy a jugar en el Northwalk, al menos de momento.

—¿Qué? —preguntó Luke sin entender nada.

—La primera opción de Ryan era el Stanleyfield United.

—No me jodas. ¿Vamos a fichar a un hooligan de los Wanderers? —Marcus le miró divertido, negando con la cabeza—. ¿Entonces?

—Me voy cedido al Redfox.

—¡Están en Championship y cerca de Westbrown! —se alegró Luke.

—Sí, y si me das tu número… Joder, ya sé que no hemos tenido una cita, pero… me encantaría celebrar esto contigo. —confesó con una sonrisa sincera—. Es que es culpa tuya. Sin ti jamás habría llamado a Ryan.

—Espérame aquí. —Marcus asintió y le aguardó apoyado en la pared de al lado del pub. Luke regresó enseguida con una botella de champán francés—. ¿Nos vamos?

—¿A dónde?

—A celebrar tu fichaje, tener una cita, y lo que quieras.

# 9 LA CAMISETA ahora

El Stanleyfield United había subido a la Premier a la vez que el Northwalk. Y Marcus lo odiaba. Era un sábado de esos en los que a veces, si tienes suerte, pega algo de sol a las dos de la tarde en Inglaterra. Pero el invierno estaba cerca.

El Northwalk lo tuvo muy fácil. Le clavó cinco goles al Stanleyfield, de los cuales, Marcus anotó dos. En el primero la celebración se le fue de las manos. Realmente hay pocas cosas que un futbolista pueda destrozar en un campo de fútbol. A no ser que la tome con el banquillo una vez sustituido. Pero Marcus no era así. Si Mario le cambiaba, lo aceptaba sin problema. Su compañero Rizik tenía más ego y se cabreaba un poco, pero enseguida se le pasaba.

Héctor dio un pase desde la defensa. A Marcus le cayó el balón a los pies y no perdió el tiempo intentando controlarlo. Simplemente chutó, tras levantar la pierna derecha en el aire, como si no le costara ningún esfuerzo. El balón dibujó un arco y fue directo a la portería por toda la escuadra. El guardameta se quedó embobado ante semejante obra de arte, y Marcus se volvió loco. Ese gol le importaba más que cualquier otro. Y no porque fuera un rival directo ni mucho menos. El Stanleyfield United luchaba por la salvar la categoría. El Northwalk, como siguiera así, por tocar el cielo levantando la Premier.

Marcus echó a correr y se dejó caer en el suelo, resbalando hasta una de las vallas publicitarias que proyectaban el escudo del Stanleyfield United. La golpeó con la pierna, y el emblema rojiblanco con la torre de la ciudad, se volvió borroso y se quedó congelado. Rizik y los demás se acercaron a celebrar el gol mientras la grada dictaba sentencia con una lluvia de vasos de plástico y abucheos. Estaban furiosos porque el nueve del Northwalk hubiese convertido el escudo de su equipo en una construcción pixelada de *Minecraft*.

Luke estaba en la zona de prensa del estadio del Greyouth, cubriendo una debacle más del equipo local y siguiendo el partido de Marcus desde su Tablet. Con la primera celebración se le escapó un grito que sobresaltó a varios periodistas.

—Luke, ¿estás bien? —le preguntó confuso el reportero del *Telegraph* que se sentaba al lado suyo.

—Eh… Sí. Yo… Se me ha atascado el ordenador —mintió.

—Entonces no te has enterado de la que acaba de liar Dickinson en Stanleyfield.

—Eh, ni idea —mintió Luke de nuevo.

Cuando el del *Telegraph* terminó de contarle lo que ya sabía sobre la dichosa valla, Luke intentó concentrarse en el partido del Greyouth. Cuando vio el segundo gol de su chico a través de la pantalla, se fijó en cómo miraba el banderín, y le leyó el pensamiento. «Marcus, no serás capaz», masculló en bajo. No quería volver a ser el centro de atención de todos sus colegas. Pero Marcus se controló, y el banderín *redwhite*, a diferencia de la valla, quedó intacto. Bastante tenía con una tarjeta amarilla por la primera celebración.

En cuanto terminó el partido, los *wildcats* se reunieron en el vestuario. El entrenador

italiano les felicitó por la victoria y por haber jugado tan bien. Después miró a Marcus y cambió el tono, a pesar de que había sido el mejor del partido.

—Has reventado una valla, *imbecille*. ¡Una puta valla! —le gritó Mario tan enfadado como decepcionado.

—Yo... Lo siento. No me he dado cuenta. —Marcus sabía que su excusa era tan pobre, que no se la creía ni él.

—¿Te crees que nací ayer? Lo has hecho a propósito, *cativo*. — Mario le llamaba así por su tatuaje, pero esa vez, lo de chico malo en italiano sonaba demasiado literal y frustrante.

—¡Hostia, lo de la valla es tendencia! —exclamó Juul mostrando su móvil—. Todo dios está insultando a Marcus.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó Rizik molesto por el linchamiento que estaba recibiendo su colega.

—Él ya ha hecho bastante —respondió Mario sin ganas.

—Y va a arreglarlo —replicó David Scott, irrumpiendo en el vestuario, acompañado por su hermano Simon.

Los presidentes del Northwalk fueron directos hacia Marcus. El futbolista seguía sentado, apoyado contra la pared del vestuario *redwhite*. Simon y David le miraron expectantes.

—Siento haberme cargado esa valla —se disculpó.

—Me alegro, porque vas a tener que disculparte hasta la saciedad —replicó David, tan estirado como siempre.

—Verás, Marcus, tu pequeño incidente no ha gustado mucho en Stanleyfield —explicó Simon, como un padre paciente y comprensivo cuando su hijo se porta mal.

—¡Por el amor de dios, Simon! No puedes ser tan cándido. Eso no ha sido un incidente —gritó David.

Rizik, Konstantin y otros *wildcats* se despidieron de Marcus de seándole suerte. El futbolista se quedó solo ante la atenta mirada de los presidentes y su entrenador.

—Da igual, porque vamos a arreglarlo. Antes de venir aquí, hemos hablado con los del Stanleyfield y mi idea les ha encantado. Su capitán y tú os intercambiaréis las camisetas y os las pondréis ante un montón de fotógrafos y periodistas —explicó Simon entusiasmado con su ocurrencia.

—Pero es que… —Marcus quiso decir que podía pedir perdón mil veces, pero no ponerse esa camiseta, pero David no le dejó.

—De ninguna manera. Acabas de romper esa valla que vale una millonada. Eso no importa, se encarga la Premier. Pero dicen que has humillado a su club y has dejado al nuestro por los suelos. Y eso no puede ser. Te esperamos en media hora en el campo. Ponte elegante y lleva tu maldita camiseta. —Marcus asintió. No podía hacer otra cosa—. Por cierto, tampoco queda muy bien que tengas a tus padres buscándote por todo el estadio. Han hablado ya con media junta directiva del club. El señor Dickinson y yo comenzamos a estar de acuerdo en que tienes problemas de comportamiento.

—Marcus, un mal día lo tiene cualquiera, pero por favor, habla con tus padres. Seguro que ellos te entienden —dijo Simon, cuando David salió del vestuario dando un sonoro portazo—. Hazme caso. La familia siempre estará ahí. El fútbol, las vallas rotas y las fiestas, no.

Marcus miró a Simon sin saber qué decirle. El presidente le dio un abrazo y le dejó solo. El futbolista se metió a la ducha y allí se desahogó gritando. Con lo bien que había ido el

partido, la tarde no podía ir peor. Creía que sus padres se habrían largado cuando les había dicho que no tenía nada que hablar con ellos. Eso fue antes del calentamiento, pero los Dikinson no entendían el significado de la palabra no.

Un poco más tarde, el delantero llegó al campo en vaqueros, y con una sudadera azul. Llevaba la equipación del Northwalk en la mano, y esperaba no tener que ponerse la dichosa camiseta del equipo que más odiaba sobre la faz de la tierra. No pudo evitar mirar la valla que se había cargado. Ver a sus padres y estar en la ciudad en la que había nacido y crecido, y de la que se quería largar cuanto antes, le había afectado demasiado.

Thomas Patel era el capitán del Stanleyfield United. Se había pasado toda la vida en el equipo, salvo cuando le cedieron durante una temporada en Escocia. A Marcus le parecía demasiado bueno para defender esos colores. Los dos se dieron la mano y se cambiaron las camisetas ante una nube de flashes de cámaras. David carraspeó cuando vio cómo Thomas se ponía la camiseta azul del Northwalk y Marcus se quedaba quieto. El futbolista suspiró y se tragó sus principios. Se puso la elástica rojiblanca y se disculpó con la afición del Stanleyfield y con el fútbol por haber sido un mal ejemplo. Para suavizar las cosas dijo que no era consciente de lo que había hecho. Puede que estuviera extasiado por el gol, al fin y al cabo, había sido una maravilla. Pero había visto perfectamente la valla con ese escudo que ahora adornaba su pecho. Tras atender a la prensa, charló un poco con Thomas. El capitán bromeó con hacer lo mismo en su visita a Northwalk y Marcus se desternilló de risa.

El bus del Northwalk se había largado hacía rato, pero el delantero se negó a volver en coche con los presidentes. No necesitaba escuchar otra vez los reproches de David ni los consejos de Simon. Así que, salió del estadio, marcando en su móvil el número de Luke. Quería largarse de allí cuanto antes y olvidar esa maldita tarde.

—Hola, Marcus —le interrumpió una mujer rubia, de mediana edad, muy maquillada y vestida con elegancia.

—¿No me habéis oído antes? No quiero hablar con vosotros — contestó Marcus sin ganas, bloqueando el móvil y tocándose el pelo nervioso. Sus padres no habían cambiado nada en el año que llevaba sin verles. Seguían tan bordes, superficiales, intolerantes y prepotentes como siempre.

—Así que, ahora eres una estrella del fútbol y ni dios puede acercarse a ti —le reprochó Brendan.

—Cuando no me conocía nadie tampoco podíais acercaros y no teníais ningún interés en hacerlo —respondió él, deseando que le dejaran tranquilo.

—Marcus, a pesar de tus malas decisiones sigues siendo nuestro hijo —le recordó Megan, acariciándole la mejilla, aparentando que eran unos padres comprensivos y cariñosos. El delantero dio un paso atrás, rehuyendo el contacto físico.

—Eso por desgracia no puedo cambiarlo.

De normal, Marcus no tenía filtro y solía soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza. Intentó contenerse para no gritarles lo que estaba pensando en ese momento. No huyó de la casa de sus padres con dieciséis para volver a aguantar sus reproches y su desprecio.

—Veo que sigues con problemas de comportamiento. Joder, Marcus tienes veinticinco años y juegas para Inglaterra. Ya no puedes hacer el gilipollas. Debes madurar —comentó Brendan mirándole fijamente.

—Tengo veintitrés. ¿Qué queréis? No creo que hayáis venido hasta aquí para psicoanalizarme.

—Ahora que eres un futbolista importante, no puedes comportarte como hacías antes. Bueno, igual has dejado de hacerlo. Le hemos preguntado a tu hermano, pero ni él lo sabe —le reprochó Megan sin molestarse en bajar la voz.

—¿El qué, mamá? —preguntó de forma irónica mientras su ira crecía a pasos agigantados.

—Lo que tu madre y yo queremos es que te dejes de mariconadas. ¡Tienes que ser un hombre de verdad! Deberías encontrar a una mujer y formar una familia. —Brendan se acercó a su hijo y él dio otro paso hacia atrás, antes de largarse de allí. Quiso gritarles que no tenía que cambiar y que no se avergonzaba de quien era. Pero no tenía fuerzas y, tampoco serviría de nada, así que se marchó corriendo. Se puso los cascos y no escuchó cómo sus padres le criticaban. Buscó una zona más tranquila y lejos de ellos para llamar por fin a su novio. Cuando la encontró, empezó a llover, pero no quiso moverse. Prefería mojarse antes que volver a encontrarse con Megan y Brendan.

Cuando Luke llegó a casa, se preparó un café. Se lo tomó con sus cereales favoritos mientras leía un libro. Decidió pasar de la televisión cuando vio que todos los programas hablaban de Marcus y de la dichosa valla. Por el mismo motivo, silenció el grupo de mensajes del trabajo. Cuando se terminó el café, su móvil sonó.

—Luke. ¿Me puedes venir a recoger a Stanleyfield? —suplicó Marcus desesperado a través del auricular.

—Yo también te quiero —respondió Luke con sarcasmo—. ¿Qué hostias has liado?

—Una puta valla se quería pegar conmigo. —Luke se echó a reír.

—¿Cómo leches voy hasta allí? Mi coche está en el taller.

—En el garaje de nuestra casa tienes un Bentley. Igual no te has fijado nunca. Oh, sí lo has hecho. Lo has conducido mil veces y, sabes de sobra que sus asientos traseros son muy cómodos… —le recordó Marcus sonriendo un poco.

—A ver si lo he entendido. Te has quedado tirado en el mejor estadio del mundo y estás pensando en sexo.

—Lo primero es mentira. Este estadio es lo peor, pero lo segundo es cierto. Siempre lo es. Luke, ahora en serio. No aguanto ni un minuto más en este sitio. El bus del equipo se ha pirado sin mí. Encima, han venido mis putos padres.

—Salgo ya. En menos de media hora estoy allí. Te lo prometo.

—Gracias, no corras. Luego vamos a un concesionario.

Marcus tenía razón, a Luke le gustaba conducir el Bentley, pero jamás elegiría un coche así. No podía presentarse en la redacción del *Sunrise* con un deportivo. Sus compañeros tardarían muy poco en descubrir su secreto. Por el coche y porque Luke no sabía mentir. A Marcus tampoco se le daba muy bien, pero a él no le interrogarían por conducir un coche de doscientas mil libras. Era futbolista, pero pasaba de tener el garaje lleno de autos de lujo. Le bastaba con su Bentley azul, ese mismo que apareció derrapando en el parking del estadio. Marcus sonrió al verle, a pesar de estar calado hasta los huesos y tiritando de frío. Abrió la puerta y lanzó su mochila al maletero. Entró en el coche y se acomodó al lado de Luke.

—¡Joder! Estás helado —dijo Luke cuando le tocó la cara.

—Sí. Ha sido una tarde de mierda. Pero ahora estoy contigo — suspiró Marcus, poniéndole la mano sobre el muslo con una sonrisa de oreja a oreja. Por fin se sentía en casa. Daba igual dónde estuviera, con Luke a su lado siempre estaba a gusto. Marcus se quitó la sudadera y él le miró maravillado—. ¿Por qué no arrancas?

—Porque… Joder. ¿Esto es real? ¿Por qué leches llevas esa camiseta? —preguntó Luke mientras Marcus se debatía sobre si era muy sensato quitársela. Los cristales estaban tintados y su sudadera, mojada. Si hubiera llevado el anorak del equipo… Mientras lo pensaba, Luke le miraba con deseo, mordiéndose el labio inferior.

—Si me das un poco de tu café y me cambias tu camiseta, te lo cuento —dijo señalando el termo que descansaba en el portavasos.

—El café es tuyo. Lo he preparado para ti antes de salir de casa.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantas?

—Sí, todos los días —sonrió Luke—. Pero lo de la camiseta no lo veo. Te queda perfecta.

—Vámonos de aquí, capullo —dijo Marcus, revolviéndole el pelo. Después aprovechó la temperatura del termo para calentar sus manos mientras Luke conducía lejos del estadio—. Joder, quiero llegar a casa ya y que se acabe esta maldita tarde.

—No tiene por qué acabar tan mal —sugirió Luke, luchando por concentrarse en la carretera y no en Marcus.

—Te escucho.

—Llevas una camiseta del Stanleyfield United.

—No me lo recuerdes —gruñó Marcus hasta que dejó de lado su frustración y le entendió—. Así que estás cachondo.

—Estoy conduciendo.

—Pero estás cachondo porque llevo esta camiseta —adivinó Marcus, señalándose la prenda con el número siete de Thomas a la espalda. Luke sonrió.

—Cuéntame lo que ha pasado, anda.

—En el primer gol he visto esa puta valla que ahora debe ser más famosa que el Rey de Inglaterra. Tenía este escudo —Marcus se señaló la camiseta y Luke le miró cuando frenó el coche en un semáforo. Volvió a morderse el labio y él negó con la cabeza—. Le he dado una hostia y se ha jodido. Mario me ha echado la bronca y Juul ha dicho que me estaban poniendo a parir hasta en TikTok. Luego han venido los presis. Simon ya sabe que no soy un santo y David… sigue siendo un estirado. Entre los dos han organizado un acto en el que Thomas Patel y yo nos hemos tenido que cambiar las camisetas.

—Oh. ¿Es del capitán del United? —suspiró Luke. Marcus se echó a reír y le dijo que sí —. ¿Te acuerdas de cuando yo te di una como la que llevas puesta y me miraste fatal?

—Sí. Luego me lanzaste una del Leeds y me debí volver irresistible y follable.

—Más de lo que ya eras, así que imagínate —bromeó Luke.

—¿No te gusto más con esta?

—Obvio, soy un *redwhite* —dijo haciéndole reír—. ¿Qué más ha pasado?

—Cuando ya me iba a llamarte para pedirte que me vinieras a buscar, como un niño al que castigan en el cole… —Ambos se rieron con la comparación de Marcus—. Han venido mis padres a preguntarme si ya no me gustan los chicos. Me han recomendado que busque una mujer y que forme una puta familia.

—¡Joder, qué gilipollas! ¿Qué les has dicho?

—Que solo me gusta un periodista del *Sunrise Press* que está harto de ver partidos del Greyouth. —Luke sonrió—. Ojalá se lo hubiera dicho, Luke.

—No tienes por qué hacerlo. ¡Que les den! —opinó Luke.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Marcus.

—¿El qué?

—Hacerme sentir bien, aunque el día sea una mierda.

—¿Cómo lo haces tú? —dijo Luke.

Los dos se miraron y se sonrieron. Faltaban diez millas para llegar a casa, unos quince minutos. Les pareció una eternidad y acabaron desviándose hacia una zona de coníferas, bañada por la luz del atardecer. El bosque Kirklane era uno de los más olvidados del condado de York.

—Me muero por abrazarte, por besarte, y por que me quites esta camiseta —comentó Marcus mientras Luke metía el coche en la parcheada carretera que conducía al mirador.

—Jo, ¿tengo que quitártela?

Marcus se echó a reír. Comprobaron que no hubiera nadie en la zona y aparcaron en un sitio lejano y escondido. El bosque era precioso, pero ni siquiera se llenaba de gente cuando hacía bueno. Esa tarde la lluvia golpeaba con ganas los cristales del Bentley. Luke apagó las luces y Marcus echó con fuerza el freno de mano para que no acabaran despeñados por el barranco. Luke se sentó encima suyo con las piernas colgando y le miró, perdiéndose en sus ojos azul océano y en las pecas que rodeaban sus pómulos. Acarició sus rizos dorados antes de besarle hasta quedarse sin aliento.

—Voy a echar el asiento hacia atrás. No te asustes y agárrate a mí —le avisó Marcus, pero Luke no le escuchó. Estaba demasiado ocupado, acariciándole la tripa y lamiéndole el cuello. Cuando el asiento se movió, Luke perdió el equilibrio y se dio un golpe en la rodilla con el freno de mano—. ¿Estás bien?

—Sí… Es solo un golpe y tú eres un bruto.

—Luke, te he avisado y te he pedido que te agarraras a mí.

—¡Te estaba besando!

Los dos se miraron y estallaron en risas, antes de volver a comerse a besos. Los cristales tintados se empezaron a empañar tanto que la sombra de los pinos dejó de verse a través de ellos. Luke le mordió el lóbulo de la oreja y metió las manos bajo esa camiseta que tanto le gustaba. Le acarició, pensando en lo mucho que adoraba su besable, pálida y suave piel.

—Sabes que no voy a volver a ponerme esto jamás, ¿no? —Marcus señaló el escudo del Stanleyfield United.

—No me importa. Me gustas tú, no tu camiseta.

—Es para ti —confesó Marcus y sus labios volvieron a fusionarse—. Eso y el hecho de que Thomas no sea un cretino es lo único que ha evitado que saliera corriendo delante todas las cámaras.

—Eres increíble —dijo Luke, casi en un gemido, porque Marcus acababa de meter la mano en su slip.

—¿Quieres que rompa más vallas?

—Ni de coña.

La camiseta del Stanleyfield United acabó tirada por el Bentley, junto a la sudadera de Luke. Empezaron a masturbarse, besándose y olvidándose de la valla, de los padres pésimos, del Greyouth y de lo deprimente que había sido esa tarde hasta que habían podido estar juntos. Al poco rato, Marcus escuchó un ruido.

—Mierda, creo que viene alguien.

—¿Qué? —preguntó Luke sin dejar de tocarle.

—Escucha eso. ¡Es un puto coche acercándose!

—¡Joder! ¿En serio? ¿Quién viene un sábado por la tarde al bosque Kirklane?

—¿Nosotros? —dijo Marcus encogiéndose de hombros y sin saber qué hacer. El coche estaba cerca, a punto de dar la curva. ¿Y si se paraba en el mirador? Les pillarían seguro. Al pensarlo, Marcus reaccionó. A Luke le costaba hacerlo cuando estaba excitado—. Vuelve al asiento y arranca.

—Eh… Estoy medio desnudo y tú también. —Marcus sonrió al ver que Luke había vuelto. De repente, un Mercedes de color rojo intenso, hizo la curva y dio el intermitente para adentrarse en el parking. Los dos se miraron aterrados y Luke volvió rápidamente al asiento del conductor. Intentó quitar el freno de mano, pero Marcus lo había subido con tanta fuerza que no podía ni moverlo. Él le ayudó y justo cuando el Mercedes daba marcha atrás para aparcar de culo, Luke arrancó y salieron de allí, derrapando y a toda velocidad. Cuando abandonaron la carretera del bosque, los dos se echaron a reír.

—¿Vamos al concesionario? —sugirió Marcus.

—Creo que sin camiseta no nos van a dejar entrar. —Marcus le dio la elástica del Stanleyfield y a Luke se le iluminó la cara—. A ti te queda mejor.

—¿Sabes ya qué coche quieres, capullo?

—¿Un Ferrari? —bromeó Luke.

—Suena bien eso de tú y yo, en un Ferrari, en el bosque…

—Lo de tú y yo, suena bien en todos los sitios —replicó Luke, esbozando una sonrisa.

# 10 RICITOS DE ORO antes

Marcus llamó a su hermano Enzo por teléfono. Sabía que se enteraría de que ya no jugaba en quinta.

—¡Me alegro mucho por tu fichaje! —le dijo con sinceridad.

—Gracias, Enzo. ¿Tú qué tal?

—No tan bien como tú. Oye, ya sé que llevas un siglo sin pasar por Stanleyfield, pero mamá y papá se alegrarían si les hicieras una visita. Además, ahora vas a ser famoso.

—Eh… No creo —replicó Marcus.

—Ya verás como sí. Oye, deberías tener cuidado —sugirió Enzo.

—Tranquilo, no pienso volver a Stanleyfield.

—Lo imaginaba. No hay nadie más terco en todo el mundo que el idiota de mi hermano pequeño —le vaciló Enzo. Marcus sonrió al pensar que Luke era mucho más cabezota que él—. Lo decía por lo tuyo, ya sabes.

—OK, gracias por el consejo —dijo Marcus mientras negaba con la cabeza.

Enzo insistió en que debía ir a visitar a sus padres. Marcus se negó de nuevo. Le costó un mundo largarse de allí, y cuando lo hizo tuvo muy claro que si algún día regresaba a esa ciudad, tendría que ser por un buen motivo.

La presentación de Marcus fue en Fox Park, el estadio de su nuevo equipo. Allí se reunieron varios periodistas y unos cuantos aficionados de los zorros rojos. Marcus posó con la camiseta rojinegra y su nuevo dorsal, el dieciséis. El nueve estaba pillado, siempre suele estarlo en los equipos de fútbol. Tras dar unos toques al balón y atender a la prensa, Marcus se preparó para irse a entrenar. Cuando llegó al parking, vio a Luke a lo lejos y se acercó a él sonriendo.

—Hola, periodista del *Westbrown Post* —bromeó Marcus.

—Hola, futbolista del Redfox —se rio Luke, levantando la vista del capó de su coche averiado.

—¿Qué necesitas?

—Que mi coche arranque.

—Puedo ayudarte o acercarte donde sea —sugirió Marcus.

—¿Puedes girar la llave hasta que oigas un clac?

El futbolista asintió y se montó en el coche de Luke. Tras un rato girando la llave, se escuchó el clac y el coche arrancó.

—¿Dónde vas? —preguntó Marcus sin bajarse del asiento del conductor.

—A la redacción, ¿tú?

—A mi primer entrenamiento.

Marcus se puso de pie y le limpió con delicadeza las manchas de grasa que tenía en la cara por culpa del coche. Él sonrió y los dos se contuvieron para no besarse. Ninguno había puesto nombre a lo que tenían. Simplemente, se escribían, quedaban, charlaban de mil cosas y pasaban las noches juntos, comiéndose a besos, riéndose, haciendo el amor y durmiendo

abrazados.

McCoy, el entrenador del Redfox le dejó las cosas claras desde el primer día. El equipo ya tenía un nueve, así que le tocaría chupar banquillo. Marcus le dijo que aprovecharía cada oportunidad que le diese y el técnico sonrió. Enseguida descubrió quién era el titular. Fabio Moretti, un jugador de Roma, de veinte años, bastante inmaduro y con mucho ego. Estaba muy bueno, pero era muy gilipollas y se pasó todo el entrenamiento ignorando a su nuevo compañero. Antes de terminar la jornada, McCoy dio las últimas instrucciones para la pretemporada que estaba a punto de comenzar. Los partidos serían en Escocia, Gales e Irlanda. Viajarían en avión, porque el del Redfox era de esos entrenadores alérgicos a los largos viajes en autobús.

A la mañana siguiente Luke estaba en la redacción aburrido mientras todos sus compañeros discutían por las fechas de sus vacaciones. Nadie quería cubrir las giras que no fuesen de los grandes equipos.

—Necesito a alguien que se encargue de la pretemporada del Redfox. Son nuestros vecinos de Backtown y juegan en segunda. —El director del diario era un tipo malhumorado que siempre andaba mirando el reloj y con miedo al cierre de rotativas.

Luke estaba leyendo una noticia de un fichaje mientras daba los últimos sorbos a su café de la mañana. La palabra Redfox hizo que levantara la vista del portátil y que pusiera los cinco sentidos.

—Yo puedo cubrir la pretemporada del Redfox —dijo Luke levantando la mano.

—¡Bien hecho, Doyle! En dos días te largas para Irlanda. Quiero que nos informes de rumores de fichajes, de cómo van los jugadores, de quién es bueno, de quién es más malo que un dolor de muelas, de quién se va de fiesta… Lo quiero todo. ¿*Capisci*? —Él asintió —. Como suban a Premier, el año que viene se va a armar una buena. ¡Quién le iba a decir a *Party Dickinson* que iba a acabar en Championship!

A Luke el último comentario de su jefe no le hizo gracia. No soportaba que nadie se metiera con Marcus. Eso solo podía significar una cosa, se había enamorado de él. Aunque no estuvieran saliendo, lo suyo era algo más que sexo o amistad. Si no lo fuera, no habría renunciado a sus vacaciones en la Costa Azul con sus padres, por cubrir la pretemporada del Redfox.

Marcus odiaba madrugar, pero ese día se despertó a las cinco con una sonrisa. Faltaban dos horas para que el avión saliera hacia Dublín. Allí, el Redfox jugaría ante el Blackburn. Marcus llegó con tiempo al bus que acercaría hasta el aeropuerto a los futbolistas, cuerpo técnico, directivos y periodistas. Antes de subir al autocar charló un poco con sus compañeros. Después se puso los cascos, se acomodó en uno de los asientos del fondo y se quedó dormido. Se despertó cuando el autobus llegó al parking del aeropuerto. Al ver a Luke a su lado pensó que seguía soñando.

—¡Luke! ¿Qué qué haces aquí? —preguntó emocionado. Él le mostró la acreditación de prensa y Marcus sonrió—. ¿En serio voy a tener que aguantarte durante toda la gira?

—Si quieres…

—Obvio que quiero. ¿Por qué no me lo contaste?

—Quería hacerlo, pero no sabía si te haría gracia —confesó Luke inseguro. Marcus se levantó y se acercó a él.

—Me encanta que estés aquí, pero no te he visto durante el viaje.

—Ya, eso es porque te has quedado dormido.

—Algunos no llevamos bien eso de madrugar —le vaciló Marcus, tocando su acreditación de prensa.

—¡Vosotros dos! ¿Qué diablos hacéis? Tenéis que bajar del bus. Los demás ya están en la puerta de embarque —gritó un utillero del equipo, asomándose por la puerta. Los dos se echaron a reír y corrieron hacia la terminal.

Durante todo el día, el móvil de Marcus no dejó de sonar. Sus padres le mandaron un montón de mensajes, suplicándole que hablaran cuando regresara a Inglaterra. No respondió, pero sabía por qué de repente estaban tan interesados en él. En Championship se gana mucho más que en quinta división. Era un motivo tan triste, cruel y egoísta como ellos.

Dublín fue testigo de los primeros minutos de Marcus con la camiseta roja y negra del Redfox. Sustituyó a Fabio en el minuto 76. No marcó ningún gol, pero sí dio una asistencia a su compañero Harris. Todo el equipo celebró el tanto, menos Fabio. Marcus no sabía por qué, pero ese chico le odiaba. Tras varios entrenamientos y un partido, empezaba a sentir que aquello era mutuo. Al volver al hotel, McCoy les dio la mañana siguiente libre. Después de cenar, casi todos se reunieron en un céntrico pub de Dublín. A Luke le tocó ir allí por culpa del director del periódico. El hombre estaba obsesionado con saberlo absolutamente todo sobre los zorros rojos. Así que, mandó a su reportero a investigar.

Marcus optó por relajarse en la solitaria piscina del hotel. En esa zona, hasta las noches de julio eran frías. No se le pasó por la cabeza meterse al agua, prefirió relajarse mirando la luna llena desde la tumbona. Cuando su móvil sonó, dudó. No quería más reproches de sus padres. Miró la pantalla y sonrió al ver la imagen de Luke, tirado en el sofá, con los ojos brillantes y sacándole la lengua. Marcus le hizo esa foto la semana pasada en su casa de Westbrown.

—Antes has dicho que querías aguantarme durante toda la gira. ¿Dónde leches estás? —preguntó el periodista divertido, al otro lado de la línea.

—En la piscina. ¿Ya has terminado tu investigación, Sherlock? —le vaciló Marcus.

—Elemental, querido Watson. ¿Qué hostias haces en la piscina?

—Pasar un poco de frío, mirar la luna y hablar con mi periodista favorito.

Luke tardó quince minutos en llegar. Sonrió al ver a Marcus caminando de un lado a otro con los cascos puestos. Se acercó a él por detrás, pero Marcus se asustó y le empujó al agua. Luke gritó y Marcus se lanzó a la piscina detrás suyo.

—¡Joder! ¡ESTÁ CONGELADA! —protestó Luke. El agua le cubría hasta la cintura y su temperatura no era nada agradable.

—¡Lo siento! Perdón, joder. Me he asustado. No sabía que eras tú —se disculpó Marcus acercándose a él.

—Tranquilo, no se lo diré a mi jefe —bromeó Luke, más calmado, a pesar de que se estaba congelando. Marcus se echó a reír y le salpicó agua—. ¿No crees que ya me has mojado suficiente?

—Oye, que me he lanzado al agua por ti.

—Eres un encanto —ironizó Luke, con la camisa blanca transparente y sus vaqueros empapados por culpa del agua. Le hizo un gesto a Marcus para que se movieran, pero el futbolista continuó quieto, mirándole ensimismado. Cada vez estaban más cerca—. ¿Salimos del agua? ¡Marcus! ¿Me estás escuchando?

—No, es que… Eres jodidamente guapo, y esa camisa es una puta maravilla. Me encanta tu pelo, tu risa… Tus ojos me pierden y adoro tus labios, tu voz… Joder, Luke, me encantas y me vuelves loco —confesó Marcus, acariciándole las mejillas con dulzura. Él suspiró y se mordió el labio.

—Tú también me encantas, pero nos puede ver alguien —le susurró Luke, conteniéndose de nuevo para no pegar sus labios a los suyos.

—¿Vienes a mi habitación? —Luke asintió y le dio la mano.

La habitación de Marcus estaba al fondo del pasillo. Antes de entrar, los dos comprobaron que no hubiera nadie cerca. Cualquiera que les hubiese visto entrando al hotel con la ropa empapada, tendría demasiadas preguntas. Ninguno habría salido airoso de ese interrogatorio. Suspiraron aliviados en cuanto Luke cerró la puerta con el pie. Marcus le cubrió de besos y no tardaron nada en entrar en calor, olvidándose del agua congelada de la piscina. La noche del debut de Marcus con el Redfox acabó siendo perfecta.

La siguiente parada del viaje fue Galway, una ciudad situada en la costa oeste de Irlanda, a la que se llegaba en apenas una hora de vuelo. Allí se enfrentaron al Watford, delante de siete mil personas. Marcus jugó toda la segunda parte y la aprovechó al máximo. Metió su primer gol como jugador del Redfox y dio otra asistencia. Aun así, el Watford ganó por tres a dos. El estadio ovacionó a Marcus y su equipo le felicitó por haber jugado tan bien. El futbolista no se lo creía. Sentía que estaba en una nube de la que no quería bajar jamás.

Luke sonrió cuando le tocó describir en su crónica a la nueva joya del equipo. El delantero estaba durmiendo desnudo en su cama del hotel. A Luke le fascinaba que a Marcus los orgasmos le dieran sueño. A él le volvían más creativo, por eso escribió el texto en un tiempo récord y su jefe le felicitó por el titular: «A pesar de la derrota y la lluvia, Dickinson dio un recital de fútbol».

Tras dejar Galway y jugar dos partidos en Cork, al sur de Irlanda, pusieron rumbo a Gales. En el avión, Fabio se sentó junto a Marcus. El delantero italiano de cuerpo atlético y ojos marrones intensos, por fin le habló.

—Sé lo que haces, Dickinson —le dijo Fabio con chulería. Marcus sintió que se le paraba el corazón porque había descubierto lo suyo con Luke. Aunque tuvieran cuidado, se alojaban en el mismo hotel y se la jugaban para pasar juntos todas las noches de la gira.

—¿Qué hago, Moretti? —Marcus sabía que nadie le llamaba por su apellido y también, que estaba jodido si ese chico estaba al tan to de su secreto.

—Maldito *imbecille*! Tu rollo de: «soy un *outsider* al que todo le importa una mierda», no cuela conmigo, Dickinson. Sé que quieres quitarme el puto nueve. —Al oírle, Marcus se relajó. Fabio no sabía nada. Solo pensaba que quería quitarle el puesto, lo cual no era cierto, pero él no le escucharía. Era demasiado engreído como para hacerlo—. ¡Ni lo sueñes! Yo soy el delantero de este equipo. ¿Para qué coño has venido? Aquí no te necesitamos.

—Estoy cedido, idiota. Cuando acabe la temporada me largaré al Northwalk.

—¡Tú sí que eres idiota! ¡Joder, no te soporto!

—Ni siquiera me conoces —replicó Marcus, harto de las gilipolleces de su compañero.

—Ni falta que me hace —dijo Fabio, levantándole la barbilla para mirarle más de cerca y dejarle claro que iba en serio. Varios periodistas miraban la escena atónitos desde la otra fila de asientos.

—Que te jodan, Fabio —respondió Marcus cuando el italiano le soltó.

—Te voy a… —Antes de que Fabio pudiera darle un puñetazo en su preciosa cara, Luke

se acercó y le agarró por la espalda. El periodista tiró de la camiseta de Fabio para separarle. No fue fácil porque Fabio tenía el cuerpo de un jugador de fútbol americano. Luke, en cambio era más pequeño y menudo, pero le dio igual.

El italiano se quedó en shock y algo avergonzado de que todo el avión estuviera al tanto de su berrinche. Luke regresó a su asiento y McCoy se acercó a sus delanteros. El entrenador miró a Fabio con un cabreo descomunal.

—¿Qué mierda te pasa, Fabio? ¡Somos un equipo! ¡Un puto equipo! —gritó McCoy fuera de sí—. ¿Por qué cojones has intentado pegar a tu compañero?

—Yo… Lo siento… Se me ha ido un poco la olla.

—Un poco no. ¡Del todo! —replicó el entrenador sin que se le pasara ni siquiera un poco el enfado—. Pídele perdón y que esto no se vuelva a repetir.

Fabio agachó la cabeza y se disculpó con Marcus. El inglés aceptó su tímido «lo siento» y se puso los cascos. No quería volver a hablar con él en todo el viaje.

**Luke_11:58**
¿Estás bien?

**Marcus_11:59**
Sí, gracias. ♡
Hace un mes me salvaste en el pub, luego de Miller.
Y ahora de Fabio Moretti.
Joder, Luke, eres un puto superhéroe.

**Luke_12:00**
¿Cuál es mi súper poder?

**Marcus_12:00**
Tu visión de rayos X hace que nadie pueda pillarnos. Tu velocidad y tus reflejos siempre me salvan.
Tu resistencia te permite hacer el amor durante horas. Tu insistencia me convirtió en futbolista de Championship.
También tienes un don para escribir.
Joder… Luke.
¡Eres Superman!

Con la última frase de Marcus, Luke soltó una carcajada que escuchó medio avión.

Dos días después de descubrir que Fabio odiaba a Marcus y que Luke era un superhéroe, el Redfox perdió su partido contra el Swansea. No es fácil ganar en pretemporada ante rivales directos. Tras la derrota, Luke estaba solo en su habitación escribiendo la crónica. Más tarde tenía una entrevista con el cuerpo técnico del Redfox. Harris Dankworth invitó a Marcus a que se fuera con el equipo de fiesta por Gales. Harris era el diez del equipo y un tío tan bromista como cabezota. Tenía un montón de *tattoos* con frases inspiradoras y estaba casado con una de las mejores guionistas del país. Al futbolista de Stanleyfield le habría encantado ir con ellos, pero sabía que Fabio estaría allí. Así que, le puso una excusa y se quedó solo en su habitación. No quería empeorar más las cosas.

A las dos de la mañana el sonido de la puerta despertó a Marcus. Fue a abrir sonriente y convencido de que se trataría de Luke. Se quedó a cuadros al ver al mismísimo Fabio

Moretti con una botella de ginebra pegada a sus labios. Marcus negó con la cabeza y cerró la puerta. El italiano no insistió. Que te cierren la puerta en las narices es una indirecta demasiado directa. Media hora más tarde, alguien volvió a llamar a la habitación del jugador dieciséis del Redfox.

—Dios, Fabio. No tengo nada que hablar contigo. ¡Déjame en paz! —gritó Marcus, saliendo de la cama en calzoncillos para abrir la puerta.

—Hola. ¿Quieres que te deje en paz? —Luke estaba apoyado en el marco y sonreía como si hubiese bebido.

—Tú no —respondió Marcus riéndose y asomándose al pasillo para comprobar que no hubiese nadie mirándolos. Tiró del brazo de Luke y lo metió en su habitación.

—Sí que me has echado de menos, Ricitos de Oro —le vaciló Luke antes de abrazarle.

—Eso me gusta más que lo de *Party* Dickinson, aunque es más cursi —opinó Marcus divertido.

—Paso de llamarte como el imbécil de Miller y, como tus rizos son dorados… Joder, ¿no te estás asando? Aquí hace mucho calor.

Marcus se rio y le besó el pelo. Su risa se convirtió en un suspiro cuando Luke se quitó la camiseta y se desabrochó los vaqueros negros. Cuando se quedó en calzoncillos, tiró de él para llevarle a la enorme cama en la que, hacía unos minutos Marcus intentaba dormir. Aquello era mejor que cualquier sueño reparador. Luke se acomodó encima suyo, solo con sus slips negros, dispuesto a besar cada pliegue de su pálida y suave piel.

—¿Qué has bebido? —preguntó Marcus casi gimiendo, pero en un tono tan responsable que a Luke le excitó más todavía.

—Cerveza *porter*. Es más fuerte que la *stout*. Marcus, ¿te preocupas por mí? —Quiso saber a la vez que acercaba demasiado sus labios, provocando que su última palabra fuera casi un beso.

—Joder, claro —admitió Marcus antes de abrazarle y besarle.

—No lo hagas. Estoy bien, solo te necesito a ti. —Marcus sonrió y Luke le mordió el labio con ganas—. Dame dos minutos.

Se encerró en el baño y tardó muy poco en regresar, totalmente desnudo y limpio. Marcus le miró embobado mientras él abría el primer cajón de la mesilla. De allí sacó un preservativo de los que guardaba el futbolista. Se lo puso en la boca, sin rasgar el envoltorio y le miró con deseo. Marcus sintió que su corazón iba a mil por hora y que le deseaba más que a nada en el mundo. Luke se dio cuenta y sonrió porque a él le ocurría exactamente lo mismo

—¿Qué quieres, Luke? —preguntó Marcus con voz sexy e inocente.

—Que me folles —dijo sin rodeos, haciendo que a Marcus se le escapara un suspiro. Luke le quitó los calzoncillos, que para él eran el equivalente a un pijama. Intentó colocarle el condón, pero le resultó imposible. La culpa no era de que Marcus no estuviera excitado. Ambos estaban muy cachondos y empalmados. Las culpables eran las dos cervezas que se había tomado con McCoy y sus ayudantes. Marcus se desternilló de la risa al ver las dificultades que tenía para colocarlo. Cuando decidió ayudarle, Luke sonrió—. No me tortures más. Te necesito dentro de mí ya.

—¿Me prometes que vamos a hacerlo en silencio? —preguntó Marcus mientras Luke gateaba hacia sus labios para volver a besarle.

—Te prometo lo que tú quieras —dijo Luke con sensualidad, volviéndole loco.

De todos los chicos con los que Marcus se había acostado, Luke era el más sensual sin ni

siquiera pretenderlo. También era el único capaz de hacerle sentir más allá del sexo. Por eso le encantaba hacerlo lento y de frente. A Luke también. Así podían mirarse y saborear cada instante, cada caricia y cada beso mientras se derretían de placer. Marcus se sentó con las piernas cruzadas y Luke se subió encima suyo, rodeándole la espalda. Tardó muy poco en incumplir su promesa. Marcus se echó a reír y le tapó la boca. Cuando retiró su mano, Luke le miró inseguro y le contó algo.

—Mi ex odiaba que fuera tan escandaloso.

—Ese tío es gilipollas, Luke. Tus gemidos son el puto mejor sonido del mundo, pero Harris y Leane están en la habitación de al lado y pueden oírnos.

Marcus iba a explicarle que en frente dormía el cretino de Fabio Moretti, pero no pudo hacerlo. Luke volvió a acercar sus caderas para que entrara más dentro de él y Marcus sintió que se podía pasar así toda la vida.

—¿Cuándo volvamos a Westbrown vamos a poder gritar otra vez? —preguntó Luke.

—¡Joder, sí! Deberíamos hacerlo todos los putos días —deseó Marcus, sin dejar de salir y entrar de su interior, lento pero intenso.

Al día siguiente el futbolista fue el primero en levantarse. Apagó la alarma ante las súplicas y las quejas de Luke. Marcus le dio cinco minutos más, el tiempo justo para que ninguno de los dos llegara tarde.

—Mierda, me va a estallar la cabeza. ¿Anoche fui muy burro? —preguntó Luke despertándose, pero negándose a abrir los ojos. Sabía que la luz le jodería vivo.

—¿Por pedirme que te follara? —Luke asintió con los ojos cerrados y él se echó a reír—. No tienes que avergonzarte de nada. Además, fue brutal.

—Lo sé, pero… ¿Nos oyó alguien?

—Espero que no —deseó Marcus—. ¿Vas a abrir tus bonitos ojos?

—Paso. Me duele la cabeza. —Marcus se rio de nuevo y pegó sus labios a los suyos. Cuando dejaron de besarse, Luke abrió los ojos para mirarle y el futbolista sonrió—. ¡Lo has hecho a posta! ¡Me has besado para que me despierte!

—Sí, bello durmiente. —le hizo reír Marcus. Luke le lanzó la almohada.

Al poco, observó cómo Marcus tenía problemas para cerrar su maleta.

—¿Te ayudo?

—Como quieras. No cierra.

—Eso es porque no has doblado la ropa, bobo —le reprendió Luke, levantándose de la cama y vaciando la maleta antes de volver a llenarla en condiciones. Al acabar, la cerró y le miró divertido—. ¿Ves? No es tan difícil.

—Eres un capullo hasta con resaca —bromeó Marcus antes de besarle la frente—. Vístete y ve a por tus cosas, que nos vamos a Escocia.

Luke pasó una mañana horrible, sintiendo que ni el café podía con su monumental resaca. Tras desayunar con sus colegas de otros periódicos, no pudo más y se tomó un analgésico. Marcus le miró mientras charlaba con Leane, Hasbun y Harris. Se alegró cuando sus compañeros le contaron que volvieron al hotel a las cuatro de la mañana. Escribió a Luke para contárselo: «Bello durmiente, estos tienen más resaca que tú y no nos oyeron». Luke le sonrió desde su silla y le respondió con un corazón.

Faltaban dos partidos en Escocia para terminar la pretemporada. El primero sería ante el Rangers en el Ibrox Stadium y el segundo en Celtic Park.

En el penúltimo partido Marcus jugó de titular. Se lo había ganado a pulso con su actitud y su buen fútbol. Fabio lo aceptó a regañadientes, y Marcus no defraudó a McCoy y los suyos. Metió un espectacular gol de cabeza a bocajarro, tras el rechace de un rival. Más tarde, ese gol fue designado por la prensa como el mejor de toda la pretemporada inglesa.

En la segunda parte McCoy cambió a su nueva estrella por Fabio. Antes de llegar al banquillo Marcus le dio la mano a su entrenador y saludó al italiano. Aunque Fabio fuera un gilipollas, seguía siendo su compañero de equipo.

—A la noche tenemos que hablar, Dickinson —le susurró Fabio al oído.

—¿De qué, Moretti?

—He dicho que a la noche y no vuelvas a llamarme así —gruñó Fabio antes de saltar al campo.

Esa noche Luke tenía entrevistas pendientes. Cuando se despidieron, Marcus le advirtió de los peligros del alcohol. Él se echó a reír, le besó y le prometió que tendría cuidado.

El incidente de la valla seguía en boca de todos. Marcus se pasó toda la semana recibiendo insultos y amenazas de los hinchas del Stanleyfield United. Lo de ponerse esa dichosa camiseta solo había conseguido cabrearles más. Él no le dio importancia, tampoco entraba en sus planes reventar más vallas.

El siguiente sábado, el equipo más cerdo de toda la Premier visitaba el North Power Stadium. El Castletown era del sur de Inglaterra, y hacía tantas faltas, que casi nunca acababa los partidos con once. El estadio estaba a rebosar y los hinchas del Northwalk prepararon un enorme tifo para apoyar a su nueve En él salía un dibujo de Marcus celebrando un gol junto a Rizik y al mensaje: *In Dickinson we trust* (confiamos en Dickinson).

Las patadas, zancadillas y agarrones constantes de los jugadores del Castletown hicieron que los *wildcats* se sintieran en un rin de boxeo. Luke estaba desesperado viendo el partido en la grada. Para colmo, el árbitro les perdonaba todas las tarjetas.

—Como sigamos así vamos a tener que jugar en muletas —opinó Rizik, tendiéndole la mano a Marcus para que se levantara del suelo. El defensa Timothy Touré le había dado una nueva patada, esta vez en la espinilla—. ¿Estás bien?

—No te creas, pero ahora entiendo por qué a este tío le llaman el Destructor.

—¡Dickinson, no dejes que te destruya! —bromeó Héctor, acercándose a ellos. Los dos se rieron de los ánimos de su compañero.

—¡Qué suerte tenéis los defensas! Dais hostias y recibís tan pocas… —bromeó Rizik.

Marcus consiguió llegar vivo a la segunda parte, a pesar de los intentos del Destructor por dejarle KO. Pero no le duró mucho. Konstantin sacó de puerta y envió el balón directo a los pies de Marcus. Él corrió hacia la portería y cuando estaba al borde área, le envió un pase a Rizik. Ya sin balón, el Destructor golpeó la rodilla de Marcus con mucha fuerza, haciendo que se cayera al suelo, gritando de dolor.

El partido se paró y el estadio se sumió en un silencio des garrador. El delantero intentó ponerse de pie, pero el dolor era tan fuerte que sus piernas no respondían. Sus compañeros le consolaron antes de que llegaran las asistencias para sacarle de allí. Cuando salió tumbado en la camilla, llorando y tapándose los ojos, todo el North Power le regaló una ovación atronadora. Konstantin se comió al árbitro a gritos por sacarle solo una tarjeta amarilla al maldito Destructor. Cuando vio la falta en el monitor del VAR, el colegiado cambió de opinión y expulsó al defensa por entrar a la pierna y no al balón. Los *wildcats* se alegraron de que se hiciera justicia.

Luke estaba muchísimo más preocupado que el resto de los aficionados. A él le daba igual quién sería el nueve del Northwalk en el siguiente partido. Solo podía pensar en lo mal que lo estaba pasando Marcus y en lo mucho que le gustaría estar a su lado. Quería decirle que todo iría bien. Y, aunque los dos estaban en el mismo sitio, no podía hacerlo.

Antes de llevarle al hospital para hacerle más pruebas, los servicios médicos del Northwalk vieron al futbolista en la enfermería del estadio. Casi no podía andar y se temía lo peor. Intentaba no llorar, pero era imposible. Ya había tenido lesiones antes, aunque esta

vez sentía que era distinto. Había trabajado mucho para llegar donde estaba, y creía que esa lesión lo fastidiaría todo. Sabía lo que Luke le diría si estuviera allí con él: «Marcus, no pasa nada. Todo va a salir bien y yo voy a estar contigo. Te lo prometo».

—¿Me podéis traer el móvil? Necesito hacer una llamada —suplicó Marcus a los sanitarios. La médica asintió y uno de los enfermeros bajó al vestuario a por su mochila. Cuando se la entregó, le dio las gracias y llamó a Luke.

—¿Cómo estás? —preguntó Luke. Antes de responder, Marcus bajó el volumen de su móvil para que nadie les oyera. En realidad, los médicos estaban demasiado concentrados estudiando su maltrecha rodilla. El futbolista volvió a llorar cuando escuchó rugir al estadio a través del auricular.

—¿Tú qué crees?

—Que te mueres de dolor y que por eso estás borde e insufrible —adivinó Luke haciéndole reír. La médica miró a Marcus contrariada. Hacía unos segundos era un mar de lágrimas y ahora se estaba riendo—. Pero te prometo que estaré contigo y que todo saldrá bien.

—Gracias. Van a hacerme pruebas para averiguar qué tengo. Como sea el menisco… ¡me muero! Esto es una puta mierda. ¡El Destructor debería ser sicario, no futbolista!

—Marcus, tenemos que llevarte ya al hospital —le explicó el en fermero. La doctora especialista en lesiones deportivas le dio la razón y le aseguró que la suya no parecía tan grave.

—Ahora voy a buscarte. —dijo Luke al escuchar a los sanitarios—. No seas cafre y haz caso a la médica.

—No tardes, capullo.

—Uf, esto va a ser una tortura —bromeó Luke.

—Tú sí que eres una tortura.

Todos los *wildcats* estaban de los nervios, buscando información sobre la lesión de su nueve, y él se lo estaba contando todo a un periodista que jamás lo publicaría.

Tras varias pruebas y radiografías Marcus escuchó su diagnóstico aterrado. Era un esguince de rodilla de grado uno, que le mantendría en fuera de juego las próximas dos o tres semanas, cuatro como mucho. La médica le aseguró que no tenía nada de lo que preocuparse. Se notaba que no le conocía lesionado. Luke sí, pero estaba dispuesto a aguantarle las veces que hiciera falta. Por eso le esperó en la parte trasera del hospital, en su Volvo negro, nuevo y reluciente. Si hubiera llevado el Bentley azul, le habría seguido una nube de paparazis de la que no habría podido librarse. El futbolista apareció a los diez minutos en muletas. Luke se bajó del coche y le ayudó a que entrara. Cuando salieron de allí vieron a un montón de periodistas, buscándole para saber el alcance de su lesión. «¡Benditos cristales tintados del Volvo!» pensaron los dos.

La doctora le había dejado muy claro que no debía entrenar durante una semana como mínimo. Él intentó negociar, pero ella fue implacable. Lo único que le consolaba era que Luke tuviera todo el fin de semana libre. Marcus le propuso que se pidiera la semana entera, pero Luke también fue implacable. Aguantó a Marcus lesionado durante su primera temporada en Championship. Se volvía tan inseguro, indeciso, frágil y depresivo que no parecía él mismo.

—¿Quieres que nos pongamos cómodos y que veamos una peli? —propuso Luke cuando llegaron a casa. Marcus negó con la cabeza—. ¿Qué te apetece hacer? Puedo preparar

palomitas o un bizcocho.

—Me apetece desaparecer.

—Me niego. Así que elige otra cosa.

—No quiero hacer nada. ¿Por qué ha tenido que pasarme esto? —protestó Marcus tras acomodarse en el sofá y hacerse un ovillo, intentando ignorar su dolor de rodilla.

Luke se sentó a su lado y le acarició la espalda, él enseguida ronroneó relajado y se quedó dormido. No tardó mucho en despertarse por culpa de sus móviles.

Barb y Seb estaban preocupados. Les tranquilizó saber que Marcus estaba bien, aunque él aseguraba no estarlo. Enseguida le llamaron Rizik, Konstantin y casi toda la plantilla del Northwalk. Hablaron un poco del partido y de cómo el árbitro se había puesto a repartir tarjetas tras la entrada de Touré. Todos desearon verle pronto entrenando.

—¿Qué hostias voy a hacer sin entrenar una semana? —protestó Marcus cuando se despidió de sus compañeros.

—Jugar a la consola, ver la tele, leer y hacerme la vida imposible —dijo Luke divertido.

—Mmm… También puedo hacerte otras cosas.

—¿Por ejemplo?

Marcus le respondió atrayéndole hacía él para besarle. Cuando pararon para respirar, se sonrieron y volvieron a pegar sus labios. Marcus le quitó la sudadera y la camiseta azul del Northwalk con el nueve a la espalda. Al verla, recordó su maldita lesión. Luke se dio cuenta y volvió a besarle, logrando que se olvidara del dolor de su rodilla, del reposo y de todos sus miedos. Estaría casi un mes sin jugar, pero se pasaría todo el fin de semana con su boca pegada a la suya, y eso no estaba nada mal.

El sonido del móvil de Luke hizo que despegaran sus labios.

—¿Quién es ahora? —preguntó Marcus con fastidio porque les interrumpieran.

—Mi jefe —anunció Luke mientras el teléfono seguía sonando.

—¿No vas a contestar?

—Prefiero besarte... ¡Joder, no puedo! Osborn no soporta que no respondan sus llamadas. Es peor que el villano de Spiderman. —Marcus se rio de su comparación y él se resignó a contestar al peculiar director del *Sunrise Press*—. Hola, Osborn… ¿Qué? Yo estoy cubriendo la información del Greyouth... Entiendo, pero ¿por qué yo?... Te aseguro que no tengo ningún problema con el nueve del Northwalk, pero… ¿por qué yo? —Marcus le miró sorprendido—. Está bien… A partir del lunes iré a Sandhill. Buenas tardes, Osborn.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Marcus, cuando Luke colgó el teléfono y lo dejó en la mesa bocabajo.

—Que… Me toca cubrir la información del Northwalk. Clara está de baja, y Osborn dice que yo estoy desaprovechando mi potencial en Greyouth. Tampoco me ha dado otra opción, pero al menos sigo teniendo el finde libre.

—Me encantaría estar en Sandhill contigo la semana que viene —dijo Marcus apenado.

—¡Joder! ¡A mí no!

A Marcus esas cuatro palabras le dolieron más que la patada de Touré.

—Luke… Yo… Pensaba pasarme todo el fin de semana besándote, pero tú… No quieres ni estar conmigo. ¡Joder! —protestó Marcus, largándose de allí con dificultad.

—¡Marcus! ¿Dónde leches vas? ¡Joder, cómo odio al maldito Destructor y al puto *Sunrise*! ¿Quieres escucharme? —replicó Luke acercándose a él. Marcus estaba apoyado en la barandilla, pensando en cómo hostias podría subir las escaleras sin fastidiarse más la rodilla.

—¿Para qué, Luke? ¡No quiero! —protestó el futbolista.

—Me da igual que no quieras. Vas a escucharme. Quiero estar contigo, aquí, en Sandhill y en el puto fin del mundo.

—¿Entonces?

—¿Te acuerdas de cuando cubría las noticias del Redfox? —Marcus asintió—. Pues sigo sin saber mentir y a ti tampoco se te da muy bien. Me da miedo que alguien descubra que estamos juntos.

—¿Lo has dicho solo por eso? —preguntó Marcus inseguro.

—Pues claro. ¿Cómo leches puedes pensar que no quiero estar contigo?

—No sé… Yo… ¿Estoy lesionado? —Luke se echó a reír.

—¿Sabes que es una excusa penosa? —Marcus asintió y le rodeó con sus brazos—. ¿Sabes que vamos a tener que disimular mucho y hacer como si no nos conociéramos?

—Como en Fox Park —recordó Marcus.

—Bueno, espero que no me toques el culo después de que te entreviste. El *Sunrise Press* no es como el *Westbrown Post*.

—Y el Northwalk no tiene nada que ver con el Redfox, pero no sotros seguimos siendo los mismos, Luke.

—¿No hemos cambiado nada en un año? —preguntó Luke divertido.

—No, bueno... Has madurado un poco, pero sigues siendo igual de dramático, maniático, sexy, cabezota y maravilloso.

—Bueno, tú no has madurado nada —le vaciló Luke—. Pero sigues siendo el ser más desordenado, irresistible, divertido, increíble y adorable de todo el planeta. —Al oírle, Marcus le acarició la cara y le besó despacio. Cuando pararon para tomar aire, Luke adivinó lo que estaba pensando—. Ni de coña vamos a besarnos en Sandhill.

—¡Deja de leerme la mente, capullo! Además, mi lesión te ha debido dar amnesia. Tú y yo lo hemos hecho mil veces en los vestuarios del estadio, Luke.

—Sí, pero… entonces no cubría la información del Northwalk y ahora sí. Mierda, espero que Clara vuelva pronto.

—Yo no —le vaciló Marcus.

# 12 MAMMA MIA! antes

A la una de la mañana alguien aporreó la puerta de la habitación en la que Marcus intentaba dormir.

—¡Voooy! —gritó el futbolista convencido de sería Luke—. Dime que no has vuelto a beber después de las entrevistas.

Al abrir se encontró a Fabio apoyado en el marco de la puerta. Iba vestido con unos shorts y una camisa blanca transparente que dejaba a la vista su torso musculoso y moreno. Estaba radiante, algo inseguro y apestaba a licor. Pero Marcus ni siquiera se fijó en él.

—¡Joder! ¿A ti qué coño te pasa? —exclamó Marcus mientras Fabio le observaba.

—Antes te he dicho que teníamos que hablar. No me cierres, por favor. Marcus, déjame pasar —suplicó con cara de no haber roto un plato en su vida. Él accedió sin mirarle, solo quería que le dejara tranquilo.

—¿Ahora me llamas por mi nombre? Desde que vine al Redfox me has ignorado, insultado e intentado dar una hostia. ¿Qué cojones quieres ahora?

—Hablar —explicó Fabio mientras entraba en la habitación, olvidándose de cerrar bien la puerta.

—Te escucho.

—Vale, puede que haya sido un poco cabrón contigo.

—¿En serio? No me había dado cuenta —ironizó Marcus.

—Lo siento. Me encantaría empezar de cero y arreglar toda esta tensión que hay entre nosotros. Y sé cómo hacerlo.

—No hay ninguna tensión. Tú empezaste odiándome y yo acabé haciendo lo mismo contigo —explicó al ver cómo Fabio le miraba con sorpresa—. No sé de qué te sorprendes.

—No me sorprende, pero quiero arreglarlo.

—¿Ahora quieres que seamos amigos? —dijo Marcus sin entenderle.

—Quiero… —Fabio se acercó más a él—. Creo que tú y yo somos distintos a los demás. Lo sé. Nunca me equivoco con estas cosas.

—Fabio, ¿de qué hostias hablas? —preguntó Marcus dando un paso hacia atrás.

—De esto.

El italiano se explicó pegando sus labios ardientes a los de Marcus mientras le rodeaba con sus fornidos brazos. Él intentó quitárselo de encima, pero Fabio estaba convencido de que los dos querían lo mismo, y Marcus a su lado parecía un enclenque. Cuando consiguió apartarse, la puerta ya se había abierto y Luke estaba en la habitación, mirando a Marcus decepcionado.

—Eh… Marcus —balbuceó Luke atónito. Quiso huir, pero por más que lo intentaba sus piernas no respondían.

El delantero inglés se separó de Fabio, y se acercó a Luke.

—Luke, te prometo que no ha pasado nada.

—¿Estás de coña? —A Luke le temblaba la voz, estaba frustrado y enfadado. Con Marcus y con él mismo. Los dos intentaron explicarse, pero Luke no les dejó hablar—.

¿Esta es tu puta forma de preocuparte por mí? Yo te defendí de este imbécil y tú… Te has enrollado con él. No quiero saber ni cuántas veces.

—Ninguna —replicó Marcus—. Luke, por favor, escúchame.

—*Mamma mia!* Luke, solo estábamos echando unas risas. No deberías ser un amigo tan controlador y tóxico. Marcus tiene de recho a pasárselo bien con quien quiera, incluso conmigo. —Luke negó con la cabeza. Fabio se asustó y cambió el tono—. Por favor, no le cuentes esto a nadie. Nos hundirías a los dos.

—¡Cállate, Fabio! —gruñó Marcus.

—No. Tiene razón en algo. Tienes derecho a pasarlo bien, pero no a mentirme. Porque no te preocupas por mí, ni siquiera te gusto.

—¿Qué coño tengo que hacer para que entiendas que me encantas, Luke? —preguntó Marcus desesperado.

—Espera… ¿Acabas de decir que te encanta? —preguntó el italiano confundido, pero ninguno le respondió.

—Marcus, sé que no es cierto y que ni siquiera estábamos saliendo, pero para mí lo nuestro no era solo sexo. ¡Dios, soy patético!

—¡Joder! —exclamó Fabio—. ¡No puede ser! ¿Estáis liados? ¿En serio?

—¡Cállate y lárgate Fabio! —le gritó Marcus cabreado. Luego se acercó a Luke para hablar, pero él se apartó—. Me importas de verdad. Por favor, deja que te cuente lo que ha pasado.

—Tranquilo, Fabio. Él y yo no tenemos nada. Joder, Marcus, ahora entiendo por qué no has salido de fiesta en toda la gira. No te hacía falta. Tenías la juerga en tu puta habitación —le reprochó Luke con el corazón roto.

—Yo solo vine una vez y él… —Fabio intentó explicarle lo que pasó, pero Luke le empujó hasta echarle de la habitación. Fabio no se resistió, sabía que no le escucharía. Luke cerró la puerta y miró a Marcus.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? Que yo estoy enamorado de ti, pero tú solo me ves como un juguete.

—¡Eso no es verdad! Yo te quiero, Luke —se sinceró Marcus.

—Tú solo me quieres para pasar el rato. Yo… Soy estúpido, jodidamente estúpido. Creía que teníamos algo especial, aunque nunca le pusiéramos nombre.

—Lo es. Tan especial que nunca he salido con nadie en serio, y me encantaría hacerlo contigo —confesó Marcus. Era cierto, a sus espaldas tenía una larga lista de chicos con los que se había acostado. Pero con ninguno quiso ir más allá. Ninguno era Luke.

—Espera… ¿Te acabas de liar con otro y-y pretendes que sea tu novio?

—Lo primero no es cierto. Si me dejas explicártelo… Sé que podemos ser felices juntos.

Luke no quiso mirarle. Sabía que sus ojos azules como el océano solo le harían más daño del que ya sentía. Durante un instante se llegó a plantear si podía perdonarle, pero le parecía demasiado cruel. Sentía que Marcus solo le había utilizado para pasarlo bien. Nada más. Eso era lo único que les unía. Luke llegó a pensar que Marcus disfrutaba de su absurdo romance secreto con él. Jamás le delataría, pero no podía seguir allí. Dolía demasiado.

—Cuando termine la pretemporada... No volverás a verme ni a saber nada de mí.

La de Luke no era la mejor respuesta para un Marcus tan humillado, como dispuesto a abrir su corazón. Pero no tenía otra y era lo que necesitaba hacer. Alejarse de él y de todo lo que habían compartido en esa relación sin nombre que le parecía una mentira.

—Luke, quiero verte todos los putos días y saber de ti. Te lo prometo. ¡Joder, lo digo en

serio! —protestó Marcus, sintiendo que el mundo no podía ser más injusto con él. No había hecho nada con Fabio, jamás lo haría, pero Luke no le creía.

—No no quiero que me prometas nada, Marcus —replicó Luke con la voz temblorosa. No quería escucharle. Estaba convencido de que, si lo hacía, sería como echar sal en una herida abierta—. Pero-pero Fabio es un niñato y no te soporta. No creo que sepa entenderte ni verte como eres, aunque tampoco creo que te preocupe mucho. Mientras tenga su boca pegada a la tuya, serás jodidamente feliz.

—Luke, por favor, para y escúchame —suplicó Marcus de nuevo antes de que Luke se fuera—. No te vayas. ¡Joder! Yo no he hecho nada malo. Yo…

Cuando Luke se fue, Marcus empezó a sentir que le faltaba el aire. Luego vino el llanto. Solo cesó cuando se quedó dormido hecho una bola y deseando desaparecer. De Escocia, del Redfox y del maldito mundo.

Luke llegó a su habitación, deseando regresar a Inglaterra en el primer vuelo. No podía seguir allí, tan cerca y tan lejos de Marcus y de lo que habían vivido. Al pensarlo, las lágrimas empezaron a inundar sus ojos oscuros. Lo que podía haber sido una noche perfecta, se había convertido en el principio del fin. Por suerte, nadie en todo el hotel escuchó cómo se acababa. Todos los jugadores del Redfox, salvo Marcus y Fabio estaban de fiesta por Glasgow.

A la mañana siguiente McCoy les dio el día libre. Cuando se enteró, Marcus regresó a su habitación sin desayunar. Nada podía salvarle. acababa de activar el modo autodestrucción. Desbloqueó su móvil y escribió a Luke: «Lo siento. No sé cómo se ha podido ir todo a la mierda. Pero lo odio. Necesito contarte lo que pasó y que volvamos a estar bien». Luke no respondió. Marcus decidió darle espacio, vestirse y largarse al supermercado más cercano. Su tripa rugía de hambre y sed, pero no quería tener problemas con el equipo por usar el minibar de la habitación.

Nadie le reconoció mientras compraba patatas fritas, bebidas energéticas y whisky. Marcus lo agradeció. No quería salir en los tabloides con varias botellas de Johnnie Walker y un montón de Red Bull. Cuando regresó a la habitación cargado con la compra, tuvo la esperanza de que Luke le hubiese respondido. Pero ni si quiera le había leído. Se sentó en la alfombra de flores azules y blancas y abrió una bebida energética y una bolsa de patatas fritas. La cafeína comenzó a hacer su efecto y la comida también, aunque eso estaba a años luz de un desayuno en condiciones.

Marcus cambió el Red Bull por el whisky mientras escribía a Luke de nuevo: «Antes no creía en el amor. La idea de estar siempre con la misma persona me parecía absurda y jodidamente aburrida. Entonces llegaste tú con tus súper poderes y me enseñaste que estaba equivocado. Quiero estar contigo, Luke. ¿Por qué no me lees? ¿Por qué no me crees cuando te digo que te quiero?». El silencio de Luke y la sensación del licor quemando su garganta no le hizo sentir mejor ni curó su corazón roto.

Cuando el alcohol empezó a hacer efecto en su cuerpo, dejó de pensar con claridad y empezó a sentir mucho calor. Contra lo primero no podía hacer mucho, contra lo segundo sí. Se desvistió y se quedó en calzoncillos, tumbado en la alfombra. Pronto comenzó a sentir que todo le daba vueltas. Se armó de valor y le mandó un audio a Luke, contándole lo que pasó con Fabio. No se le entendía del todo bien por culpa del whisky. Le prometió que no volvería a escribirle ni a llamarle. Si no quería saber nada de él, asumiría su derrota. Al poco de enviar ese audio de dos minutos, que sentía que le devolvería a la vida, Marcus

cambió de opinión. Pensó que no le respondería y no quiso molestarle más.

Luke intentó escuchar el mensaje desde la ciudad deportiva del Celtic, pero Marcus lo había borrado. El periodista siguió con su trabajo, entrevistando al cuerpo técnico del equipo escocés. El director del *Westbrown Post* le concertó varias entrevistas ese día mientras el Redfox descansaba. Habría preferido quedarse en la cama llorando, pero cuando le dijo a su jefe que necesitaba volver a Inglaterra, él se echó a reír y le advirtió de que nadie deja una pretemporada a medias. Si lo hubiese hecho, no le habría tenido que preguntar lo mismo dos veces al entrenador. Tampoco tenía fuerzas para escribir, pero debía hacerlo.

Las horas pasaron sin que Marcus se diera cuenta. El alcohol y las lágrimas se mezclaron en su botella de whisky.

En el comedor del hotel, Leane, el portero del Redfox se dio cuenta de que no había visto a Marcus en todo el día. Fue directo a su habitación para ver si estaba bien y golpeó la puerta. Él no respondió y Leane escuchó un golpe seco dentro de la habitación. El arquero se temió lo peor y pidió ayuda a Harris y a Hasbun. Entre los tres lograron abrir la puerta con una tarjeta. Dentro encontraron a Marcus, desmayado en el suelo y con varias botellas de whisky a su lado.

—¡Dios, a este le ha dado un puto coma etílico! —exclamó Harris asustado al verle.

—¡Joder! ¿Qué hostias hacemos? —preguntó Hasbun nervioso.

—Lo primero, cerrar la puerta para que no entre nadie y hablar más bajo —dijo Leane, demostrando por qué era el capitán del equipo.

—Y lo segundo, despertar a Dickinson —añadió Harris.

—¿Eso no sería lo tercero? —preguntó Hasbun, cerrando la puerta. Sus compañeros le miraron extrañados—. Leane ha dicho dos cosas y…

—¡CÁLLATE! —gritó Harris cabreado mientras Leane fulminaba con la mirada a Hasbun, quien se disculpó al instante, recordándoles que cuando estaba nervioso decía tonterías.

Los tres intentaron que Marcus volviera. Leane le echó un vaso de agua fría por la cara para que se espabilara, pero no respondió. Hasbun y Harris le llevaron hasta la ducha, convencidos de que con un chorro de agua más potente volvería a la realidad.

—Más vale que se despierte —deseó Leane—. Como no lo haga, vamos a tener que llamar a una ambulancia, y los periodistas se van a enterar de todo.

Marcus se despertó de repente, como si hubiera entendido las palabras de su compañero. Miró a sus tres colegas asustado y empezó a balbucear por culpa del agua que estaba tragando y del alcohol que tenía en su cuerpo.

—¡Harris, cierra el puto grifo! ¡Le vamos a ahogar! —le reprendió Hasbun. El diez del Redfox le hizo caso y los tres miraron a Marcus.

—¿Qué-qué ha pasado? —gimoteó Marcus desubicado.

—No me hagas mucho caso, pero creo que te has trincado una botella de whisky tú solito —bromeó Harris, intentando poner un poco de humor en medio de todo ese caos. Marcus sonrió levemente.

—Tranquilo, no se lo vamos a contar a nadie —le tranquilizó Leane, llevándole de vuelta a la habitación. Los cuatro se sentaron en círculo en la alfombra.

—Creo que le vendría bien un café —sugirió Harris.

—Tengo una idea mejor. Voy a por mate a la habitación de Diego —propuso Hasbun—. Ahora vengo.

—Hasbun, vuelve solo —le ordenó Leane.

—¿No puedo traer a ningún periodista? —bromeó el futbolista, haciendo que Leane le fulminase con la mirada y que Marcus quisiera beberse otra botella.

Hasbun se escabulló por el pasillo y se topó con Luke. Su habitación estaba justo enfrente de la de Diego.

—Hola —saludó Hasbun nervioso. No quería encontrarse con nadie y menos con un periodista.

—¿Qué tal? —preguntó Luke con cara de no haber pasado un buen día. Tenía ojeras y sus ojos de nebulosa estaban rojos porque no podía dejar de llorar. Antes de volver al hotel se había pasado media hora llorando desconsolado en los baños de Celtic Park. Estaba hecho una mierda y no le apetecía fingir que todo iba bien. Hasbun, por su parte, necesitaba revivir a Marcus, no charlar con alguien de la prensa, aunque le cayera bien.

—Sin novedades. El Redfox es el equipo más tranquilo del pla neta, ya sabes… —respondió Hasbun, tocando la puerta de su compañero uruguayo. Luke intentó sonreír. La verdad es que todos los jugadores, excepto Fabio le caían bien. Luego estaba Marcus…—. Voy a ver a Diego.

—Yo a descansar. Estoy reventado —se despidió Luke.

—Dieguito, ¿tienes mate? —preguntó Hasbun cuando la puerta se abrió.

—Claro, siempre tengo —respondió el argentino orgulloso mientras Luke sacaba la tarjeta de su habitación—. ¿Dónde coño os habíais metido? Os hemos buscado por todo el hotel para jugar al *FIFA*.

—Oh, nada, nos hemos encontrado con Dickinson. ¿Te puedes creer que no ha probado nunca el mate?

Al oír a Hasbun, a Luke se le cayó la tarjeta al suelo. La recogió rápidamente, abrió la puerta y se metió dentro. Enseguida las lágrimas volvieron a brotar, mojando su cara sin piedad. Se imaginó que Marcus había borrado los mensajes porque ya no le interesaba. No porque hubiera estado al borde de un coma etílico.

A Marcus le gustó el sabor agrio y fuerte del mate sin azúcar. Le ayudó a despejarse un poco. Harris y Leane insistieron en que debía comer algo y Hasbun bajó a por comida al bufet del hotel. Al final la noche no acabó tan mal. Sus tres compañeros le cuidaron y le hicieron compañía. El futbolista se sintió un poco mal, mintiéndoles sobre lo que le pasaba. Les explicó que se sentía fuera de lugar en un equipo de Championship. Algo que, en parte era cierto, pero no era su principal preocupación. Ellos le aseguraron que lo estaba haciendo genial.

Al día siguiente, en el último partido de pretemporada, Marcus metió un golazo a pase de Hasbun. Los dos se abrazaron mientras Fabio les miraba avergonzado desde el banquillo.

Para Luke, la crónica de ese partido fue la más difícil y dolorosa de toda su carrera. No le salían las palabras. Escribió y borró el titular unas quince veces, sin exagerar. «El fútbol de Dickinson nunca decepciona. Él, sí». Estaba bien, salvo por las dos últimas palabras. Las borró y lo envió al periódico. La pretemporada de Marcus había sido perfecta, no podía ni quería negarlo. Sus movimientos, sus tácticas y sus gritos de ánimo eran más propios de un capitán que de un delantero cedido y recién llegado.

Era lunes y en casa de los Doyle Dickinson, Marcus todavía no se había levantado de la cama. Intentó convencer a Luke de que le llevara con él a Sandhill, pero no coló.

—Eres perfectamente capaz de sobrevivir sin mí de nueve a dos —le recordó Luke.

—No lo tengo tan claro —replicó Marcus, atrayéndole hacia él para besarle.

—Te prometo que comemos juntos. Si quieres paso por tu restaurante favorito cuando salga.

—¿Harías eso por mí? —A Marcus se le iluminaron los ojos.

—Haría cualquier cosa por ti —dijo Luke antes de despedirse.

—¡Menos llevarme a Sandhiiill! —gritó cuando Luke salió de la habitación. Al oírle se echó a reír.

En la ciudad deportiva del Northwalk los periodistas estaban impacientes por retransmitir el primer entrenamiento sin Marcus. Luke tomó asiento en la zona de prensa y esperó a que los jugadores salieran del túnel de vestuarios. Todos los focos se centraron en Thabo, el nueve suplente. Él sería el encargado de sustituir a Marcus el fin de semana, salvo que a Mario se le ocurriera un plan b.

—¡Si está aquí el mismísimo Luke Doyle!

Luke se sobresaltó cuando alguien le llamó y le agarró del hombro. Se giró y suspiró desganado al ver la cara del prepotente de Andrew Miller.

—Hola, Andrew. ¿Qué haces por aquí? —preguntó Luke, deseando que la sesión acabara pronto para largarse a casa a jugar al paciente inglés.

—Lo mismo que tú, pero para la competencia —respondió Miller, mostrando su acreditación de otro medio—. Joder, llevamos sin vernos desde que te largaste al *Sunrise*. ¡Eso no puede ser! Cuando acabe esta tortura, tomamos algo y nos ponemos al día, Doyle.

—No sé. Lo vemos luego. —Luke se maldijo a sí mismo por darle esperanzas. En realidad, quería decirle que no. Miller ni siquiera le caía bien. Era un cretino sin escrúpulos. Luke se preguntó por qué no nos enseñan desde pequeños a decir que no.

—Te espero en la cafetería cuando acabe este martirio. —Miller hizo un gesto de volarse los sesos y Luke se hundió en el asiento.

Luke escribió y mandó la noticia antes de que acabara el entrenamiento. Sabía que para Osborn y los aficionados, la ausencia de Marcus era más importante que la presencia de todos los demás. Cuando terminó se acercó a la cafetería sin ganas. Cualquiera que conozca a Miller le entendería. Miró su móvil y vio cómo los mensajes de Marcus se agolpaban uno tras otro en la pantalla. Le había mandado veinte *reels* de *Instagram*, nueve vídeos de *TikTok* y dos wasaps en los que le aseguraba que no sobreviviría hasta las dos sin él. Luke se echó a reír y Miller le miró contrariado.

—¿Me cuentas el chiste? —preguntó Miller cuando Luke llegó a la barra con la vista fija en su móvil.

—¿Qué? —preguntó Luke volviendo a la tierra.

—Nada, que no sé cómo alguien puede ser capaz de reírse un lunes y en este sitio tan aburrido.

—Oh, Sandhill no está tan mal —respondió Luke.

—¡Qué actitud tan positiva! ¿Quieres tomar algo?

—Bueno, pero no puedo quedarme mucho —se excusó Luke.

—¿Quién es la que te escribe todo el rato? —preguntó Miller, dándole un codazo amistoso. Luke frunció el ceño—. ¡Por el amor de dios, Doyle! Te recuerdo que en la facultad fuimos compañeros de cuarto. Puedes contarme con quién sales.

Luke pensó que no podía, que si Miller lo supiera, se desmayaría del susto y sería el fin. También pensó en cómo podía ser lo suficientemente convincente como para que no volviera a sacarle el tema.

—Oh, nadie. Es una cosa del trabajo —mintió.

—A tu novia no le hará puñetera gracia que la llames «cosa del trabajo». Créeme, Doyle. ¿Es periodista?

—No. —Al oírle, Miller chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Sabes que los periodistas nos podemos relacionar con otras personas, ¿no?

—Sí, pero entre nosotros nos entendemos mejor. ¡La sangre de periodista corre por nuestras venas!

—Eso no es cierto y suena muy a Voldemort —protestó Luke.

Se tomaron un café y Luke intentó cambiar de tema todo el rato. Pero no había manera, Miller se creía un consultorio amoroso. También demostró que seguía siendo el mismo gilipollas con gomina que intimidó a Marcus aquella tarde en Westbrown.

Luke pagó la primera ronda y cuando Miller propuso que pidieran otra, Marcus empezó a llamar con insistencia. Miller intentó echar un vistazo a la pantalla del móvil antes de que respondiera. Por suerte, Luke fue más rápido y el reportero se quedó sin ver la foto de Marcus haciendo ángeles en la nieve del jardín de su casa. Luke se disculpó y se apartó para contestar la llamada.

—Mario se está pasando. ¡No me jodas que ha hecho un entrenamiento de tres horas! —gruñó Marcus al otro lado de la línea.

—No, pero enseguida voy, te lo prometo —dijo Luke.

—Te echo de menos y me aburro. ¿Sigue en pie lo de traer hamburguesas y batido de *bacon* y chocolate? —preguntó Marcus mimoso.

—Totalmente. ¿Eliges una peli para que la veamos luego?

—*¿Dirty Dancing?*

—¿En serio? Siempre dices que es cursi —dijo Luke divertido.

—Como tú.  Además, después podemos bailar.

—Tú no bailas.

—Contigo sí —le recordó Marcus.

—No puedes. Estás…

—¡Ni se te ocurra decirme que estoy lesionado, capullo!

—No lo haré, impaciente. Voy enseguida, ¿vale?

—Por favor, no creo que pueda sobrevivir mucho más sin ti —aseguró Marcus, haciéndole reír—. Te quiero.

—Yo más.

—Eso no es cierto. Yo estoy volviéndome loco sin ti, y tú estás en Sandhill, olvidándote de mí —le vaciló Marcus—. Eso hace que me duela el corazón, además de la rodilla.

—Ni Shakespeare es tan dramático.

Cuando regresó a la barra no había ni rastro de Miller. Luke pensó que se había largado sin despedirse. Conociéndole no sería raro. Entonces el camarero le avisó de que su amigo le esperaba en el restaurante de Sandhill. Estaba situado en frente de la cafetería, en aquella zona del complejo deportivo que parecía un centro comercial. Luke frunció el ceño. Ya era mediodía y sus tripas rugían, pero no quería comer allí. Sin embargo, se acercó para despedirse. Al verle sentado en una de las mesas de la entrada quiso largarse. Miller tenía un don para hacer la pelota, y ese día le había llevado a comer con la redactora jefa de la sección de deportes del *Sunrise Press.* A Luke, Vanessa le caía bien. Sin embargo, el otro acompañante hizo que quisiera salir corriendo. Ian Brady era el hijo del director de uno de los principales periódicos de Inglaterra. También era el ex de Luke y un cretino de manual, tan atractivo como mentiroso.

Vanessa invitó a Luke a que se sentara a comer con ellos. Las patatas asadas del restaurante de Sandhill eran famosas en toda la ciudad, pero a Luke le apetecía más comer una hamburguesa de queso con Marcus. Intentó marcharse, pero no pudo hacerlo, por que Vanessa insistió en que hablarían de trabajo. En concreto, de la entrevista a los presidentes del Northwalk que le tocaba hacer ese mismo viernes.

Ian y Miller se llevaban igual de bien que en la universidad. A Luke no le sorprendió, estaban cortados por el mismo patrón. Mientras los dos se portaban como los fantasmas que eran, Luke escribió a Marcus para cancelar sus planes. Le dijo que tenía una comida de trabajo, omitiendo la presencia de Miller y de Ian. Se sintió fatal y muy traidor.

Ian elogió a Luke delante de su jefa. Le describió como el periodista más aplicado, profesional y elegante de todo el norte de Inglaterra. Luke puso los ojos en blanco. Su ex estaba igual que siempre, solo que a él ya no se le aceleraba el corazón al verle. Y cuando le escuchaba hablar le parecía un fanfarrón. No entendía cómo pudo estar enamorado de ese imbécil. Miller opinó que Luke no era un periodista completo porque no quería ir a los debates televisivos.

Tras comer el postre, Luke pagó su parte de la cuenta y se despidió de sus compañeros de profesión. Ian y Miller intentaron convencerle de que se quedara, pero él no cedió. Vanessa salió en su rescate, pidiéndoles que le dejaran en paz.

Cuando llegó a casa, Marcus estaba tirado en la cama, jugando a la consola y muerto del aburrimiento. Luke se acercó a él y se disculpó.

—Siento no haber podido comer contigo.

—No pasa nada. Tenías trabajo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el Marcus impaciente y petardo que no soporta que le cambien los planes? —preguntó Luke tumbándose a su lado y tocándole la frente.

—Lo he secuestrado. Está en la sala de juegos, atado a la mesa de billar —bromeó Marcus, besándole fugazmente—. ¿Qué tal por Sandhill?

—Bah.

—¡Venga ya! Has estado en un entrenamiento del mejor equipo de la Premier y, ¿bah? —Luke se encogió de hombros. Quería decirle la verdad. Que había comido con Miller y con el imbécil de Ian, pero sentía demasiado traidor—. ¿Qué tal la comida de trabajo?

—Normal.

—Luke, estás muy raro —observó Marcus.

—No lo estoy.

—Siempre que llegas a casa, vienes corriendo a besarme. Hoy no lo has hecho, evitas

mirarme y apenas hablas. ¿Qué te pasa?

Luke se tapó la cara con la almohada y se sinceró.

—Vale, no he comido solo con la jefa de redacción. También estaban Andrew Miller y mi ex.

Seguramente habría formas menos bruscas y dramáticas de contar la verdad, pero no se le ocurrió ninguna.

—¿Estás de coña? —preguntó Marcus dolido—. ¿Me has dejado tirado para comer con el puto Miller y tu ex novio?

—No ha sido planificado. Me he encontrado con Miller. ¿Sabías que cubre la información del Northwalk? —Luke se sintió gilipollas nada más decirlo.

—Sí, desde hace dos semanas, y me la suda —replicó Marcus molesto. Luke suspiró y se lo contó todo. El café que había tomado con Miller, la conversación con Vanessa, la teoría sobre la sangre de periodista y las tonterías de Ian. Marcus se quedó en silencio.

—¿Vas a decir algo? —preguntó Luke tras unos minutos callados.

—¿Por qué coño no me lo has dicho antes?

—Marcus, ha sido una gilipollez. No tiene importancia.

—Sí la tiene, Luke, me has dejado tirado. Y, por mucho que estuviera tu jefa, eso no era una comida de trabajo.

—Puede que no, pero no podía irme.

—¿Sabes? Miller tiene razón. Deberías relacionarte con gente de tu misma sangre. Seguro que te entiendes mejor con un periodista —opinó Marcus sin mirarle y volviendo a su partida de FIFA en la consola.

—¿En serio piensas eso? ¡No me parezco en nada a Miller ni a Ian! Tú y yo tenemos la misma maldita sangre. ¡IDIOTA! —Los dos se quedaron unos segundos en silencio hasta que Luke se disculpó de nuevo—. Marcus, sé que la he cagado, que te he dejado tirado y que te he mentido. No quería comer con ellos. ¡Joder! Quería estar contigo, pero eso no te da derecho a ignorarme y a tratarme así.

—Tranquilo, Luke. Estoy seguro de que, si le cuentas todo esto a Miller, te entenderá. Además, Ian te consolará y será totalmente *off the record*.

A Luke, las últimas palabras de Marcus le dolieron como si fueran dagas clavándose en su pecho. Fue lo mismo que le dijo él cuando apareció en su casa, creyendo que le había vendido por ser periodista.

Salió de la habitación enfadado, llorando y dando un portazo. Se fue a la sala y se hundió en el sofá. No soportaba que Marcus y él se hicieran daño. Para colmo, su móvil empezó a sonar con un mensaje tras otro. Luke se hizo un ovillo y lo desbloqueó. Tenía dos mensajes de Miller que, según él, eran los mejores consejos para triunfar con una chica y ser un buen novio sin pasarse. Miller era más mayor que Luke, pero esos mensajes demostraban que su sobrina Lilly de once años era más madura que ese idiota. Ian también le escribió, alegrándose de que se hubieran vuelto a encontrar. Le propuso que repitieran la comida de esa tarde, los dos solos. Luke le dijo que ni de broma. Ian insistió tanto, que acabó silenciándole y activando el modo avión.

Tras pasar una tarde horrible y separados en la misma casa, llegó la noche. Luke preparó la cena y se la subió a Marcus con sus calmantes para el dolor de rodilla. Cuando entró en la habitación, el futbolista estaba dormido. Hace tiempo los dos prometieron que jamás se irían a la cama enfadados. Luke sabía que esa noche no cumplirían su promesa. Así que,

decidió dormir solo en el sofá. A media noche se despertó asustado al oír un ruido que provenía de las escaleras. Le había costado un mundo quedarse dormido sin Marcus, y encima le daba miedo la oscuridad. Sin embargo, se armó de valor y salió del salón con la linterna de su móvil. Intentó convencerse a sí mismo de que ese ruido sería de un ciervo o un zorro que había entrado por el jardín. Al acercarse más vio a algo moverse y gimotear en las escaleras. Luke lo apuntó con su linterna, como si fuera un sable láser y no una inofensiva luz led.

—¡Puta mierda! ¡Joder! ¡Soy gilipollas!

Los ciervos y los zorros no son tan malhablados. Luke volvió a acercar su linterna.

—¿Marcus?

—Por favor, apaga eso, me voy a quedar sin ojos —suplicó el delantero, tirado en las escaleras. Luke se acercó a ayudarle.

—¿Te has caído? —Marcus asintió avergonzado. Luke le sostuvo y le puso en pie. Le llevó al sofá y allí comprobó si estaba bien. Por suerte solo tenía un golpe—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has venido? Te he llevado la cena y tienes de todo en la habitación. No hay nada que necesites aquí abajo.

—Aquí está todo lo que necesito —dijo Marcus con voz suave. Luke frunció el ceño.

—No creo que necesites a alguien como el bastardo de Miller y el cretino de Ian —protestó Luke.

—Tú no eres como ellos. Nunca lo has sido ni lo serás. Lo siento. Antes me he portado como un cabrón contigo y te he dicho cosas horribles. Luke, por favor, mírame. No tengo excusa, pero sabes que cuando estoy lesionado me porto como un capullo.

—Si solo fueras un capullo cuando te lesionas…

—Lo siento —se disculpó Marcus de nuevo.

—Yo también.

—¿Sientes que sea un capullo?

—Siento no haberte contado lo de Ian y Miller desde el principio y no haber venido a comer contigo —dijo Luke—. Si te consuela, lo he pasado fatal durante esa dichosa comida.

—No me consuela. Odio que lo pases mal. Yo tampoco soy como esos dos bastardos.

—Es imposible pasarlo bien rodeado de gilipollas. Y no lo digo por ti. —Luke adivinó que Marcus se estaba dando por aludido. Le conocía demasiado bien.

—Entonces, ¿por qué hostias no me cogías el teléfono? Te he llamado mil veces antes de bajar rodando las escaleras.

—Yo… Lo tengo en modo avión por culpa de Ian.

Luke le contó que Ian le había pedido una cita y que se había pasado toda la comida haciéndole la pelota.

—¿No le dejaste tú? —preguntó Marcus.

—Sí, varias veces. Siempre se las ingeniaba para convencerme de que volviéramos hasta que le mandé a la mierda del todo. Después de aquello prometí que jamás volvería a fijarme en ningún rubio de ojos azules.

—Uhm... ¿debería teñirme el pelo? —bromeó Marcus. Luke negó con la cabeza, acariciando sus rizos dorados con ternura—. Vale, no sé cómo preguntarte esto sin que pienses que soy un cretino, pero necesito saberlo.

—¿Es *off the record*? —le vaciló Luke antes de besarle.

—Mira que eres tonto —se rio—. A ver, sabes que yo no tengo ex porque pasaba de salir con nadie. Todo cambió cuando conocí a un chico con sangre de periodista y… —Luke le

chupó la cara—. Vaaale, tiene sangre normal, pero es muy petardo. Antes de conocerle, nunca sentía nada más allá del sexo con los tíos con los que me acostaba. Luke, Ian y tú compartisteis mucho más. Y… —Marcus le miró inseguro—. No sé, puede que hayas sentido algo al verle. No-no pasaría nada. Bueno, me-me acojonaría, pero lo entendería y…

Luke le interrumpió, besando sus labios de nuevo. Cuando pararon para respirar, sonrió y le acarició la cara con delicadeza, mirándole sincero.

—Marcus, solo tú haces que mi corazón vaya a más de mil millas por hora. Contigo me siento en casa. Me escuchas, me entiendes y me amas sin condiciones. Y yo intento que tú te sientas igual cada día, porque nunca he amado ni amaré a nadie tanto como a ti.

# 14 LUCKY LUKE antes

Tras la pretemporada el equipo regresó a Backtown, deseando que empezara la Championship. Marcus había jugado tan bien que McCoy se planteaba mandar a Fabio al banquillo. Aun así, el corazón del inglés seguía tan roto como aquella noche en Escocia. Cuando pensaba que no podía ir a peor, llegaron sus padres para recordarle que se equivocaba. Tras media hora de reproches, insultos y amenazas, se largaron de Westbrown, con un cheque de diez mil libras. Eso fue lo que le costó comprar su silencio.

Marcus tenía por delante tres días libres, pero no le apetecía hacer nada, salvo encerrarse en casa y lamentarse por haberlo perdido todo. Buscó su camiseta verdinegra de los Wanderers, pero no la encontró y se odió a sí mismo por ser tan desordenado. Sus ojeras hacían que pareciera un zombi vagando por su casa. Sabía que nada podía cambiar su estado de ánimo. Se sentía derrotado y se acercó a la despensa a por una botella de whisky. Era del malo, de ese que vale seis libras, sabe a rayos y te quema la garganta con cada trago. Sin embargo, se arrepintió antes de romper el precinto. No quería acabar como en Glasgow, cuando sus compañeros se llevaron el susto de sus vidas al encontrarle desmayado. De repente, se acordó de que la camiseta estaba en casa de Luke, el mismo que aceleraba su corazón con cada recuerdo.

Marcus no podía evitar pensar que si le hubiese escuchado, todo habría sido distinto. Se imaginó cómo sería salir con él. Irían al cine. No, eso no podrían hacerlo. Él era un futbolista de Championship y tendrían que guardar el secreto. Pensó que quizás era mejor así. Nadie en su sano juicio querría salir con un futbolista gay que tiene que esconderse todo el rato. Por eso escribió a Luke, prometiéndose que, esa vez sí sería la última. Le mandó un mensaje, intentando no ser dramático, pero no lo consiguió. «Siento molestarte. Pero estaba buscando la camiseta de los Wanderers y me he acordado de que está en tu casa. Me olvidé de que existía. Igual que me olvidaba de que existía el resto del mundo cuando estaba contigo. ¿Podríamos quedar para que me la des?».

Al leer el mensaje, Luke volvió a llorar. Estaba en Serpentown, visitando a sus padres, después de la gira y de las vacaciones que se había perdido por la Costa Azul. Sabía que se estaba portando como un adolescente malcriado y enfadado con el mundo, pero no podía evitarlo. Sobre todo, cuando su padre le preguntaba todo el rato por el jugador número dieciséis del Redfox. Les había hablado demasiado de él, aunque no de lo que tenían. Si es que alguna vez fue real, pensó Luke cuando volvió a leer el mensaje. Ignoró sus palabras de amor y le respondió. Los dos quedaron al día siguiente en Westbrown.

Esa mañana del 28 de julio el calor era insoportable. Marcus se quemó los hombros subiendo la cuesta hacia Green Drive. Recordó cómo Luke y él bajaron esa calle comiéndose a besos, y todas las noches en las que se largaron de Walkey Road para estar juntos. Todo eso le parecía un sueño que nunca había sucedido. Era demasiado perfecto para ser real. Por eso se había terminado. Marcus esperó y enseguida le vio aparecer con una maleta y gafas de sol. Al mirarle, sintió como si una nube de mariposas de todas las

especies revoloteara en su estómago. Se moría por decirle la verdad y besar sus labios, pero no podía hacerlo.

—Si quieres puedo esperarte en el portal —sugirió Marcus dudoso cuando se cruzaron.

—No, sube, anda —replicó Luke decepcionado. Sabía que su encuentro tras la gira sería incomodo, pero no tanto. Entre los dos había un silencio tenso,que ninguno sabía cómo romper.

Al entrar en el piso, Luke tomó la camiseta de la mesilla del pasillo. No tuvo que buscarla. Sabía perfectamente dónde estaba. De hecho, se había quedado dormido abrazado a ella, solo porque olía a Marcus.

—Gracias —dijo Marcus cuando le dio la prenda.

—Es-es tuya —musitó él con tristeza. Sin darse cuenta empezó a hacer una lista en su cabeza de las cosas que no volverían a hacer juntos. Tomar café, ver series, partidos de fútbol, vacilarse con sus equipos de Stanleyfield, jugar a los dardos, escuchar música, hablar de mil cosas, dormir abrazados...

—Ya… Bueno… Adiós —titubeó Marcus, intentando despedirse de él de una forma coherente.

—Vale… Hasta… Adiós —se corrigió Luke. No podía decirle «hasta pronto» ni «hasta luego» porque ambos sabían que no volverían a verse. De hecho, Luke quería hablar con su jefe para dejar de cubrir las noticias del Northfox. Era mejor así.

Esa misma noche hacía tanto frío que no parecía verano. Marcus cambió el chip. Estaba harto de comportarse como un chico bueno y responsable. Coincidió en un pub con sus colegas de fiesta. Mia y su hermano Richard le preguntaron qué tal estaba. Mintió y los gemelos le vacilaron por ser futbolista del Redfox, un equipo que nunca ganaba nada. Les respondió con una peineta, se pidió un botellín de cerveza y salió a la calle. Necesitaba tomar el aire y alejarse de esas gilipolleces que antes le deprimían, pero no tanto. Antes no conocía la felicidad y no la echaba en falta. No se puede añorar algo que no se conoce. Tras un rato arrepintiéndose por salir de casa sin chaqueta, Marcus se quedó paralizado. Luke estaba en Walkey Road, con su mano entrelazada a la de un chico. Marcus les observó. Luke llevaba una camiseta blanca y unos jeans ceñidos y negros, a juego con su chaqueta. Su acompañante iba repeinado y vestía con un polo rojo y unos pantalones con la raya perfectamente planchada. No era el mejor outfit para salir por Walkey Road. Marcus se miró a sí mismo y se sintió demasiado inseguro con su camiseta de Motörhead y sus vaqueros rotos y desgastados.

Luke se avergonzó cuando sus miradas se cruzaron. Sabía que no tenía que haber ido a esa cita. Pero Daniella y los demás insistieron en que debía rehacer su vida cuanto antes. De hecho, durante su quedada en Serpentown, le instalaron Grindr en el móvil. Entonces apareció Zack con su insistencia y su zalamería barata. Luke aceptó tener una cita con él para que sus amigos le dejaran tranquilo y para negar lo evidente: Que seguía perdida e inevitablemente enamorado de Marcus.

Ninguno se atrevió a hablar. Luke recordó el mensaje de Marcus, prometiéndole que no le molestaría, los audios que borró durante la gira y todo lo que pasó con Fabio. Entonces, sin pensarlo, se agarró más fuerte al brazo de Zack. Él sonrió y le correspondió con un beso. Luke no sintió absolutamente nada cuando sus labios se unieron. Marcus sí, unas ganas infinitas de desaparecer de allí. Pero no pudo moverse. Tenía delante suyo la prueba de que todo se había roto para siempre y no se atrevía a abrir los ojos.

—Vámonos de aquí. Este no es nuestro sitio —dijo Zack tirando del brazo de Luke, quien se había quedado paralizado mirando a Marcus.

Zack estaba convencido de que Luke y él estaban fuera de lugar. No tenía ni idea de que su cita había pasado allí las noches más felices de su vida, unas semanas atrás.

—Eso es verdad, Luke. ¿Por qué no te largas? —le espetó Marcus, luchando para no derrumbarse delante de ellos.

—Este chico me suena… ¡Menudo maleducado! Espera, ¿no es el futbolista que siempre se mete en líos? Wilkinson, Tomlinson, Stevenson... ¿O algo así? —preguntó Zack.

—¡ES DICKINSON! —respondió Luke de mala gana. Marcus le miró sorprendido.

—Da igual, cálmate. No tiene importancia, Lucky Luke —dijo Zack, acariciándole la cabeza para que se relajara. Marcus pensó que el apodo era demasiado cursi y una muestra más de lo obvio: lo suyo no tenía arreglo.

La cuadrilla de Marcus se largó a la francesa, como siempre. El futbolista sintió que le costaba demasiado seguir allí, en frente de ese pub donde empezó todo. El maldito New 52, donde Luke le rescató cuando la noche se le fue de las manos. En esos instantes se arrepentía de que lo hubiera hecho. No tenía que haberle sacado de allí. No tenía que haberle dicho que todo saldría bien. No era cierto.

Marcus se marchó, pero solo pudo llegar a la parte trasera del pub. Estaba adornada por un parterre con un poco de hierba y un triste sauce llorón. Se dejó caer en el césped y se desahogó. Su chillido fue tan desgarrador y lleno de desesperación que a Luke se le heló la sangre. Miró a Zack y se despidió de él. Al tío que le había llamado Lucky Luke no le hizo ninguna gracia que le dejara plantado. Protestó, pero a él le dio igual. No iba a dejar a Marcus solo en ese estado. Ni siquiera entendía cómo habían podido llegar a esa situación, pero ahí estaban. Luke se acercó a Marcus y se sentó a su lado. El futbolista respiraba con dificultad y sentía que se le iba a salir el corazón del pecho. Luke le ayudó a que dejara de hiperventilar.

—Intenta respirar por la nariz y soltar el aire por la boca —le pidió con voz suave, pero él no le hizo caso—. Marcus, para. Estás hiperventilando y te vas ahogar.

—Yo… No no… Puedo… —balbuceó el futbolista.

—Vámonos de aquí. —Marcus puso cara de sorpresa—. No me mires así. Tienes un ataque de ansiedad y estar aquí con un botellín de cerveza no va a ayudarte mucho.

Los dos caminaron hacia la casa de Marcus en silencio. Luke le dijo que solo estaba allí porque él se encontraba mal.

—Gracias por ayudarme —dijo Marcus, un rato después.

—De nada. ¿Estás mejor? —El delantero asintió. Los dos se quedaron un rato más en silencio hasta que Luke se levantó—. Será mejor que me vaya, pero… Hay una cosa que no entiendo.

—¿Cuál? —preguntó Marcus derrotado y cansado.

—¿Qué me decías en ese mensaje de audio que borraste en Escocia?

—Ah… Creo que fue como la última bala de una puta guerra. Te conté lo que pasó, pensaba que me escucharías.

—Lo borraste antes de que pudiera oírlo —le recordó Luke.

—Bueno… ¿Qué más da? Ya-ya nada de eso importa.

Marcus se rindió, no podía más. Sabía que Luke ya había pasado página.

—Tienes razón —dijo Luke, antes de irse hacia la puerta cabizbajo.

—Luke, espero que seas feliz, aunque sea con un tío que ni si quiera te conoce. Además, tú nunca has estado fuera de lugar en Walkey Road. Él, sí.

—Bueno, tú tampoco me conoces. No sabes nada de mí, Marcus.

—Sé que eres hincha del Stanleyfield United y, aunque suene raro, me encanta. Sé que te apasiona el café, pero solo puedes beber dos al día. Sé que te gusta que durmamos abrazados. A mí también. Sé que no soportas que me emborrache ni que nadie me critique. Me ocurre lo mismo contigo. Además, con dos cervezas ya estás borracho. —Marcus intentó mantener la calma mientras hablaba, pero las lágrimas amenazaban con inundar sus ojos de nuevo—. Sé que te encanta que te bese detrás de la oreja. Sé que eres inseguro, pero a la vez jodidamente valiente. Sé que hablas en sueños y que eres muy competitivo, pero juegas fatal a los dardos. Sé que cantas cuando conduces y que no soportas las injusticias. También sé que ese chico no te gustaba de verdad porque no sonreías cuando te hablaba al oído. Ni siquiera has cerrado los ojos cuando te ha besado. Sé que te muerdes el labio cuando estás cachondo y que cuando te concentras frunces el ceño…

—Joder, Marcus... ¿por qué hostias lo mandaste todo a la mierda? ¿Por qué no me contaste que te acostabas con Fabio? —le interrumpió Luke, llorando desconsolado al darse cuenta de que Marcus le quería de verdad.

—Luke, ¿te acuerdas de nuestra primera noche juntos? —Él asintió—. Pues, desde entonces, solo he estado contigo.

# 15 EL BÚNKER ahora

Tras una semana lesionado y aburrido en casa, Marcus regresó a Sandhill. Solo podía ir al gimnasio, y no le hacía mucha gracia, pero era mejor que nada. Luke apareció en la sala de ejercicio mientras Marcus intentaba reírse con los chistes malos de Buckley.

—Buck, tío, menos mal que eres portero y no cómico —dijo Marcus.

—A ver este. ¿Qué le dice un jardinero a otro? —Marcus le miró intrigado y Buckley hizo una pausa dramática antes de terminar el chiste—. ¡Nos vemos cuando podamos!

—Joder, es peor que los anteriores.

—La culpa es tuya. No tienes sentido del humor —se defendió Buckley. Marcus le mojó con su botella de agua y Luke se rio desde la puerta—. ¿Es la hora de las entrevistas?

—Sí, capullo. No aburras al periodista del *Sunrise* con tus chistes malos —le pidió Marcus entre risas.

La entrevista de Luke a Marcus fue bastante bien. Los dos se trataron como si no se conocieran. Marcus le confesó lo que ya sabía: Que se aburría lesionado y que se moría de ganas por volver a tocar un balón. Luke podía haberse inventado las respuestas y habría acertado todas. Tras la última pregunta, los dos se miraron con complicidad, sintiendo que habían superado su primera prueba de fuego juntos en Sandhill. Pero aún quedaba el desafío más difícil: Andrew Miller. El periodista entró en el gimnasio con aires de superioridad. Llevaba el pelo engominado y un traje tan serio que le hacía parecer más mayor. Miró a Marcus y le sonrió con suficiencia, antes de sentarse en frente de él. La entrevista empezó suave, con preguntas sobre la temporada, su recuperación y las aspiraciones del Northwalk. Miller enseguida pasó a la acción, mostrando su verdadera cara. Esa que hacía que todos le temieran y le odiaran a la vez.

—¿Crees que esta lesión es una señal?

—¿Una señal de qué? —dijo Marcus extrañado.

—De que quizás este no sea tu sitio, Dickinson. ¿Se te ha olvidado que vienes de la quinta división?

—En realidad, vengo de segunda —le recordó Marcus.

Luke estaba entrevistando a Buckley, y sonrió al oírle.

—Es bastante lógico pensar que la Premier es demasiado para ti —insistió Miller—. Reventaste una valla, saliste un poco perjudicado de la fiesta de Juul y ahora te has lesionado. Aunque en Westbrown las liabas peores.

—¿Y la pregunta es…? —replicó Marcus, fingiendo que las teorías de ese cretino no le hacían daño.

—¿Qué tienes tú que no tengan otros jugadores para jugar en un equipo de la Premier?

—Hay un montón de futbolistas que se merecen estar aquí, puede que incluso más que yo. No lo niego, pero me esfuerzo cada día para mejorar y ayudar a mi equipo.

—¡*Meec*! —Miller imitó los botones que suenan en los concursos de preguntas cuando un participante falla—. ¡Respuesta incorrecta, Dickinson! Con cuatro semanas lesionado, no ayudas.

Luke y Marcus se miraron, deseando que Miller terminara su maldita entrevista cuanto antes.

—Yo no tengo la culpa de estar lesionado —le recordó el futbolista—. Además, van a ser dos semanas. No cuatro.

—Leí el parte de tu lesión. No me mires así, soy un profesional —le espetó Miller con chulería al ver su cara de asombro.

—Este tío es un puto borde—le susurró Buckley a Luke.

—Sí, es Miller —admitió Luke, frustrado.

—En quinta te expulsaron tres veces. En la Premier están tardando mucho en hacerlo. —Miller quiso dejar claro que se había estudiado las estadísticas del nueve del Northwalk. Marcus se encogió de hombros—. Vale, ya que no quieres hablar de tu pasado en el campo, hagámoslo del que tenías fuera. Ese mismo por el que te llaman *Party Dickinson.*

—Tú me apodaste así —le recordó él—. Pero no me afecta. ¿Cuál es la pregunta?

—Entiendo que mi modo de entrevistar te confunda. Es periodismo sofisticado. —Miller acababa de llamarle tonto.

—¡No le has preguntado nada! —protestó Luke sin poder contenerse.

—No te metas, Doyle. Tú ya has tenido tu turno para hablar con él. ¡Qué lástima! Te conoció en Westbrown cuando no era nadie, y ya ni se acuerda de ti. —Al oír a Miller, Marcus miró a Luke, y con un solo gesto, los dos acordaron no responderle. No merecía la pena. Solo serviría para poner su secreto en peligro—. Vale, supongo que, a pesar de jugar en Premier, sigues con tus malos hábitos de quinta. ¿Crees que eso puede alargar tu lesión más de dos semanas?

—No tengo malos hábitos.

—¿Qué bebes?

—Ahora mismo agua. —Marcus le mostró la botella y Miller negó con la cabeza.

El periodista insistió tanto que Marcus acabó confesándole su dieta. Su desayuno consistía en un café bien cargado, con algo de dulce o huevos fritos y *bacon*. Le dijo que odiaba el *bacon* crudo y que se tomaba varias bebidas energéticas, que se multiplicaban en día de partido. Miller le preguntó por su vida privada y Marcus se cerró en banda.

Cuando Miller se marchó del gimnasio, los tres suspiraron aliviados. Buckley volvió a bombardearles con sus chistes malos y esa vez, los dos se rieron.

A finales de semana, Marcus por fin pudo tocar balón. Se sentía bien y suplicó que le dejaran jugar el sábado, pero la médica se negó. Todavía no estaba listo y no quería que forzara. Así que, se sentó en la grada del North Power para ver el partido contra el Aston Villa. Allí animó como un *wildcat* más, sin ver una tarjeta amarilla por ser tan efusivo. Saltó, gritó, protestó y se volvió loco cada vez que su equipo atacaba. También escribió a Luke y comentaron juntos las jugadas. Veían el fútbol igual, con la misma pasión y estrategia, aunque fueran de equipos distintos.

El periodista estaba en la zona de prensa del estadio, a poca dis tancia de Marcus. El *Sunrise Press* le había convertido en el encargado de la información del Northwalk después de que Clara dimitiera.

Poco antes del descanso Marcus se marchó de su asiento. Le parecía injusto que Luke y él estuvieran tan cerca y que no pudieran verse. Pensó hasta que se acordó de que había un oasis de paz en mitad de ese caos llamado North Power. Simon Scott, el único que conocía el lugar aparte de Marcus, lo llamaba «el búnker» porque era secreto, gris y estaba apartado

del resto del estadio.

**Marcus_15:42**
Quiero verte ♡

**Luke_15:43**
Y yo a ti, pero estoy cubriendo el partido.

**Marcus_15:44**
Lo sé, pero el descanso llega ya.

**Luke_15:45**
¿Y tu plan es…? ^^ No digas que no planificas.

**Marcus_15:45**
No planifico nada. ☺ Te espero en los vestuarios abandonados del último piso. No tardes, Lucky Luke. ♡

Luke se marchó de la zona de prensa y subió andando hasta el último piso del estadio. Eran tantas escaleras que llegó a pensar que conducían hacia el mismísimo cielo. Ya arriba y jadeando por el esfuerzo, buscó el sitio en el que le había citado Marcus. El pasillo era distinto a los demás. Este no había recibido su ración de pintura azul y no tenía dibujado el escudo de los *wildcats*. Se notaba que nadie pasaba por allí ni por casualidad. Luke tocó la puerta, dudando de si era ahí. Marcus salió a abrirle. Se abrazaron y Luke se sentó en el banco, apoyándose contra la pared gris y descascarillada.

—¿Cómo leches has subido hasta aquí? —preguntó Luke.

—¡No me jodas que has venido andando! —Luke asintió—. Mierda, tenía que haberte dicho que cogieras el ascensor.

—¿Dónde hostias estamos? —preguntó Luke mirando a su alrededor. Había taquillas, lavabos y una pizarra con una jugada táctica dibujada, que se negaba a desaparecer por mucho que pasaran los años. Marcus se sentó a su lado y le abrazó.

—Bienvenido al búnker del North Power. O lo que es lo mismo, al vestuario abandonado de los North Wildcats. Eran un equipo fundado por aficionados del Northwalk y acabaron a hostias.

—Les entiendo. Este sitio está muy lejos —bromeó Luke.

—Pero merece la pena, Lucky Luke.

—Odio que me llames así, Ricitos de Oro.

—¡Qué va! Odias las películas de miedo, los atascos, el fútbol malo y el periodismo basura, pero no que te llame así —dijo Marcus. Luke le sonrió y negó con la cabeza.

—También odio que no me beses. —Marcus acarició sus labios y le dio un beso corto, pero intenso.

—¿Algo más? —preguntó Marcus.

Luke se sentó encima suyo con las piernas abiertas, y le devolvió el beso mientras le rodeaba con sus brazos. Cuando pararon para tomar aire, Luke miró su reloj y se echó las manos a la cabeza, mirándole estresado.

—Joder, faltan diez minutos para que empiece la segunda parte.

—Eso significa que tenemos diez minutos para besarnos.

—Estoy cubriendo el partido. No puedo llegar tarde —le recordó Luke, suspirando al notar que los dos estaban igual de excitados.

Ninguno quería parar. Marcus le soltó el reloj de la muñeca con delicadeza y lo dejó en el banco. Luke se mordió el labio y se dejó llevar, haciendo lo que realmente quería: Besarle y acariciarle hasta que estallaran de placer. Marcus le quitó la sudadera mientras él le levantaba la camiseta para besar su pecho. La temperatura de aquel vestuario tan frío subió a una velocidad de vértigo. El tiempo seguía pasando, pero ninguno era consciente de ello. Terminaron de desnudarse y Marcus le levantó. Luke le rodeó con sus brazos y con sus piernas. El futbolista empezó a penetrarle, sujetándole para que no se cayera. Sus besos amortiguaron sus constantes gemidos. Al poco, cambiaron las tornas. Luke se bajó y se puso detrás suyo. Marcus gimió cuando sintió cómo entraba en su interior, y los dos se olvidaron de dónde estaban. En un estadio de la Premier, con 35.000 espectadores y un montón de medios de comunicación.

—No pares nunca —gimió Marcus cuando Luke le arañó la espalda y le mordió el cuello con deseo y pasión. Movió las caderas para entrar más dentro y en ese instante los dos notaron la calidez que precede al orgasmo.

—Te amo —dijo Luke, pegando sus labios a la espalda de Marcus cuando terminaron de correrse.

—Yo más —replicó él abrazándole.

—Gracias por buscar este sitio para que estemos juntos.

—Ha sido el mejor descanso de toda la historia del fútbol.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡EL PARTIDO! —chilló Luke volviendo a la realidad de golpe—. Seguro que ya ha empezado. Joder. Nos van a pillar. Se van a dar cuenta de que hemos estado aquí… Porque los dos mentimos fatal y… Todo se va a joder. Estamos rodeados de periodistas… —Marcus le interrumpió, mirándole y agarrándole las manos con dulzura.

—Luke, respira. No pasa nada porque llegues un poco tarde. Ten Hag lo hace siempre en las segundas partes del United y es el entrenador. Además, ni dios conoce este sitio y nadie va a pillarnos —aseguró Marcus, moviéndose para buscar la ropa y dársela junto al reloj.

—¿Seguro? —preguntó Luke dudoso mientras se vestía.

—Totalmente. Además, estás más guapo que antes.

Luke se echó a reír, le besó y salió del vestuario a toda prisa, después de que Marcus le indicara dónde estaba el viejo ascensor. El futbolista se vistió con calma y cuando terminó, atrancó la puerta para que el búnker siguiera siendo un secreto.

Cuando llegó a la zona de prensa, a Luke le brillaban los ojos, lle vaba el pelo alborotado y una sonrisa tonta en la cara. Si algún periodista le hubiese mirado bien, se habría dado cuenta de que se lo había pasado genial durante el descanso. Por suerte, todos estaban demasiado atentos al partido. Quedaba media hora para que el Northwalk marcara un gol. El empate a cero no estaba mal, pero los tres puntos les permitirían seguir soñando con la Premier. Sus principales rivales habían pinchado y si ganaban, los de Northwalk se pondrían primeros nada más ascender.

Marcus regresó a la grada relajado y bostezando. Los orgasmos seguían dándole sueño, no podía remediarlo. Se sentó junto a sus compañeros lesionados Hastings y Buckley para terminar de ver el partido. Thabo, su sustituto, tuvo varias ocasiones de gol, pero su fútbol, su puntería y su olfato no eran como los del nueve de Inglaterra.

Esa tarde Rizik estaba algo perdido en el campo. Nunca había jugado con Thabo y no se entendía bien con él. Echó mucho de menos a Marcus. Con él se entendía con solo mirarle. Los *wildcats* consiguieron marcar en el descuento, gracias a un remate de cabeza de Héctor.

Marcus se volvió loco celebrándolo en la grada y todas las cámaras le grabaron.

Por la noche, los dos cenaron con la tertulia deportiva de fondo. Los periodistas discutían en la tele sobre si el Northwalk aguantaría mucho siendo líder de la Premier.

—Aguantaremos toda la puta temporada —opinó Marcus.

—Ojalá —deseó Luke—. Te mereces una Premier.

—¿Yo?

—Sí, eres el mejor. Ni se te ocurra negarlo, Marcus. Eres diferente a los demás delanteros. En parte es porque has estado mucho tiempo perdido en séptima y en quinta. Eres pícaro, pero jamás te tiras. Prefieres no perder el balón. Sacas de quicio a los porteros, y los defensas no saben cómo marcarte. Casi nunca estás en fuera de juego. Y para colmo, eres más rápido que un rayo. Ah, y mientras te recorres todo el campo controlando el balón, piensas en la táctica. Eres inteligente, habilidoso y veloz. No sé a qué cojones esperan para darte un puto Balón de Oro.

—A que les secuestres y les robes el trofeo.

Luke le revolvió el pelo. Todo lo que había dicho era cierto. Marcus era un jugador magnífico, pero él no creía que fuera para tanto. Los Dickinson se pasaron dieciséis años diciéndole que no era suficiente y él les había creído. De repente, la teatral voz de Miller sonó desde la tele y les sobresaltó.

«Hoy he estado en el North Power y tengo una noticia importante. La vida del señorito Dickinson ya no es tan privada como a él le gustaría». Con las palabras de Miller, los dos se miraron aterrados.

—Marcus, ¿el puto búnker no era un lugar secreto? —preguntó Luke nervioso mientras el presentador del debate le metía prisa a Miller para que diera su noticia.

—Sí. Además, he cerrado la puerta y ni siquiera hemos entrado ni salido juntos de allí —recordó Marcus.

En el plató de televisión, Miller continuó acaparando toda la atención: «Está bien, no os haré sufrir más. Marcus Dickinson tiene un romance con la famosa modelo, activista e *influencer* Diana Maas. Durante el descanso se lo han pasado genial. Los dos han vuelto tarde a la grada, separados, sí, pero es evidente que han estado juntos. Él llevaba la camiseta del revés. ¡Iba en manga corta a pesar de que había cinco grados! Pero ahí no acaba la cosa. Dickinson tenía un chupetón en el cuello, y a no ser que haya vampiros en el North Power y no lo sepamos…»

—Sabes que vivimos en Northwalk y no en Malibú, ¿no? —ironizó Luke mientras apagaba la tele.

—Sabes que esto es cosa tuya, ¿no? —Marcus se rio, señalando su cuello y los arañazos de su espalda.

—Perdón. Siento ser tan bruto. Joder, ¿te das cuenta de lo que habría pasado si Miller me hubiera visto llegando tarde?

—Luke, no pidas perdón por eso, joder. Me encanta que seas un bruto, y tienes razón. Miller nos habría pillado seguro. Tenías cara de recién follado.

—Marcus, deberíamos tener cuidado. Miller es capaz de cualquier cosa —le recordó Luke—. Como quiera jodernos, lo va a hacer.

—Espero que no. No me atrae nada. —La broma de Marcus hizo que Luke pusiera los ojos en blanco—. Además, tengo novio.

—Que se va a convertir en ex novio, como no te tomes esto en serio, idiota. Marcus, ese imbécil acaba de decir que tu vida privada ya no existe. Se saltaba las clases de ética

periodística porque el derecho a la intimidad se la resbala.

—¿Y qué hacemos, Luke? —le preguntó mientras lanzaba su móvil al sofá después de ver sus mensajes—. Mis padres me han escrito para decirme que ahora voy por el buen camino. Héctor y Thabo me acaban de felicitar por tener novia. ¿Crees que todos dirían lo mismo si supieran la verdad?

—Sabes que no. El mundo es una mierda. Por eso debemos tener cuidado con Miller.

—¿Y si la cagamos y nos pilla? —preguntó Marcus.

—Pues, nos joderemos, pero saldremos adelante juntos.

En el siguiente entrenamiento Marcus hizo los ejercicios con sus compañeros. Cuando terminó, el entrenador se reunió con la médica y el fisio mientras él recogía los balones y les esperaba expectante .

—¿Cómo lo veis? —preguntó Marcus nervioso—. ¿Puedo volver a jugar? Hoy no me ha dolido la rodilla, y prometo que no forzaré.

—Más te vale no forzar —le aconsejó la doctora.

—¿Eso significa que voy a volver a jugar? —dijo esperanzado. Los tres asintieron y él se puso a gritar tanto que le oyó todo Sandhill—. ¡JODER, POR FIIIIN!

—Solo lleva unos días lesionado, no es para tanto —opinó el fisio antes de irse.

—Como se nota que no le aguantas mucho. Marcus es la impaciencia personificada —le definió Mario entre risas. Después miró a su delantero—. A ver, *cativo*, no vas a jugar el partido entero. No pongas esa cara de decepción. Te voy a dar minutos, pero no puedes forzar. ¿Estamos?

—Ni decir en una entrevista que vives a base de café y *bacon* — le reprochó el nutricionista del club, acercándose a ellos.

Marcus prometió que no forzaría y que no volvería a ser tan sincero. Por culpa de la entrevista de Miller se había ganado un montón de enemigos. Mario se quedó hablando con el nutricionista y defendiendo la dieta de su pupilo. Sabía que a Marcus los planes le daban urticaria, eso incluía los menús del doctor.

Cuando llegó al vestuario escribió a Luke para contárselo. El periodista tenía el día libre y estaba relajado, nadando en la piscina de su casa del bosque. Estuvieron un rato mensajeándose hasta que levantó la vista de su móvil. En ese instante, Marcus se alegró infinitamente de no haberle hecho una videollamada. Eso habría sido el fin. Andrew Miller estaba allí, delante suyo, sentado bajo la taquilla de Héctor, trajeado y mirándole con curiosidad.

El futbolista bloqueó el móvil y lo guardó en el bolsillo de sus pantalones de entrenamiento. Miller no estaba tan cerca como para poder leer los mensajes. Marcus lo sabía, pero la posibilidad de que hubiera pasado le aterraba. El periodista más insufrible de todo el país continuó mirándole fijamente.

—No puedes estar en el vestuario —le recordó Marcus.

—¿Fue ahí donde te tiraste a tu novia?

—Claro. Delante de mis compañeros, no te jode. —Marcus intentó ignorarle. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero Miller era demasiado insoportable.

—¿Fue en los baños? —insistió y Marcus negó con la cabeza—. ¿En la sala de descanso? ¿En la de materiales?

—Así que tienes un mapa del North Power —ironizó.

—Tengo muchas cosas y sé muchas más —gruñó Miller.

—¿Sabes que no puedes estar aquí? El vestuario es solo para el cuerpo técnico y los futbolistas. Tú no eres ninguna de las dos cosas.

—¿Qué tienes en contra de los periodistas, Dickinson?

Marcus suspiró. Si él supiera… Pero ni siquiera le dio tiempo a responder. Miller se sobresaltó al ver llegar al resto de la plantilla del Northwalk con Mario a la cabeza.

—¡La prensa no puede entrar al vestuario! —le recriminó Mario visiblemente enfadado.

—Lo siento, ya me iba —se disculpó Miller nervioso por el tono de cabreo y los gestos del entrenador italiano.

—Es que no sé para qué has venido —añadió Mario—. Hablaremos con tu periódico para que esto no se vuelva a repetir y para que dejes de inventar rumores sobre mis jugadores. ¿Estamos?

Los ojos verdes del italiano le miraron fijamente, y Miller sintió ganas de desaparecer. Mario le imponía mucho más que Marcus. Sabía que el italiano tenía más poder. Eso era lo que más le interesaba. Antes de irse, le suplicó que no informara al periódico del incidente del vestuario. Mario le dijo que haría lo que le diese la gana. Y entonces, Miller comprendió por qué el Northwalk funcionaba. Tenía un entrenador sin miedo a nada y una plantilla unida. Lo comprobó cuando Rizik, Konstantin y varios jugadores se acercaron a Marcus para preguntarle si estaba bien.

Marcus le contó toda la verdad sobre lo que pasó con Fabio aquella noche en Escocia. Luke le escuchó y se quedó en silencio.

—Si no me crees, puedes preguntarle a Fabio. Te aseguro que me odia y que jamás mentiría por mí.

—Te creo. No necesito preguntárselo a nadie, Marcus. Yo… yo lo siento. Tenía tenía que haberte escuchado. —A Luke le temblaba la voz—. Y… Quiero estar contigo, pero te he hecho daño y no puedo cambiarlo. Te acusé de romperlo todo, mientras era yo el que lo hacía pedazos. Lo siento.

Cuando se disculpó, Luke salió a toda prisa de la casa de Marcus. El futbolista se quedó paralizado. Los dos querían estar juntos, sin embargo, Luke se acababa de largar. Marcus salió al porche y le encontró quieto, apoyado en su buzón. En ese mismo que tenía la pintura desgastada por el paso del tiempo y, en el que todavía aparecía el nombre de su abuela Harriet junto al suyo. Le observó antes de acercarse. Luke estaba llorando, cabizbajo. Marcus levantó la vista y miró al cielo. Estaba nublado, pero el brillo de los ojos de Luke compensaba la fría y oscura noche.

—¿Por qué te has ido? —le preguntó Marcus confuso.

—Porque… Yo… Marcus, aquella noche te traté fatal. Te acusé de jugar conmigo y no lo hiciste. Y hoy yo… he salido con un gilipollas solo para intentar demostrar que no estoy enamorado de ti.

—¿Y ha ido bien? —preguntó Marcus esperanzado.

—¡No, joder! ¡No puedo demostrar eso! —protestó Luke mientras un coche intentaba aparcar sin éxito en la cuesta de Ground Hill, con *Everywhere* de Fleetwood Mac a todo volumen.

—¿Entonces? —preguntó, con la canción sonando de fondo.

—Que entiendo que me odies. Porque yo me odio a mí mismo por haber jodido la mejor relación que he tenido en mi vida, aunque ni siquiera fuera una relación. Dios, bebiste hasta desmayarte porque yo no te escuché…

—Yo no te odio y lo del whisky fue culpa mía. No tuya.

—Si te hubiera leído a tiempo, habría ido a buscarte.

—Luke, yo borré ese puto mensaje. Pero ¿sabes qué? Sigo queriendo estar contigo en todas partes.

—¿Como dice la canción? —preguntó Luke señalando hacia ese coche verde que todavía no estaba aparcado.

—Sí. Lo he querido siempre. Desde que pasamos la primera noche juntos, desde que nos encontramos en The Crown, desde que me hablaste en el autobús...Nunca he dejado de querer estar contigo, Luke —confesó Marcus.

—Yo tampoco, pero todo se fue a la mierda.

—¿Y por eso no podemos estar juntos?

—Marcus, no tienes que pedirme salir para demostrarme que quieres estar conmigo. En Escocia me dijiste que nunca habías estado con nadie en plan serio. Podemos seguir como

antes. No hace falta que tengamos nada formal si no estás preparado.

—Es que sí lo estoy, joder. Luke, ¿quieres ser mi novio? —preguntó Marcus sin rodeos. Él le miró boquiabierto—. Te lo pedí esa noche y no me creíste, pero me encantaría demostrarte que es cierto, hacerte reír, sacarte de quicio, entenderte, escucharte y estar contigo. Sé que dicho así suena muy bonito. O un coñazo, porque aguantarme no es fácil. —Luke sonrió—. Tampoco puedo prometerte un cuento de hadas. Si me dijeras que sí, tendríamos que salir en secreto porque tú eres periodista y yo soy futbolista…

La calle estaba desierta, exceptuando al conductor que seguía haciendo maniobras con los últimos acordes de la canción sonando. Aparcar en una cuesta siendo novato no es fácil. Luke miró a Marcus con una extraña mezcla de confusión, alegría y fascinación.

—¿Tendríamos que empezar de cero?

—Paso de volver a ese pub para pegarme con un bastardo.

—Y yo de llevarte en brazos hasta mi casa —dijo Luke, recordando aquella noche cuando Marcus dejó de caminar y tuvo que cargar con él. El futbolista se rio y después hizo exactamente eso, tomar a Luke en brazos.

—¿Así? —preguntó Marcus mientras Luke sonreía.

—Sí, y aunque sea un secreto, lo nuestro será un cuento de hadas.

—El mejor cuento de hadas de toda la puta historia de los cuentos de hadas.

Cuando llegaron a la puerta, Marcus abrió y la música dejó de sonar. El del coche por fin había conseguido aparcar y en Ground Hill volvió a reinar el silencio. Los dos se sentaron en el sofá y hablaron de mil cosas. Marcus le confesó que quiso alejarse de él para no cargarle con su secreto. Los dos sabían que no tendrían una relación normal, pero no les importaba. Solo querían estar juntos.

Luke se quedó dormido primero. Marcus volvió a tomarle en brazos, esta vez con cuidado de no despertarle. Le llevó a la cama, le cubrió con el edredón y se tumbó a su lado. Acarició su pelo color café. Luke ronroneó relajado, se giró y le rodeó con sus brazos. El futbolista enseguida se durmió.

A las nueve en punto les despertó el móvil de Luke. Le llamaron de la redacción del *Westbrown Post* y mintió. Nunca lo había hecho, pero dijo que estaba enfermo y que necesitaba el día libre.

—¿Seguro que quieres salir conmigo? Creo que soy una mala influencia —dijo Marcus entre risas cuando Luke colgó el teléfono y volvió a su lado.

—Mmm, llevo diez horas saliendo contigo —contestó Luke orgulloso después de mirar su reloj—. Y no eres una mala influencia. De hecho, tu tatuaje es la mentira más grande que he visto en mi vida.

—¿Por eso te gusta tanto? —le vacilo Marcus y él le sacó la lengua—. ¿Qué quieres hacer hoy?

—¿Dormir? —sugirió Luke perezoso. Estaba tan a gusto, que sentía que no necesitaba nada más.

—Son las nueve.

—¿Ya no te importan una mierda los horarios, Ricitos de Oro?

—Sí, pero tengo hambre. Y seguro que tú también. Joder, echaba de menos que me llamaras así.

—¿No era muy cursi?

—Como tú, Lucky Luke —replicó Marcus.

—¡Qué cabrón! —exclamó Luke dándole con la almohada.

Después de desayunar café, huevos, *bacon* y *porridge*, Luke sugirió ir a dar una vuelta. Marcus le miró divertido y le recordó que acababa de mentir a su jefe, fingiendo estar muy enfermo.

—¿No tienes nada que hacer? —le preguntó Luke algo inseguro.

—¿Te parece poco aguantarte? —bromeó—. Es coña. Quiero estar contigo todo el día y todos los días.

—Yo también —confesó Luke antes de besarle.

—¿A dónde querías ir?

—¿Conoces el bosque Kirklane? —Marcus negó con la cabeza—. Está un poco lejos de aquí, pero es precioso y nunca hay nadie.

—Vamos, anda —dijo Marcus—. Lo único, mi furgo no es ni de coña tan cómoda como tu coche.

—A mí, como si sus asientos son como la cama de un faquir. Si estoy contigo no me importa.

# 17 LENTO ahora

Marcus empezó el partido en el banquillo, animando a sus compañeros y esperando a que Mario le diera minutos. La FA Cup es una oportunidad para que el equipo pequeño, al que nadie espera, acabe con un título en sus vitrinas. Los *wildcats* lo sabían y llenaron el estadio con banderas azules para apoyar a los suyos.

En la zona de prensa no había ni rastro de Andrew Miller. Después de las quejas de Mario, el periódico para el que trabajaba había mandado a otra periodista en su lugar. Luke se alegró de no tener que aguantarle. Se estaba mucho mejor sin sus críticas y sus comentarios de mal gusto.

El Burnley, el rival del Northwalk durante la eliminatoria, salió a por todas desde el primer minuto. Los de Mario no sabían ni por dónde les daba el aire. Quedar fuera de la competición tan pronto sería una derrota dolorosa. Rizik intentaba buscar a Thabo, pero no se entendían y estaba marcado por un defensa incansable. Tras varias paradas de Konstantin, se fueron al descanso empatados a cero. Mario les pidió calma y concentración. En el segundo tiempo cambió a Thabo por Marcus. El delantero estaba eufórico por volver a jugar, y enseguida contagió esa alegría a sus compañeros. Cuando el árbitro pitó una falta, Marcus caminó hacia el área y Rizik le frenó.

—¿Se te ha olvidado lanzar, Riz? —le vaciló Marcus.

—No, pero espero que tú te acuerdes de cómo se remata de cabeza, *Party* Dickinson —replicó el egipcio riéndose. Él asintió y Rizik le señaló a un jugador rival—. ¿Crees que podrás irte de ese defensa insufrible?

—Lo intentaré, capullo.

—¡No lo intentes, hazlo!

Marcus se puso en el área y el defensa empezó a agarrarle. Rizik levantó la mano antes de lanzar, para indicarle la trayectoria del balón. El egipcio chutó y Marcus golpeó la pelota con la cabeza, a pesar de que el defensa seguía pegado a él. Su testarazo mandó el balón directo contra la red, adelantando al Northwalk en el marcador. Rizik y todos sus compañeros corrieron a abrazarle.

Las cámaras de televisión se centraron más en la supuesta novia del delantero que en la celebración. Diana Maas estaba en la zona vip del estadio, viendo el partido. Todo el mundo aseguraba que había ido allí a apoyarle. Mientras, en la zona de prensa, el novio de Marcus sonreía por verle feliz y jugando. Gracias a su gol, los *wildcats* pasaron de ronda.

—¡Esto hay que celebrarlo! —gritó Juul en el vestuario, tan dispuesto como siempre a una buena fiesta.

—Podemos ir a esa discoteca nueva. Todavía no la hemos inaugurado —sonrió Yoshio, un central japonés.

—Haced lo que os dé la gana. Pero mañana os quiero de una pieza en el entrenamiento, ¿estamos? —advirtió Mario, al ver que el equipo se iba de nuevo de juerga.

—No te enfades, míster. ¡Hemos jugado genial y hemos pasado! —dijo Rizik riéndose.

—Bueno, lo de jugar genial… Supongo que no queréis hablar de la primera parte... —

Los jugadores se echaron a reír, asegurándole a su entrenador que no hacía falta—. En serio, os daría el día libre, pero la competición no para y jugamos el viernes.

—Marcus, te vienes, ¿no? —preguntó Konstantin. Él asintió. Sabía que lo pasarían bien. Entre la lesión y la noticia falsa que había difundido Miller, su vida las últimas semanas había sido un caos.

La discoteca nueva era enorme. Los chicos cogieron un reservado y se acomodaron allí para que nadie les molestara.

—Oye, Dickinson —comentó Héctor—. ¡Qué callado tenías lo de tu novia!

El defensa le dio un manotazo cariñoso en la espalda, pero con bastante fuerza. Marcus se atragantó con la cerveza, por el comentario de su compañero y por el golpe. Intentó cambiar de tema, pero no había manera. Todos se morían de curiosidad por saber la historia con todo lujo de detalles.

—¿En serio os lo montasteis en el descanso? —quiso saber Buckley, tras dar un buen trago a su copa de champán.

—No, joder —suspiró Marcus cansado del tema.

—¿Por qué no dejáis tranquilo a nuestro héroe? —sugirió Konstantin al notar que estaba incómodo.

—¡Sí, gracias a mi asistencia y a su remate hemos pasado de ronda! —añadió Rizik orgulloso.

—Solo una cosa, Dickinson, ándate con ojo. He oído que Diana tiene algo serio con uno del Liverpool —le advirtió Héctor.

Marcus les dijo que ni siquiera conocía a esa chica, pero nadie le escuchó. El rumor de Miller era más fuerte que sus palabras. Todo el país se lo había creído y no había nada que pudiera hacer. Así que, se tomó dos cervezas más, negras y bastante fuertes. Al terminarse la segunda, decidió que ya era el momento de volver a casa. No sabía qué hora era. Jamás llevaba reloj y en las discotecas tampoco tienen. Sin saber si era tarde o pronto, Marcus se despidió de sus compañeros. Algunos estaban ya tocados por el champán y las mezclas extrañas de alcohol. El champán, el whisky y el vodka no son una buena combinación. Pero ¿quién era él para juzgarles?

Marcus pidió un taxi. Al entrar en el coche se tapó el pelo con la capucha de la sudadera, para que el taxista no le reconociera. El viaje transcurrió en un silencio absoluto de quince minutos, solo interrumpido por la radio informando sobre el partido del Northwalk. Los locutores se deshacían en elogios hacia él, su fútbol y su romance con Diana Maas.

Cuando llegó, Luke estaba dormido con un libro de Rainbow Rowell en la mano. Marcus le quitó el libro y le tapó, intentando no meter ruido, pero no lo logró.

—¡Joder! ¿Qué pasa? —gritó Luke asustado.

—Lo siento. No te quería despertar. —Luke se tranquilizó al oír su voz, encendió la luz y le sonrió.

—¿Qué tal la discoteca nueva?

—Como todas. Un puto antro con luces, sofás cómodos y champán caro. Los pubs de Walkey Road no tienen mucho que envidiar, la verdad. —Marcus estaba hablando más de lo que había hablado en toda la noche. Con Luke era él mismo. Además, no tenía que pensar en qué podía decir y qué no.

—Bonita disertación sobre salir de fiesta.

—¿Lo has pasado bien en el descanso? —preguntó Marcus mientras se descalzaba.

—No te creas. Ha sido aburrido. Nadie me ha escrito.

—Oh.

Marcus sacó el móvil y le escribió un mensaje antes de acercarse a él. «Yo también he echado de menos tus besos, pero podemos solucionarlo». Luke sonrió al leerlo.

—Dios, no me puedo creer que toda Inglaterra piense que eres bruto, insaciable y nada romántico por echar un polvo en mitad de un partido.

—Deberían saber la verdad: Que tú eres más bruto que yo —bromeó Marcus.

—Puede, pero me encanta hacerlo lento, igual que a ti.

—¿Cómo de lento? —preguntó Marcus antes de besarle despacio, saboreando sus labios y su boca. Cuando Luke se movió para rodearle con sus brazos, vio el reloj de la mesilla.

—Mierda, son las dos de la mañana —protestó Luke. Marcus agarró el despertador y lo puso boca abajo, haciéndole reír—. ¿Podemos parar el tiempo?

—Si nos lo proponemos, tú y yo podemos hacer cualquier cosa.

Los dos se miraron y Luke le atrajo hacia él, para abrazarle y besarle con lengua, con urgencia, como si no hacerlo fuera a matarle. Necesitaba su boca, sus labios rosados y carnosos, sus rizos dorados, su torso desnudo, su respiración acelerada, sus dulces gemidos… Le necesitaba por encima de todo, igual que Marcus a él.

Los besos se volvieron cada vez más húmedos y acabaron desnudándose entre caricias. Marcus enseguida comprobó que quitarse un pijama siempre es más fácil que unos vaqueros ceñidos. El futbolista se cayó al suelo mientras tiraba de sus pantalones. Luke oyó su risa y respiró aliviado. Bajó de la cama y se puso en cima suyo, totalmente desnudo, excitándole hasta lo inconcebible.

—¿Estás bien? —preguntó Luke.

—En el puto paraíso —confesó Marcus, acariciándole la cintura y mirándole embelesado.

El alcohol no era tan fuerte como el efecto que causaba Luke en él. Nada lo era. Luke se perdió en la boca de Marcus, esa que sabía a cerveza negra y a una pasión infinita. El suelo de su habitación se convirtió en el lugar más cómodo del mundo porque estaban juntos. Luke terminó de desnudarle, usando su lengua y sus manos.

—Quiero saborearte y que te corras en mi boca —confesó Luke. Cuando llegó al tatuaje recorrió las letras a besos. La zona era in finitamente erótica, debajo del ombligo, con los oblicuos marcándose a los lados. Marcus asintió y le agarró la mano izquierda. Se metió su dedo índice en la boca y lo succionó con sensualidad mientras Luke seguía deslizando su lengua por su cuerpo.

—Como sigas así, voy a correrme ya.

Luke sonrió al oírle y empezó a lamer el pene de Marcus, dibujando círculos con su lengua. Los gritos de placer del futbolista comenzaron a inundar la habitación. Luke se introdujo el miembro entero en la boca, tocando su garganta. Marcus puso los ojos en blanco y él le observó fascinado. Sus pálidas mejillas estaban ardientes por el placer que estaba sintiendo. Sus pupilas se habían dilatado, volviendo sus ojos más azules y brillantes que nunca.

—¿No te gusta? —preguntó Luke inseguro cuando Marcus se movió.

—No-no-no. Joder, me encanta, pero quiero tocarte.

Los dos volvieron a la cama y Marcus se tumbó boca arriba. Luke se colocó encima suyo, en la postura perfecta para hacer un 69. Empezaron a chuparse y a gemir de forma

incontrolada. La respiración de ambos se volvió entrecortada y sus latidos, totalmente desbocados. Se corrieron prácticamente a la vez y el orgasmo les dejó temblando. Sus cuerpos quedaron empapados de sudor y sexo, y las comisuras de sus labios se mancharon con su líquido blanco y transparente. Marcus se dejó caer en su pecho y Luke le atrajo hacia él para besarle.

—Sabes raro —observó Luke riéndose—. Cuando has llegado sabías a cerveza negra. Y ahora tu boca sabe…

—A ti —le interrumpió Marcus. Luke le acarició el pelo, y antes de que se quedaran dormidos, se dieron una ducha corta y relajante.

Ninguno miró la hora, pero cuando se dieron su beso de buenas noches, el reloj que estaba boca abajo en la mesilla marcaba las cuatro de la madrugada. Si lo hubieran sabido, tampoco les habría importado. Cada beso, cada caricia, cada gemido y cada convulsión de placer había merecido la pena.

Al día siguiente Marcus y Luke llegaron muertos de cansancio a Sandhill. Fueron en coches separados para que nadie les viera juntos y se sonrieron al llegar a la vez al aparcamiento.

Esa mañana todos los tabloides británicos abrieron sus portadas con una foto de Diana Maas, besándose con un futbolista del Liverpool. Héctor tenía razón, pero a Marcus continuó sin importarle, hasta que una nube de paparazis y periodistas le atosigó al terminar el entrenamiento. Cuando Miller dijo que su vida privada era historia no se equivocó. Para colmo, esa tarde el futbolista tenía un compromiso publicitario al que, según su agente, no podía faltar por nada del mundo. Marcus solo quería jugar al fútbol y que se hablara de lo que hacía en el campo. Tampoco le apetecía mucho convertirse en la imagen de una lata de refrescos.

El anuncio se rodó en Sunderland. Marcus condujo hasta allí acompañado por Ryan Cole, su representante. Los dos unieron sus caminos cuando él empezó a jugar en el Northwalk, después de que lo repescaran del Redfox. Ryan dejó de ser ojeador y se convirtió en agente de futbolistas. Cuando le propuso representarle, no se lo pensó. Ryan creía en él, y se recorrió todo Walkey Road para poder ficharle.

Ryan y Marcus enseguida se dieron cuenta de que el director del anuncio era un tipo insoportable y déspota. Marcus le recordó varias veces que no era actor, pero él le ignoró.

—Bueno, eres un futbolista famoso y sabes hablar. Con eso me vale —gruñó el director mientras maquillaban al delantero por enésima vez, en ese plató de rodaje en el que llevaba toda la tarde.

—Pero no sé actuar —replicó Marcus.

—Nadie sabe —insistió el director sin dar su brazo a torcer.

Ryan se pasó todo el viaje de vuelta escuchando las protestas de su delantero y negando con la cabeza.

—Ryan, sé que me estás ignorando, pero no quiero hacer más anuncios.

—Lo sé, Marcus. Solo quieres jugar al fútbol, pero esto es parte de ello. Yo no lo he inventado. La compañía de refrescos patrocina al Northwalk. Además, te van a dar un cheque de un millón de libras por este maldito anuncio.

—Me la pela. Eso de ir de un lado a otro jugando a ser actor es un coñazo.

—¡Ay! Te quejas demasiado —le interrumpió Ryan—. Marcus, solo has hecho un par de

anuncios y vendrán muchos más. Eres la sensación de la Premier y serías muy tonto si no lo aprovecharas.

—Desde hace dos semanas me persiguen los paparazis y tengo que dar un rodeo de la hostia para llegar a mi casa —confesó Marcus—. Empiezo a arrepentirme de jugar en la Premier.

—Te entiendo, este mundo a veces es una mierda. Pero no te preocupes, lo de tu romance se les pasará pronto. Ya verás.

Marcus dejó a Ryan en su casa y condujo directo hasta la suya. Aparcó en su garaje, deseando olvidar el largo día que había tenido, pero su móvil empezó a sonar y no pudo ni bajarse del coche. La llamada era de un número que no tenía en su agenda.

—¿Hola? —preguntó Marcus.

—Hola, Dickinson. Soy Joao Castro, el del Liverpool.

Marcus frunció el ceño. Sabía quién era. Ese tío era más famoso que el presidente de Brasil.

—¿Qué quieres? —preguntó impaciente.

—Mira, no quiero malos rollos. Pero sé que te estás viendo con mi novia y no me hace puta gracia.

Para no querer malos rollos, Joao empezaba mal.

—Tienes un problema si piensas que tu novia se acuesta conmigo porque lo dice un puto periodista.

—¿UN PERIODISTA? Lo dice toda la puta prensa. Espabila, Dickinson. Y el problema lo vas a tener tú como sigas acercándote a ella.

—Ni siquiera la conozco, pero espero que te mande a la mierda echando hostias. Tío, eres gilipollas.

Marcus colgó el teléfono y se bajó del coche enfadado y confundido. No podía entender cómo Joao creía la basura de Miller, en vez de hablarlo con su pareja. ¿Qué clase de relaciones tiene la gente?, se preguntó mientras entraba en casa. En el salón vio a Luke reunido con sus amigos. Todos estaban felices y sonrientes. Los miró extrañado.

—Hola —le saludó Luke acercándose a él. Marcus le habría besado, pero sabía que las muestras de cariño delante de otras personas le daban vergüenza. Luke sonreía igual que sus amigos, y a Marcus le pareció que les había captado una secta dirigida por dementes sonrientes.

—¿Por qué coño estáis tan felices? —preguntó mientras abría la nevera en busca de un refresco, más decente que el del anuncio que acababa de hacer.

—Porque… ¡Estamos embarazados! —exclamó Avery orgulloso, abrazando a Daniella.

—¡También estamos prometidos! —añadió ella, eufórica, mostrando su anillo de diamantes.

—¡Enhorabuena! Vais a ser muy felices. Y, tranquilos, dentro de nueve meses, nos daremos de hostias por ser niñeros de vuestro bebé. —Luke fue el único que pilló la ironía de Marcus. Le miró y le hizo un gesto para que fueran a hablar a la habitación.

Cuando llegaron, Luke cerró la puerta y le miró expectante. Sabía que le pasaba algo y se alegraba de que quisiera hablarlo, en vez de huir o comportarse como un capullo.

—¿Y bien? —preguntó Luke impaciente.

—¿Qué?

—¡Vamos, no me jodas, Marcus! —El futbolista le miró divertido—. Has venido súper

serio y desganado.

—Perdona, no sé sonreír todo el rato como si fuera gilipollas.

—¡Joder! —protestó Luke, abriendo la puerta para irse. Marcus la cerró y le agarró de las caderas, atrayéndole hacia él y mirándole con cara de chico bueno. Luke sonrió.

—Lo siento, creo que he empezado mal. —Marcus bajó el tono y Luke asintió—. Hola, Luke. ¿Qué tal ha ido tu día?

—Te he echado de menos. Después del entrenamiento, he escrito la crónica, sin contar que estabas cansadísimo. Por la tarde me he echado una siesta porque yo también me caía de sueño. Luego me ha llamado Daniella y hemos decidido celebrarlo. ¿Y el tuyo?

—Te he echado de menos y ha sido una puta mierda. Según la prensa, «mi novia» ya tiene novio. Cuando he llegado a casa, el muy gilipollas me ha llamado por teléfono para amenazarme. Mucho antes de eso he tenido que dar una vuelta de la hostia para salir de Sandhill, por culpa de los malditos paparazis. También he rodado un anuncio con un director mediocre que se creía Scorsese. Ryan me ha dicho que los anuncios y los paparazis vienen de regalo por ser el jugador revelación y blablablá.

—Sí que has tenido un día intenso —opinó Luke mientras le aca riciaba el pelo.

—Y por lo visto no ha acabado. Al llegar a casa me he encontrado a mi novio con sus amigos. Creo que están drogados. Sonríen demasiado.

—Eres bobo. Lo de Avery y Daniella es una buena noticia. ¿No crees?

—¡Maravillooosa! —ironizó Marcus. Luke le chupó la cara y él se echó a reír.

—Gracias por contarme cómo ha sido tu día.

—Si esperas a la noche, te cuento cómo acaba.

Luke se rio y los dos salieron de la habitación para reunirse de nuevo con el grupo. Acabaron cenando comida india y hablando sobre la boda y el futuro de Daniella y Avery siendo padres. A Marcus no le caían mal los amigos de Luke, pero sentía que no le conocían y que no encajaba en su grupo perfecto. Además, tenían intereses distintos. Él habría preferido llegar a casa, encontrarse a Luke desnudo en la cama y poder besar su suave piel. Sin embargo, estaba con toda su pandilla, charlando sobre embarazos, bodas y accesorios de bebé.

—Son las nueve —recordó Avery, mostrando su reloj.

—¿Por qué siempre os vais a la misma hora? —preguntó Marcus intrigado.

—Es la hora perfecta. Ni muy tarde ni muy pronto —respondió Daniella. Marcus frunció el ceño, convencido de que esos dos tenían una alarma puesta todos los días a las nueve.

Luke y Marcus salieron al porche a despedir a sus cuatro amigos. Hacía frío, pero el cielo estaba precioso, despejado y repleto de estrellas brillantes. Era una de las innumerables ventajas de vivir en el bosque.

—Marcus, vas a congelarte y necesitas dormir —dijo Luke cuando la cuadrilla se marchó en el monovolumen de Daniella y Avery.

—Necesito que me abraces, mirar las estrellas, y que sepas algo.

—¿El qué? —preguntó Luke, rodeándole con sus brazos.

—Que… me encantaría casarme contigo.

—A mí también contigo.

—Lo sé —le vaciló Marcus. Luke le empujó para que se acercaran a la puerta y los dos estallaron en risas—. Ahora en serio, Luke, es una mierda que no podamos hacerlo. Me encantaría poder contarle al mundo quién soy y de quién estoy enamorado.

—Ya lo saben, de Diana Maas.

—Luke, ¿puedes dejar de ser un capullo un minuto?

—Supongo —se rio Luke mientras abría la puerta y tiraba de él para que entraran.

—No puedes —dijo Marcus divertido, hasta que le invadió la tristeza—. Igual que yo no puedo ser valiente.

—Marcus, eres la persona más valiente que he conocido en mi vida. Te largaste de casa porque tus padres te trataban fatal. Cuidaste de tu abuela hasta que murió, sobreviste y te hiciste adulto antes de tiempo. Y te aseguro que no necesitamos un papel de la alcaldía que diga que nos amamos.

# 18 SIN CORAZÓN antes

Después de los días libres, los zorros rojos volvieron a los entrenamientos para preparar el inicio de la temporada. Al director del *Westbrown Post* le gustaron tanto las crónicas que escribió Luke durante la gira, que le pidió que se encargara de toda la información del Redfox. A Luke y a Marcus les encantó la idea de trabajar en el mismo sitio, pero pronto vieron que no era fácil. Cualquier gesto o mirada podía hacer que alguien descubriera que había algo entre ellos, y si eso pasaba, estarían perdidos.

Un día antes del primer partido, el campo de entrenamiento del Redfox se llenó de periodistas y aficionados. Cuando los jugadores terminaron los ejercicios, McCoy le dio el peto de titular a Marcus. Él sonrió y le dio las gracias.

—Gracias a ti, Marcus. Te lo has ganado —respondió McCoy.

—*Mamma mia*! —protestó Fabio—. ¡Yo alucino!

—¿Tienes algún problema? —le preguntó su entrenador.

—Eh… Ninguno, míster. Me parece maravilloso que él sea titular mañana en Fox Park —ironizó Fabio. McCoy negó con la cabeza.

—Menos sorna, Fabio. No entiendo por qué os lleváis tan mal. Los dos sois muy buenos y, si dejaseis de lado vuestras diferencias, podríais jugar juntos.

—No creo. Los dos jugamos en la misma posición —opinó el italiano. Marcus entendió lo que decía su entrenador, pero se calló. El silencio era mejor que una discusión con Fabio.

Tras las conferencias y las sesiones de fotos, los jugadores se ducharon y se marcharon a descansar para el gran día. Marcus se despidió de sus compañeros y se marchó a esperar a Luke. El campo estaba vacío, y la calma contrastaba con el griterío de hacía una hora. Vio desfilar a todos los periodistas por el parking y le pareció raro que Luke fuera el último en salir. Por un instante, temió que se hubiera olvidado de su cita, pero luego recordó que a Luke jamás se le pasaría algo así. Los dos habían quedado en regresar juntos a Westbrown en la furgoneta de Marcus. El coche de Luke estaba en el taller. Ese BMW plateado del 98 no daba más de sí, pero él se negaba a cambiarlo por otro. Era demasiado sentimental.

De repente, la lluvia le recordó a Marcus dónde estaba. En Backtown, al norte de Inglaterra, donde no hace mucho calor ni siquiera en verano. Se metió en la furgoneta para esperar a su novio y se quedó helado, sintiendo que la sangre había dejado de correr por sus venas. Luke estaba charlando con un chico mientras abría la puerta de copiloto de un Audi. Marcus le miró y recordó que ese tío le había entrevistado esa misma tarde. Era un periodista del *Sunrise Press* llamado Timmy, Remy o algo así. Marcus no tenía mucha facilidad para recordar nombres. El de Luke, sin embargo, se le quedó grabado desde el primer segundo.

Mientras el limpiaparabrisas de su furgoneta luchaba contra la lluvia, Marcus se hizo infinidad de preguntas. ¿Qué estaba haciendo Luke? ¿Por qué se acababa de subir a ese coche? ¿Por qué le dejaba tirado? No encontró la respuesta, solo soñó despierto con Luke subiéndose a su furgoneta y abrazándole. Sin embargo, el Audi arrancó, destrozando su

sueño y dejando una nube de polvo a su paso. Entonces Marcus sintió que lo entendía todo, y el pecho empezó a dolerle horrores. Se quedó quieto un rato. Su corazón iba demasiado rápido y el sudor empezaba a empapar su frente. Tenía un ataque de ansiedad y no sabía cómo pararlo. No entendía nada. Estaban saliendo, viviendo el mejor cuento de hadas de toda la puta historia de los cuentos de hadas. ¿Qué podía haber más importante que eso? Además, su plan para esa noche era perfecto: Comprarían la comida de camino a Westbrown y cenarían en el piso de Luke. Luego se irían a dormir temprano para que Marcus no debutara en Championship con ojeras de oso panda.

Cuando sintió que estaba en condiciones de conducir, arrancó la furgoneta. Pensó en ir a la casa de Luke o incluso en llamarle para preguntarle por qué se había ido, pero no se atrevía. Solo tenía fuerzas para llegar a su apartamento. Lo hizo con la música a tope, ignorando su móvil y decidido a autodestruirse de nuevo.

Ya en casa, Marcus se quitó la ropa mojada y se quedó en calzoncillos. Se puso su camiseta verde y negra del Stanleyfield Wanderers. No sabía por qué, pero esa prenda siempre le hacía sentir bien cuando estaba de bajón.

Se acercó a la despensa convencido de que el whisky le haría entrar en calor. Protestó al ver que solo quedaba media botella y del malo. Rebuscó en el fondo del armario y encontró una de ginebra casi entera. Era de cuando su abuela Harriet aún vivía, y eso hizo que se le escaparan varias lágrimas. Pensó en lo que ella le decía siempre, que algún día se enamoraría de un chico y sería feliz. Marcus sintió ganas de gritar a pleno pulmón que Harriet se equivocaba, y que la felicidad le había durado tan poco que no había podido disfrutarla.

Marcus notó que la ginebra amarga quemaba su garganta, pero no desistió. Sus tripas rugieron y se acercó a la nevera, sacó unas tiras de *bacon* y las frio en la sartén. Sus lágrimas se mezclaron con el aceite y con un montón de recuerdos de Luke y él preparando juntos el desayuno. Primero hacían el café, ambos lo necesitaban para empezar el día. Luego, el *bacon* y los huevos fritos si estaban en casa de Marcus. Cuando dormían en el piso de Luke preparaban tortitas con chocolate y nata. Era perfecto, pero creía que jamás se repetiría porque no era suficiente para Luke. El periodista ese del remolino a lo Superman, sí. Tenía una carrera, mientras que Marcus solo terminó bachiller porque su abuela insistió. Con dieciséis años no sabía qué quería hacer con su vida. Luke, sí. Eran muy distintos y lo suyo no podía funcionar. Intentó convencerse de ello hasta que escuchó el timbre de la puerta.

El futbolista dudó, preguntándose si habían llamado de verdad o si eran imaginaciones suyas. El timbre sonó de nuevo y fue a abrir con la botella de ginebra en la mano. Luke estaba en el porche con cara de desesperación, empapado por la lluvia y tiritando de frío. Marcus le miró decepcionado y confuso.

—Pero-pero… ¿Qué haces aquí?

—Marcus, déjame pasar —suplicó Luke, mirándole preocupado—. ¿Por qué no me abrías? Llevo un rato ahí fuera tocando el timbre y llamándote. Estaba asustado, pensando que te había pasado algo.

—Bueno, está claro que a ti sí te han pasado cosas —le reprochó Marcus dolido, pero dejando que entrara.

—¿Qué? ¿Por qué has bebido?

Marcus dio un trago a la ginebra sin mirarle. Luke se sentía fatal por haber estropeado su

cita de esa noche.

—No sé qué haces aquí, Luke.

—Sé que habíamos quedado en volver juntos, pero se me ha complicado.

—Ya, ahora las complicaciones son reporteros perfectos de ojos verdes, con traje y un puto Audi.

—¿Qué dices? Por favor, escúchame y deja que te cuente lo que ha pasado.

—¿Acaso me escuchaste tú a mí aquella puta noche?

—¡No, joder! Y te pedí perdón mil veces. Marcus, no me jodas… No puedes estar pensando eso.

—Siento habértelo echado en cara, pero no tienes ni idea de lo que estoy pensando —replicó Marcus sin mirarle.

—Que siento algo por Tommy, y no es verdad.

—Pues… debería serlo. Joder, deberías salir con él, no conmigo, Luke. Los dos sois periodistas y no tendríais que esconderos de nadie. Me alegro de que hayas encontrado al chico perfecto y espero que seas feliz con él —dijo Marcus entre lágrimas. Se sentía traicionado, pero seguía deseando su felicidad. Había oído mil veces eso de si amas a alguien, debes dejarlo marchar, pero no sabía que dolía tanto—. Ahora, si me dejas, tengo muchas cosas que hacer.

—¡Claro, beber ginebra es algo muy urgente, no te jode! ¡No tienes ni puta idea, Marcus!

—Ya, no soy muy listo. No sé por qué pierdes el tiempo conmigo.

—¿Qué hostias dices? A ver si lo entiendes de una puta vez. — Luke estaba enfadado, y eso le volvía más malhablado que Marcus en su estado natural—. Tú eres el chico perfecto.

Marcus le miró con los ojos como platos y con la botella pegada a los labios. Luke se la arrancó de las manos y la dejó sobre la mesa. Se dejó caer en el sofá y Marcus se sentó en la otra punta, observándole avergonzado.

—Yo… No soy como Tommy ni como tus amigos, Luke. Soy-soy un estúpido por creer que podía hacerte feliz, y que tú querías estar conmigo —balbuceó Marcus.

—Es que me haces feliz y quiero estar contigo. Es lo único que quiero, joder. ¿Por qué hostias no lo entiendes?

—Porque Tommy es mejor que yo y…

—¡Nadie es mejor que tú! —le interrumpió Luke.

—Mi pelo es un desastre. Él parece que ha salido de la puta peluquería, y jamás se pondría unos vaqueros rotos. Viste bien, tiene los mismos estudios que tú y un cochazo. No una maldita furgo. Él te conviene. Yo no, Luke.

—Tus rizos son preciosos y me pasaría la vida entera acariciándolos. Me encantan tus putos pantalones rotos y toda tu ropa, incluso la camiseta que llevas puesta. Adoro tu furgoneta, con sus enormes ventanillas y sus asientos altos. Lo de los estudios es una puta gilipollez. Joder, Marcus, odio que creas que no eres suficiente y que te autodestruyas. Eres maravilloso, me convienes y quiero estar contigo. Joder, antes he vuelto al estadio y cuando he visto la hora, me he querido morir. Sé que debía haberte avisado de lo que pasaba llamándote y no con un puto mensaje. Dios, soy imbécil, pero te quiero.

—¿Qué?

—Que te quiero —dijo Luke mirándole a los ojos con sinceridad. Marcus se quedó callado—. Sé que tú me lo dijiste en Escocia, y entendería que ya no sintieras lo mismo, que sea pronto y que te asuste...

—Yo más —le interrumpió Marcus—. Quiero decir, que yo te quiero más.

Sin darse cuenta habían roto la distancia que les separaba. Marcus le besó, le abrazó y apoyó la cabeza en su pecho.

—Siento haberme largado antes. Ha sido porque…

—Me da igual lo que haya pasado —opinó Marcus—. Ahora estás aquí.

—Ya, pero yo quiero contártelo. Lo que ha ocurrido es que Tommy me ha avisado de que había una vacante para currar en el *Sunrise Press*. Nos hemos reunido con el director en una cafetería de las afueras. La semana que viene firmaré el contrato.

—¡Vas a cumplir tu sueño de escribir en el *Sunrise* y va a ser brutal, Luke! —le felicitó Marcus, abrazándole—. Por cierto, pensaba que los periodistas eráis seres sin corazón que pasan de ayudar a otros. —Luke le miró enfurruñado, pero enseguida se echó a reír.

—Conozco a Tommy desde la facultad, y lo de no tener corazón, me ayuda bastante a soportarte.

—¡Eh! Yo soy muy fácil de aguantar —se defendió Marcus.

—Sí. Eres como una puta bomba. Tan frágil y fuerte a la vez…

—¡Qué poético! Y eso que no tienes corazón.

—Ya, no está mal, pero mañana debutas en segunda a las seis de la tarde y apestas a alcohol.

—Y tú estás empapado.

—Eso es porque el idiota de mi novio no me abría la puerta —le recordó.

—Ya, no deberías haberle dicho que le quieres.

—Él a mí tampoco —bromeó Luke, acariciándole el pelo.

# 19 ANSIEDAD ahora

El siguiente fin de semana no había Premier. La selección inglesa jugaba un importante partido ante Países Bajos y Marcus iba convocado. Desde que debutó contra Gales, hace más de un año, su nombre había aparecido en todas las listas del seleccionador Clive Allen.

La selección se concentró en St George's Park toda la semana para entrenar. La ciudad deportiva de la Federación Inglesa de Fútbol era gigantesca. Tenía un montón de edificios, gimnasios y campos de fútbol. Marcus, como siempre, compartió habitación con Harris, su antiguo compañero del Redfox.

—¿Sales esta noche, rubio? —le preguntó Harris cuando llegaron a la habitación, tras un duro entrenamiento.

—No, pelirrojo. Prefiero descansar —confesó Marcus.

—Venga, tío. El cabrón de Evans dice que nos vendrá bien relajarnos antes de jugar el finde.

—Evans siempre tiene una excusa para salir de farra.

—Y a mí siempre me convence —dijo Harris haciéndole reír.

Cuando su compañero salió de la habitación, Marcus vio a Evans en el pasillo, haciéndole gestos para que se uniera a la fiesta. El delantero se echó a reír y le hizo una peineta. Después oyó cómo Evans y Harris aporreaban las puertas de los demás jugadores entre carcajadas y bromas.

Marcus cerró la puerta con llave y aprovechó que estaba solo para hacerle una videollamada a Luke. Antes ordenó por encima su lado de la habitación. A Harris no le preocupaba que fuera un desastre, a Luke sí.

—Hola, Ricitos de Oro —respondió Luke, tumbado en el sofá.

—¿Qué tal por casa, Lucky Luke? —preguntó Marcus sonriente y vestido con el chándal de la selección.

—Aburrido. Te echo mucho de menos, pero el sábado iré a verte a St Jame's Park. Me he pedido el finde libre —confesó Luke.

—Yo también te echo de menos. ¿A tu jefe ya le parece bien que vayas a Newcastle a ver a la selección con todo lo que me odias?

—Oh, solo te odio a ti. Los demás me caen bien —le vaciló Luke, sacándole la lengua—. ¿Qué hacías?

—Nada. Harris se acaba de largar de fiesta con los chicos.

—¿Por qué no has ido con ellos?

—Prefiero quedarme hablando contigo, aunque enseguida tendrás que irte a dormir —comentó Marcus.

—Gracias, eres adorable, pero no puedo dormirme. Tengo una entrevista a las doce y media.

—¿Vas a hablar con Cenicienta?

—No, con Joao. —Marcus se quedó con la boca abierta al oír ese nombre. Luke suspiró

resignado—. Mi jefe se ha empeñado en que el triángulo amoroso que se inventó Miller afecta al Northwalk porque tú estás implicado.

—Pero ¿qué cojones?

—Le he intentado convencer de que es una gilipollez y de que no tiene nada que ver con el fútbol, pero se la pela. Y esta noche me toca entrevistar al del Liverpool.

—Osborn me está empezando a hinchar las pelotas.

—A mí también. Quería que fuera mañana a St George's Park para hablar contigo.

—Así que, el insufrible director del *Sunrise* quiere un cruce de declaraciones —adivinó Marcus y Luke se echó a reír—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que hablas como un periodista. —Marcus sonrió—. Ah, y por si alguien de prensa te pregunta, jamás hablas de tu vida privada, ¿vale?

—Vale, seguiré siendo todo un misterio para los paparazis y la prensa del corazón. —Luke sonrió—. Me jode mucho que tengas que participar de ese puto circo que se han inventado Joao y Miller mientras yo estoy aquí tan tranquilo. Joder, aquí los periodistas son muy majos. Mmm, deberías pedirle a Osborn que te mande a cubrir las noticias de la selección. Sería brutal y no tendríamos que pasar una semana sin vernos cada vez que hay partido de Inglaterra.

—Osborn no me mandaría allí, aunque fuera el único periodista disponible de toooda la redacción. No le ha gustado que me negara a hablar contigo. Dice que soy tu mayor *hater* —comentó Luke poniendo los ojos en blanco.

—Joder. ¿Y la entrevista de esta noche?

—Me la han dado escrita. Quieren que le hable de ti para ver cómo reacciona.

—Luke, tú odias el periodismo agresivo, y Joao me odia a mí.

—Ya, todo es una mierda —protestó Luke.

—Bueno, tranquilo, el sábado llega enseguida.

Se despidieron después de hablar sobre la maldita entrevista y sobre lo mucho que se echaban de menos. Luke no había dormido bien la noche anterior y se moría de sueño, pero tenía que aguantar despierto. Deseaba con todas sus fuerzas que Joao no se conectara o que fuese muy parco en palabras. No le apetecía pasarse media hora escuchando gilipolleces y mentiras sobre Marcus. Sin embargo, Joao fue puntual. Se notaba que estaba deseoso por dar su versión. Se saludaron y Luke rompió el hielo hablándole de fútbol, de la selección brasileña y del Liverpool. Luego suspiró. Marcus tenía razón, odiaba el periodismo agresivo y sensacionalista Era más propio de Miller que de él.

—En lo personal, ¿es cierto que Diana Maas y tú sois pareja?

—Sí. Diana es mi compañera, mi novia, mi chica, mi todo. —La respuesta de Joao sonaba más posesiva que romántica—. Pero hay algunos futbolistas que no respetan nada y que quieren acabar con nuestra relación.

Se notaba que Joao había estado todo el día esperando ese momento. *El Sunrise Press* era uno de los periódicos más vendidos en Inglaterra, ideal para hacerse eco de su drama y su cabreo con el nueve del Northwalk.

—Cuando hablas de algunos futbolistas, ¿a quién te refieres? —A Luke le dolía tener que hacer esa pregunta, ya conocía la respuesta.

—A Marcus Dickinson, por supuesto. ¡No me extraña que le haya costado llegar a la Premier! Ese tío es lo peor.

Luke volvió a echar un vistazo a las preguntas que le habían dado. La siguiente se refería

a si Dickinson era demasiado promiscuo, y si eso había convertido la relación de Joao en un triángulo amoroso. A Luke le temblaban las manos y su corazón iba muy rápido. Esa entrevista era sensacionalismo puro, nada propia de un periódico serio como el *Sunrise*.

—¿Tienes pruebas de que eso sea cierto? —preguntó Luke, saltándose el guion marcado por Osborn.

—Sé que es así —respondió Joao con arrogancia.

—Vamos, que te basas en las suposiciones de Miller.

Luke sabía que se la iba a cargar por lo que estaba haciendo. Sabía que su jefe se pondría furioso, pero no podía evitarlo. En primer lugar, porque amaba a Marcus, y en segundo, porque odiaba que no se respetase la vida privada.

—No son suposiciones. Es la verdad. —Joao volvió a la carga.

—¿Crees que una entrevista va a solucionar tus problemas de pareja?

—No, pero tampoco pienso hablarlo con ella. No soy de esos hombres que van a terapia de pareja. Ya le pedí a Dickinson que se metiera en sus putos asuntos y espero que haya sido listo por una vez en su vida.

—Muchas gracias por atenderme, Joao. Buenas noches y que descanses.

Luke desconectó la llamada y cerró su portátil. Todavía estaba nervioso, pero sabía que había hecho lo correcto. Se preparó un té y agarró una caja de cereales. Tenía hambre. Apenas había cenado. Esa entrevista le daba tanta ansiedad que se le había cerrado el estómago. Se sentó en la mesa de la sala y empezó a teclear para mandar el texto al periódico, antes de que las rotativas echaran el cierre. Su jefe no quería esas declaraciones. Osborn prefería que hubiese un drama en el Northwalk a costa de Marcus, pero él no estaba dispuesto a dárselo. Ya lo dicen los Rolling Stones, no pue des tener siempre lo que quieres.

Al día siguiente, tras el entrenamiento de la mañana, Marcus fue a una de las salas de descanso de St George's Park. Buscó el *Sunrise Press* entre todo ese montón de periódicos que ocupaba la mesa. Cuando lo encontró, lo hojeó hasta encontrar la noticia de Luke en la sección de deportes. «Joao culpa a Dickinson de todos sus problemas». Marcus leyó la entrevista y se quedó alucinado. El que quedaba mal era Joao, no él. Eso le hizo sentir una extraña mezcla de euforia y miedo. Sabía que el jefe de Luke no quería eso. En el texto Luke ironizaba con que para Joao era más fácil hablar con un periódico, que con su pareja. En el último párrafo explicaba que los famosos también deberían basar sus relaciones en la confianza y el respeto.

Esa misma mañana Luke estaba en la redacción, leyendo el *Sunrise* y tomándose un café. Al periódico no le había dado tiempo a cambiar la noticia antes del cierre de rotativas. Osborn dio por hecho que Luke seguiría sus instrucciones. El director estaba de un humor de perros, y el ambiente que se respiraba en la oficina era terriblemente incómodo. Cuando Luke se terminó el café, se topó con Nathan, el secretario de Osborn. Nathan le dijo que el jefe le esperaba en su despacho. Antes de irse, le deseó suerte. Luke le dio las gracias. No le sorprendió. Sabía que le iba a caer la bronca del siglo, sin embargo, no se arrepentía de lo que había hecho.

El despacho de Osborn era el más grande y el mejor ubicado de todo el edificio. Desde sus ventanales se divisaba toda la ciudad de Northwalk, con el puerto y el enorme bosque al fondo. El director estaba contemplando las vistas cuando Luke entró.

—Siéntate, Doyle —gruñó sin mirarle. Luke le hizo caso—. ¿En qué hostias estabas pensando?

—Osborn, yo no sé hacer ese tipo de entrevistas. Soy un periodista deportivo y no creo que esas preguntas fueran muy-muy éticas.

—¿Ética? Eso no existe. No seas utópico. ¡Joder, Doyle, no acabas de salir de la puta facultad! Sabes de sobra cómo funciona esto. Te pasamos el guion y tú solo tenías que leerlo. ¡Te puse la puta cabeza de Marcus Dickinson en una bandeja de plata!

—¿Por qué? —le interrumpió Luke. Osborn suspiró y se sentó en su silla giratoria, mirándole fijamente.

—Porque el periodismo es así. No es esa puta utopía en la que crees. Si a Dickinson le van bien las cosas y tenemos algo con lo que podemos joderle, lo hacemos. Además, no deberías tener tanto problema, te recuerdo que te cae fatal.

—Yo nunca he dicho eso —replicó Luke.

—No hace falta. Mira, cuando Rashford se va de juerga y falta al entrenamiento, lo publicamos. ¡Joder! Eso es el maldito periodismo. Si un futbolista tiene un problema con el juego, puedes apostar lo que quieras a que lo vamos a sacar en primera plana. Cuando a Kyle Walker se le va la olla y enseña la polla, lo publicamos. ¡Y tú te aguantas y me haces caso! Escribes lo que yo te digo y cuando yo te lo digo. ¿Lo captas?

—Creo que no. No hacía falta joder a todas esas personas —respondió Luke, a punto de llorar por las palabras de su director.

—¡Son futbolistas, no personas! Y si no te gusta, ya sabes dónde está la puta puerta —bufó el director, señalando la salida de su despacho, pero en cuestión de segundos cambió de opinión. Quizás fue al ver que Luke estaba dispuesto a largarse sin mirar atrás—. ¡NO, DOYLE, NO! Me niego a perder a otro periodista por culpa del puto Northwalk. Así que, te coges la baja, te relajas unos días, y luego vuelves en condiciones. ¿Lo captas?

Luke asintió. Había estado a punto de mandar a la mierda el trabajo con el que soñaba desde que entró en la facultad. Osborn no quería perderle, y a Luke, la extraña afición de su jefe por despellejar estrellas de la Premier, empezaba a asustarle demasiado.

Faltaban pocos días para el partido de Inglaterra, y Luke no sabía si había hecho bien cogiendo la baja o si tenía que haber mandado a la mierda a Osborn y su periodismo basura. «Si a Dickinson le va bien, y hay algo con lo que podemos joderle, lo hacemos». Las palabras de su jefe no dejaban de torturarle, como si fueran una bofetada tras otra y no pudiera pararlas. Su director no tenía escrúpulos, y le había dejado claro que el buen periodismo estaba muerto y enterrado.

Luke llamó a Marcus a las ocho de la tarde. Sabía que a esa hora ya habría cenado. Al ver la llamada, el delantero se fue a hablar a uno de los solitarios jardines interiores de St George's Park.

—Luke, ¿estás bien? —preguntó Marcus preocupado al oír su voz. Sonaba distinta, cansada y apagada.

—Sí. Bueno… No.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy de baja por ansiedad.

—Pero ¿qué?

—Cubrir la información del Northwalk es una pesadilla. Deberías saberlo.

—No sé de qué me hablas. Los *wildcats* somos muy majos. Rara vez nos metemos en líos. Ni siquiera sabemos lo que es salir por la noche. Somos todos abstemios y puros de corazón — bromeó Marcus, haciendo que Luke se riera por primera vez en todo el día.

—Echo tanto de menos al Greyouth…

—Y eso que son malos hasta decir basta. Uhm… Mejor me callo. Como me oiga Tobey, me mata.

—No creo que nadie quiera matarte.

—¿Te hago una lista? —bromeó Marcus—. Ahora en serio, puedo decirle a Clive que me encuentro mal y volver a casa.

—Ni de coña. Marcus, estoy bien. No te preocupes.

—Luke, estás jodido, y sí me preocupo.

Harris interrumpió la conversación, abriendo la puerta que daba acceso al jardín interior. Sonrió al ver a su compañero allí, apoyado en el banco.

—Marcus, por fin te encuentro. Hay torneo de FIFA en la habitación de Rupert. ¿Te vienes?

—Voy enseguida.

—No tardes, rubio. Te toca conmigo y tenemos que machacarlos —sonrió Harris antes de irse.

Luke volvió a asegurar que estaba bien y los dos se despidieron, deseando que llegara el día del partido para verse.

El estadio del Newcastle respondió bien a la llamada de la selección inglesa. En las gradas no cabía un alfiler y el ambiente era espectacular. Los de la rosa Tudor saltaron al campo convencidos de que tendrían que sudar para ganar a Países Bajos. La selección de Juul, el compañero de Marcus, era demasiado física y muy técnica.

En la segunda parte Juul hizo una fuerte entrada y lesionó a Harris. Los dos equipos se enzarzaron en una tangana. Marcus, como siempre, entró para defender a los suyos, aunque fuese Juul el que estuviera en frente. Los dos *wildcats* se llevaron una tarjeta amarilla y una bronca del árbitro por comportarse así. Después de la riña, Clive cambió a su nueve. Le conocía bien y sabía que no metería gol, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas. Ni las asistencias ni los lanzamientos le salían bien. No era su tarde, y a él le fastidiaba porque Luke y sus padres estaban en la grada, viéndole jugar.

En los minutos finales, Tobey anotó el gol de la victoria para los ingleses, con un gran lanzamiento de falta. Todo St Jame's Park celebró por todo lo alto el sufrido triunfo. Cuando terminó el partido Clive habló con Marcus. El seleccionador le echó la bronca y le pidió que huyera de las tanganas, si no quería acabar chupando banquillo.

Tras ducharse y atender a la prensa, Marcus buscó el coche de los padres de Luke en el parking. Lo encontró en una solitaria plaza, justo al final, donde no aparcaba nunca nadie. Le encantaba que Barb y Seb se tomaran tantas molestias para mantener su relación en secreto. Si lo supieran los Dickinson, les chantajearían con decírselo a todo el país.

—Hola, Seb. Hola, Barb —saludó Marcus mientras guardaba la mochila en el maletero del coche familiar.

—Hola, Marcus —respondieron los dos desde el asiento delantero.

—¿A mí no me saludas? —Luke puso morritos, fingiendo que estaba enfadado.

—Hola, Luke. —Marcus se sentó a su lado y le dio un abrazo y un tierno beso en la frente.

—Has jugado bien, aunque el partido ha sido un poco aburrido —comentó Seb al arrancar el coche.

—He jugado como el culo y el partido ha sido una mierda.

A Marcus no le gustaba que se maquillara su juego. Si lo había hecho mal, no tenía problema en reconocerlo. Era el primero que se criticaba a sí mismo.

Serpentown estaba a algo menos de una hora de Newcastle. De camino, pararon a comprar la cena en el restaurante favorito de la madre de Luke. Parecía que el periodista no estaba llevando mal del todo su baja por ansiedad, pero la semana había sido dura para los dos.

Durante la cena salió el tema del periódico y Luke se mosqueó. Marcus y Barb intentaron cambiar de tema, pero Seb empezó a hablar de fútbol.

—Marcus, ¿cómo ves a Inglaterra en el próximo mundial? —preguntó Seb mientras cogía un poco más de sushi.

—Pues... Yo creo que como mínimo quedaremos cuartos.

—¿Qué más da? —bufó Luke—. Durante el torneo la prensa solo se va a preocupar por los escándalos de los futbolistas.

—Ya sabes, Marcus, ten cuidado en Luhah. —Luke fulminó a su padre con la mirada por la broma que acababa de hacer.

—Obviamente deberá tener cuidado en Luhah —replicó Luke algo borde. Sus padres le miraron contrariados—. Joder, allí está prohibido ser gay.

—No entiendo cómo pueden prohibir el amor —opinó Barb.

—Sus dirigentes se llevarían de cine con el director del *Sunrise Press.* —Seb intentó que su hijo se riera, pero solo se puso más nervioso.

—Sí, se unirían para joder a Marcus —dijo Luke enfadado.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —sugirió el futbolista.

—No hace falta… Podéis hablar de lo que os dé la gana —repuso Luke—. Yo ya he terminado de cenar.

El periodista subió corriendo las escaleras que conducían a su habitación. Estaba enfadado consigo mismo y con el mundo, por ser tan terriblemente injusto. Marcus le siguió, pero cuando llegó a la puerta, él la cerró de un portazo y echó el pestillo.

—Vamos, Luke, déjame entrar. Llevamos una semana sin vernos. No me tortures más.

Cuando abrió la puerta, Marcus entró en la habitación y Luke se lanzó a sus brazos.

—Joder, te he echado muchísimo de menos —confesó Luke, abrazándole y hundiendo las manos en sus rizos rubios.

—Yo también a ti —admitió Marcus, haciéndole sonreír. Los dos necesitaban estar juntos y volver a sentirse. Luke le besó el cuello, metió las manos por debajo de su camiseta y empezó a acariciarle—. Luke, tenemos que hablar.

—¿De qué? No quiero hablar. Quiero que me folles.

—Yo también me muero por tocarte y besarte hasta que te corras —admitió Marcus mientras él le apretaba el culo con ganas.

—Pues hazlo.

—No, joder. Necesito saber cómo estás y que te desahogues conmigo. —Al oírle, Luke se mordió el labio—. ¡No de esa forma, capullo!

—Marcus, no me jodas.

—Luke, necesitas hablar y estoy aquí para escucharte. —Él no le hizo caso. Le quitó la camiseta y le besó, entrelazando sus lenguas. Cuando pararon para tomar aire, Marcus le miró—. Luke, tú no eres así. No puedes tapar tus problemas con sexo.

—Sí puedo —gimió en su oído.

Luke le lamió el cuello y desabrochó los vaqueros rotos, palpando su erección. Marcus no podía negarlo, estaba muy cachondo. Sentía unas ganas infinitas de tumbarle en la cama y besarle hasta que sus cuerpos se fusionaran, pero no necesitaba eso. Necesitaba que Luke volviera a ser el de siempre. Ese que tenía contar las cosas para poder afrontarlas. Así que, se apartó.

—¿Y, bien? —preguntó Marcus, sentándose en la silla del escritorio y haciéndola girar.

—¿Qué? —protestó Luke acercándose de nuevo.

—¿Me vas a contar cómo estás? —insistió, apartándole con la pierna. Luke suspiró y se dejó caer en la cama de forma dramática.

—Está bien, pero, vístete y deja de dar vueltas en la silla. No me llega la sangre al cerebro.

—Te recuerdo que me has desnudado tú.

Luke le contó todo. La entrevista a Joao, sus miedos, sus ataques de ansiedad, las palabras de su jefe, esas que todavía retumbaban en su cabeza. Marcus se tumbó a su lado y le escuchó atentamente. Luke le explicó que cuando fue al médico debía estar hecho una mierda, porque la doctora no tuvo ninguna duda en darle la baja por ansiedad. Después de confesarle lo que le pasaba, se quedó dormido, con la cabeza apoyada en el pecho de Marcus. El delantero sonrió y esperó a que a él también le venciera el sueño.

Al día siguiente Luke se despertó temprano, y bajó a la cocina a prepararar el desayuno para todos. Era su forma de disculparse por haber sido tan borde durante la cena de la noche anterior.

Los zorros rojos llevaban tres victorias seguidas en Championship. Marcus se estaba hinchando a marcar goles y Luke estaba cumpliendo su sueño de escribir en el *Sunrise Press*. El siguiente partido era cerca de Serpentown, la ciudad en la que vivían los padres de Luke y en la que él había crecido. Dos noches antes del partido, los dos estaban cenando en casa de Luke. Marcus se sentía bien allí. El piso era mucho más acogedor que su apartamento, aunque también más pequeño y moderno.

—Marcus, si mañana no quieres conocer a mis padres, no pasa nada. Igual te parece muy pronto o una tontería. No sé. No quiero que te sientas incómodo —dijo Luke preocupado.

—Luke, respira. Sí quiero conocer a tus padres.

—¿Seguro?

—¡Pues claro! Me encantará ver que existen padres decentes que no chantajean a su hijo y que le tratan bien. Hasta que te conocí, pensaba que eran como Santa Claus.

—Les vas a encantar. Mi padre es de los Wanderers, como tú.

—No como tú, pero decidí perdonártelo hace tiempo —le vaciló Marcus—. Te perdonaría cualquier cosa. Oye, ¿tengo que ir de traje?

—¿Para qué? Vamos a cenar en casa y mis padres son bastante normales. —Le parecía adorable que Marcus se tomara tantas molestias por caerles bien.

—Luke, quiero que esto salga bien. No me gustaría que piensen que sales con un gilipollas.

—No van a pensar eso. Tú no eres así. Además, les he torturado durante años llevando novios bastante insufribles.

—¿Más que yo? —se rio Marcus.

—No, Ricitos de Oro. Tú eres el más insufrible de todos.

El estadio del Kenington United estaba a tan solo media hora en coche de Serpentown. El Redfox hizo un gran partido. Marcus metió dos goles y dio una asistencia, que terminó con un tanto de cabeza de Harris. El equipo estaba jugando a un gran nivel, digno de luchar por el ascenso.

Luke siguió el encuentro desde la zona de prensa del estadio. No era un campo muy grande, pero sus aficionados eran demasia do violentos. Atacaron el autobús del Redfox a botellazos y pedradas. El equipo tardó una hora en salir de allí. A pesar de la que se estaba montando, Marcus no estaba dispuesto a cancelar sus planes. Cuando vio marchar el destartalado autobús, supo que estaba atrapado. No podía acceder al parking de coches, y sabía que salir a la calle era una locura. Fuera había más disturbios que dentro, y la policía no daba abasto.

—Luke. Esto es una puta ratonera —le dijo Marcus por teléfono—. Esta gente está de la puta olla. A Leane casi le revientan la cabeza de un botellazo.

—Espera… ¿Por qué no te has ido en el bus con el equipo?

—Porque no voy a dejarte tirado —contestó Marcus.

—Yo a ti tampoco. Vale… Se me ha ocurrido algo. ¿Y si nos vemos en la sala de prensa?

—Vale.

—Está en el primer piso. Creo que allí estaremos a salvo hasta que los ultras se cansen de destrozar su propio estadio.

—Ya, hay que ser gilipollas para joder a tu equipo. Nos vemos ahora.

Marcus salió de la zona de autobuses y subió hasta el primer piso por las escaleras de emergencia. Cuando llegó vio a un par de periodistas corriendo hacia el otro lado del pasillo. Ninguno le reconoció. Sobrevivir al caos del estadio del Kenington era más importante. El delantero buscó la sala de conferencias a toda prisa. Los gritos de los ultras se colaban por las rendijas de ventilación, haciendo que aquello pareciera una película de terror. Marcus se acercó a leer el cartel de todas las salas para ver si alguna era la que estaba buscando. De repente, de una de ellas salió un brazo que le agarró y le metió dentro. Marcus se quedó sin respiración hasta que notó la cálida mano de Luke entrelazándose a la suya mientras con la otra le tapaba la boca.

—Shhh. Soy yo. No grites —susurró Luke antes de cerrar la puerta.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Nadie camina tan rápido —respondió Luke antes de abrazarle—. ¿Estás bien?

—Sí ¿tú? —Luke asintió—. Joder, me niego a que pasemos la noche en la sala de conferencias del puto Kenington. Quiero conocer a tus padres.

—Y yo quiero que salgamos vivos de aquí.

Marcus se sentó en la silla, donde una hora antes McCoy había atendido a la prensa. Tocó el micrófono y miró a Luke.

—Esta tarde contamos con un invitado de lujo. Se llama Luke Doyle y es el mejor periodista de todo el jodido universo. Escribe sobre el Redfox en el *Sunrise Press* —dijo Marcus, poniendo voz de presentador y hablando a través del micrófono apagado. Luke se echó a reír y se sentó en la silla de al lado—. ¿Cuál es tu opinión sobre lo que está pasando?

—Creo que la Championship debería cerrar el estadio del dichoso Kenington.

—¿Con nosotros dentro? —bromeó Marcus.

—No sería la primera vez que tú yo nos quedamos a pasar la noche en un estadio.

—Eso puede asustar a nuestra audiencia, pero prometo que fue exclusivamente por trabajo. Él me entrevistó, luego le entrevisté yo…

—Me encanta tu programa y tu concepto de entrevista, pero… —dijo Luke mirándole decidido—. Marcus, no van a parar nunca. Larguémonos.

Marcus asintió y se acercó a la puerta. La abrió sin meter ruido. Cuando comprobó que el pasillo estaba vacío, agarró la mano de Luke. Los dos echaron a correr hacia las escaleras de emergencias, sin soltarse. Cuando llegaron al parking suspiraron aliviados al ver que estaba vacío, salvo por el coche plateado y recién arreglado de Luke.

Cuando abandonaron el estadio eran las siete de la tarde. El partido había comenzado a las tres, pero los ultras del Kenington eran tan violentos como incansables.

Seb y Barb les esperaban en el porche, preocupados por lo que acababa de pasar en el campo de fútbol.

—¿Estáis bien? —preguntaron los padres de Luke. Los dos asintieron y les contaron cómo había sido su huida. Cuando terminaron, Luke quiso presentarles a Marcus en condiciones, pero se quedó boquiabierto, mirando el buzón de la casa.

—Mamá, ¿has dejado que papá pinte el buzón de verde y negro? —Ella asintió.

—Los colores son bonitos —observó Marcus. Luke puso los ojos en blanco y su padre sonrió orgulloso.

—Oye, que no habéis venido a Serpentown para hablar del buzón. Marcus, teníamos muchas ganas de conocerte —confesó la madre de Luke.

—Yo también, señores Doyle.

—Oh, no, Marcus. A mí llámame Seb y a ella Barb.

—Luke nos ha hablado mucho de ti —explicó Barb, invitándoles a que entraran en la casa. Marcus miró a Luke intrigado y él le sonrió.

—Lleva dándonos la lata contigo desde junio. En agosto nos dijo que estabais saliendo y entendimos por qué hablaba tanto del delantero del Redfox —bromeó Seb antes de contarle que Luke le había definido como el mejor futbolista y como el chico más maravilloso del mundo. Luke lo oyó y se sonrojó. Su madre se dio cuenta y salió en su recate, cambiando de tema.

—Luke, ¿por qué no dejáis las cosas en tu cuarto, os relajáis y luego venís a cenar? A la cena todavía le queda un rato. Creo que os vendrá bien estar tranquilos después de lo que habéis vivido esta tarde.

Luke asintió y llevó a Marcus hasta su habitación, situada en el piso de arriba de la casa.

Marcus observó el cuarto de Luke. Sonrió al darse cuenta de que sus padres no lo habían cambiado. Recordó su habitación de Stanleyfield. Cuando se largó, se llevó solo lo justo. Se jugaría su camiseta de los Wanderers a que los Dickinson habían tirado la mayoría de sus cosas a la basura. Si hubiera un premio a los peores padres del mundo, Brendan y Megan ganarían de calle.

—Creo que estas zapatillas te valdrán —dijo Luke, lanzándole unas pantuflas de color negro que acababa de sacar de un cajón de su cómoda. Marcus se quitó las deportivas, se cambió y le dio las gracias—. Marcus, te noto raro. ¿Estás incómodo? Porque si es así, podemos volver a Westbrown.

—Estoy bien. Solo estaba pensando en lo majos que son tus padres y en lo imbéciles que son los míos. —Luke le abrazó—. También me estaba imaginando al Luke adolescente en esta habitación con tanto póster. Sobre todo, ese de Beckham, y ese otro de Thierry Barclay.

—Hay cuatro pósters de Barclay. —Luke los señaló todos. Fue su jugador favorito y la razón por la que se hizo hincha del Stanleyfield United. Marcus los miró y se echó a reír—. ¿Te han caído bien mis padres?

—Claro, aunque no sé qué leches les has contado sobre mí. Me imagino que la verdad no. Si supieran cómo nos conocimos, me odiarían.

—No creo, y tampoco les he mentido. Les he dicho que coincidimos en un pub de Westbrown y charlamos. —Marcus frunció el ceño—. Vaaale, puede que eso no sea del todo cierto. Aunque al día siguiente sí hablamos. Les he dicho que unos días más tarde quedamos para dar un paseo —Marcus volvió mirarle extrañado—. Vaaale, igual no les he dicho toda la verdad.

—Luke, les has hablado de otra persona —bromeó Marcus.

—También les he contado que te sorprendió mucho que fuera periodista. Cuando volví de la pretemporada les dije que no quería saber nada del jugador número dieciséis del Redfox. Después les conté que quería saberlo todo y que estamos juntos. Pero no les he dicho que me vuelves loco ni que eres la persona más autodestructiva y maravillosa que he conocido.

—Lo último sí lo saben, pero igual lo piensas porque has conocido a poca gente —le vaciló Marcus.

—Ni de coña. Te recuerdo que soy muchísimo más sociable que tú.

Marcus sonrió y Luke le besó, mordiendo sus labios con deseo.

—Luke, esto no es buena idea. Tus padres están abajo.

—Tranquilo, también les he dicho que eres jodidamente recatado y responsable —dijo con voz sexy.

Al oírle, Marcus le tumbó en la cama y se puso encima suyo, quitándole la sudadera. Le miró fijamente, sonrió y besó cada centímetro de su piel, haciendo que a Luke se le escaparan varios gemidos. Marcus se quitó la camiseta sobre él, dejando en evidencia sus preciosos músculos. Luke recorrió con sus dedos su torso desnudo, recreándose en las letras del tatuaje, como si las estuviera repasando con tinta invisible.

—Eres la única persona en el mundo a la que le gusta ese tatuaje —rio Marcus.

—Me encanta.

—¿Esto también te encanta? —preguntó Marcus, metiendo una mano en su slip, notando que estaba completamente duro. Cuando le acarició, Luke empezó a gemir.

—Sí-sí-sí... —dijo con la respiración entrecortada. Marcus sonrió y le bajó los pantalones. Luke jadeó más fuerte.

—Creo que deberías ser como yo: Jodidamente recatado y responsable —le susurró Marcus al oído.

Luke sintió cómo su corazón se aceleraba al máximo. Los dos terminaron de desnudarse entre gemidos, caricias y besos. Cuando sus cuerpos se rozaron, ambos sintieron la electricidad que se creaba entre ellos. Se tumbaron y Luke se puso detrás. Cuando empezaron a hacerlo, los muelles de la cama chirriaron de lo lindo y decidieron parar.

—¡Jo! —se quejó Luke mientras buscaba su ropa—. ¡Cómo odio esta maldita cama!

—Ven, anda. Podemos pasarlo bien de otras maneras.

Luke asintió y se tumbó a su lado. Marcus tendió la colcha sobre los dos, le abrazó y le dio un beso tan ardiente y húmedo que le hizo volver a gemir incontroladamente.

Faltaba poco para que la cena se terminara de hacer cuando ellos empezaron a masturbarse el uno al otro. Era mucho más silencioso y no implicaba que los muelles de la cama protestasen como una puerta antigua. Oyeron la voz de Seb, avisándoles de que les esperaban abajo, pero no hicieron caso. En ese momento, solo existían ellos, en esa cama, convertida en el paraíso. Seb volvió a insistir, tocando la puerta. Marcus intentó parar, pero Luke guio la mano de nuevo hacia su sexo, mirándole con deseo. Fue suficiente para que siguieran hasta correrse, manchando sin querer la colcha de Luke.

—¡Joder! —jadeó Marcus, casi sin aliento, apoyando la cabeza en el pecho de Luke.

—¡Chicoooos! ¡La cena se va a enfriar! —gritó Barb desde el piso de abajo.

—¡Ahora bajamos, mamá! ¡Estoy mandando la crónica al periódico! —chilló Luke. Marcus se llevó las manos a la cabeza—. Ya, lo sé, no he hecho la puta crónica. Se me ha olvidado. Salir contigo me está convirtiendo en un mal periodista.

—No es culpa mía, yo soy jodidamente recatado —se defendió Marcus con voz inocente, haciéndole reír—. ¿Puedes escribirla después de cenar?

—Si no tardamos mucho… Osborn es muy impaciente con el cierre de rotativas.

Los dos se vistieron y bajaron al comedor. Allí Seb miraba nervioso el reloj. En media hora se jugaba un partido de la Premier que enfrentaba a los dos primeros, el Arsenal y el

Manchester City. El padre de Luke no estaba dispuesto a perdérselo.

La cena fue bastante agradable. A Marcus le encantó la relación que Luke tenía con sus padres. Ellos le conocían, le querían y le aceptaban tal como era. Harriet Dickinson hizo lo mismo con su nieto hasta el final de sus días. No como Megan y Brendan. Cuando Barb le preguntó por ellos, Marcus se quedó sin palabras. Luke le agarró la mano y salió en su rescate, explicándole a su madre que no tenían relación. Marcus se relajó y les acabó contando la verdad. Seb y Barb se lamentaron de que existiera gente así.

Antes del postre, Luke puso una excusa para irse a escribir la crónica. Tenía mucha confianza con sus padres. Aunque, no tanta como para contarles la verdad: Que se había olvidado de la crónica, del fútbol y del mundo, porque los labios de Marcus eran mucho más interesantes.

—¿Me das diez minutos? —le susurró a Marcus al oído—. No quiero dejarte solo, pero tengo que escribir.

—Lo que necesites, irresponsable —le respondió él en bajo.

—¡Guardadme pudiiin! —gritó Luke mientras subía las escaleras de dos en dos.

—¡No lo haremos! —amenazó su padre entre risas—. Por cierto, Marcus, ¿City o Arsenal?

—Arsenal.

—¡Luuuke, tu novio no me gustaaa! ¡Llévatelo a Westbrown! —chilló Seb.

—Te aguantas. ¡Maaamáááá, dile a papá que no torture a Marcus! —vociferó Luke desde su habitación, riéndose.

Marcus se sentó en el sofá junto a los padres de Luke para ver el partido. El Arsenal metió un gol y los del City estaban de los nervios. Al ver el resultado, sonrió a Seb y comentaron las jugadas juntos, como unos amigos que quedan para ver la Premier en un pub. Marcus no tenía amigos de esos. Si le hubieran dicho cuando despertó en la casa de Luke tras la pelea en el pub, que solo unos meses más tarde estaría así, no se lo creería. Pero ahí estaba, después de haber jugado como los ángeles con el Redfox y de huir de unos ultras con su novio.

Luke no tardó en regresar con la crónica escrita y enviada al *Sunrise*. Mientras la escribía, no pudo evitar sonreír al escuchar cómo Marcus comentaba el partido con sus padres.

—Me encanta que el City pierda —confesó Luke cuando regresó y se sentó junto a Marcus, con un plato de pudin en la mano. Su padre le echó una mirada asesina—. ¿Qué? Papá, ya sé que es tu segundo equipo, pero que gane siempre el mismo es una mierda, y te aburre hasta a ti.

—Tienes razón, pero no hay nadie capaz de plantarnos cara — añadió Seb contento.

—Marcus, ¿tú crees que tu equipo puede ascender este año? — le preguntó Barb.

—Ni idea, todavía queda mucha temporada. Además, solo soy un cedido.

—¿De qué equipo eres? —preguntó Seb sonriendo.

—Del Stanleyfield Wanderers —afirmó orgulloso. Luke sonrió al verle así. Cuando lo decía, sus ojos azules brillaban.

—Eso ya lo sabe, bobo. Te está preguntando con qué equipo tienes contrato —aclaró Luke.

—Ah, vale. Pensaba que se lo habías contado, como les has ha blando tanto de mí. —Al oírle, Luke le dio un codazo cariñoso. Marcus se rio y miró a Seb y Barb—. Soy del

Northwalk, pero estaré cedido en el Redfox una temporada. No hay mucha diferencia. Los dos jugamos en Championship.

—Sí. El ojeador de los *wildcats* dice que le llamarán antes, cuando vean lo bueno que es.

El partido acabó más tarde de las diez, con remontada final del City. Antes de que les venciera el sueño, Luke y Marcus se pusieron en carretera para volver a Westbrown. Luke arrancó el BMW, prometiendo llamar al llegar y asegurando que, si se sentían cansados, pararían a dormir en un motel. Seb y Barb se quedaron más tranquilos.

El coche estaba helado y tuvieron que encender la calefacción. El otoño ya había llegado y en el norte de Inglaterra, a veces esta estación pasa sin pena ni gloria.

—¿Qué te ha parecido la noche? —preguntó Luke mientras conducía.

—Cuando he dejado de tocarte y tú me has mirado, guiando mi mano de nuevo hacia tu…

—¡Marcus! —le reprendió.

—¿Qué? Luke, no tienes que avergonzarte de nada de lo que hagamos. Joder, iba a decirte que me has vuelto tan loco, que he estado a punto de correrme con solo mirarte.

—Vale, ha sido brutal. ¿Quieres quedarte a dormir en mi casa? Mis vecinos son unos cotillas, pero los muelles de la cama no meten ruido —Marcus sonrió y asintió—. Entonces, ¿no lo has pasado mal durante la cena?

—Para nada. Creo que podría acostumbrarme a esto.

—Yo también y mis padres, más. Les has encantado.

—A mí me caen mejor que tú. —Al oírle, Luke le sacó la lengua y le vaciló

—Me alegro. Creo que voy a dar la vuelta para dejarte en Serpentown. Mi padre y tú lo pasaréis genial, hablando toooda la noche de vuestro dichoso Stanleyfield Wanderers.

—Oh, no puedo. Tengo planes. Un chico del Stanleyfield United me ha invitado a hacer el amor y a dormir con él. Lo sé, el pobre es hincha del peor equipo de toda Inglaterra, pero…

—Tu querido Wanderers juega en cuarta —le interrumpió Luke.

—Iba a decirte que te amo, idiota.

## 21 DE ANFIELD A STANLEYFIELD

ahora

Marcus estaba desganado. En tres días se enfrentaría al Liverpool, por primera vez en su carrera. Jugar en Anfield Road era especial para cualquier futbolista. Pero el rumor de su romance con Diana, las amenazas de Joao y el hecho de que todo eso hubiera puesto sobre la cuerda floja la carrera de Luke, hacían que ese partido no fuera mágico.

Al periodista le estaba costando un mundo recuperarse y olvidar el golpe que se había pegado contra la realidad. Además, estaba empeñado en encerrarse en casa, sobreviviendo a base de soda, Doritos y capítulos de *Friends*.

Marcus llegó del entrenamiento y le miró preocupado.

—Luke, necesitas comer bien, ducharte, peinarte y cambiarte de ropa.

Él puso los ojos en blanco y le miró enfurruñado.

—Paso, no me da la gana.

—A ver, que hueles genial y yo no me opongo a que andes por casa medio desnudo… Pero odio verte así.

Luke se miró y supo que Marcus tenía razón. Llevaba dos días sin vestirse en condiciones. Solo con su pantalón de pijama favorito, ese de cuadros escoceses que era la prenda más cómoda del mundo. Y, desde que se manchó la camiseta con el café, no se había molestado en ponerse otra.

—Paso —insistió Luke, sin parar el capítulo en el que Ross se quejaba porque le habían robado el sándwich—. Y tú, tendrías que quererme y entenderme. No juzgarme.

Luke siguió sin levantarse del sofá y Marcus se agachó a su lado.

—Hago todo eso y te entiendo mejor que nadie. Sé lo que es estar así. Además, tengo una sorpresa para ti, Lucky Luke. —Luke se mordió el labio—. ¡No es sexo, capullo! Anda, ven a la ducha.

—Marcus, me estás mandando mensajes muy contradictorios.

El futbolista se echó a reír y le llevó al piso de arriba. Luke se pegó una ducha con la intención de ponerse otro pijama, pero Marcus no le dejó. Le pasó un pantalón de chándal negro y él aceptó a regañadientes.

—¡Toma! —Marcus le lanzó su camiseta verdinegra de los Wanderers y él se le llevó las manos a la cabeza—. Vale, sé que eres un *redwhite*, pero a mí me ayuda cuando me siento como una mierda. Además, me la regalaste tú.

Luke la sujetó y la miró dudoso. Ni en sus peores pesadillas se pondría esa camiseta. Su equipo era el Stanleyfield United, pero últimamente ya no sentía el fútbol igual. Decidió ponérsela, arriesgándose a una reacción alérgica por ser hincha del rival o a que Marcus le besara durante toda la tarde. Lo primero era improbable y lo segundo, le parecía perfecto.

—¿Me queda bien? —preguntó Luke divertido, al ver que Marcus le miraba embobado.

—Eh… Ni te lo imaginas. —Marcus se obligó a no besarle. Sabía que, si lo hacía, ninguno de los dos podría parar—. Pero tu sorpresa está al caer.

Cuando sonó el timbre, Marcus abrió, deseando que su plan alegrara a Luke. Él se quedó de piedra al ver allí a sus amigos. Sonrió a Marcus y le dio las gracias por su sorpresa, mientras Jacob y Avery le vacilaban por llevar una camiseta de los Wanderers.

El futbolista había comprado nachos, patatas fritas y bebida al salir del entrenamiento.

No se le daba bien eso de decorar la mesa. A Luke sí, pero le dio igual, lo que había hecho Marcus le parecía increíble. Sus amigos y él no se entendían del todo, aun así, les había llamado para que se sintiera mejor.

Los seis se sentaron en los sofás y charlaron. Luke se recostó relajado al lado de Marcus. Jugaron al Trivial y el futbolista contestó todas las preguntas. Daniella le miró convencida de que la vez anterior hizo trampas porque no le dio la gana jugar. Cuando terminó la partida, Luke les contó lo que había pasado en el periódico. Ninguno era periodista, pero eran sus amigos y le comprendían.

—Hoy hemos ido a hacer la primera ecografía —informó Avery mientras cenaban la comida que Marcus había traído de la pizzería favorita de Luke—. Todavía no sabemos si será niña o niño, pero se le veía precioso. ¿Queréis verla?

Todos asintieron y observaron la instantánea en el móvil de Avery.

—Se escuchaba el latido de su corazoncito —añadió Daniella orgullosa—. La médica dice que a partir de la semana veinte sabremos su sexo.

—¿Vais a hacer una fiesta de esas para revelarlo? —preguntó George emocionado.

—Puede que sí —dijo Daniella—. Nunca he ido a una.

—Yo sí. La celebró un colega —comentó Marcus, recordando el evento al que le arrastró Harris. Después cortó un trozo de pizza para Luke y le habló en bajo—. Me he recorrido doce millas para ir al Pizza Galaxy solo por ti. No seas capullo y come.

—¿Y qué tal fue la fiesta de tu amigo? —quiso saber Jacob mientras Luke comía la porción de pizza que le había dado Marcus.

—Un coñazo, me aburrí de la hostia. pero es que no me van esas cosas. —Marcus sentía que debía dejarlo claro, aunque se imaginaba cómo acabaría la cosa. Luke le convencería, de que se lo pasarían bien y él aceptaría. Juntos eran capaces de divertirse hasta en el sitio más aburrido del mundo.

—¿Nos puedes dar ideas para organizarla? —dijo Avery.

—¿Para qué está Pinterest? —Luke intentó que sus amigos dejaran de atosigar a Marcus.

La cuadrilla se marchó a la hora de siempre. A las nueve ni muy pronto ni muy tarde. Marcus se lo agradeció. Seguía sin encajar en ese grupo perfecto de amigos. En cuanto se quedaron solos, Luke se lanzó a sus brazos y le besó.

—Gracias por todo lo que has hecho para que esté mejor.

—No ha sido gran cosa —dijo Marcus.

—¡Cómo que no! Has llamado a mis amigos. Y ni si te ocurra decirme que no es nada. Sé que no os entendéis muy bien y que tú te esfuerzas en conocerlos. Has comprado un montón de cosas y has conducido hasta mi pizzería favorita. En serio, cuando te digo que eres el ser más maravilloso del mundo, me quedo corto. Lo eres de todo el universo, Marcus.

—Que no ha sido para tanto. Solo quiero que estés bien.

—Te prometo que lo estaré.

Tres días más tarde, Marcus estaba en Anfield, a punto de pisar por primera vez uno de los campos más míticos del fútbol. Desde el túnel de vestuarios escuchó a todo el estadio corear el *You'll never walk alone*. Marcus sonrió porque, a pesar de todo, estar allí era increíble.

En el túnel de vestuarios, Joao le miró fijamente. Marcus no apartó la mirada. Eso se lo

había enseñado un entrenador que tuvo cuando era pequeño, el señor Bugs. «Marcus, si alguien te mira, tú también le miras. Y no agaches la vista tú primero, porque entonces pierdes», le aconsejó. Y allí estaba, en el túnel de Anfield, siguiendo el consejo de Bugs y sosteniéndole la mirada al engreído de Joao. El futbolista brasileño se cansó enseguida. Quizás tuvo algo que ver el hecho de que Konstantin se acercara a saludar a un defensa alemán del Liverpool y les tapara el campo de visión. Marcus lo agradeció.

En la grada, unos pocos cantaron consignas en contra de Marcus y a favor de Joao. El nueve de los *wildcats* no lo oyó. Estaba demasiado concentrado en hacer un buen partido en Anfield. Luke, sin embargo, lo escuchó perfectamente desde la tele de su casa. Enseguida sintió cómo se le aceleraba el corazón y la ansiedad se apoderaba de su cuerpo. «Joder, otra vez no», pensó. Pero no podía controlarlo, era más fuerte que él. Así que, se preparó una infusión y se intentó convencer de que Marcus sobreviviría a Anfield. Le dolía que fuera así. Él se merecía disfrutar su primer partido en ese templo del fútbol.

El Liverpool tardó solo unos segundos en hacerse con el control del balón. Los *wildcats* intentaron jugar a la contra, pero era imposible. Les tocó defenderse del juego de Joao y los suyos, quienes se fueron al descanso ganando por uno a cero. De camino al túnel de vestuarios, Joao se acercó a Marcus, en una zona en la que las cámaras no estaban autorizadas. El brasileño le pidió que hablaran cuando terminase el partido y Marcus se negó.

—No tengo nada que hablar contigo, Joao.

—Yo creo que sí.

—Mira tío, si quieres hablar, hazlo ahora. Cuando acabe el partido, yo me largo —dijo Marcus.

—Está bien. Creo que me he pasado contigo. Ya sé que ni siquiera conoces a mi novia —se disculpó Joao, rascándose la cabeza.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta después de que todos los medios me hayan puesto a parir —dijo Marcus, dándose la vuelta para irse.

—¡Mi novia no es mi novia!

Marcus le miró confundido y se acercó a él.

—Tío, no te entiendo. Has montado un cristo de la hostia por que según tú, yo no respeto nada y soy un cerdo que ha llevado a tu novia a Northwalk. ¿Y ahora me sueltas que no estáis saliendo?

—Sí, bueno. Lo dejamos hace unas semanas, antes de que saltara esa noticia. Yo estaba intentando que volviera conmigo. Entonces dijeron eso y yo me creí que tú y ella, ya sabes… Después mentí en esa entrevista. Siento todo lo que ha pasado, de verdad —explicó Joao—. Además, hay algo que deberías saber.

—¡Dickinson, Mario está dando la puta charla! Dice que como no vengas en un minuto, chupas banquillo el resto del partido —gritó Héctor, asomándose desde el vestuario del Northwalk.

—¡Ahora voy! —vociferó Marcus.

—No creo que te vaya a dejar en el banquillo —confesó Joao—. Eres el mejor delantero que tiene.

—Dime qué coño debería saber y déjame en paz —gruñó Marcus.

—Diana va a Northwalk a ver a un compañero tuyo.

—Me la pela, Joao. Hay cosas más importantes que tu puto ego.

—Él es tu amigo. Digo, el que sale con ella, y me parece injusto que no te lo haya contado antes que yo.

—Bueno, él no ha ido a entrevistas para insultarme.

La conversación con Joao dejó a Marcus tocado y enfadado. Sus compañeros lo notaron, pero el delantero no quiso hablar del tema. Mario también se dio cuenta.

—Como vuelvas a joder otra valla, te mando al filial. ¿Estamos?

—Sí —asintió el futbolista.

—Más te vale, *cativo.*

El cabreo de Marcus sirvió para que el Northwalk hiciera una remontada épica. El inglés robó el balón en el centro del campo y se plantó frente a la portería. Allí regateó al portero y chutó con su pierna izquierda, directo a gol. Liverpool 1 Northwalk 1. Marcus lo celebró saltando y abrazando a sus compañeros, sin vallas rotas ni banderines de córner en mil pedazos. Cuando faltaban diez minutos para acabar el encuentro, Rizik le dio un pase magistral y el nueve remató de cabeza. El portero no pudo hacer nada, salvo pedir que el árbitro anulara el gol por fuera de juego. Tras unos minutos de nervios mientras el colegiado consultaba con el VAR, vino la alegría. El gol de Marcus era legal y él lo celebró corriendo hasta la banda y quitándose la camiseta. Cuando volvió al campo con sus compañeros vio la tarjeta amarilla. Estaba a dos de cumplir una sanción. Mario lo sabía y su gesto no le hizo gracia. Aun así, no podía quejarse, Marcus les había dado los tres puntos ante el Liverpool y en Anfield. Gracias a la victoria, el Northwalk era líder en solitario de la Premier.

Todos estaban deseosos por volver a casa después de un día y medio fuera. Solía ser así cuando el Northwalk jugaba de visitante. A Mario le gustaba viajar con tiempo y que sus jugadores estuvieran concentrados.

El avión con la expedición *wildcat* tardó una hora en aterrizar en Northwalk. Allí todos se despidieron y se fueron en sus propios coches.

—Marcus, ¿puedes acercarme? —preguntó Rizik mientras se ponía el gorro y los guantes para defenderse de la lluvia y el mal tiempo.

—Claro. Sube, anda —sonrió Marcus.

—Es que me ha traído Juul y el muy cabrón se ha olvidado de mí.

—No te preocupes, pagará por esto. Mañana le hacemos una broma.

—Marcus, eres un desastre. Mañana no hay entreno. Mario nos ha dado el finde entero libre —comentó Rizik entre risas mientras él arrancaba el Bentley.

—Joder. No me he enterado. Si no llega a ser por ti, me planto solo en Sandhill. —Rizik le sonrió.

—Oye, me ha dicho Héctor que te has quedado hablando con Joao.

—Sí, es gilipollas. No sé por qué cojones ha montado todo ese circo. Ni siquiera conozco a esa chica.

—Lo sé. Pero yo sí —admitió Rizik.

—Riz, no me jodas. ¿Eres tú?

—¿Quién soy yo?

—La razón por la que la ex de Joao va a todos los putos partidos del Northwalk —dijo Marcus entendiéndolo todo, sin retirar la vista de la carretera.

—Sí, a ver. Sé que te lo tenía que haber contado antes y lo siento. Yo no quería que te siguieran los paparazis ni que sufrieras. Tenía que guardar el secreto y no sabía cómo

hostias hacerlo.

—No pasa nada, te entiendo. Ocultar algo así no es fácil.

—¿Tú cómo sabes eso? —dijo Rizik extrañado.

—Oh, nada. Solo me imagino que será así, capullo.

Rizik le contó cómo conoció a Diana, y Marcus entendió por qué tenía miedo de que les pillaran. Una relación a tres interesaría más a los tabloides que su secreto con Luke. Bueno, quizás no tanto.

Cuando Marcus llegó a casa, Luke estaba sentado en el sofá, viendo el siguiente partido de la Premier. El Leicester iba ganando al Tottenham.

—Hola —saludó Marcus, nada más entrar por la puerta. Luke corrió a abrazarle y a besarle—. ¿Qué tal? Por favor, prométeme que, si algún día lo nuestro se va a la mierda, no lo arreglaremos con un trío.

Luke llevaba puesta la camiseta de Marcus del Northwalk y la infusión había conseguido relajarle un poco.

—¿Estás bien? —preguntó Luke divertido, tocándole la frente. Marcus asintió mientras se quitaba las botas y el abrigo—. Llevo aquí toda la tarde. Este es el cuarto partido de Premier que veo, pero lo del trío no me convence.

—Menos mal… —suspiró riéndose y dejándose caer en el sofá.

—Eres increíble. En serio. ¡Qué dos goles has marcado! Encima sois primeros. Joder, estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias —dijo Marcus mientras se recostaba en el pecho de Luke.

Marcus se quedó dormido mientras Luke le acariciaba el pelo. A la media hora se despertó sobresaltado por culpa de la televisión. El Leicester había marcado el segundo y el locutor chillaba eufórico. Luke estaba en la cocina preparando la cena, con los cascos puestos para no despertarle. La casa olía bastante bien. A bacon, hamburguesas y queso *cheddar*. Marcus se acercó casi de forma instintiva. No había comido nada desde el mediodía y sus tripas rugían. Luke sonrió al verle y Marcus le quitó uno de los auriculares, se lo puso en el oído y escuchó *Lover* de Taylor Swift abrazado a él. No era su música favorita. Él prefería el Rock, pero estar así con Luke era tan reconfortante… Era perfecto y parecía insuperable hasta que sonó su canción. Los dos sonrieron y la bailaron abrazados.

—¿Me vas a contar ya lo del trío? ¿O sigo pensando que eres un vicioso? —preguntó Luke, quitándose el auricular cuando sonaron los últimos acordes de *Everywhere*.

—Me ofendes, Luke. Como sigas siendo tan insolente, voy a tener que follarte sobre la encimera.

—¿A mí y a quién más? —preguntó Luke riéndose.

—A nadie más, capullo. Lo del trío es cosa de Rizik, su mujer y la ex novia de Joao.

Luke se quedó boquiabierto. Marcus se echó a reír y le contó todo lo que le había pasado esa tarde: La conversación con Joao y la confesión de Rizik en el coche. Luke le escuchó, pensando que el fútbol a veces parecía una telenovela.

♡♥♡

Durante la cena el móvil de Marcus sonó hasta cinco veces. Luke le sugirió que respondiera, pero cuando él le mostró la pantalla, se calló. A la séptima llamada, Marcus se rindió y contestó. Apenas habló. Se limitó a escuchar lo que le decían. A los dos minutos colgó, despidiéndose con un escueto «vale».

—Mi padre está en el hospital de Stanleyfield. Le ha atropellado una moto —explicó Marcus.

—¿Quieres ir a verle?

—Ni de coña.

Luke le entendió, él tampoco quería saber nada de los Dickinson. Siempre habían tratado fatal a Marcus. A pesar de todo, ninguno se alegraba de sus desgracias.

El móvil del delantero les despertó por la noche. Al otro lado del teléfono, su madre le echó la bronca por no ir al hospital. Después se puso su hermano para recordarle que él había dejado su turno en el restaurante por visitar a su padre. Le llamó egoísta y le pidió que madurase. Los reproches de Megan fueron peores. Acusó a su hijo de estar de fiesta, tirándose a todo lo que se mueve, en vez de en el hospital con su familia.

Esa noche Marcus tuvo pesadillas. Se despertó chillando y empapado en sudor, con Luke intentando calmarle. Los dos sabían cuál era el detonante de esos malos sueños. Las barbaridades que le habían soltado Megan y Enzo, le habían afectado más de lo que jamás estaría dispuesto a reconocer. Luke le abrazó y acarició sus rizos para relajarle. Marcus consiguió dormirse, pero las pesadillas regresaron. Soñó que sus padres se presentaban en su casa, hechos una furia, gritando y metiéndose con Luke. Marcus lloró y chilló, sin ser consciente de que sus gritos eran reales y desgarradores. Solo los Dickinson eran capaces de colarse también en sus sueños para fastidiarle.

A las cinco de la mañana Marcus se volvió a despertar entre gritos y súplicas. Decidió levantarse y marcharse al hospital con sus ojeras de oso panda. Luke le propuso acompañarle. Al principio se negó, pero cuando bajó al garaje, se dio cuenta de que no podría hacerlo sin él. Volvió a la habitación y vio que Luke se había quedado dormido.

—Luke, ¿todavía quieres venir conmigo? —le susurró, acercándose a él.

—Claro —respondió con voz de dormido.

—Sabes que estar con los Dickinson es peor que trabajar con Osborn, ¿no?

—Sí.

—Solo quiero que entiendas que son lo peor, que me van a tratar como el culo y que no va a ser un día fácil.

—Lo sé. Por eso quiero estar allí contigo. Para que no lo pases tan mal.

—Me encanta lo inocente que eres, pero lo voy a pasar mal de cojones.

Marcus esperó a que Luke se duchara y se vistiera. Como Stanleyfield no estaba lejos, pararon a desayunar de camino. Luke estacionó el Volvo en el parking trasero de un Starbucks. Marcus le aguardó en el coche, sin intención de avisar a los Dickinson. Así no tendrían tiempo para pensar nuevos insultos o frases con las que herirle. Luke regresó a los diez minutos con *muffins* de chocolate y dos cafés. Un capuchino para él y un expreso doble para Marcus. Desayunaron con unas vistas inigualables: el amanecer y los cubos de basura de la cafetería.

Cuando terminaron, continuaon su camino hacia Stanleyfield. Nada más llegar al

hospital Marcus se emperró en aparcar lo más cerca posible del edificio. Luke aceptó y metió el coche en el único hueco que había libre en esa zona. El edificio no había cambiado mucho desde que Marcus estuvo allí la última vez. Eso fue cuando jugaba en el Hoyland, el equipo más olvidado de Stanleyfield.

Los dos fueron hacia la sala de espera. Allí estaban su madre y su hermano sentados, abrazados, esperando buenas noticias. Luke los observó. El pelo de Enzo era más oscuro que el de Marcus, y sus rizos estaban peinados como si fuera a hacer un anuncio de champú. La señora Dickinson también se había pasado un buen rato preparándose. Llevaba maquillaje y un vestido elegante, pero no muy cómodo para el mal tiempo de Stanleyfield. Luke empezaba a entender lo que Marcus le había explicado sobre ellos. Estaba claro que la apariencia les importaba demasiado. Por suerte, él no era así.

—Hola. —Marcus se acercó, interrumpiendo el abrazo. Megan soltó un grito de sorpresa al verle y Enzo le tendió la mano.

—Me alegro de que hayas venido —admitió Enzo sonriendo y haciendo que se le remarcaran los mismos hoyuelos que a Marcus cuando estaba feliz.

—Sí, la verdad es que no te esperábamos por aquí —añadió Megan—. Aunque podías haberte puesto más elegante —dijo al ver cómo su hijo vestía unos pantalones negros, una sudadera y un gorro que tapaba su pelo.

No llevaban ni un minuto allí y Marcus ya había recibido su primer reproche. El futbolista puso los ojos en blanco y ellos miraron a Luke. Megan se llevó las manos a la cabeza.

—¡Por dios, Marcus! Dime que no te has atrevido a venir al hospital a ver a tu padre con un chico… como -como tú.

—Sí. Luke es un chico. —La ironía de Marcus sacó de quicio a su madre e hizo sonreír a su novio.

—Eres insufrible. En serio, Marcus, no puedo contigo. ¿Cómo se te ocurre presentarte aquí con un chico cualquiera? —insistió ella. Luke agachó la cabeza y fijó la vista en el suelo del hospital para no derrumbarse.

—Luke no es un chico cualquiera —replicó Marcus enfadado.

—Mamá, tranquila. Yo me encargo, siéntate —la tranquilizó Enzo.

—¿Estás bien? —le preguntó Marcus a Luke, quien le sonrió levemente mientras Megan tomaba asiento lejos de ellos.

Por suerte era pronto y en la sala de espera apenas había dos personas, más interesadas en sus móviles que en el drama de los Dickinson.

—Así que, eres igual que mi hermano —le comentó Enzo a Luke, tras dejar a Megan sola y más calmada.

—No, yo soy periodista —respondió Luke extrañado hasta que lo entendió, al ver la mirada asesina que Marcus le echó a Enzo—. Oh, vale, joder. Sí… soy igual que tu hermano.

—Yo no os juzgo, ¿vale? —El hermano mayor cruzó los dedos como si estuviese haciendo una promesa.

—Enzo, cállate —le espetó Marcus.

—Y tú, madura un poco. ¿Cómo leches se te ha ocurrido venir con tu ligue al hospital?

—Oh, me encantaría, pero no creo que pueda ligármelo —sonrió Marcus.

—Estoy de acuerdo. Este chico está fuera de tu alcance —opinó Enzo mirando a Luke—. Un futbolista y un periodista liados. ¿Os lo imagináis? ¡Sería de locos!

El médico se acercó enseguida con noticias sobre Brendan. El padre de Marcus estaba mejor, consciente, pero con una pierna rota y un traumatismo craneoencefálico que querían vigilar. Prácticamente estaba fuera de peligro y el doctor autorizó que le visitaran.

—Nosotros nos tenemos que ir, así que entramos primero — anunció Marcus, mirando a Luke y haciéndole un gesto para que se acercaran juntos a la habitación.

—¿Puedes ser más egoísta? —se quejó su madre.

—Marcus, nosotros llevamos aquí desde la noche. Tenemos derecho a entrar antes — protestó su hermano mayor en bajo.

—No tardaremos.

—¡No serás capaz de llevarte a ese chico a ver a tu padre! —deseó Megan en alto y mirando a Luke con desprecio, pero Marcus sí fue capaz.

Luke se frenó cuando llegaron a la puerta de la habitación y miró a Marcus dudoso.

—¿Prefieres que te espere fuera? No quiero que tu padre también se enfade.

—Ni de coña. Les cabreo con solo respirar y, por suerte o por desgracia, tú también. Eso va a ser siempre así. Si no quieres entrar, lo entiendo. No pasa nada, Luke.

El periodista giró el pomo de la puerta y Marcus sonrió, y le dio las gracias al oído antes de entrar.

El señor Dickinson estaba tumbado en la cama, despierto y en chufado a una máquina que emitía un pitido cada cinco segundos. Los tres se saludaron sin muchas ganas.

Al ver a Brendan, Luke entendió de dónde venían esos ojos azules que tanto le gustaban. Sin embargo, los de Marcus eran mucho más bonitos, más puros y claros, como el océano. El hombre les estudió con la mirada, como habían hecho anteriormente su mujer y su otro hijo.

—Marcus, no esperaba que vinieras.

—Nadie lo hacía —ironizó él.

—El atropello me ha dejado hecho una birria, pero voy mejor que ayer. Y los médicos dicen que lo de la cabeza ya no es preocupante.

—Me alegro mucho —dijo Marcus—. ¿Necesitas algo?

—Sí, una pierna nueva me vendría genial. —Brendan intentó hacerse el gracioso, pero Marcus ya no aguantaba más allí.

—Bueno, ya veo que estás bien. Nosotros nos tenemos que ir —replicó ignorando la broma de su padre.

—Espera, ¿qué? Pensaba que hablaríamos un poco de fútbol.

Marcus se quedó callado, recordando que eso nunca había pasado porque su padre nunca había sido un buen padre. Apenas tardó unos segundos en recuperar la compostura y despedirse de él, ignorando sus quejas. Una vez fuera, los dos se miraron y respiraron aliviados. Cuando llegaron a la altura de Megan y Enzo, Marcus les hizo un gesto para que fueran a la habitación. Los dos echaron a correr de forma dramática.

—Después de esto, no tengo ninguna posibilidad de ligar contigo —bromeó Marcus, recordando lo que le había dicho a su hermano, y pulsando el botón del ascensor para que se largaran de allí.

—Ninguna. Tú eres futbolista y yo periodista. Eso sería una locura —le vaciló Luke. En cuanto entraron y se cerraron las puertas del elevador, le rodeó con sus brazos—. ¿Estás bien?

—Ahora sí, pero siento que los Dickinson seamos así. Mis padres son lo peor, mi hermano es imbécil y yo… Soy idiota por haberte traído a este infierno.

—Marcus, no te pareces en nada ellos, y me alegro de haber venido contigo.

Tras conocer a sus padres, Luke comprendió mejor su personalidad autodestructiva. Y Marcus confirmó, una vez más que los Dickinson seguían tan irrespetuosos y narcisistas como siempre. Solo se preocupaban por ellos mismos. No como Seb y Barb. Ellos le apreciaban y le hacían sentir que era suficiente.

Al llegar al coche, Marcus pidió conducirlo hasta casa. Luke sonrió y le lanzó las llaves. Sabía que necesitaba distraerse y conducir solía relajarle. Antes de abandonar Stanleyfield hasta vete tú a saber cuándo, Marcus se desvió por una carretera estrecha que parecía llevar hacia la nada. Luke le miró con curiosidad, pero convencido de que jamás se perdería en la ciudad en la que había crecido.

El Volvo subió aquella carretera de curvas sinuosas y estrechas sin protestar. Cuando llegaron arriba del todo de la colina, Marcus aparcó en una especie de parking improvisado de grava. No había nadie en la zona. Los cero grados que marcaban los termómetros ayudaban a que la gente prefiriera quedarse en su casa.

—Ven, anda, quiero enseñarte algo —dijo tendiéndole la mano a Luke para que bajara del auto. Una vez fuera, los dos se apoyaron en el capó—. Sé que no es gran cosa. Esto no es Nueva York, pero no está mal.

Las vistas eran espectaculares. Desde allí se divisaba todo Stanleyfield. No era la Gran Manzana ni mucho menos, pero Marcus tenía razón. No estaba mal. Luke sonrió al ver la ciudad. Era bastante gris, pero agradable. Con muchas fábricas y centros comerciales que casi siempre estaban llenos. Middleroad, el estadio histórico de los Wanderers, luchaba contra la niebla y las nubes para ser visto desde aquella colina.

—Supongo que venías aquí cuando eras pequeño. —Luke se apoyó en él y Marcus le rodeó con sus brazos.

—¡Qué va! Lo conocí con quince años y subía cada vez que…

—Que estabas mal. —Luke acabó la frase.

—Sí, pero no me conformaba con las vistas. Solía robarles a mis padres sus botellas de whisky, y me las bebía aquí solo.

Luke se entristeció al oírle. A Marcus le costaba un mundo hablar de su vida en Stanleyfield. En cambio, esa mañana lo estaba haciendo. Luke le acarició las mejillas y notó que estaba helado. Hacía demasiado frío como para estar ahí parados. Volvieron al coche. Y allí, sin que él se lo pidiera, Marcus se abrió y le contó por qué odiaba a muerte la ciudad que le vio crecer. Le explicó cómo sus padres empezaron a hacerle la vida imposible cuando le pillaron besándose con un chico. Su castigo fue quedarse en casa. Después le intentaron emparejar con varias chicas de su vecindario. Al ver que no funcionaba, le llevaron a terapia de conversión, para que dejara de ser gay. Incluso, su padre llegó a sugerir que visitara un prostíbulo. Tras vivir ese infierno que, según sus padres, «era por su bien y para que fuera normal», Marcus se largó de Stanleyfield. Su abuela le acogió en Westbrown y vivió allí hasta que Luke y él decidieron mudarse a la casa de sus sueños en Northwalk.

Luke entendió del todo por qué Marcus estaba enfadado con el mundo. Tenía todo el derecho a estarlo. Cuando terminó de contarle lo que pasó, Luke tenía la cara llena de lágrimas. Quería regresar al hospital y decirles a los Dickinson que eran personas horribles.

—Luke, no quiero que ahora que sabes cómo empezó todo y lo que hacía en este sitio, cambies tu opinión sobre mí. No soy el mismo chico de quince años que venía aquí. Ya no quiero meterme en líos ni beber hasta desmayarme.

—No deberías avergonzarte de lo que hiciste. Viviste un infierno y necesitabas una vía de escape. Joder, lo que pasó no fue culpa tuya, Marcus. Además, ahora te entiendo mejor —respondió Luke—. Ah, y odio a tus padres.

—¡Bienvenido al club! —rio Marcus—. ¿Volvemos a casa?

Luke asintió, y durante el trayecto hablaron de que deberían hacer un viaje solos, lejos de padres imbéciles, de jefes sin escrúpulos y periodistas sin ética. El plan sonaba bastante bien.

Luke y Marcus solos contra el mundo.

## 22 PERIODISTA Y FUTBOLISTA antes

Tras jugar un gran partido con el Redfox y con todo Fox Park rendido a su fútbol, Marcus se encontró con Luke. Quedaron en el lugar más alejado de todo el parking. El periodista estaba en el asiento de copiloto de su BMW, concentrado y escribiendo la crónica Cuando Marcus se acomodó en el asiento derecho, Luke le sonrió y le señaló las llaves puestas en el contacto.

—¿A dónde le llevo, señorito Doyle? —bromeó Marcus cuando vio que había terminado de escribir. El periodista se echó a reír.

—A pasar el fin de semana contigo, por favor.

—¿A Westbrown?

—No, más lejos. —Luke estaba emocionado.

—Vale, quieres que nos larguemos de fin de semana sin planificarlo ni preparar la maleta. Luke, ¿tienes fiebre?

—No. Tú me has enseñado que no hay que planificarlo todo, y últimamente improviso bastante.

—Sí, como la semana pasada cuando te dio por beberte un café por la noche y luego no te podías dormir—le recordó Marcus divertido.

—Y la noche fue perfecta.

—Sí, pero estaría bien que me dijeras a dónde quieres ir.

—¿Scarborough?

—Scarborough —sonrió Marcus al arrancar el coche.

El hotel estaba cerca de la playa, en una zona algo ruidosa. No es fácil encontrar habitación con tan poco tiempo en un lugar tan turístico, pero lo lograron. Utilizaron nombres falsos para registrarse, y subieron al cuarto muertos de risa.

A las dos de la mañana se despertaron por el ruido de las gaviotas y la fiesta de la playa. Los dos entendieron por qué ningún huésped quería esa habitación.

—Lo siento, me vas a odiar por pedirte que viniéramos —se lamentó Luke cuando Marcus encendió la luz.

—Créeme que no. Querías que nos escapáramos juntos, lejos de Westbrown. Y lo hemos hecho. Los recepcionistas creen que nos llamamos como protagonistas de *Call me by your name*, hemos cenado champán con fresas y nata, luego hemos dado un paseo por la playa. Luke, esto es perfecto. —Luke le señaló el griterío que se escuchaba desde la habitación—. Vale, puede que no sea el mejor sitio para descansar, pero no pasa nada. ¿Quieres que nos tomemos un Monster y que nos quedemos despiertos?

—Puedo hacerlo sin tomar cafeína.

—¿Follar o estar despierto?

—Las dos cosas, bobo —dijo Luke antes de hundir las manos en sus rizos y besarle con ganas. Tantas que, Marcus gimió en su boca.

Al día siguiente, después de desayunar un poco tarde por haber estado toda la noche

despiertos haciendo el amor, fueron a visitar el castillo de Scarborough. Luke se quedó ensimismado mirando el mar, apoyado en el muro de la colina.

—¿Por qué te gusta tanto el mar? —le preguntó Marcus, conteniéndose para no abrazar su cintura. Estaban en un sitio público y tenían que fingir que solo eran dos conocidos.

—Me relaja ver cómo las olas rompen al llegar a la orilla. Me encanta su inmensidad. Cuando era pequeño mis padres me llevaban de vacaciones a España, y siempre me preguntaba si desde allí se veía mi casa. El mar es tan infinito que nunca se ve dónde termina. Pero me gusta mucho más desde que te conocí.

—¿Por qué?

—Porque tus ojos son del color del océano y cuando miras el mar brillan de una manera especial. Es como si… Joder, soy extremadamente cursi. —Luke se sonrojó y se tapó la cara con las manos. Marcus las agarró y le sonrió.

—Eres perfecto y me encantas, Lucky Luke.

—Eso es porque eres más cursi que yo, Ricitos de Oro. Y odio lo de Lucky Luke.

—Sé que el apodo no es mío, pero…

—Ni se te ocurra decirme que me llamas así porque fue una suerte que me encontraras.

—¡Venga ya! Aquel tío, ¿te dijo eso? —Luke asintió y Marcus se echó a reír—. Fue una suerte que esa noche por fin nos entendiéramos. Cuando os vi en Walkey Road supe que no le querías, pero me aterró que quisieras quererle. Hay gente que sale con alguien a quien no quiere, solo porque es más fácil.

—Nunca me han gustado las cosas fáciles —admitió Luke.

—A mí tampoco, de hecho, me está costando un mundo no abrazarte y besarte ahora mismo.

—Te entiendo. Me ocurre lo mismo.

—Cuando lleguemos a Westbrown, te lo compensaré, te lo prometo, Lucky Luke. —Luke le dio una colleja—. No seas capullo. Cuando te llamo así sonríes.

—Ni de coña. Yo no hago eso.

—Sí lo haces y cada vez más —le recordó Marcus. Luke iba a negarlo de nuevo, pero una voz familiar le interrumpió.

—¿Chicos? —preguntó Daniella, mientras luchaba contra el viento para apartarse el pelo de la cara—. Decidme que no estoy soñando y que estáis aquí.

—¡El mundo es un pañuelo! —exclamó Jacob, subiéndose su anorak—. No nos encontramos en Westbrown, pero sí en Scarborough. ¿Qué leches hacéis aquí?

—Supongo que lo mismo que vosotros. —Luke se encogió de hombros.

—¿Ver el castillo y comer en una marisquería del puerto? —Avery intentó darles envidia.

—No. Visitar el castillo y comer de camino a Westbrown —aclaró Luke.

—¿Ya os compensa haber venido hasta el Condado de York para eso? —preguntó George.

—Llevamos aquí desde ayer —explicó Marcus.

—Así que, esta es otra de las famosas escapadas románticas Doyle-Dickinson. ¡Qué bonito es el amor! —exclamó Daniella en alto.

—Daniella, ¿puedes no chillar eso en la calle? —le pidió Luke.

—¿He mentido?

—Para nada. —Avery le dio la razón a Daniella, quien por entonces solo era su amiga. Pero él estaba como loco por salir de esa friendzone, en la que llevaba atrapado desde los

quince.

—¿En serio no os dais cuenta de lo que pasaría si alguien les pillase? —Jacob intentó rebajar la tensión que se estaba creando.

—Cierto. Su amor es tan prohibido y secreto como los de los libros que lee mi hermana —bromeó Daniella.

—¿Vamos a tener que explicaros esto muchas más veces? —preguntó Luke, cansado de las pullas de sus amigos.

—Os están tomando el pelo. Tranquilos, si alguien nos pregunta si estáis juntos, tendrá que torturarnos mucho para sacarnos la verdad —bromeó George.

—¿En plan sadomasoquista? —rio Jacob.

—Ya te gustaría, *Dirty* Jacob. —George le dio una palmadita en el hombro y todos se rieron. Después miró a Luke y a Marcus—. ¿Os puedo hacer unas fotos? Es que cuando nos hemos encontrado, estabais al lado del castillo y…

—¡Eso no es un castillo, Georgie! Solo son unas ruinas —le interrumpió Daniella—. Con mucha historia y todo lo que queráis, pero no es un castillo hecho y derecho como el de Dover, la Torre de Londres o el de Edimburgo.

Luke puso los ojos en blanco. Daniella si no protestaba, no era feliz, y Avery estaba tardando en reírle la gracia.

—Muchas veces es más interesante algo en ruinas que en pie. Ninguno de esos sitios, salvo Dover tiene vistas al mar —opinó Marcus.

—El de Edimburgo servía para proteger la ciudad y está situado sobre una roca volcánica —insistió ella.

—Bueno, este defendía la costa de Yorkshire. No está nada mal —dijo Marcus señalando el castillo.

—¿A los futbolistas no os dan alergia los libros de historia? —soltó Avery con sorna.

—¿A qué coño ha venido eso? —preguntó Luke molesto.

—Tranquilo, solo estaba vacilando un poco a tu novio. —Luke le fulminó con la mirada, preguntándose desde cuándo Avery era capaz de vacilar a alguien. Nadie dijo nada hasta que George les explicó su idea a Luke y a Marcus. Los dos aceptaron. Porque a George le apasionaba la fotografía y porque el lugar era tan mágico, que les hacía olvidar los comentarios mordaces de Daniella y Avery. Antes de encender la cámara, George les dio los últimos consejos para que las instantáneas fuesen perfectas.

—Las fotos serán de espaldas, así que… Igual las podéis subir a Instagram.

—Mejor no —se rio Marcus.

—Bueno, vosotros poneos como estabais cuando nos hemos encontrado, pero caminando hacia el castillo. Sí, Dani, es un castillo. En fin, solo tenéis que ser naturales, hablar y daros la mano como hacíais antes.

Al oír a George, los dos se miraron sin ser conscientes de haber hecho eso. Solo era una muestra más de lo difícil que era guardar su secreto.

Caminaron hacia la torre con el mar de fondo, como les había dicho George. Cuando se alejaron, Luke se disculpó con Marcus por el desafortunado comentario de Avery.

—Luke, tú no tienes la culpa de que Avery piense que los futbolistas somos tontos.

—Ya, pero odio que te trate así. No tiene ningún derecho a hacerlo. Joder, si se molestara en conocerte sabría que eres jodidamente inteligente y que hasta lees más que él. Avery solo sabe darle la razón a Daniella y ser un puto pedante.

—No necesito que me conozca si no quiere hacerlo, cosa que…

—Parece que es así. —Luke terminó la frase y se cabreó al darse cuenta de que era cierto —. ¡Joder, me niego! No es justo, Marcus. ¡ERES MI NOVIO! Y Se supone que ellos son mis putos amigos. ¡Deberían respetarte, conocerte y tratarte bien!

—Menos mal que no hay nadie. —Marcus suspiró aliviado.

—¿Eso qué más da?

—Luke, acabas de gritar que soy tu novio.

—*Oops*, perdón. Es que cuando me enfado… —Marcus le interrumpió.

—Hablas alto y sueltas un montón de palabrotas. Lo sé. Espera… No hay nadie.

—Normal, hace un frío y un viento de la hostia —le recordó Luke, anudándole bien la bufanda para que no se congelara.

Marcus comprobó si había alguien más a su alrededor. Sonrió al ver que George ya había dejado de sacar fotos y había vuelto con los demás. Los dos estaban solos y las vistas eran espectaculares, pero Marcus se perdió mirando a Luke. A sus ojos oscuros y brillantes como una nebulosa y a sus labios rosados, esos que se moría por besar. Entonces lo hizo. Pegó sus labios a los de Luke y él le correspondió uniendo sus lenguas, haciendo que los dos por fin se sintieran en paz. La guerra llegó enseguida con los gritos de Daniella y los demás.

—¿Estáis de broma? ¿Yo no puedo hacer un comentario porque pongo en peligro vuestro maldito secreto, pero vosotros podéis comeros los morros en público?

—Daniella, cálmate. No nos ha visto nadie —dijo Luke.

Estaban cerca del muro que daba al mar y los cuatro amigos les miraban cabreados y decepcionados.

—Hasta un niño de parvulario guarda mejor los secretos que es tos dos. Son tan espontáneos… —El sarcasmo de Avery les sacó de quicio.

—Sí, está claro que piensan que nadie puede pillarles —replicó George, justo cuando dos familias con niños se acercaban a la torre del castillo, ajenos a su discusión. Luke bajó la voz para que no les oyeran.

—Eso no es así, George. No tenéis ni puta idea de nada. Si fuéramos tan jodidamente espontáneos e inconscientes como decís, no miraríamos alrededor antes de besarnos. Ni aparcaríamos siempre en la última plaza del puto parking del estadio. Vivimos con miedo a que alguien descubra que estamos juntos. Porque si eso pasara, sería el fin. Nos harían la vida imposible. Y deberíais saber por qué. Joder, Marcus es futbolista.

—Y Luke, periodista —añadió Marcus, recordando que no había nadie en toda Inglaterra que no conociera el *Sunrise Press*.

—Vale, es un drama, y vuestra vida sería mucho más fácil si no os hubieseis enamorado, pero no sé qué podemos hacer nosotros —comentó Daniella. Luke la miró decepcionado.

—Sería más fácil si nos aceptaseis y os pusierais en nuestro lugar, aunque fuera un puto segundo —suplicó Luke.

—Está claro que salir con un futbolista es muy jodido —admitió Jacob más relajado.

—Sobre todo si es gay —añadió Avery.

—Vaya, por fin lo entiendes —ironizó Luke.

—Siempre lo he entendido.

—Chicos, me alegro de haberos visto, pero tenemos reserva para comer. —Daniella les mostró la hora impaciente. Luke y Marcus les desearon que lo pasaran bien y ella les pidió que contaran con ellos para su próxima escapada. George bromeó con que las parejas no suelen invitar a sus amigos a sus fines de semana románticos. Daniella y Avery le dieron la

razón, recordando el don de Marcus para hacer planes improvisados.

—En realidad, lo de venir aquí ha sido idea suya —explicó Marcus.

—¿En serio? —preguntó ella, mirándole boquiabierta.

—Sí, planificarlo todo es muy aburrido —opinó Luke.

# 23 NO ES JUSTO ahora

La agenda del Northwalk de esa semana estaba completa. El miércoles jugaban la siguiente ronda de la FA Cup y el domingo visitaban al Arsenal en Londres.

Quedaban apenas dos meses para el mundial. El torneo más importante del fútbol se disputaría en Luhah, un lugar tan lujoso como intolerante. A Marcus le jodía bastante tener que ir a ese sitio. Todavía quedaban algo más de dos meses, pero los anuncios y entrevistas ya habían comenzado. En el vestuario sus compañeros no hacían más que hablar de ello.

—Tíos, sabéis que, en Luhah… —Juul estaba a punto de contar algo, pero Rizik le interrumpió para vacilarle.

—No sueñes. Tú no vas al Mundial ni de coña, Juul. Eres el lateral más lento del planeta.

Juul le soltó una colleja y siguió hablando, después de que todo el vestuario se riera.

—A ver, Riz. ¿Sabías que en Luhah, a los que no sois heteros os pueden detener y torturar como si nada? —Rizik le devolvió la colleja—. Ahora en serio, allí la pena por ser gay o lesbiana es de diez años de cárcel como mínimo.

Marcus sintió que se le ponían los pelos de punta. Todo el vestuario se lamentó por la realidad del país anfitrión del mundial. Menos Héctor.

—¡Torturar a alguien porque sea marica! Es excesivo.

—¿Excesivo? ¿Qué hostias dices? —preguntó Marcus sorprendido mientras sacaba la toalla de su mochila.

—A ver, creo que bastaría con les explicaran que hay cosas que no se pueden hacer delante de todo el mundo. Es desagradable de cojones ver cómo esa gente se besa o se mete mano. No sé, a mí me da asco.

Marcus estaba acostumbrado a escuchar comentarios de todo tipo, pero no esperaba oírlos en el vestuario del Northwalk y en boca de uno de sus compañeros, a quien además apreciaba.

—¿Y tú sí puedes? —le reprochó Marcus.

—¿Qué? —Héctor le miró confundido. La tensión entre ellos era tan evidente que sus compañeros les observaban como si fueran dos jugadores de tenis, golpeando la bola de un lado a otro de la red.

—Digo que eres un hipócrita, si crees que tú puedes enrollarte con chicas en todas las putas discotecas y que un tío o una tía no pueden hacer lo mismo con alguien de su mismo sexo.

—Te equivocas, Dickinson. Yo soy normal, no un enfermo —le dijo Héctor—. Dos hombres que se atraen están mal de la puta cabeza, ¡joder!

—¡El único que está mal de la cabeza eres tú!

Sin darse cuenta, los dos habían roto la distancia que les separaba y ahora estaban cara a cara. Las mejillas de Marcus estaban rojas por la rabia y los músculos de Héctor se habían tensado.

—¡Marcus, me estás tocando los cojones! Esto ni te va ni te viene. ¿Por qué no dejas de defender a esa escoria y te vas a follarte a la puta esa con la que te largas en los descansos?

Mejor aún, ¿por qué no le das mi número? Seguro que conmigo se lo pasa mejor. Tiene que estar harta de chuparle la polla a niñatos como tú o el cabrón de Joao.

Al oírle, Marcus sintió una rabia inmensa. Héctor era una basura de persona y se arrepentía de no haberlo visto antes. Quiso pegarle, pero Konstantin le agarró y le suplicó que no lo hiciera. Marcus aceptó. El capitán era la calma personificada, y podía contagiársela a cualquiera hasta en los peores momentos. Todo el vestuario supo que la discusión había terminado, menos Rizik. El egipcio se abalanzó sobre Héctor hecho una furia. Le tumbó en el suelo y le arreó un fuerte puñetazo. Konstantin y Marcus se miraron confundidos.

—¡Riz! ¡No! ¡Joder! ¡Para! —gritaron Marcus y Konstantin, apartando a su amigo de allí.

Les costó un mundo alejar a Rizik de Héctor y su sed de venganza, pero lo consiguieron. El egipcio estaba temblando y muerto de nervios; y la nariz del colombiano no dejaba de sangrar.

—¿Por qué os lo lleváis? —protestó Héctor—. ¡Soy un hombre y tengo derecho a defenderme de ese malnacido!

—¡Cállate de una puta vez! —replicó Marcus sin soltar a su amigo.

—¡Cállate tú, niñato! ¿Ves normal la que has montado por defender a los maricones? ¡Ni que esto fuera contigo, joder! ¡Oh, miradme! Soy Dickinson, ¡el puto defensor de las causas perdidas! —le provocó Héctor, mientras varios de sus compañeros se ponían delante suyo, gritándole que parase. Marcus quiso responderle, pero Konstantin se lo impidió. El alemán tuvo que hacer un esfuerzo titánico para sacar a sus colegas de allí. Los llevó a una zona apartada del vestuario, cerca de las duchas.

—¡Ignorad a ese idiota! —les pidió Konstantin, tras escuchar los insultos y las amenazas de Héctor—. Vosotros no sois como él, joder.

—No lo está poniendo muy fácil —replicó Marcus.

—Eso es porque es gilipollas. Se merece otra hostia. —Rizik estaba frustrado.

—Riz, todos nos hemos dado cuenta de lo que es, pero la gente no aprende a hostias —le espetó Konstantin.

—¡Odio que seas tan sensato! —Rizik logró que Marcus y Konstantin sonrieran un poco.

Los tres se quedaron en ese rincón apartado del vestuario. Algunos jugadores se acercaron a Héctor para preguntarle si estaba bien. Él les gritó que se metieran en sus putos asuntos y se quedó solo, tocándose la cara y mirando sus manos manchadas de sangre. Rizik le había dado una buena tunda y él quería venganza, pero sabía que para hacerlo, se tendría que enfrentar primero a los otros dos. Héctor les odiaba. Él conoció a Rizik mucho antes, y hasta hace un momento eran buenos amigos.

De repente, la puerta del vestuario se abrió. Mario y sus ayudantes estaban allí, junto al periodista Andrew Miller. Héctor seguía en el suelo sangrando, y el resto del equipo intentaba mirar hacia otro lado. Al fondo se escuchaba hablar a Konstantin, Rizik y Marcus. Mario negó con la cabeza. Estaba enfadado y confuso, pero debía hacer algo. Cerró la puerta, deseando que Miller no hubiera visto nada.

—Vamos —ordenó Mario, mirando a sus ayudantes y al reportero.

—Pero… ¿Y la entrevista? —preguntó con curiosidad el periodista. Acababa de ver a un jugador del Northwalk tirado en el suelo y no quería dejar escapar la noticia.

—Hoy no habrá entrevista —gruñó Mario. Después miró a sus ayudantes y bajó la voz —. Sacadle de Sandhill ya.

—Oye, que a mí no me importa esperar —insistió Miller, pero Mario le fulminó con la mirada.

Cuando se quedó solo, Mario entró al vestuario y cerró bien la puerta. Miró fijamente a sus jugadores y tomó aire antes de bombardearles a preguntas.

—¿Qué cojones ha pasado? ¿En qué hostias habéis convertido el vestuario? ¡Os quiero a todos aquí, ahora mismo! ¿Estamos?

Konstantin, Rizik y Marcus se acercaron a sus compañeros, pero lejos de Héctor. Mario miró a Marcus decepcionado. El delantero sabía lo que estaba pensando: Que él era el culpable de convertir el vestuario en un ring de boxeo. Si no se hubiese puesto a discutir con el cretino de Héctor, la cosa no habría acabado así. Pero claro, si él no se hubiese comportado como un bastardo homófobo... El vestuario guardó silencio ante las preguntas de su entrenador, hasta que Héctor se puso de pie, decidido a victimizarse Tenía la nariz rota, pero pasaba de llevarse un castigo de Mario.

—¡Rizik me ha pegado! —Héctor señaló a su compañero, quien continuaba protegido por Marcus y Konstantin.

—Sí, pero él se ha portado como un gilipollas —dijo Rizik.

—¿Vosotros creéis que el vestuario es un puto antro? ¿Creéis que todo se arregla a hostias? ¿No sabéis hablar como las personas? —El enfado de Mario era descomunal, y sus gritos se escuchaban en todo Sandhill—. Vengo aquí para que uno de vosotros conceda una puta entrevista sobre el mundial al periodista ese, y me encuentro a este tirado en el suelo y sangrando. ¿Quiénes sois vosotros? ¿A QUIÉN HOSTIAS ESTOY ENTRENANDO?

—Míster, siento lo que ha pasado. Yo solo he dado mi opinión —dijo Héctor haciéndose el bueno.

—¿Tu opinión sobre qué?

—Sobre los gais y el mundial. Deberían seguir las normas de Luhah y cortarse un poco. ¡No les cuesta nada, joder!

La última frase de Héctor hizo que varios jugadores se llevaran las manos a la cabeza.

—*Ma che cazzo dici?* ¿De qué diablos hablas? —preguntó el entrenador—. ¿Quién hostias eres tú para juzgar a nadie?

—¡Dickinson me ha llamado hipócrita! —Marcus asintió.

—¡Qué raro! Tú metido en un puto lío. —Mario le miró hecho una furia—. ¿No has querido destrozar a hostias el puto vestuario? ¿O es que no te ha dado tiempo? Me tienes harto, *cativo*. Jodes una puta valla porque no sabes celebrar un gol como una persona normal y ahora… ¿Qué coño has hecho?

—He discutido con él y sigo pensando que es un hipócrita. Es que no es justo, joder. Lo que dice Héctor no es una opinión. Es una puta barbaridad —se defendió Marcus con las mejillas sonrojadas de frustración. Habría destrozado el vestuario a golpes en ese mismo instante de la rabia que sentía. Habría golpeado a Héctor como lo hizo Rizik, pero Konstantin tenía razón, las cosas no se arreglan así.

—Tú no eres nadie para hablar de justicia. ¡Nadie! Porque si fuéramos un equipo justo, no estarías aquí. Mario no pensaba lo que decía. Sabía que Marcus era el mejor jugador y que sería muy injusto que el Northwalk no le hubiese dado una oportunidad. Pero estaba enfadado y le repateaba que se metiera en líos.

—Mario… —Konstantin intentó defender a su amigo y contarle lo que había pasado. Rizik también quería hacerlo, pero no le dejó. Solo empeoraría las cosas—. Marcus no tiene

la culpa de lo que ha pasado.

—¡Joder, menudo capitán de mierda tenemos! —se quejó Héctor.

—Konstantin, mañana hablamos. Y tú, Héctor, cállate. Ahora, largaos. ¡No quiero ni veros! —gritó el entrenador.

En los ojos verdes oliva de Mario se podía ver lo decepcionado y cabreado que estaba con sus jugadores. Se podía esperar muchas cosas de ellos, pero no una pelea en el vestuario. Salió de allí dando un sonoro portazo. Casi todos los wildcats se largaron de Sandhill a toda prisa, sin ducharse y con la ropa de entrenar puesta. Marcus fue uno de ellos.

Antes de arrancar el Bentley, Marcus recordó las palabras de Héctor. Le dolían casi tanto como que su entrenador pensara que no se merecía estar allí. Salió de Sandhill y se dio cuenta de que no podía ir a casa en ese estado. No tenía fuerzas para hablar de ello. Luke le entendería, pero no quería cargarle con más problemas. Aunque tenía menos ansiedad, seguía sin estar bien del todo.

Marcus miró el contador de gasolina y vio que el depósito esta ba lleno. Le pareció una señal para conducir sin dirección y calmarse. Enseguida dejó Northwalk atrás, con la música a tope y con las gafas de sol que Luke tenía en la guantera puestas. Con ellas se veía todo rosa. Deseó que su vida fuera así.

Una hora más tarde vio las señales de desvío hacia Newcastle. Siguió conduciendo hasta Middlesbrough, y allí paró para comprar provisiones. El depósito del Bentley todavía estaba bastante lleno. Comió en el coche y echó un vistazo a su móvil. Luke le había escrito y llamado preocupado. Marcus se sintió culpable. Se había largado para que no sufriera y estaba sufriendo el doble. El futbolista le respondió que estaba bien, junto a un emoticono de un corazón. Sabía que no colaría y que Luke no le creería, pero al menos había dado señales de vida. Continuó conduciendo, como si eso pudiera borrar lo que había pasado esa mañana en Sandhill. No podía, pero la canción de Iron Maiden que sonaba en el coche, le pedía que siguiera corriendo y que no mirase atrás.

A las siete de la tarde se encontraba a veintiuna millas de Leeds y le empezaban a pesar los párpados. Paró en otra área de descanso. Allí compró café y llenó el depósito de gasolina. De vuelta al coche, vio a una familia jugando con sus hijos y riéndose, como si tirarse por el mismo tobogán una y otra vez fuese lo más divertido del mundo. A Marcus le habría gustado ser así de simple y no tener que darle vueltas a todo. Pero no lo era. Por eso estaba huyendo, al lado de Leeds, debatiéndose sobre si debería comprarse una botella de whisky o llamar a su novio. Eligió lo segundo y Luke respondió al primer tono.

—Marcus, ¿estás bien? —preguntó asustado.

—Sí-sí-no.

—¿Qué ha pasado?

—¿No te has enterado?

—No.

—Ha habido una pelea en el vestuario. —Al oírle, Luke ahogó un grito de sorpresa—. No ha sido nada. Bueno para Héctor sí. Riz le ha reventado la nariz. Pero se lo merecía, es un cabrón.

—¿Dónde estás? —dijo Luke preocupado.

—Yo... No quería joderte el día. Por eso me he largado.

—No creo que me hubieses jodido el día.

—Sabes que sí.

—Nunca me jodes el día. ¿Me vas a decir dónde estás?

—Cuando llegue a casa, ¿vale? Si quieres ve cenando y duerme. Llegaré sano y salvo, te lo prometo.

—Marcus, estás a tomar por culo de Northwalk, ¿verdad? Sé que estás asintiendo —rio Luke, y el futbolista sintió cómo su risa le relajaba—. Ven con cuidado, Ricitos de Oro. Te amo.

—Siempre tengo cuidado, Lucky Luke. Y yo te amo más.

Cuando colgó el teléfono, Marcus se sintió algo mejor y también un poco gilipollas por haberse largado tan lejos. Antes de regresar decidió hacer otra parada. Aparcó el Bentley frente a la Leeds United Store y se puso la sudadera, tapándose el pelo con la capucha. Pasaba de meterse en otro lío porque algún paparazi o periodista metomentodo le pillara en la tienda de otro equipo, comprando una camiseta. Buscó una de la talla de Luke y la llevó a la caja. La dependienta tenía ganas de hablar, y eso que se estaba acercando la hora del cierre. Marcus respondió con monosílabos a todas las preguntas sobre si hacía buen tiempo, si había visitado Elland Road y si quería la prenda para regalo. A la primera no, a la segunda sí y a la tercera, sí, por favor.

Cuando volvió al coche con la camiseta envuelta, se puso a llover. Puso la calefacción a tope y se miró las piernas. Acababa de entrar en la tienda del Leeds con los pantalones cortos del Northwalk. Se echó a reír. Por nada del mundo habría dejado pasar la oportunidad de comprar esa camiseta para Luke. Para los dos tenía un significado especial, y solo con imaginarse su sonrisa al verla, podía olvidarse de todo.

Decidió hacer una última parada antes de regresar a casa. Aparcó en una gasolinera y compró una caja de donuts de colores, una postal, un refresco y una chocolatina. El efecto del chocolate es similar al del café, gracias a la teobromina, y Marcus lo necesitaba. Se metió en el coche y abrió el envoltorio de la postal. Era bastante graciosa para haber salido de una gasolinera. En ella salía una caricatura de Britney Spears con su icónico mono rojo. Arriba, en letras amarillas ponía: *Oops, I did it again... and I'm really sorry about it.* (*Oops*, lo he hecho otra vez... Pero realmente lo siento). Abrió la guantera. Luke siempre tenía varios bolis en ella. Sacó uno y se puso a escribir a salvo de la lluvia.

*Hola, Luke:*

*Necesitaba escribirte. Creo que la postal habla por sí sola. Lo siento. Siento haber sido tan gilipollas y haberme largado a Leeds, en vez de ir a casa y contarte lo que ha pasado, como haría un novio normal. No quería causarte más ansiedad. Sé que no estás bien y yo debería ayudarte, no joderte con mis putos problemas. No tenía que haberme ido tan lejos, pero he empezado a conducir con esa sensación tan extraña de querer desaparecer y he acabado aquí. Todo ha ocurrido después del entrenamiento. En el vestuario Juul ha comentado las estúpidas normas que tienen en Luhah. Joder, no quiero ir al puto mundial. Si supieran lo que somos, allí nos torturarían, nos encarcelarían o nos matarían. A todos les ha parecido una puta barbaridad, menos al cabrón de Héctor. Él cree que es desagradable y de enfermos que dos personas del mismo sexo se besen. Le he llamado hipócrita y el tío me ha pedido el número de Diana, porque según él, estará harta de chuparnos la polla a mí y a Joao. Sé que, si estuviera en casa contándote esto, hace rato que*

*me habrías preguntado: «Marcus, ¿qué le has hecho?». Te prometo que nada. Quería soltarle una hostia. Se lo merecía, pero Konstantin me ha parado y Riz se me ha adelantado. Le ha reventado la nariz. Luego ha venido Mario. Mierda… ¿quién hace estas postales? Ya no tengo apenas espacio. Mario me ha culpado y me ha dicho que no es justo que esté en el Northwalk. Lo peor es que creo que tiene razón. Igual debería haberme controlado, pero te prometo que no podía. Me jode compartir vestuario con un bastardo como Héctor.*

*Lo siento. Espero que me entiendas. Siempre lo haces. Eres un superhéroe. Estoy deseando, llegar a casa y abrazarte.*

*Te amo, Luke. ♥ Siempre tuyo, Marcus.*

*PD. La camiseta es para ti. No para que me saques a la calle con ella cuando llueva.*

Tres horas y media después de escribir la postal, Marcus por fin llegó a casa. Era tarde y Luke se había quedado dormido en el sofá esperándole. Eso le hizo sentir más culpable. Se acercó a él y le besó la frente antes de llevarle en brazos hasta la cama, con cuidado de no despertarle. Se lavó los dientes y dejó lo que había comprado en la mesilla de Luke.

Al día siguiente, cuando Luke se despertó, vio que Marcus ya se había ido a entrenar. Abrió la caja de donuts de colores y se comió uno de chocolate blanco mientras leía la postal. Cuando terminó, vio la camiseta y no pudo evitar sonreír.

# 24 GOOD BOY antes

El viernes era el último día de entrenamientos de la semana. Había partidos de selecciones y muchos jugadores de la Championship iban convocados para representar a su país. Tras recoger sus cosas y despedirse de sus compañeros, Marcus se fue a la furgoneta a esperar a Luke.

—Hola, siento haber tardado. El Redfox acaba de presentar al nuevo entrenador de porteros —se disculpó Luke mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

—No pasa nada. Me da igual si tengo que esperarte.

—Marcus, odias esperar.

—A ti no. Podría estar aquí dos horas.

—Ni de coña te dejo aquí tanto tiempo, te mueres del aburrimiento —rio Luke.

—Los futuros jugadores de la selección inglesa no nos aburrimos. —Luke le miró sorprendido—. Me ha llamado Clive Allen. El partido de mañana tendremos que verlo por la tele, pero me ha dicho que, como siga jugando así, debutaré el mes que viene en Wembley.

—¡Eso es brutal! —gritó Luke emocionado y abrazándole, a pesar de que estaban en el parking. Por suerte, no había nadie—. Mmm… Te imagino con la camiseta blanca de Inglaterra y… joder.

Luke se mordió el labio y Marcus se echó a reír.

—Deberías esperar a que lleguemos a Westbrown para hacerme todo eso que estás pensando, Lucky Luke.

Después de comer, Luke se puso a escribir la noticia del nuevo preparador de porteros. Marcus se sentó en el borde de la cama, observándole. Le encantaba ver cómo tecleaba y cómo fruncía el ceño concentrado. Él estaba tan a lo suyo, que no se daba cuenta de que Marcus le miraba con una adoración absoluta. Escribir para el *Sunrise Press* era su sueño desde antes de que entrara en la facultad, aunque entonces no se imaginaba que su director sería tan terco como Osborn.

—¿Has acabado? —preguntó Marcus cuando Luke cerró el por tátil.

—Sí. ¿Sabes qué pasa esta noche? —Marcus negó con la cabeza y Luke se tumbó a su lado sonriendo—. ¡Es Halloween y en Walkey Road…!

—No, no, no, no.

—¿Qué? ¿Odias Halloween, *bad boy*?

Marcus se echó a reír porque le llamara así. A Luke le fascinaba su tatuaje, pero siempre le decía que era mentira. Aunque lo llevara marcado en la piel, no era un chico malo.

—No odio Halloween, pero sé lo que pretendes, *good boy*. Y no sé si es buena idea que salgamos de fiesta.

—Es una gran idea. Nadie tiene por qué reconocerte si vas disfrazado.

—¿En serio quieres ir de fiesta? —El periodista asintió entusiasmado—. Vale. Pues

vamos.

—Sé que has salido mil veces, pero te prometo que esta noche lo pasaremos genial. Espera, ¿te vas a disfrazar? —Marcus le dijo que sí—. ¿De qué?

—No pienso decírtelo. ¿Quedamos a las siete en tu casa y cenamos juntos?

—¿Te vas a ir ahora? —Quiso saber Luke mientras le rodeaba con sus brazos.

—Claro. Tengo que preparar mi disfraz. ¿Te das cuenta de que podrías convencerme de cualquier cosa?

—Eso es porque soy un superhéroe —dijo Luke divertido. Marcus asintió y le besó antes de irse.

Luke tenía muchas ganas de ir de fiesta con él. Le encantaban todos sus planes. Ver películas y series juntos, leer antes de irse a dormir y hacer el amor durante toda la noche. Adoraba todo eso y sus viajes improvisados, pero no quería cambiarle y sabía que antes de que salieran, Marcus se iba de fiesta casi todas las noches.

Faltaban dos horas para las siete y Luke, todavía no tenía ni idea de qué iba a disfrazarse. Sacó toda la ropa de su armario y se quedó mirando un *crop top* rojo que se compró porque le encantaba, pero que nunca se había atrevido a llevar. Le quitó la etiqueta mientras buscaba unos *jeans* rojos a juego. Se puso las dos prendas y se miró al espejo. La camiseta dejaba a la vista buena parte del abdomen y apenas cubría su ombligo. Luke dudó, pero entonces recordó lo que Marcus le decía siempre: «Si te gusta, póntelo». Fue suficiente para que se marchara en busca de accesorios que completaran su disfraz de Halloween. Cuando volvió a casa, se encerró en la cocina a preparar un delicioso pastel de carne. Quería que fuera una noche especial.

Marcus llegó puntual y disfrazado de ángel caído. Luke le abrió la puerta con los ojos maquillados de rojo, vestido con la camiseta corta y los pantalones a juego. En su pelo color café llevaba una diadema de cuernos rojos carmín, tan brillantes como puntiagudos, y de su trasero colgaba una cola de diablo. Marcus iba totalmente de negro, con un pantalón y una camisa de manga larga. Sus ojos y la zona de alrededor de las cejas estaban maquillados a juego de sus oscuras y enormes alas de plumas. Los dos se quedaron mirándose embelesados. Cuando Marcus entró y dejó el pastel de limón en la mesa de la cocina, sucedió lo inevitable. Empezaron a besarse sin descanso. Marcus subió a Luke a la encimera y él rodeo su cintura.

—Eres el diablo más sexy de todo el puto infierno —le piropeó Marcus con sensualidad, besándole el cuello. Luke le acarició y le desabrochó los botones de la camisa.

—Y tú el ángel más bello de todo el ci-e-lo. —Las palabras de Luke se convirtieron en un gemido cuando Marcus le soltó los pantalones rojos y estos se cayeron al suelo. Luke hizo lo mismo con los suyos y empezaron a tocarse.

—Lu-lu-ke —jadeó Marcus, al escuchar un molesto pitido que inundaba toda la cocina. El futbolista sentía que no le salían las palabras.

—Marcus… —respiró Luke mientras le apretaba el culo con ganas y le pegaba a él para besarle de nuevo.

—¿Escuchas eso? —El pitido cada vez era más molesto y Marcus se dio cuenta de que el horno estaba echando humo. Luke seguía besándole y tocándole—. De-deberíamos parar.

—¿Qué? —preguntó Luke tan confuso como excitado.

—¿Tienes algo en el horno? Porque está ardiendo.

—¡Mierda! ¡Joder! —Así fue cómo Luke volvió a la realidad.

Los dos se acercaron al electrodoméstico y vieron que el pastel de carne se había calcinado por estar demasiado tiempo dentro. Se miraron y se echaron a reír. Acabaron improvisando una cena a base de *fish & chips*. De postre comieron el pastel de limón que había preparado Marcus. Le dijo que la receta era de su abuela y a Luke le pareció adorable que lo hiciera esa noche para los dos.

Cuando terminaron de cenar, se arreglaron y bajaron en el ascensor para no encontrarse con ningún vecino. Marcus pulsó el botón de la planta baja y se apoyó en la pared del elevador con sus alas negras a la espalda. Se deleitó mirando a Luke. El *crop top* rojo dejaba a la vista parte de su suave tripa, esa que se moría por acariciar. Luke suspiró. Las alas negras, la cara de deseo de Marcus, su mirada salvaje y cómo se tocaba el labio inferior con el dedo, era demasiado. Luke solo podía pensar en volver a besarle hasta que sus maquillajes se unieran en uno solo, y hasta que sus alas se enredaran con sus cuernos.

—¡Joder! ¿Por qué no cambiamos el plan? —propuso Luke totalmente excitado.

—¿No quieres salir de fiesta?

—Quiero… —Luke se plantó enfrente suyo y le miró con deseo.

—¿Esto? —preguntó Marcus tras pegar sus labios a los suyos. Luke le mordió el labio con una sensualildad infinita. Él le besó, acariciándole el pelo.

—Marcus, no dejes de besarme —suspiró Luke, rodeándole con sus brazos.

Siguieron comiéndose a besos, sin darse cuenta de que habían llegado a la planta baja. Cuando las puertas se abrieron, Marcus pulsó varios botones del panel a toda prisa. Subieron al último piso del edificio y, esa vez, miró los números antes de volver a darle al botón.

Cuando por fin llegaron al rellano, siguieron abrazados y con sus lenguas entrelazadas. No se acordaron de los vecinos cotillas porque solo podían pensar el uno en el otro. Lo demás era superfluo. A Luke le costó un mundo abrir la puerta de su apartamento. Su camiseta estaba levantada, la mano de Marcus metida en su bóxer y su boca pegada a su cuello. Cuando por fin lo consiguió, tiró de él para que entraran. Se sonrieron antes de volver a pegar sus labios.

—Adoro esta camiseta —confesó Marcus mientras acariciaba con deseo su suave piel.

—¿En serio? He estado a punto de no ponérmela porque es muy corta.

—Es perfecta, tú eres perfecto, y me vuelves loco, Luke.

Luke le quitó las alas, intentando ser cuidadoso. Marcus le retiró la diadema, le acarició el pelo y los dos acabaron haciendo el amor contra la pared.

—¿Hemos estado a punto de hacerlo en el ascensor? —preguntó Luke, recuperando el aliento.

—Y en el rellano —añadió Marcus, riéndose.

—¿Sigues queriendo salir de fiesta conmigo?

—Claro. Antes me has prometido que sería una noche perfecta. De momento, me encanta como ha empezado —admitió, colocándole la diadema de cuernos y besándole la frente con ternura.

Volvieron a maquillarse y mezclaron el color rojo con el negro. Quedaba mucho mejor que con un tono solo. Los dos salieron a la calle disfrazados y más radiantes que en su primer intento. Ahora les brillaban los ojos, sus mejillas estaban rosadas, y sabían que aguantarían toda la noche sin besarse.

Fueron andando hasta Walkey Road, la recta de los pubs de Westbrown. Tomaron algo en el New 52, el pub en el que sus caminos se cruzaron. Estaba tranquilo y pudieron charlar relajados en una mesa mientras se bebían un par de pintas. Cuando se llenó de gente, cambiaron de bar. Bailaron un poco en un pub sin nombre, con música decente y poca luz. Salieron de allí riéndose y fueron a jugar a los dardos a The Crown. Luke ganó la última partida y se quejó mientras se iban a una de las mesas altas del fondo.

—Has hecho trampas. Puede que esté un poco borracho, pero sé que jamás podría ganarte a los dardos. Eres jodidamente bueno.

—No he hecho trampas. Solo me he distraído mirándote —admitió Marcus en bajo.

—¿Ves? Lo estamos pasando genial. No sé por qué no hacemos esto más veces —comentó Luke, pegando el botellín de cerveza a sus labios.

—Porque solo podemos disfrazarnos de ángel y demonio en Halloween y en carnaval, Lucky Luke.

—No quiero que esta noche acabe nunca—confesó Luke.

—Yo tampoco, pero deberías beber más despacio, capullo.

Luke le sacó la lengua y Marcus se echó a reír. De repente, tres chicos y una chica disfrazados se acercaron. Marcus llevaba sin saber de ellos desde julio, pero no se lo echaron en cara. Mia iba disfrazada de Miércoles; y su hermano Richard, de Pugsley. Los gemelos Cooper llevaban trajes de vampiro y mafioso.

—Yo te conozco. —Mia se dirigió a Luke tras saludar a Marcus—. Nos encontramos una noche en este mismo pub.

—¡Es verdad, fue en verano! —recordó Luke emocionado. Ella le dio dos besos y después le presentó al resto del grupo.

—Por cierto, ¡me encantan vuestros disfraces a juego! —exclamó Mia.

—Ha sido casualidad —aclaró Marcus.

—Y vosotros, ¿sois amigos? —preguntó Jeremy, el gemelo que iba de vampiro.

—Yo creo que son enemigos —bromeó Richard—. Como uno va de ángel y otro de demonio…

—Somos amigos del fútbol —aclaró Marcus, sin ver la cara de decepción de Luke.

—Llevamos mil años sin vernos. ¿Os hacen unas birras y una partida a los dardos? —preguntó Richard sonriendo.

—Eh… No —Marcus intentó poner una excusa, pero Luke no le dejó y tiró de él, llevándole hasta la diana.

Luke estaba enfadado y decepcionado con Marcus. Cuando se imaginó que conocería a sus amigos, desde luego, no pensó que le presentaría como su colega del fútbol. Para Luke aquello solo tenía una explicación: Su novio se avergonzaba de él. Al pensarlo, quiso largarse de allí, pero Richard le dio la cerveza que había pedido. Luke miró el botellín y lo acercó a sus labios, dispuesto a darle un trago largo. Marcus le observó y le hizo un gesto cariñoso para que bebiera más despacio. Él le ignoró y le dio la espalda. Marcus se quedó contrariado y preocupado. Algo iba mal. Para empezar, no entendía por qué Luke estaba empeñado en pasar tiempo con Richard y los demás. Si llevaba varios meses sin verlos, era por algo.

La partida terminó con los gemelos clavando el dardo en la pared y poniendo de mala leche al dueño del pub.

—Portaos bien. Voy a hablar con Rayna —anunció Mia, antes de marcharse a saludar a

su amiga.

—Voy contigo —dijo Richard.

—Nosotros nos largamos —se despidió Marcus, mirando a Luke y señalándole la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Luke sin moverse.

—Porque nos tenemos que ir.

—Pero yo no quiero irme.

—Luke, por favor, vámonos —suplicó Marcus en bajo.

—Paso. Yo me quedo —insistió Luke antes de dar otro trago a su cerveza casi vacía—. Marcus, solo soy tu amigo y tengo derecho a pasármelo bien. Joder, no deberías ser tan controlador.

Marcus le miró boquiabierto. Luke le acababa de decir lo que le soltó Fabio en Escocia cuando creyó que ellos tenían una amistad tóxica. El futbolista se resignó. Luke acababa de ser muy cabrón, pero por nada del mundo le dejaría solo.

—Una pregunta, Luke. ¿Tú siempre vistes así? —le preguntó uno de los gemelos.

—¿Así cómo? —saltó Marcus mosqueado.

—Joder. Está claro. Como si se comprase la ropa en una tienda de chicas —replicó Jeremy, aireando su capa negra de vampiro, para después chocar la mano con su hermano.

—Si fuera así, ¿pasaría algo? —replicó Luke.

—Para nada, nena —se burló Jeremy.

—¡Jeremy, cállate la puta boca! —protestó Marcus.

—Dickinson, admítelo, tu colega del fútbol es demasiado repelente y un marica de manual. Seguro que no sabe ni lo que es un fuera de juego. Joder, cuando miro su tripa al aire, me entran ganas de vomitar —dijo Logan, haciendo que su hermano se desternillara de risa y que Marcus sintiera una rabia inmensa.

—¡Iros a la puta mierda! Vosotros sí que dais ganas de vomitar —replicó Marcus mientras Luke se tapaba la tripa con las manos, sintiéndose totalmente inseguro.

—Marcus, no seas bastardo. Mi hermano tiene razón. Parece que le ha robado la ropa a su hermanita. Encima te ha lavado el cerebro. Joder, te has pintado los ojos y vistes como él. Menos mal que eres futbolista, si no pensaría que eres maricón perdido —opinó Jeremy.

Marcus iba a contestarle, saliendo del armario a gritos y delante de todo el bar, pero Luke se le adelantó. Ya no era ese chico de ocho años que había sufrido *bullying*. Ahora tenía veintidós y creía en sí mismo, aunque los amigos de su novio se empeñaran en hacerle dudar.

—¿Tanto miedo os dan dos tíos maquillados? Pobrecitos.

Marcus sonrió al oírle. Logan y Jeremy se enfurecieron a más no poder.

—¡Eres un puto maricón y un niñato! —le insultó Logan.

—Me parece bien. Al menos no soy un matón inseguro como vosotros —replicó Luke sosteniéndole la mirada.

Nada más oírle, Logan se intentó abalanzar sobre él, pero no pudo hacerlo. Marcus estaba delante de Luke y le empujó antes de que llegara a tocarle. Los gemelos les miraron muertos de rabia.

—¡Estás muerto, Dickinson! —gritó Logan fuera de sí.

—¡Él también! —añadió Jeremy, mirando a Luke.

—Vámonos de aquí, ya —le pidió Marcus a Luke. Él asintió y le siguió fuera del pub. Mia y Richard se quedaron al fondo del local, charlando con su amiga, ajenos a lo que estaba pasando.

Cuando salieron a la calle los dos supieron que eso no había he cho más que empezar. Los gemelos les siguieron y les arrinconaron en un callejón sin salida, vacío y oscuro. Marcus lo conocía bien. Hacía unos años, en ese mismo sitio, un primo de los Cooper le había dado una paliza.

—Luke, cuando te diga, corre —le susurró Marcus al oído.

—¿Qué? No-no. No voy a dejarte solo —protestó Luke, pero al mirar a Marcus, decidió hacerle caso por primera vez desde que llegaron a Walkey Road.

Los Cooper estaban furiosos y emocionados por la pelea que estaba a punto de comenzar. Logan, el gemelo disfrazado de mafioso, le soltó una patada en la espinilla a Luke, con sus botas de punta metálica. Jeremy tenía agarrado a Marcus con fuerza, hasta que el futbolista consiguió soltarse y empujar al otro gemelo. Después miró a Luke.

—¡Ahora! —gritó Marcus. Luke no quería hacerle caso, pero aceptó. Se marchó corriendo, cojeando y llorando de aquel callejón, sin saber cómo sus piernas seguían respondiendo. Tenía la cara llena de lágrimas, le temblaba todo el cuerpo y estaba aterrado. Sin embargo, corrió hacia el pub a toda velocidad.

—¡Dickinson, te va a costar muy caro eso de hacerte amigo de un puto marica! —Al ver cómo Luke se iba, Logan amenazó a Marcus, dándole palmaditas en la cara y riéndose de él.

Si Luke hubiese escuchado a Logan, habría dado la vuelta. Marcus lo sabía y se alegró infinitamente de que no lo oyera.

—Es más caro salir de fiesta con dos bastardos —contestó Marcus, llevándose un puñetazo en la boca por ello. Al instante notó que su saliva sabía a metal. Logan le acababa de partir el labio.

Las enormes y preciosas alas negras enseguida acabaron partidas y olvidadas en el suelo de aquel callejón. Los golpes se sucedieron uno tras otro. Marcus intentó defenderse, pero eran dos contra uno. Sin embargo, deseó con todas sus fuerzas que Luke no volviera a esa calle sin salida. Cada vez estaba más cansado, y conocía a los gemelos. Ellos siempre peleaban hasta que su rival quedaba KO.

Luke llegó corriendo a The Crown. Buscó a Mia y la encontró al fondo de la barra, charlando con su hermano y con Rayna.

—Luke, no te ofendas, pero estás horrible —dijo Richard al verle con el maquillaje corrido y la cara roja y llena de lágrimas

—Luke, ¿qué coño ha pasado? —preguntó Mia, siendo mucho más observadora que su hermano.

—Marcus… Los gemelos… Cuando vosotros os habéis ido, ellos... Marcus… Está... Él... —balbuceó Luke, intentando hablar normal, pero no le salían las palabras. Entonces le dio la mano a Mia y los llevó hasta el callejón.

Cuando llegaron, los gemelos tenían agarrado a Marcus, y él estaba exhausto, con la cara llena de golpes, sangre y a punto de perder el conocimiento. Luke quiso acercarse, pero Richard le agarró.

—Créeme, no es una buena idea —le dijo Richard, al ver cómo se revolvía—. Conozco a los Cooper y solo empeoraría las cosas.

—¡Soltadle de una puta vez! —gritó Mia, acercándose a ellos.

—¿Sabes una cosa, Mia? Nunca vas a conseguir tirarte a este bastardo —respondió Jeremy, estrujando con fuerza las mejillas de Marcus y haciéndole daño.

—¡Me importa una puta mierda! ¡Suéltale! —insistió ella.

Jeremy se encogió de hombros y decidió soltarle, no sin antes golpear su espalda, haciendo que Marcus cayera al suelo. Luke corrió a su lado, ignorando a Richard y sus advertencias sobre lo peligrosos que eran los gemelos en una pelea.

—Vámonos de aquí, Jeremy. ¡Hasta nuestros amigos son escoria! —gritó Logan, antes de escupir al suelo. Su hermano asintió, y los dos se largaron del callejón.

—Voy con ellos para que no la líen —anunció Richard.

—Joder. Marcus, necesitas ir al hospital —dijo Mia al ver lo magullado que estaba.

—No. Estoy bien —replicó hecho una mierda.

Luke le prometió a Mia que cuidaría de él y los tres se largaron de Walkey Road sin mirar atrás. Cuando llegaron a Ground Hill, se despidieron de Mia y fueron directos al apartamento de Marcus. El maquillaje de ambos se había mezclado con las lágrimas y el labio de Marcus continuaba sangrando. Aun así, seguía pareciendo un ángel caído. Incluso más que hacía unas horas. La diadema de Luke estaba partida y solo tenía un cuerno. Era como un diablo al que habían echado del infierno, sin darle tiempo para recoger sus pertenencias.

Nada más entrar en la casa, Luke fue directo al baño, en busca del botiquín para curarle. Marcus se quedó en el pasillo, apoyado contra la pared. El periodista regresó a su lado con el botiquín, pero al ver sus heridas cambió de opinión. Le dio la mano y le llevó al baño. Marcus protestó, pero cedió. Tenía el labio partido y varios golpes en los pómulos.

Luke abrió el grifo y le limpió antes de desinfectarle. Luego sacó una gasa limpia y la apretó con delicadeza contra el labio roto que no dejaba de sangrar.

—¡Joder! —se quejó Marcus dolorido—. ¿Puedes parar? Ya te he dicho que estoy bien.

—¡Me importa una mierda lo que digas! No lo estás y voy a curarte. Así que, estate quieto —respondió Luke. Marcus suspiró y se rindió. Luke terminó de limpiarle y empezó a desinfectarle mientras le miraba con los ojos vidriosos. Le dolía verle así y sentía que era culpa suya—. Siento haberles contestado.

—¿Eso es lo único que sientes de toda la puta noche?

—Eso y haberte convencido de que saliéramos de fiesta.

—Antes has dicho que te lo estabas pasando genial y que no querías que la noche acabara nunca —le recordó Marcus.

—Ya, digo muchas gilipolleces porque soy gilipollas. Tanto que pensaba que me amabas.

—¿Qué coño dices? ¡Pues claro que te amo! —Marcus protestó—. No te entiendo, Luke. Antes, te he pedido que nos largásemos y tú has pasado de mí. Después me has hablado como el imbécil de Fabio, y ahora me dices que no te amo. ¿Qué hostias te pasa?

—¿Qué hostias te pasa a ti, Marcus? ¿Desde cuándo soy tu puto amigo del fútbol?

—¿Qué?

—Que, si tanto te avergüenzas de mí, deberías dejarme.

—Jamás me he avergonzado de ti. Y no quiero dejarte. Joder, ¿por qué coño eres tan difícil? —se defendió Marcus mientras Luke seguía curándole—. ¡Mierda! Para, por favor.

El dolor era insoportable y Luke le dio unos segundos de tregua. Luego le curó hasta que el labio dejó de sangrar. Los dos salieron del baño y Marcus volvió a apoyarse en la pared, dejándose caer hasta acabar sentado. Luke se quedó de pie, caminando nervioso de un lado a otro del pasillo.

—¿Yo soy difícil? ¿Estás de coña? ¡Ni siquiera eres capaz de contarles a tus amigos que salimos juntos! Joder, les has dicho que nos hemos disfrazado por casualidad, y creen que solo quedamos para ver el puto fútbol. —Marcus intentó hablar, pero Luke no le dejó. Estaba enfadado, decepcionado y asustado por la pesadilla que acababan de vivir en ese maldito callejón—. No, Marcus, no quiero que me digas que ellos son distintos a mí. Eso ya lo sé. Y, tranquilo, no volveré a avergonzarte delante suyo.

Luke se cansó de andar de un lado a otro. En lugar de calmarle, solo le ponía más nervioso. Así que, fue la cocina a por hielo azul. Cuando regresó, se lo puso en la boca y se sentó a su lado, con las piernas cruzadas y la cabeza escondida. Marcus le tocó el pelo y le miró más calmado.

—Cuando se han metido contigo, he estado a punto de salir del armario, a gritos y delante de todo el puto pub. —Luke se quedó quieto y mirándole con sus ojos de nebulosa muy abiertos, como si por fin lo entendiera todo.

—¡No me jodas! No puede ser. ¿Tus amigos no saben que eres gay?

—Luke, esos cuatro no son mis putos amigos. Y, es genial que tú no seas como ellos. Pero si crees que yo me parezco en algo a los Cooper o al simple de Richard, eres tú el que debería dejarme.

—¡No creo eso, joder! Y no pienso dejarte —se defendió Luke—. No te pareces en nada a ellos.

—¿Entonces por qué cojones te mueres porque sepan lo que tenemos? —dijo Marcus, quitándose el hielo del labio y colocándolo en la pierna de Luke. Él negó con la cabeza.

—Porque soy idiota y pensaba que eran tus amigos.

—¿Puedes dejar de insultarte? Te has portado como un cabrón y te has montado una película por la que te deberían dar un puto Oscar, pero no eres idiota.

—Siento haberte hablado como Fabio. También tenía que haberte hecho caso cuando me has pedido que nos fuéramos. Joder, no teníamos que haber salido esta noche, pero te prometo que solo quería que lo pasáramos bien —se disculpó Luke.

—Bueno, no ha estado tan mal.

—Marcus, te han dado una paliza y te han roto las alas —le recordó Luke.

—Joder, qué poético —le vaciló.

—¿Sabes? No te lo he dicho nunca, pero cuando nos conocimos, mientras te sacaba del pub, me preguntaste si era un ángel —recordó Luke.

—Me jode mucho no acordarme de cómo nos conocimos, pero supongo que tú te echarías a reír y dirías que no. —Luke asintió.

—Marcus, no quiero cambiarte —confesó Luke, apoyando la cabeza en su hombro. Él le miró extrañado—. Me encanta que pasemos las noches juntos, que nos perdamos en mil sitios y todo lo que hacemos. Pero sé que tú antes salías mucho de fiesta y ya no lo haces. Joder, no quiero que por mi culpa dejes de hacer lo que te gusta.

—Eres un ángel un poco inseguro, Luke. Te prometo que hago lo que me gusta hacer. Odio eso de ir de pub en pub. Sé que lo ha cía todas las putas noches, pero no era feliz. Era una maldita vía de escape. Ahora tengo todo lo que quiero y soy jodidamente feliz. — Luke le abrazó—. Ah, y cuando me has dicho que era Halloween, iba a proponerte que viéramos una peli de miedo. Ya sé que las odias, pero lo habríamos pasado bien.

—Al final, por mi culpa hemos acabado viviendo una. Soy… —Marcus le interrumpió.

—Como vuelvas a insultarte, vamos a ver toda la saga de Saw seguida.

—Ni de coña —replicó Luke—. Por cierto, me ha encantado bailar contigo.

—Y a mí contigo. Todo ha sido genial hasta que han aparecido esos gilipollas. Aunque, si no hubiésemos acabado a hostias, tu borrachera habría sido épica. ¿Por qué cojones bebías tan rápido?

—No sé. Al principio, estaba emocionado y nervioso porque todo saliera bien. Después, me sentía como una mierda y todo me daba igual. Espera… ¿Crees que los gemelos Cooper saben que estamos juntos? —preguntó Luke asustado.

—Eres un capullo. ¿Antes me odiabas por no contárselo y ahora te preocupa que lo sepan?

—Ahora sé que no son tus amigos y sí, me preocupa que se ha yan enterado de que somos más que amigos del fútbol. Marcus, cuando ese imbécil te ha soltado, yo me he echado a tus brazos.

—A ver, a ti se te ha pasado la borrachera. A los Cooper, no. Ahora estarán dando tumbos por todo Westbrown, pegándose con otros. Mañana ni se acordarán de nosotros —le tranquilizó Marcus.

—Hay algo que no entiendo —dijo Luke—. ¿Por qué no le has contado la verdad a Mia? Ella es maja y te quiere.

—Sí, Mia no es como ellos, pero va con Logan y los demás desde el instituto. Tampoco se le da bien guardar secretos, y yo paso de salir del armario en Championship.

—Ya, habría sido mejor que salieras del armario delante de todo Walkey Road —le vaciló Luke más relajado.

—¿Soy muy tóxico y controlador si te pido que te quedes a dormir? —ironizó Marcus.

—Mmm. Puede que un poco. Solo somos amigos.

—Lo retiro. No eres un ángel —bromeó Marcus antes de besarle. Le dolía bastante el labio, pero con todo lo que habían pasado, necesitaba sentir la boca de Luke junto a la suya.

—Tú sí —replicó Luke, acariciándole la cara cuando despegaron sus labios.

El entrenamiento tras la pelea en el vestuario fue raro. Los jugadores no se atrevían a hablar del tema. Miller, sí. El periodista no tenía ni idea de lo que había pasado, pero vio a Héctor tirado en el suelo antes de que los ayudantes de Mario le sacaran de Sandhill. Fue suficiente para que vendiera la exclusiva y el *Sunrise Press* le plantara un súper contrato y la promesa de cubrir las noticias y los partidos del Northwalk. Luke se enteró cuando avisó a la redacción de que volvería la próxima semana. El fichaje de Miller para Luke era un billete de regreso a Greyouth y a sus aburridos partidos.

Esa mañana, el entrenamiento de los *wildcats* consistió en un poco de cardio y un partido entre titulares y suplentes. Marcus y Rizik jugaron en el segundo equipo. Estaban castigados por el incidente del vestuario. Héctor ni siquiera apareció. Cuando acabaron los ejercicios, Rizik, Marcus y Konstantin se quedaron sentados en el césped charlando. Para variar, el sol brillaba en Northwalk, y no se estaba nada mal.

—Va a ser raro eso de ver un partido del equipo en casa —comentó Rizik. Marcus asintió y Konstantin los miró apenado.

—Va a ser raro para todos y os vamos a echar mucho de menos —añadió el alemán.

—Gracias, Míster Sensatez —le vaciló Rizik, llamándole por el apodo que le habían puesto Marcus y él por su carácter tranquilo.

—¿A Héctor también le vas a echar de menos? —bromeó el inglés.

—Sí, idiota. Soy el capitán y, aunque él sea un imbécil, cosa que yo no os he dicho, es mi obligación echaros de menos a todos —replicó Konstantin, haciendo que los dos se rieran.

—Marcus, quiero hablar contigo —les interrumpió Mario. El nueve se levantó y se despidió de sus amigos—. Ayer me pasé. Creo que es una suerte que estés aquí, aunque a veces me saques de quicio, *cativo*.

—Esto no cambia nada, ¿verdad? —preguntó Marcus, deseando equivocarse, pero Mario negó con la cabeza y se echó a reír.

—Bueno, te conozco y sé que ayer te pasarías toda la tarde dándole vueltas a lo que te dije. Y ahora sabes que no lo pienso de verdad. —Marcus sonrió. Le encantaba que Mario le comprendiera tan bien, cuando a veces no se entendía ni él mismo—. Por cierto, Konstantin me ha contado todo lo que pasó con Héctor y el asunto está cerrado. Cumpliréis el castigo y todo volverá a la normalidad.

Cuando Marcus llegó a casa, Luke estaba en la terraza, tomando el sol, vestido con la camiseta del Leeds y unos shorts azules. El futbolista se acercó a él y le besó.

—Siento lo de ayer. No tenía que haberme largado tan lejos. Aunque... ¡Joder! La camiseta te queda tan bien que no me arrepiento mucho.

—Podías haberla comprado por internet —bromeó Luke.

—Fui a la tienda del Leeds con los pantalones del Northwalk solo por ti —replicó Marcus y Luke se echó a sus brazos.

—Gracias, Ricitos de Oro —dijo Luke antes de llenarle la cara de besos—. Eres el mejor.

—No te creas. Estoy castigado.

Marcus se sentó a su lado en el sofá de la terraza y le contó que Mario les había dejado a él y a Rizik sin ir convocados para la eliminatoria de la FA Cup.

—Mmm. Lo del castigo suena más a los presis del Northwalk que a Mario —opinó Luke, recordando la entrevista en la que conoció a los peculiares hermanos Scott—. Pero no tiene por qué ser tan malo.

—Claro, que Riz y yo nos quedemos sin jugar por culpa del descerebrado de Héctor es maravilloso. No te jode.

—Bueno, el descerebrado de Héctor no va a ver el partido con su batido favorito. Tú, sí. Tampoco creo que tenga a alguien con quien comentar todas las jugadas, porque es un cretino y nadie le aguanta.

—Espera... ¿No habías quedado en ir a Serpentown a visitar a tus padres? El lunes vuelves a la redacción, Luke —le recordó Marcus.

—No pasa nada. Ya iré otro día. —Marcus frunció el ceño—. Quiero estar contigo y que veamos el partido juntos. A mis padres no les va a importar.

—Vale, pero solo si te quitas esa camiseta. —Al oírle, Luke se mordió el labio inferior y Marcus se echó a reír—. Lo que estás pensando me gusta, pero el Leeds es nuestro rival en la FA Cup, Lucky Luke.

—Joder, se me había olvidado —confesó Luke, quitándose la prenda y haciendo que fuese Marcus el que se mordiera el labio.

La noche del partido, Luke compró la cena en el restaurante favorito de Marcus. A pesar de la derrota del Northwalk, los dos estuvieron muy a gusto. La eliminación de la FA Cup del líder de la Premier hizo que Mario fuera muy criticado. Nadie entendía la ausencia de Marcus, Rizik y Héctor. Muchos aficionados aseguraban que, con ellos, el Northwalk habría vencido sin problemas a su rival.

—Joder, pobre Mario. Lo están poniendo a caldo —observó Marcus, viendo la tertulia deportiva postpartido en la tele. Luke estaba concentrado en la pantalla de su teléfono, con la cara desencajada—. Luke, ya sé que te has vuelto un *wildcat* y que estás jodido, pero sobreviviremos.

—No es eso, mira esto. —Luke le tendió su móvil y Marcus lo entendió todo. Por su profesión de periodista, acababa de recibir un chivatazo de que Andrew Miller tenía una noticia bomba sobre Marcus. La soltaría esa misma noche en la tertulia del programa que estaban viendo—. ¿Qué habrá descubierto este gilipollas?

—Ni idea, pero eso no va a cambiar nada.

—Marcus, no te dan un espacio en prime time por una noticia que no cambia nada —replicó Luke nervioso cuando Miller apareció en la pantalla del televisor. Iba con un traje azul del color del Northwalk y sonreía con suficiencia—. Dios, nos va a joder vivos.

—¿Sabes que también han caído el Newcastle y el Tottenham? —preguntó Marcus intentando cambiar de tema para tranquilizarle. Él no le escuchó, estaba demasiado nervioso como para pensar en fútbol o en otra cosa que no fuera el apocalipsis que estaba a punto de desatar Miller—. Luke, no me importa lo que ese gilipollas diga de mí.

Marcus pensaba que, si el mundo fuera lógico, la gente solo se interesaría por lo que hacía en el campo. Pero el mundo se rige por las leyes del morbo y la sinrazón. Y eso era lo que despertaba él. Lo único que se sabía de su vida amorosa era su supuesta relación con Diana Maas. Nunca le habían pillado en una discoteca liándose con alguien. Héctor no podía decir lo mismo.

Miller era capaz de todo por llegar a la cima de los tabloides y labrarse un nombre como reportero de exclusivas. Si Osborn le había fichado era por algo más que una noticia incompleta sobre una pelea en el vestuario de los *wildcats*. A Osborn le apasionaba despellejar estrellas de la Premier, y eso a Luke le aterraba porque la estrella volvía a ser Marcus. Y, porque tener miedo a las personas sin escrúpulos como Miller, es algo bastante sensato.

El programa tuvo en vilo a todo el país. Todos se morían por saber cuál era la noticia bomba de Miller. Luke escribió a su compañero por si sabía algo más de la dichosa exclusiva. Nada. El nuevo fichaje del *Sunrise* sabía generar expectación, sin contar apenas nada.

—¿Más anuncios? ¡No me jodas! —protestó Luke, sin dejar de moverse de un lado a otro, hasta que Marcus le paró y le llevó al sofá.

—Me dijiste que esta noche lo pasaríamos bien. Y ahora estamos pendientes de un pirado que seguro que se ha inventado otra gilipollez sobre mí. Luke, me niego a que te dé otro ataque de ansiedad. Ah, y ya te estás bebiendo tu batido de fresa.

«¡Ya estamos de vuelta y tenemos una noticia que no dejará indiferente a nadie!», exclamó el presentador del programa, desde la tele. Luke miró a Marcus, quien estaba sentado a su lado, con la pajita en la boca, sorbiendo con despreocupación su batido de *bacon* y chocolate.

«Buenas noches, queridos telespectadores y curiosos ocasionales. ¿Sabéis quién es Marcus Christopher Dickinson?», preguntó Miller, haciéndose el gracioso.

—¡Joder! Parece Dora la Exploradora cuando acaba un capítulo y hace preguntas —comentó Marcus, intentando hacer reír a Luke sin éxito mientras Miller contaba su vida en la tele.

Miller continuó su discurso: «Después de contaros lo que todo el mundo sabe sobre la estrella de la selección y del Northwalk, os voy a contar lo que nadie sabe».

La sonrisa de Marcus se desvaneció cuando la cámara enfocó al invitado. Era un chico con un outfit despreocupado y sexi. Llevaba el pelo a lo mohicano, unos vaqueros anchos y un *tank top* blanco. Miller le pidió que tomara asiento y Marcus se atragantó con su batido, deseando desaparecer.

—Marcus, ¿qué hostias pasa? —preguntó Luke al verle tan preocupado—. ¿Quién es ese tío? Marcus…

No le respondió. No le salían las palabras, ni sabía cómo explicarlo. Entonces, Miller lo hizo por él.

«¡Os presento a Liam Barnes!» anunció Miller. El público aplaudió expectante, y Marcus gritó y golpeó la pared de su salón con rabia y con un grito desgarrador. Luke se puso detrás suyo y le abrazó, intentando calmarle, sin entender lo que estaba pasando.

El programa se fue a anuncios, pero ni Luke ni Marcus se enteraron. Cuando volvieron, tampoco.

—Marcus, para, por favor —suplicó Luke, agarrándole las manos para que no se hiciera daño.

—Luke, estoy jodido. Muy jodido. Lo saben todo.

—¿Qué saben?

Marcus le respondió señalando la televisión, cabreado, asustado, temblando y consciente de que aquello era el fin.

«Liam, te voy a hacer una pregunta que va a cambiarlo todo. ¿Dickinson es gay?», preguntó Miller sin rodeos desde el plató. Liam sonrió y dijo que sí, admitiendo que se acostó con Marcus hace unos años.

El móvil del futbolista empezó a sonar. Su representante estaba de los nervios, viendo cómo en la televisión se debatía abiertamente sobre su orientación sexual. Él lanzó el móvil contra el suelo. El cristal que protegía la pantalla se rajó, pero el teléfono siguió sonando. Lo ignoró, miró a Luke y decidió ser sincero.

—Me acosté con ese tío cuando jugaba en el Bishop Town de séptima. Nos conocimos en un pub, follamos en el baño y más tarde, en su casa. Joder, no me gusta hablarte de esto. —Marcus estaba asustado y cabreado a partes iguales.

—No pasa nada —Luke le acarició la cara con ternura.

—Lo que dice no es cierto. No me quedé a dormir en su puta casa. Me largué de allí de madrugada. Supongo que no le sentó muy bien. Recuerdo que me olvidé de su nombre y que él se cabreó. Después me dijo que habíamos conectado y que teníamos química. Era un petardo de cojones.

En el plató de televisión Miller continuó entrevistando a Liam. El chico aseguró que Marcus era muy enamoradizo, bastante promiscuo, activo, un poco borde y adicto a la cerveza *stout* y al *whisky*. Los dos escucharon la entrevista algo más calmados. Como cuando llega la tormenta y ya no se puede hacer nada porque todo se ha destruido. Al poco rato, Marcus le devolvió la llamada a su representante, poniendo el móvil en manos libres. El cristal estaba roto y pasaba de cortarse la oreja. Además, Luke tenía derecho a escucharle.

—Marcus, tenemos un puto problema —dijo Ryan—. Están diciendo que eres gay. No sé cómo, pero tenemos que solucionarlo antes de que todo salte por los aires.

—No creo que tenga solución —respondió Marcus.

—Sí la tiene. Déjame pensar. Todavía estamos a tiempo. Hay que mandar un comunicado de prensa negándolo todo.

—Ryan, me tiré a ese bastardo y soy gay. —Luke le miró sorprendido.

—Vale... Me parece bien. En serio, yo no te juzgo. Si lo hiciera, no sería tu representante, pero esto va a acabar con tu carrera. El mundo no está preparado para algo así.

—Ese es el puto problema, Ryan. ¿Por qué coño tienen que prepararse? Estoy harto de esto, de tener que esconderme para que nadie sepa quién soy. ¿Qué más les da que a un futbolista le gusten los tíos? En el mundo hay cosas más importantes que esa, joder.

—Marcus, escúchame. Puedes hacer mil cosas, desde reventar una valla, a pasearte por los entrenamientos con tabaco. Eso a la gente se la pela, pero esto no —dijo Ryan nervioso.

—Ya, es mucho más fácil tomar *snus* y liarla de fiesta que salir del armario —ironizó Marcus.

—Por desgracia, sí. Pero mi consejo es que no lo mandes todo a la mierda por culpa de ese gilipollas de la tele y de un mal polvo.

—Vale. Deja que me piense lo del comunicado, y si eso, te lo mando ahora —razonó Marcus.

—¿Cómo vas a hacer un comunicado?

—Mi novio es periodista.

—¿Cómo que sales con un periodista? ¿Quién es? —Marcus miró a Luke antes de

responderle, pero Ryan continuó hablando—. Mira… Ya lo hablaremos, dile que escriba el comunicado y que me lo mande. Pero a partir de ahora, debéis tener mucho cuidado. Ese tal Miller no me da buena espina.

Mientras Marcus hablaba por teléfono, Liam seguía describiéndole como un romántico y adicto al sexo. Según él tuvo que rechazarle porque no buscaba nada serio. Pero en realidad, fue Marcus el que se largó, cargándose toda esa química inexistente entre ambos. Liam contó cómo después de ese mal trago encontró al amor de su vida, con el que se iba a casar. Eso explicaba por qué había hablado con Miller varios años más tarde. Las bodas suelen ser muy caras, pero se pueden pagar sin problema con una exclusiva en horario de máxima audiencia. Miller y Liam no tardaron en despedirse de los telespectadores, animándolos a que compraran el *Sunrise Press* del día siguiente.

—Siento lo que ha pasado —se disculpó Marcus.

—No has hecho nada malo, y me alegro un montón de que no tuvieras química con él. Además, se nota que solo te lo tiraste dos veces. —Marcus le miró intrigado—. Eres versátil, no activo.

—Y tú eres un capullo —replicó Marcus, sonriendo por primera vez desde que Miller había soltado la bomba sobre él. Luke le despeinó el pelo y se marchó a la habitación a por el portátil. Cuando regresó, Marcus le miró pensativo—. ¿No te gustaría que dijéramos la verdad?

—Marcus, sé que estás enfadado por lo que ha pasado. Yo también. Hasta hoy pensaba que Miller no me podía caer peor. Y, me parece increíble que quieras hacerlo, pero ahora solo nos traería más problemas.

—Ya, los paparazis conquistarían nuestra casa y Osborn te mataría.

—Bueno, por fin se daría cuenta de que no te odio. Pero sí, él y Miller nos harían la vida imposible —admitió Luke.

—Es una mierda. ¡Joder! Decir la verdad solo nos haría menos libres de lo que ya somos —añadió Marcus con tristeza, apoyando la cabeza en el hombro de Luke—. ¿Y si dejo el fútbol? Seríamos una pareja normal.

—Marcus, te apasiona el fútbol y odias esa palabra.

—Lo sé y también sé que puedo vivir sin fútbol, pero no sin ti. Luke, te mereces salir con alguien mejor, con quien puedas besarte en la calle. —Luke frunció el ceño—. No me mires así. Sé que muchas veces me porto como un capullo. El otro día me largué hasta Leeds. Pensaba que Miller tendría las fotos de cuando entré a comprar tu camiseta vestido del Northwalk.

—Yo también creía que era eso —confesó Luke—. Marcus, no hay nadie mejor que tú. Eres el único capaz de jugártela así, recordando nuestra primera noche juntos. Puede que no podamos besarnos en la calle, pero me encanta que siempre busquemos la forma de darnos la mano y de estar más cerca de lo que deberíamos. Y ahora, con tu permiso, voy a escribir un comunicado, dejando claro que eres tan hetero como Héctor —bromeó Luke, haciéndole reír.

—Vale, pero eso es demasiado.

—Tú eres demasiado —dijo Luke, atrayéndole hacia él para besarle.

Le llevó media hora redactar el comunicado. Quería hacerlo bien y que nadie tuviera dudas de que Miller había mentido. Marcus se quedó en el sofá esperándole, intentando relajarse jugando a la Play. Barb y Seb llamaron por teléfono para ver cómo estaban. La

noticia había corrido como la pólvora y Marcus ya era tendencia a nivel mundial en todas las redes sociales. Mucha gente no se lo creía, otros en cambio, divagaban sobre si su amistad con Rizik era algo más, compartiendo vídeos de los dos celebrando un gol abrazados. Lo mismo pasó con Harris y con el resto de sus compañeros del Northwalk y de la selección. El mundo se había vuelto loco.

El teléfono de Marcus volvió a sonar mientras Luke terminaba el comunicado. Brendan le acusaba en un mensaje de que Megan y él estaban avergonzados y de los nervios por la dichosa entrevista. Él se contuvo para no cargarse la pantalla del todo. Le mostró el mensaje a Luke, quien sintió ganas de hablar con los malditos Dickinson. Porque ese era el origen de la personalidad autodestructiva de Marcus, unos padres que durante dieciséis años le habían acusado de ser una decepción. Luke activó el modo avión en los dos móviles. Como si no hubiese pasado nada, y como si Miller no fuera a publicar más gilipolleces sobre Marcus en el *Sunrise Press* del día siguiente. Deseó con todas sus fuerzas que su texto callara al nuevo fichaje de Osborn. La amenaza de una demanda por difundir información falsa debía funcionar. Eso no le hacía gracia a ningún periodista. Ni siquiera al ególatra de Miller.

Esa noche los dos tuvieron pesadillas. Sabían que aquello era un punto de inflexión. Tras la revelación de Miller, ocultar su secreto sería mucho más difícil. Ryan lo sabía, y el jefe de Luke estaba muy orgulloso por haber contratado a un reportero sin principios ni ética.

♡♥♡

Marcus se despertó una hora antes del entrenamiento y vio a Luke con la mirada perdida en el techo.

—Buenos días, ¿estás bien? —preguntó Marcus. Luke sonrió al oír su dulce voz—. Joder. Lo de ayer... Fue un asco.

—Sí. Y todavía no ha acabado. —Luke quiso desbloquear el móvil para mirar la edición digital del periódico, pero Marcus le abrazó.

—Luke, no lo hagas. No te tortures más. —Luke asintió y Marcus apoyó la cabeza sobre su pecho—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —dijo Luke mientras acariciaba sus rizos dorados.

—Creo que tengo miedo. No por lo que digan de mí, sino por cómo va a afectarnos a nosotros.

—Estamos juntos y ya hemos sobrevivido a una exclusiva del cretino de Miller —le recordó Luke.

—Hay otra cosa... Ayer cuando Miller presentó a su puto invitado, vi tu cara, Lucky Luke. ¿En serio pensaste que te estaba poniendo los cuernos con ese bastardo?

—No —respondió, muy rápido—. Yo… ¡Qué va!

—No sabes mentir, Luke. —Marcus se echó a reír.

—¡No pensé eso, tonto!

—Vale, vale… Pero igual te alegra saber que tú eres el primero al que no eché de mi cama después de hacerlo.

—Y el único —sonrió Luke.

—Para no haber pensado que te puse los cuernos estás un poco posesivo, ¿no crees? —bromeó Marcus.

—¿Vas a echarme de la cama? —le vaciló Luke. Marcus se desternilló de risa, y en cuestión de segundos, los dos se olvidaron de la noticia de Miller, del *Sunrise Press*, y de lo injusto que era el mundo.

Después de comerse a besos y de parar el despertador unas cinco veces, Marcus se fue a entrenar. Esa mañana, Mario puso en marcha su nuevo plan para que se comportaran como un equipo de verdad. Les convocó a todos en el comedor de las instalaciones deportivas y les anunció que, a partir de ese día, desayunarían todos juntos, como una pequeña gran familia.

A Marcus no le hizo mucha gracia la idea de Mario. Todos sus compañeros se habían enterado de la noticia de Miller. Todo el país y todo el mundo lo sabía. El *Sunrise Press* estaba en la mesa, justo al lado de las tazas de café. Marcus lo miró de reojo y vio su cara en la portada. La cosa era más grave de lo que pensaba. Dudó sobre si debía leerlo o no, pero Rizik se le adelantó, arrugándolo y lanzándolo a la papelera.

—Marcus, no les hagas ni puto caso. —Rizik le abrazó.

—¡El periodista ese es un idiota! Y te tiene una manía de la hostia —bramó Konstantin.

—Sí, tío, no sabe más que inventar —añadió Buckley.

El buen ambiente del comedor se disipó cuando Héctor entró por la puerta, con una máscara protectora pegada a su nariz. Todos le miraron y algunos fueron a preguntarle cómo estaba. Rizik no se movió y Marcus, tampoco. Se dio cuenta de que necesitaba otro café, el segundo del día en menos de una hora. Si la cafeína ni Luke podían salvar ese día de

mierda, nadie podría.

Mario sonreía con una taza en la mano mientras veía a sus jugadores charlar entre ellos. La eliminación de la FA Cup no era un fracaso. Todavía estaban vivos en la Carabao Cup y en la Premier League, donde para sorpresa de todos eran líderes.

A Marcus, el entrenamiento se le hizo eterno, aunque realmente, duró incluso menos que otros días. Solo quería largarse a casa y que nadie más le compadeciera por la exclusiva. Caminó hacia el parking por la parte trasera de Sandhill, lejos de los focos que le estaban buscando. Antes que llegara a su Bentley, una chica joven se acercó a él para pedirle un autógrafo. Le mostró una bandera arcoíris y Marcus se asustó. Enseguida se sintió un poco gilipollas. Aquella adolescente no era una espía de Miller ni nada parecido. Solo era Kristen, una fan emocionada por conocer a su ídolo.

—No hagas caso a ese periodista. Si eso es verdad, me alegro, y si no, también. ¡Llevo dos meses insistiendo a mis padres para que me traigan a Sandhill a verte entrenar! Y hoy por fin lo he conseguido. Gracias. ¡Eres el mejor! ¡No cambies nunca! —Kristen hablaba muy rápido y era un mar de lágrimas. Marcus intentó calmarla, pero cada vez que decía algo, ella lloraba más.

—Muchas gracias por seguirme, de verdad. Dales las gracias también a tus padres por traerte a Sandhill —dijo Marcus sonriendo mientras abría su mochila. Cuando encontró su camiseta del Northwalk, se la tendió a Kristen, y ella volvió a abrazarle y a llorar de emoción.

La conversación con aquella fan hizo que Marcus se fuera a casa con una sonrisa, deseando contárselo a Luke. Durante el trayecto se olvidó de Miller, de su exclusiva y de que el mundo seguía siendo una mierda.

—¡Ya estoy aquí, Lucky Luke! No te vas a creer lo que me ha pasado a la salida de Sandhill... —dijo Marcus al entrar feliz en casa. Tardó solo unos segundos en quedarse paralizado—. Pero… ¿Qué cojones?

Sus padres estaban allí, sentados en su sofá junto a Luke, quien estaba pasando uno de los peores momentos de su vida. Brendan tenía una mano apoyada sobre su hombro y sonreía con superioridad. Marcus sintió rabia y unas ganas infinitas de largarse de allí con Luke para no volver jamás. Les habían encontrado. Durante esos segundos en los que nadie hablaba, recordó cómo hace unos meses, los dos buscaron hasta encontrar la casa perfecta. Su casa perfecta, acogedora y alejada de la ciudad. Y los Dickinson estaban ahora en ella.

—Marcus —dijo Megan, bastante seria—. Hemos venido a hablar contigo, y con el… chico del hospital.

—Luke no es el chico del hospital ni un ligue. Es mi novio, y no tenemos nada que hablar con vosotros.

—Te equivocas. Nos ha llamado él, tu maravilloso novio —le corrigió Brendan, riéndose. Marcus miró a Luke sin entender nada. Y él agachó la cabeza.

—El chico quería venir a hablar a Stanleyfield, pero entonces nos hemos dado cuenta de que no sabíamos tu dirección. Marcus, te voy a decir una cosa. Aunque viváis juntos y os beséis mil veces, como en esas fotos de ahí. —Megan señaló una instantánea enmarcada en la que los dos salían con los ojos cerrados—. Lo vuestro no es amor. Nunca seréis una pareja normal. En el fondo, hasta vosotros lo sabéis. ¿Si no por qué ibais a compraros una casa en mitad del bosque y lejos de todo?

—Luke, ¿puedes venir un momento? —dijo Marcus, tendiéndole la mano, ignorando los

comentarios dañinos de su madre.

Los dos subieron las escaleras hasta su habitación. Cuando llegaron, cerraron la puerta y Marcus le miró confundido.

—Ellos… Querían ir de una cadena de televisión a otra para contar barbaridades sobre ti. Me lo ha chivado una del *Mail* y les he llamado —explicó Luke nervioso.

—No me sorprende que me vendan —dijo Marcus agachando la cabeza, pero Luke la sujetó con sus manos, hasta que sus ojos estuvieron frente a frente.

—No van a hacerlo. Por eso están aquí.

—No seas ingenuo, Luke. Están exactamente donde querían estar desde hace mucho, y van a jodernos vivos.

Los dos salieron de la habitación. Marcus no estaba dispuesto a que sus padres cotillearan sus cosas. Eso era justo lo que estaban haciendo. Megan y Brendan miraron todos los marcos de fotos que adornaban las paredes y las estanterías de libros. Su madre estaba con el móvil en la mano, intentando sacar una foto decente de una de las muchas instantáneas que adornaban la vitrina. En ella Luke y Marcus se sonreían enamorados en una piscina. Ese selfi fue idea de Luke cuando los dos salieron del agua, preguntándose cuál sería su coartada, si alguien les veía juntos y calados, volviendo a aquel hotel de Irlanda. Marcus se acercó a ella, le quitó el móvil y lo dejó en la mesa. Después miró a su padre y le pidió con desgana que colocara en su sitio el libro que estaba hojeando. Casualmente era el favorito de Luke y eso solo hizo que a Marcus le fastidiara el doble.

Los cuatro se sentaron a charlar en los sofás. Luke tardó muy poco en comprender por qué Marcus le había llamado ingenuo. Brendan explicó que las televisiones y la prensa del corazón les habían ofrecido un pastizal por contar la verdad. Y claro, ellos querían que su hijo igualara la oferta.

Mientras escuchaba a los Dickinson hablar de Marcus como si fuese un objeto, a Luke le temblaban las manos y el labio. Sentía unas ganas irrefrenables de llorar. Sabía que la había cagado. Quería arreglar el problema y lo había roto todo en mil pedazos.

La conversación se terminó cuando Marcus sacó un talonario de cheques. Medio millón de libras fue suficiente para que los señores Dickinson se comprometieran a no revelar el secreto de su hijo.

Luke vio desde la ventana de la sala cómo esos dos desconocidos se largaban de su casa. Marcus le miró sin saber qué decir. Nunca había sido muy bueno descifrando ni escuchando sus propias emociones. Y en ese momento, sentía que se estaba volviendo loco.

—Yo... Lo siento. —dijo Luke acercándose a él. Los dos estaban al pie de las escaleras, que Marcus solía subir con él en sus brazos—. Sé que he sido un estúpido y que la he cagado. No tenía que haberles llamado, pero no soportaba que te hicieran daño…

—Luke, esto es una puta pesadilla. —Marcus suspiró—. No puedo más.

Estuvieron unos minutos callados. Hasta que Luke se disculpó de nuevo.

—Perdóname, por favor. No soporto verte así.

—No estoy enfadado contigo —explicó Marcus con un hilo de voz—. Pero, yo-yo-yo no puedo seguir aquí.

—¿Aquí? ¿A qué te refieres?

—En esta casa.

—Es nuestra casa, Marcus. Nuestro puto hogar. Lo creamos juntos, joder. ¿Cómo puedes querer largarte? Tus padres no tienen razón.

—Luke, ni siquiera he escuchado la basura que ha dicho mi madre sobre lo mal que está que vivamos en mitad del bosque. —Luke frunció el ceño. Sabía que, aunque Marcus se hiciera el duro, el tema de sus padres le afectaba demasiado. No le culpaba, Megan y Brendan eran lo peor—. Desde esta tarde… Ya no es mi casa. Un hogar es… Un sitio en el que te sientes seguro. Y yo… No me siento así.

—¡Sigue siendo el mismo sitio, joder! Y te recuerdo que también lo era cuando el otro día te largaste a Leeds —le reprochó Luke con la voz temblorosa.

—Creía que eso... Te pedí perdón, te escribí una puta carta y lo hablamos.

—Lo sé. Lo siento, perdón. Pero es que, ¡joder! Esta mañana nos hemos prometido que lo superaríamos todo juntos. Les acabas de decir a tus padres que soy tu novio y ahora te quieres largar de casa.

—¡Ahora ellos saben dónde vivimos! Luke, despierta, tienen nuestra puta dirección —dijo Marcus desesperado.

—¡Lo sé, Marcus! Soy tan estúpido que se la he dado yo, pero eso no cambia nada.

—Oh, sí. ¡Sí que lo hace! Joder, mis padres son escoria. No puedes ser tan inocente y creer que van a conformarse con medio millón de libras, Luke. Cuando se lo gasten, volverán a por más. Nunca tendrán suficiente. Sabes que me importa una mierda el dinero, pero cuando he visto cómo te miraban, me he querido morir —dijo entre lágrimas—. Les daría todo el oro del mundo para que no volvieran a llamarte el chico del hospital ni a mirarte así, como si fueras un monstruo. Joder, les odio más que nunca porque esta vez te han hecho daño a ti.

—Si tanto te importo, ¿por qué no te quedas conmigo? —La pregunta era simple, pero a Luke le costó un mundo formularla.

—Sabes que eres lo más importante para mí, pero no tengo fuerzas para seguir aquí. No sería justo para ninguno de los dos. Yo… Necesito… Necesito entenderme y dejar de ser un cobarde.

Se quedaron en silencio. Marcus sentía una urgente necesidad de huir. Otra vez. Esa maldita sensación le acompañaba cada vez que las cosas se desmoronaban, y últimamente eso sucedía demasiado a menudo. No podía quedarse allí, en esa casa. En su casa. No podía soportar la idea de que hubiese dejado de ser un lugar seguro. Miró a Luke. Sus ojos oscuros de nebulosa estaban rojos de tanto llorar, igual que los suyos. Marcus le observó como lo hizo la primera vez, cuando despertó en su piso después de la pelea en aquel pub. Intentó guardar la imagen en su retina. Recordó la camiseta del Leeds que le había regalado y cómo se ceñía a la perfección a su cuerpo. Pensó en su pelo color café y en lo mucho que le gustaba despeinarlo, hundiendo sus dedos en él. Admiró su suave piel, algo dorada por el sol que había hecho esa semana. Se perdió en sus labios rosados y en su modo de mirarle, tan enamorado, adorable y natural. Estaba seguro de que no sobreviviría mucho tiempo sin todo eso.

Los dos se miraron y se abrazaron, como si nada hubiera pasado. Como si Marcus no hubiera asegurado que esa ya no era su casa. Porque realmente sí lo era. Su casa, su hogar era cualquier lugar en el que estuviese Luke. Y él lo sabía, no podía negarlo.

Luke se envolvió en su abrazo. Algo le decía que no era un abrazo normal, sino el anticipo de un infierno. El infierno en el que se sumiría cuando Marcus se largara. Quiso creer que lo superarían juntos y que quizás, podrían mudarse a otra casa lejos de todo. Pero ni siquiera se atrevió a sugerirlo. Cuando se soltaron, Marcus le acarició la cara y le miró con una tristeza infinita.

—Te amo, pero necesito tiempo.
—Te amo.

Luke se pellizcó las mejillas para no llorar de nuevo, pero el dolor era tan fuerte que no podía controlarse. Marcus le secó las lágrimas, sintiéndose débil y cobarde por lo que estaba a punto de hacer. Luke no se merecía eso. Él le amaba sin peros ni condiciones, pero Marcus tenía miedo. Por eso miró a su alrededor, sintiendo que todo se había desmoronado demasiado rápido y que no sabía cómo recomponerlo. No podía vivir sin Luke, pero sería poco tiempo. El necesario para entenderse y comprender que esa huida sin dirección sería la última.

Marcus no supo cómo había llegado al garaje, pero ahí estaba. Sin embargo, se moría por volver a los brazos de Luke, y creerle cuando le decía que nada había cambiado. Él sabía que no era cierto. Observó los tres coches. Si se llevaba el Bentley, le reconocerían fácil. Acarició la carrocería y se acordó de cómo él eligió el coche y Luke el color. «Azul, como tus ojos» le susurró al oído para que el vendedor no lo oyera. Así escogieron también el Volvo. Recordó la cara de póker que puso el del concesionario cuando le pidió que la carrocería fuese del color de una nebulosa oscura y brillante. O si no, como una tableta de chocolate, de las que tienen mucho cacao. En tonces Luke se echó a reír y le dijo al oído que estaba loco. Marcus le contestó que estaba loco por él. Seguía estándolo. Siempre lo estaría, pero todo era demasiado difícil. Daría lo que fuera por volver a aquella tarde, después de reventar la valla del Stanleyfield United y de comerse a besos en el bosque.

Volvió a mirar los coches y decidió usar el BMW plateado con el que Luke le llevó a Sandhill la primera vez. Tenía muchos años y muchas averías, pero Luke todavía no lo había dado de baja por ser demasiado sentimental. Las llaves estaban justo al lado, colgadas en la pared, en uno de esos cuadros con ganchos y una foto de los dos en el North Power. Las agarró sin mirar la foto. Si lo hacía, volvería a casa y se sentiría en caída libre hacia un pozo sin fondo. El coche se negó a arrancar a la primera, a la segunda, a la tercera… Ni siquiera hizo el amago. Marcus se desesperó cuando se iluminaron todos los pilotos del salpicadero en modo discoteca. Le dio un golpe, porque es lo que se hace cuando no se tienen conocimientos de mecánica. No tardó mucho en escuchar el ronroneo inconfundible del motor. Entonces quitó el freno de mano y arrancó sin pensar. Sabía que era una locura, que podía quedarse tirado en cualquier momento, pero no dio marcha atrás.

Media hora más tarde los carteles de la carretera le dieron la bienvenida a Westbrown. La casa de su abuela llevaba varios meses vacía, desde que Luke y él se mudaron a Northwalk. Marcus no quiso venderla. Aunque no lo reconociera, él también era demasiado sentimental.

Cuando llegó, metió el BMW en el pequeño garaje de su apartamento, ese que hace muchos años estaba lleno de flores de colores. Se bajó del coche y miró su furgoneta. Los recuerdos se agolparon uno tras otro en su mente. Luke conduciéndola hasta el bosque Kirklane, él esperándole al salir de los entrenamientos del Redfox… Daría todo lo que tenía por volver a cualquiera de esos recuerdos felices, en los que sus padres no sabían quién era Luke, ni dónde vivían.

Arrancó la furgoneta y se alegró de que funcionara. Sabía que el coche de Luke no sería capaz de llevarle y traerle de Sandhill todos los días. Era un jugador de Premier League y no podía recluirse en Westbrown. Aunque en ese momento, habría preferido no serlo. Se resignó y condujo hasta la gasolinera más cercana para hacer la compra. No le apetecía

meterse en un supermercado lleno de gente. Además, era tarde. Compró *bacon*, patatas congeladas y mucho, mucho whisky. Sabía que lo iba a necesitar.

A media noche, Luke se hartó de dar vueltas en la cama. La ausencia de Marcus le dolía demasiado. Le entendía y sabía que necesitaba tiempo, pero en el fondo, pensaba que su amor por él sería capaz de vencer a sus ganas de huir. Sin embargo, allí estaba, solo y sin conseguir pegar ojo. Se había acostumbrado a dormir todas las noches envuelto en su abrazo y lo necesitaba como el respirar. Luke pensó que se había olvidado de cómo dormir. Se sintió gilipollas por haber llevado a los malditos Dickinson a casa. A esa casa que estaba tan vacía y que, según Marcus, ya no era su hogar ni un lugar seguro. Sintió una punzada de dolor horrible en el pecho y volvió a llorar durante varias horas, hasta que le escocieron los ojos. Se miró al espejo, parecía uno de esos zombis que salen en *The Walking dead*.

Cuando ya no le quedaban más lágrimas que derramar, se fue al garaje. Al ver el Bentley azul ahí aparcado al lado del Volvo, se imaginó a Marcus tirado en mitad de la autopista, por culpa de su coche plateado. Se maldijo a sí mismo por no haberlo dado de baja. Le escribió para preguntarle si estaba bien. Enseguida le respondió que sí, junto a un emoticono de un corazón. Que contestara tan rápido a las tres de la mañana, solo podía significar una cosa: Él también era incapaz de dormir solo. Sin embargo, suspiró, aliviado al saber que había llegado sano y salvo donde quiera que estuviese. Pensar que ni siquiera sabía dónde estaba, hizo que un nuevo torrente de lágrimas inundara sus ojos oscuros. Abrió el Bentley. Necesitaba dormir. La noche anterior no había podido hacerlo en condiciones por culpa de la exclusiva de Miller. Así que, atendiendo a sus instintos, Luke se dejó caer en el asiento del conductor, sintiéndose inmensamente patético. Debía sobrevivir un tiempo sin Marcus, y la primera noche ya estaba metido en su coche porque olía a él y a su desodorante de menta. Echó el asiento hacia atrás y se quedó dormido, envuelto con su olor y su ausencia.

# 26 TODOS LOS DÍAS antes

Era una suerte que no hubiera partido ese fin de semana. El labio partido de Marcus y sus moratones se notaban demasiado. Luke se despertó temprano y se quedó mirándole. Acarició sus rizos dorados, con cuidado de no despertarle. Admiró sus pómulos rosados, que se llenaban de pecas cuando le daba el sol, y se perdió en su cara de niño. A pesar de estar todavía magullado, Marcus seguía siendo un ángel.

—Luke, ¿me estás mirando mientras duermo? —preguntó Marcus sonriendo cuando se despertó.

—Técnicamente no. Ahora estás despierto.

—Técnicamente eres tonto —replicó riéndose.

—Me duele la cabeza, así que no te puedes meter conmigo.

—Oh, sí que puedo. Y todo el día, además. —Marcus recordó que ninguno de los dos tenía que trabajar. Lo único que debían hacer era ver el partido de Inglaterra a las ocho de la tarde. Para eso quedaban exactamente once horas, y más que una obligación, era un placer para ambos.

—¿Tienes Ibuprofeno? —Marcus negó divertido—. ¿Aspirina? —Volvió a negar—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, en serio no tengo analgésicos. Nunca tomo.

—Tranquilo, sobreviviré. Joder, anoche me porté como un idiota y hoy tengo mi merecido en forma de resaca —dijo Luke.

—No estuvo tan mal.

—Marcus, tienes el labio partido y estás hecho mierda.

—Para estar tan horrible, has estado demasiado rato mirándome mientras dormía, Lucky Luke.

—Es que sigues siendo perfecto —se corrigió Luke—. Aunque seas un oso panda porque no has dormido, y tengas la cara magullada por mi culpa.

—No es verdad. Fuiste muy valiente y el chico más guapo de todo Walkey Road.

Cuando llegó la hora de comer, Luke sugirió que fueran a hacer la compra, tras ver que en la nevera del apartamento de Marcus solo había queso *cheddar* y *bacon*.

—Puedo ir yo —se ofreció Luke—. ¿Sabes que se pueden comer más cosas aparte de *bacon*?

Marcus le revolvió el pelo.

—¿Sabes que no vas a ir a hacer la compra?

—Tengo hambre. —Luke se encogió de hombros y fue a vestirse. Todavía llevaba puesto el pijama que Marcus sugirió que dejara allí para cuando se quedara a dormir.

—¿Quieres un kebab? —preguntó Marcus.

—¿Esto lo haces para que no vaya a hacer la compra?

—Para que no te vayas. ¿Quieres?

—Claro —se rio Luke, abrazándole.

Mientras comían, a Luke le llamaron sus padres por teléfono para recordarle que en unos

días tenían la boda de su prima Kate. Lo había olvidado por completo, pero prometió que iría. Barb le preguntó si quería llevar a Marcus. Le encantaría hacerlo, sabía que sería perfecto, pero no podían obligar a los 50 invitados a que no contaran su secreto. Así que, suspiró y le dijo que no. Le encantaba ver cómo sus padres se preocupaban por mantener la privacidad de Marcus. Y él debía hacer lo mismo. Era un jugador de Championship, algo muy distinto de cuando se conocieron.

—Luke, estás muy callado. ¿Va todo bien? —preguntó Marcus preocupado cuando Luke terminó de hablar por teléfono.

—El viernes que viene es la boda de mi prima. Mis padres han preguntado si sería buena idea que vinieras, pero les he dicho que no.

—Entiendo…

—Espera, cuando dices que lo entiendes sabes que es porque eres futbolista, ¿no?

—¿Solo por eso?

—Marcus, ¿en serio crees que me avergüenzo de ti? —El futuro delantero de la selección puso los ojos en blanco—. Vaale, yo pensé lo mismo anoche, y jamás me avergonzaría de ti, bobo. En serio, me encantaría que conocieras a toda mi familia, incluso al insufrible de mi primo Fred. Pero no podemos amenazarles para que no hablen de lo nuestro.

—Yo creo que sí podemos —bromeó Marcus.

—Pero no debemos —le contestó Luke mientras hacía una bola con el papel de aluminio del kebab y la lanzaba a la papelera.

—Vaaale. No amenazaremos a nadie, pero prométeme una cosa.

—Luke le miró expectante—. Cuando acabe la boda y la fiesta, ¿puedes venir a verme?

—Claro. Te lo prometo, Ricitos de Oro.

Los jugadores que habían ido convocados con su selección todavía debían jugar un partido esa semana. El Redfox, como muchos equipos, estaba bajo mínimos, y McCoy les mandó a casa hasta que estuvieran todos. Marcus pasó sus días libres junto a Luke y fueron perfectos.

Cuando llegó el viernes los dos se despidieron por la mañana, con la promesa de verse después de la boda. Marcus jugó a las doce del mediodía ante los quince mil aficionados que llenaron Fox Park. El equipo rival era tan duro, que McCoy tuvo que cambiar a Marcus para evitar su lesión. El partido terminó con un soso empate a cero y con dos jugadores en la enfermería.

La boda de la prima de Luke se celebró en Alnwick, una ciudad situada a casi media hora en coche de Westbrown. Muchos Doyle vivían fuera y no pudieron ir al enlace.

—Cuando acabe la fiesta te llevamos a Westbrown —le prometió Barb a su hijo.

—Gracias, mamá —sonrió Luke, antes de que la tía Margaret se acercara a él para pellizcarle las mejillas, como si tuviera cinco años.

—Estás muy guapo —dijo Margaret mientras su marido, el tío Bert le ataba a Luke hasta el último botón de la camisa blanca.

—¿Sigues siendo hincha del Stanleyfield United? —le preguntó Bert a Luke dispuesto a vacilarle. Él asintió.

—Sigue tan *redwhite* como siempre, pero ahora también es un zorro rojo —replicó Seb, haciendo que su hijo negara con la cabeza.

—Luke cubre los partidos del Redfox —aclaró Barb.

—¿Conoces al chico nuevo? —preguntó Bert—. Ya sabes, el rubito que juega de

delantero. Es muy bueno.

—Sí, le conozco —admitió Luke, sonrojándose.

La ceremonia se celebró en el jardín de la casa de los novios. A pesar del frío, todos sucumbieron a esa manía de no llevar abrigo para lucir su atuendo. Luke deseó que la boda acabase pronto. No le apetecía congelarse en el jardín de su prima con un blazer y unos pantalones negros, una camisa blanca y unos zapatos incomodísimos.

Frank Rice era el chico que había escogido Kate para pasar por el altar. Era atractivo y según Bert, vestía bien, con la camisa bien abotonada. Estaba a punto de casarse con su futura mujer, pero Frank no dejaba de hacer bromas con sus amigos. El novio y su cuadrilla sacaron de quicio al cura y a todos los invitados, interrumpiendo una y otra vez la boda, gritando tonterías.

Cuando por fin llegó el esperado momento del sí quiero, Frank y Kate juntaron sus labios, morreándose sin descanso. Sus besos escandalizaron al tío Bert. No era de extrañar, viendo su anterior cruzada contra las camisas medio desabrochadas. Su cara fue un poema cuando Frank metió la mano bajo el vestido de Kate para tocarle el culo con descaro. Ella, lejos de sorprenderse, sonrió y le besó con más fuerza. Se notaba que estaba acostumbrada a que fuera tan intenso. Quizás era eso lo que le gustaba de él. Solo frenaron cuando el sacerdote carraspeó desesperado para llamarles la atención.

—Adoro a Marcus —le susurró Seb a Luke, riéndose.

—¡Papá! —le riñó Luke mientras Barb soltaba una carcajada.

—¿Qué? Lo digo en serio. ¿Tú has visto a este tío? Marcus te respeta, es educado, agradable, tiene sentido del humor…

—Ya, me suena. Creo que salgo con él —bromeó Luke.

—Sí, de hecho, le he prometido que luego le acercaremos a su casa —recordó Barb sonriendo.

—Lo haremos si nos aseguras que vosotros no escandalizaréis al tío Bert en vuestra boda —le pidió Seb.

—Tranquilo, papá. Nunca nos casaremos. Y a ti, ni se te ocurra volver a hablarle del Redfox al tío Bert.

El banquete fue dentro de la casa. Algo que todos los invitados agradecieron infinitamente por el frío que hacía. El interior estaba decorado con un montón de globos y flores blancas. Luke se sentó junto a sus padres en la mesa destinada a los familiares de la novia. Era el único que iba sin pareja. El cretino de su primo Fred se dio cuenta y le miró dispuesto a vacilarle, como cuando tenía nueve años. Fred había venido desde Norwich junto a su nueva novia para el enlace. La pobre no sabía dónde se estaba metiendo.

—¿Tu chica no ha querido acompañarte, Luke? —preguntó Fred con sorna.

—¿Tú no eres ya mayorcito para pedir que te acompañen a to dos lados? —La pregunta de Luke provocó una carcajada general en toda la mesa. Fred no supo contestarle, hizo una mueca de rabia y le dio la espalda.

Tras el banquete, los padrinos y los novios hicieron unos emotivos discursos. Kate terminó el suyo, anunciando que habían reservado una discoteca con barra libre para continuar la fiesta. Los invitados del novio gritaron eufóricos mientras por sus venas corrían el vino de Oporto y otras cosas que se habían tomado en la intimidad del baño. A Luke, la actitud de Frank y su cuadrilla le recordó a la de Logan y Jeremy. Para Kate, sin embargo,

los amigos de su chico eran un amor.

La discoteca era enorme. En la planta baja estaba la pista de baile. Un piso más arriba había una cabina acristalada con una DJ, a la que todos empezaron a pedir sus canciones favoritas. Kate estaba feliz bailando con su familia y con sus mejores amigas. Su marido seguía en la barra, echando unas risas con su cuadrilla. Luke se acercó para tomar algo y allí coincidió con Frank. Sabía que nunca se casaría con Marcus para no poner en peligro su secreto, pero si llegara a pasar, estaba seguro de que ninguno se comportaría como el esposo de Kate. Cuando el camarero le preguntó qué quería, Luke se dio cuenta de que se estaba imaginando su boda. Decidió volver a la tierra y dejar de beber alcohol. Se pidió un refresco y sonrió al ver a sus padres en la pista, bailando abrazados una balada de U2. Después sonó una más movida de Olivia Rodrigo, y a Luke le arrastró su prima pequeña Lilly para que la bailase con ella y con Kate.

Un rato más tarde, Luke subió las escaleras que conducían a la cabina de la Dj, con su coca cola en la mano. La chica era muy maja y habladora. Enseguida, acabaron charlando de sus trabajos. Ella le contó que hacía de pinchadiscos para pagarse los estudios de teatro. Le encantaba ser Dj de bodas porque solían ser celebraciones familiares y divertidas, en las que le pedían un montón de canciones cutres. Tras un rato charlando mientras todos bailaban, Luke le pidió *Treat People With Kindness* de Harry Styles, asegurándole que era lo mejor que le habían pedido en toda la fiesta. Ella se rio y la buscó en el ordenador.

Cuando sonaron los primeros acordes de la canción, cinco tipos con cara de muy pocos amigos y bates de beisbol irrumpieron en la fiesta. Nadie les había invitado, pero allí estaban, dispuestos a reventarlo todo a su paso. Al llegar a la cabina de música donde estaban Luke y la Dj, golpearon los cristales hasta hacerlos pedazos. Los dos se agacharon, intentando evitar que les alcanzaran, pero fue inútil. Varios cristales impactaron contra ellos, causándoles heridas.

—Lo retiro. Jamás volveré a hacer de Dj en una boda —dijo la chica asustada, mirando a su alrededor—. ¿Qué coño está pasando?

—Ni puta idea, pero mis padres están abajo —dijo Luke con miedo, al escuchar cómo los energúmenos abrían la puerta y bajaban las escaleras hacia la pista—. Voy a llamarles.

—Deberíamos largarnos antes de que vuelvan esos pirados. —Luke se negó. Por nada del mundo dejaría tirada a su familia—. En serio, no puedes quedarte aquí. Esos tipos van a volver.

—Lo sé. Tranquila, me las apañaré. Tú ve con cuidado.

—Espero que estéis todos bien. Te prometo que en cuanto salga de aquí, aviso a la policía —aseguró ella despidiéndose.

Los violentos llegaron a la pista con sus bates, llamando a gritos al recién casado, ese que según Kate era un amor. A Luke no le sorprendió que eso fuera cosa de Frank, el tipo no parecía trigo limpio.

Luke abandonó la cabina con varios cortes en los brazos, en las mejillas y en la frente, por culpa de los cristales que le habían caído encima. Barb y Seb seguían sin contestar sus llamadas, y él decidió ir a buscarlos. Cuando llegó a la puerta que conducía a las escaleras intentó abrirla, pero los enemigos del novio la habían atrancado con un palo. Se desesperó y volvió a la cabina llena de cristales rotos, sin dejar de llamar a sus padres.

Cuando Kate vio a los tipos que estaban reventando su boda, soltó un grito ahogado,

como si se hubiera quedado sin respiración. Frank corrió, pero no hacia ellos, ni para protegerla de aquellos desalmados. Corrió hacia la salida de emergencia para salvar su propio culo. Abandonó el barco, como hacen las ratas cuando empieza a hundirse. Sus amigos hicieron lo mismo.

Luke les dejó varios mensajes a sus padres y a sus primas, pidiéndoles que salieran de allí. Un rato después, cuando ya había perdido la esperanza, su madre le llamó por teléfono. Le explicó que Seb y ella estaban bien, saliendo con sus tíos por las escaleras de emergencias. El tío Bert tenía una brecha con muy mala pinta. Luke les prometió que él se pondría a salvo y se alegró de que ellos lo estuvieran.

Cuando Luke le llamó para contarle lo que había pasado, Marcus condujo a toda velocidad hasta Alnwick. Al llegar, vio la ambulancia en la salida de emergencias, atendiendo a los heridos. Entró por donde le había indicado Luke y se desesperó al ver el panorama. El suelo estaba lleno de cristales, había sangre, gente llorando… Marcus corrió hasta la cabina y cuando vio a Luke tirado en el suelo, se acercó a él asustado.

—¡JODER! Luke, ¿por qué no me has dicho que estabas tan jodido? —balbuceó Marcus, agachándose a su lado, muerto de preocupación al ver sus heridas.

—Yo… Estoy bien —sollozó Luke, abrazándole. Marcus le ayudó a levantarse.

—¿Cómo cojones vas a estar bien?

—Sí. Larguémonos de aquí, por favor.

A Marcus no le daba igual. Tenía ganas de liarse a hostias con quienes le habían hecho daño, pero lo que más le importaba era que Luke estuviese bien, y sabía que no lo estaba.

—Joder, tu camisa está llena de sangre, Luke —observó aterrado.

—Marcus, me encuentro bien. Solo necesito que me saques de aquí y que me lleves a casa.

—Ni de coña. Hay una ambulancia ahí fuera. Vamos a que te miren.

—No hace falta. Los cortes no son tan profundos. Mírame, solo necesito salir de aquí.

Marcus le hizo caso, pero se prometió a sí mismo que, si hacía falta, le llevaría al hospital en brazos. De hecho, le llevó así hasta la furgoneta que había aparcado a toda prisa y mal. Luke suspiró y protestó.

—Sabes que puedo andar, ¿no?

—Puede, pero estás herido. —Al oírle, Luke suspiró de nuevo. En cuanto llegaron a la furgoneta, Marcus le bajó al suelo y le ayudó a que se sentara—. ¿Quieres ir a tu casa o a la mía?

—Deberíamos vivir juntos. —Las tres palabras de Luke hicieron que Marcus calara el motor.

—¿Qué cojones ha pasado en esa boda? —le preguntó antes de volver a arrancar la furgoneta y de abandonar Alnwick.

—Nada. ¿Quieres vivir conmigo o no?

Marcus se quedó callado pensando, hasta que se detuvo en un semáforo y le miró.

—Luke, tú no eres así. Lo planificas todo. Además, estás herido y no piensas con claridad.

—¡Pienso perfectamente y quiero vivir contigo! Estoy bien, solo tengo algunas heridas. Joder Marcus, ¿por qué cojones estás tan sobreprotector?

—Lo siento. Yo… me he asustado mucho al verte así.

Durante el trayecto hasta Westbrown fueron escuchando música. Luke sonreía divertido

al ver cómo Marcus fruncía el ceño, dándole vueltas a lo que le había dicho. No le había dado una respuesta porque todavía no lo había asimilado. No podía pensar en otra cosa, le miraba decidido a hablar y al final no decía ni una palabra. Así fue hasta que llegaron a su ciudad.

—No me has dicho a dónde quieres ir. —La voz de Marcus sonaba más dulce de lo normal, y a Luke le pareció adorable.

—A donde quieras.

—¿Lo decías en serio?

—Sí, ve a donde quieras.

—Me refiero a lo que has dicho antes.

Luke asintió sonriendo, y Marcus metió la furgoneta en el garaje de su apartamento. En cuanto entraron en la casa, el futbolista fue corriendo a por el botiquín para curarle. Enseguida se dio cuenta de que Luke tenía razón. Los cortes no eran tan graves, pero le fastidiaban mucho. Soportaba peor el dolor de Luke que el suyo propio. Todavía sentía ganas de volver a Alnwick a vengarse de esos tipos. Luke lo sabía. Lo veía en su mirada, pero también sabía que no lo haría.

—¿Quieres estarte quieto? Te estoy curando —protestó Marcus al ver que no dejaba de moverse.

—Joder, es que escuece.

—Eso es porque los Doyle sois una familia súper tranquila que jamás os metéis en líos —bromeó Marcus, sacándole la lengua.

—Pues sí.

—Claro. Y tú eres el más tranquilo de todos. No te jode —dijo riéndose.

—Los Doyle no han tenido nada que ver con lo que ha pasado. Han sido unos tipos que se la tenían jurada al novio, quien por cierto es un cretino.

—Bueno, si tu prima es lista, pedirá el divorcio más rápido de la historia —opinó Marcus mientras pasaba el algodón con desinfectante por la mejilla cortada de Luke.

El corte del brazo era más profundo que el de la cara, y Marcus tuvo que volver al baño a por más gasas limpias. Cuando salió vio a Luke apoyado en el umbral de la puerta, con la camisa desabrochada, la corbata de lazo suelta y esa mirada pícara y seductora que le volvía loco.

—¿Qué haces? —preguntó Marcus, sin poder evitar que las gasas mojaran el suelo. Luke se acercó a él y le rodeó con sus brazos antes de besarle el cuello con deseo—. Luke, te estoy curando.

—¿Todavía te duele el labio? —susurró Luke, lamiéndole con pasión el lóbulo de la oreja.

—No, ya no. Pero quiero desinfectarte las heridas, capullo. Además, hace un rato estabas jodido y nervioso por lo que ha pasado y… —Luke le interrumpió acercando sus labios a los suyos.

—Ahora estoy contigo.

—Sí, pero…

—Cuando estamos juntos nada más importa —dijo Luke, metiendo las manos bajo su camiseta y acariciándole la tripa, con una mezcla de ternura y pasión que le hizo suspirar. Las gasas se cayeron, pero ninguno las recogió. Luke le desabrochó los pantalones y fue cubriéndole de besos por toda la tripa hasta llegar a su erección, que no había tardado nada

en aparecer. Sonrió y se agachó para metérsela en la boca, hasta tocar su garganta y convertir las palabras de Marcus en gemidos de placer. Después de un rato chupándole, se puso de pie y le sonrió. Marcus ya no pensaba en las gasas ni en los cortes del brazo, ni en vengarse de los tíos de la discoteca. Ya no pensaba en nada que no fuera que Luke gimiera hasta correrse dentro de él. Se rindió y le siguió hasta la habitación. Allí se tumbaron en la cama, multiplicando los besos y las caricias, desnudándose sin prisa y sintiéndose el uno al otro. Marcus le mordió el labio, Luke gimió y se sentó con las piernas cruzadas. Marcus sonrió y se acomodó, rodeándole con las suyas y moviendo las caderas para que Luke entrara dentro de él. Se abrazaron, fundiéndose en uno, y sintiéndose más cerca. No dejaron de besarse ni de moverse hasta que los dos llegaron al orgasmo, perdidos el uno en el otro.

Mientras sus latidos volvían a la normalidad, Marcus se apoyó en el pecho de Luke. Unos minutos más tarde, se movió sobresaltado al recordar las heridas del brazo. Quiso curarle, pero Luke volvió a atraerle hacia él, acariciándole el pelo.

—No quiero que se te infecten las heridas. Déjame curarte —protestó Marcus. Luke suspiró y le soltó.

—No me has respondido —se quejó cuando Marcus regresó cargado con gasas y desinfectante—. ¿Quieres que vivamos juntos?

—No sé. ¿Tendría que aguantarte todos los días?

—Ya me aguantas todos los días, idiota —le recordó Luke.

—Eres tan cabezota, dramático, insaciable y adictivo, que no sé ni cómo lo hago —bromeó Marcus—. Deja que me lo piense, ¿vale? —Luke se dio la vuelta sin dejar que le curara el brazo—. Mírame, anda. Ya me lo he pensado.

—¿Y bien? —preguntó Luke, mirándole con impaciencia.

—Me muero de ganas por vivir contigo.

# 27 EL HÉROE Y EL IMBÉCIL ahora

Para llegar a tiempo al entrenamiento de las ocho de la mañana, Marcus se tuvo que levantar a las siete. Normalmente, con media hora le bastaba, pero ahora estaba en Westbrown, a dieciocho millas de Northwalk. No le gustaba madrugar, y lo odiaba aún más porque no había dormido con Luke. Su primera noche solo, consistió en beber whisky, cenar *bacon* y escuchar canciones tristes que le recordaban cómo era su vida hacía unas horas.

Cuando llegó a Sandhill, aparcó la furgo en un sitio en el que no pasaba nadie ni por casualidad. Cerca del campo cinco, ese que estaba condenado a que nadie entrenase en él por los siglos de los siglos. Era el segundo día desde que Mario se había empeñado en que los *wildcats* fueran una piña. Desayunaban, entrenaban y comían todos juntos. Marcus empezaba a odiar esa costumbre con toda su alma. No tenía fuerzas para socializar y fingir que todo iba bien. De hecho, se pasó todo el entrenamiento en otro mundo. Mario se imaginó los motivos: La noticia de Miller y su castigo por la pelea en el vestuario. No tenía ni idea, aunque eso también ayudaba a que su nueve estuviera tan apático.

—Creo que esto te alegrará, *cativo*. Se acabó el castigo. El domingo Rizik y tú jugaréis contra el Arsenal en el Emirates Stadium.

—Gracias, Mario —dijo el futbolista, convencido de que nada podía alegrarle.

—Cuando saliste de la lesión, te escuchó gritar todo Sandhill. Sé que han pasado muchas cosas desde entonces, pero…

—Me alegra un montón volver a jugar, en serio. —Marcus intentó ser convincente, pero no coló. Mario le conocía bien y le dijo que, si necesitaba hablar, ya sabía su número.

El delantero llegó a Westbrown y dejó la furgoneta en su garaje para irse andando al concesionario de la ciudad. El vendedor era novato y estaba algo nervioso por atender al nueve de Inglaterra. Él lo notó cuando le miró con los ojos muy abiertos y se presentó, hablando demasiado rápido. El joven vendedor, al principio no le escuchó. Marcus le explicó lo que quería: Un coche discreto, con los cristales tintados y con el que pudiera pasar desapercibido. El chico le ofreció un Lamborghini de color amarillo chillón y él se llevó las manos a la cabeza.

—A ver. Solo quiero un coche normal, ni siquiera un descapotable. Y menos de un color así —aclaró Marcus.

—Vale, entones del Ferrari ni hablamos. —Al oírle, puso los ojos en blanco hasta que entendió que era broma. Entonces le sonrió sin ganas—. ¿Qué tal un Range Rover Sport? Son 117.000 libras, pero sus prestaciones son magníficas. Además, es discretísimo y tiene los cristales tintados.

—Podría estar bien.

—¿Para cuándo lo quieres?

—¿Puede ser para ahora?

El comercial suspiró porque nunca se había encargado del papeleo que conlleva la venta de un coche. Pero accedió y le pidió ayuda a un compañero. Después de firmar todos los

papeles, Marcus aguardó en una de las incómodas sillas de la sala de espera. Sacó su móvil y, sin saber por qué, se puso a mirar sus últimas fotos. Luke sonriendo y sujetando el pastel de limón que acababan de cocinar juntos. Los dos mirándose, a punto de besarse en el salón de su casa. Un atardecer de Serpentown, una crónica de un partido del Northwalk escrita por Luke… ¿Por qué hacía eso? No tenía ni idea, pero solo dejó de torturar a su mente cuando el vendedor se acercó de nuevo.

—Todavía faltan unos diez minutos para que terminemos de mandar toda la documentación a tráfico. ¿Quieres beber algo? Tenemos champán francés.

—No, gracias. Me gustaría llevarme el coche en cuanto llegue, y con el champán sería difícil.

El coche nuevo no estaba nada mal. Marcus lanzó su chaqueta a los asientos traseros. Se imaginó probándolos con Luke y se maldijo a sí mismo por ello. Intentó recordar por qué estaba allí, tan lejos de él. La exclusiva de Miller, la visita de sus padres… No sabía por qué la prensa le había dejado en paz tras las declaraciones de Liam. Bueno, sí. Solo podía ser gracias al comunicado de Luke. Todavía no se había atrevido a leerlo porque todo había pasado demasiado rápido.

Cuando llegó al apartamento se dio cuenta de que no tenía espacio en el garaje para guardar su coche nuevo. Aparcó la furgoneta en la calle, dejando el BMW plateado junto al Range Rover blanco y reluciente. Entró en casa y fue directo a la nevera, recordando lo que le decía Luke: «Marcus, ¿sabes que se pueden comer más cosas aparte de *bacon*?». Sacó unas lonchas y las frio en la sartén. El sabor del *bacon* ahumado quedaba tan bien con el del whisky que, cuando se quiso dar cuenta, se había trincado media botella.

El Northwalk ganó al Arsenal en Londres, por lo demás, el resto de días pasaron igual**.** Marcus no conseguía dormir en su apartamento de Westbrown, y Luke llevaba cuatro noches, intentando descansar en el Bentley aparcado en el garaje. A los dos les delataban sus ojeras.

El lunes por la mañana Luke regresó al periódico. Osborn le explicó en su despacho que todo volvería a ser como antes. El periodista se encargaría otra vez de cubrir los aburridos partidos del Greyouth.

—Doyle, ¿me estás escuchando? —Osborn levantó la voz y Luke volvió a la tierra. Al oír la palabra Greyouth, su mente decidió recordarle aquel domingo, en el que Marcus tuvo la osadía de presentarse en el estadio solo por él. Daría lo que fuera por volver a ese día.

—Eh... Sí-sí —balbuceó el periodista.

—Vale. Pues quiero que este sábado vayas a ver el partido del Greyouth. Juegan en casa contra el Fulham.

Era como si no se hubiese largado nunca de allí. Parecía que Osborn y él no habían discutido nunca. Estaba claro que para su jefe aquello era agua pasada.

Cuando salió de la redacción, Luke se topó con Miller en el aparcamiento para empleados del *Sunrise Press*.

—¿Qué pasa, Doyle? —preguntó Miller sonriente.

—Hola, Miller —saludó Luke sin ganas.

—Ya ves, al final somos compañeros. Como en los viejos tiempos, aunque, ahora soy más importante que tú. —Miller le dio una palmada en el hombro y Luke se apartó—. ¿Te acuerdas de cuando nos encontramos en Sandhill?

—Sí —admitió Luke, deseando largarse de allí.

—¡Joder, cómo cambian las cosas! Ahora yo cubro las noticias del futuro campeón y tú las de un puto equipo que va a descender fijo.

—Pues sí —dijo Luke, intentando que le dejara en paz. No le afectaba tener que volver a Greyouth, que toda su vida se hubiera desmoronado, sí.

—Bueno, te dejo. Voy a ver qué más se me ocurre para joder a Dickinson.

—¿Qué?

—Que lleva una semana hecho un asco y ayer jugó fatal en el Emirates. Creo que le he hundido con mi exclusiva, aunque el muy cabrón lo negara con un puto comunicado amenazante. No creo que ni siquiera sea gay. Pero entre tú y yo, no me costó mucho en contrar a alguien que hubiera tenido sexo con el puto Party *Dick-inson.*

Miller hizo hincapié en su última palabra, convencido de que decir la palabra polla en alto, le hacía más gracioso. Al oírle, Luke sintió cómo un torrente de ira recorría sus venas. No pensó. Simplemente agarró a Miller del cuello y lo empotró contra un Mercedes rojo intenso, que resultó ser propiedad de ese idiota.

—¡CÁLLATE! —gritó Luke—. Deja de meterte en la vida de la gente y de inventarte teorías absurdas sobre lo que son o lo que hacen. Dios, eres patético, vas de que lo sabes todo, y en realidad, no tienes ni puta idea de nada.

—Muy bien, Doyle. Ya has defendido la ética periodística y todas esas mierdas que le contaste a Osborn. Eres un puto superhéroe, en serio. Ahora suéltame, anda.

Luke recordó que Marcus solía llamarle así. Cuando lo dijo Miller, sintió asco. Le miró y le propinó un puñetazo en la cara. La nueva estrella del *Sunrise* era más grande que él y más fuerte, pero Luke estaba desesperado, muerto de rabia y no tenía a nadie que le parase. Golpeó a Miller unas cuantas veces más hasta que le dolieron los nudillos y la sangre manchó sus manos. No sabría decir por qué paró, pero lo hizo. Entonces, Miller le miró fijamente.

—¡Voy a joder tu puta carrera por esto! ¿Me has oído? Ningún periódico te llamará. ¡ESTÁS ACABADO!

—¡Que te jodan, Miller! —gritó Luke exasperado antes de marcharse de allí.

Arrancó su Volvo color nebulosa, y cuando abandonó el parking, vio a varios periodistas del *Sunrise,* yendo a socorrer a Miller. Sabía que la había cagado y que acababa de convertir a Miller en un puto mártir. Condujo hasta Northwalk con la esperanza de que Marcus hubiera regresado después de entrenar. Necesitaba envolverse en su abrazo y que le prometiera que todo iría bien, pero la casa seguía vacía y él solo quiso desaparecer. Para colmo, el Bentley estaba perdiendo su olor y eso le ponía de los nervios, porque él seguía necesitándole más que a nada en el mundo.

Tras un rato deambulando por el salón, decidió marcharse a casa de sus padres. Les habría visto hacía una semana si Mario no hubiese castigado a Marcus. Entonces no dudó ni un segundo, canceló el plan con sus padres y se quedó con él viendo el partido. Ninguno lo sabía entonces, pero esa noche se convirtió en la última, antes de que todo saltara por los aires.

Cuando llegó a Serpentown, tocó el timbre. Al verle, su padre le miró tan sorprendido como preocupado. Luke no parecía él mismo, tenía un aspecto horroroso. Sus ojeras eran suficientes como para adivinar que algo no iba bien. A pesar de todo, intentó aparentar normalidad. No quería preocuparles ni cargarles con sus problemas. Barb accedió a darle espacio, pero Seb no. Su padre le interrogó en cuanto entró en casa.

—Hijo, ¿qué ha pasado? —preguntó al ver que Luke se marchara corriendo a su habitación.

—Nada.

—¿Dónde está Marcus?

El hecho de oír su nombre hizo que se quedase paralizado en mitad de las escaleras. Continuó sin mirar a su padre y se echó a llorar nada más entrar en su cuarto. Se topó de frente con el póster de Beckham. Lo miró y lloró mientras lo arrancaba de la pared para hacerlo trizas. Los trozos de aquella foto con la que Marcus siempre le vacilaba, acabaron esparcidos por el suelo de su habitación. Era una prueba más de que todo se había roto.

Cuando su móvil sonó, Luke miró la pantalla deseando ver la foto de Marcus. Pero en su lugar se encontró con una instantánea del semblante serio y malhumorado de Osborn. Su jefe estaba furioso por lo que le había hecho a Miller, y quería informarle de que ya no trabajaba para el *Sunrise Press*. Luke le escuchó y asintió. En esos momentos no le parecía una tragedia. Si no hubiese trabajado en un periódico con un director sin escrúpulos, su relación no se habría ido a la mierda. Osborn le pidió la dirección para mandarle un burofax con su despido. Luke dudó entre Northwalk y Serpentown. Al escuchar a su exjefe carraspear impaciente, le dio las señas de la casa de sus padres. La casa de Northwalk también había dejado de ser su casa cuando Marcus se marchó. Al darse cuenta, se sintió como si una daga punzante se estuviera clavando en el fondo de su pecho. Cuando colgó el teléfono, se tumbó en la cama y lloró sin parar hasta que no le quedaban más lágrimas. Entonces bajó a la sala y se sentó en el sofá, con la mirada perdida en la ventana.

—Marcus no va a volver —informó a sus padres, agachando la cabeza cuando ellos se sentaron a su lado.

—No creo que eso sea cierto —le contradijo Barb.

—Es tan cierto como que me acaban de echar del periódico por pegar a Miller. —Sus padres ahogaron un grito de sorpresa.

—Hijo, ¿qué ha pasado? —preguntó Seb.

—Marcus se marchó y yo soy tan patético que llevo tres noches durmiendo en su Bentley. Me duele tanto el pecho, que creo que me va a dar un infarto, y no puedo seguir en esa casa. Él tenía razón. No es un hogar. Jamás lo será porque no volveremos a estar juntos.

Los ojos oscuros de Luke se llenaron de lágrimas. Sus padres le consolaron y él les explicó todo lo que había pasado. Desde la visita de los Dickinson, hasta la huida de Marcus y su paliza a Miller.

—¿No has vuelto a hablar con él? —preguntó Seb. Luke le mostró su móvil con el último mensaje de Marcus. El corazón que le envió cuando él le preguntó si estaba bien tras conducir su inseguro coche—. Luke, deberías llamarle.

—¿Me habéis escuchado? No puedo hacer eso. Él me odia.

—Tu padre tiene razón. Deberíais hablar. Marcus no te odia. Simplemente se ha visto superado por todo lo que ha pasado —opinó su madre.

—Ese es el puto problema, mamá. Si él me quisiera de verdad, no se habría ido. Cuando Miller entrevistó a ese tío en la tele, Marcus y yo prometimos que lo superaríamos todo juntos.

—No sabes dónde está? —preguntó Barb.

—No. Cuando le escribí para ver si estaba bien, quise preguntárselo, pero no me atreví. Joder, hasta hace una semana lo compartíamos todo y ahora no sé ni dónde está. Lo único que sé es que, según Miller, está hecho una mierda.

—Mira, ya tenéis algo en común de lo que hablar —bromeó Seb. Su mujer le dio un puntapié y Luke le miró dolido—. No quería decir eso, hijo. Está claro que lo está pasando igual que tú o peor.

—Yo creo que no le importa nada.

—Luke, se planteó dejar el fútbol por ti. Eres lo que más le importa en el mundo —replicó Barb.

—Estoy de acuerdo. Además, con él eres tú mismo —añadió Seb.

—Sí, pero eso ya no importa —opinó Luke derrotado.

—Luke, sí importa. Has encontrado algo que mucha gente anda buscando toda su vida.

Luke iba a llevarle la contraria a su madre, recordándole que lo había perdido, pero el timbre de la puerta le interrumpió.

—Buenas. Estamos buscando a Luke James Doyle —dijo un hombre con voz áspera cuando Seb abrió la puerta.

Luke se quedó pasmado al ver que se trataba de dos policías.

—Soy yo —anunció Luke.

—Verá, va a tener que acompañarnos a la comisaría.

♡♥♡

Luke sintió que se había equivocado cuando pensó que su vida no podía ir a peor. Los policías le esposaron antes de llevarle al coche, y cuando el frío metal de las esposas rozó sus muñecas, Luke sintió un escalofrío. Estaba asustado, como un niño pequeño que se pierde entre una multitud y no encuentra a sus padres. Se sentía tan solo, vulnerable e insignificante, que se pasó todo el trayecto llorando en silencio.

Los padres de Luke hicieron lo que su hijo no se atrevía a hacer: hablar con Marcus.

—Hola. —El futbolista no sabía cómo debía tratarles, pero intuía que esa llamada tenía que significar que algo no iba bien—. ¿Luke está bien?

—No… Le acaban de detener y se lo han llevado a la comisaría de Northwalk. —Al escuchar a Seb, Marcus notó que se le encogía el corazón y se quedó en silencio—. ¿Marcus?

—Sí-sí. Yo… Voy-voy a llamar al abogado y-y voy para allí. No. Mejor llamo desde el coche. No tardaré. Lo prometo.

—Espera, deberías saber lo que ha pasado —sugirió Barb.

—Eh... No hace falta. Sé que Luke jamás haría nada malo.

—Ha discutido con Miller y le ha pegado —explicó Seb.

—¡Joder! ¿Qué le ha hecho ese bastardo? —La respiración de Marcus era entrecortada, y su voz no parecía suya. Estaba muy asustado y no entendía nada.

—No lo has entendido, hijo. Ha sido Luke el que le ha pegado a él —aclaró Seb.

Marcus se quedó callado hasta que recuperó la voz. Conocía a Luke y eso no le cuadraba, a no ser que… Entonces, se imaginó al engreído de Miller diciéndole cosas horribles. Sintió mucha rabia y una preocupación infinita. Se alegró de no haber bebido esa tarde, si lo hubiera hecho, no habría podido conducir hasta Northwalk.

Al llegar al Range Rover, Marcus buscó el número de su abogado. Como todos los futbolistas de primer nivel, tenía un letrado que supervisaba los contratos y todos los documentos típicos de una estrella del fútbol. El suyo se llamaba Aron Rule, pero todo el mundo le conocía como el tiburón de los juzgados del norte de Inglaterra. Rule estaba cerca de Northwalk y le prometió que iría a la comisaría y que sacaría de allí a Luke.

En el cuartel, a Luke le leyeron sus derechos y le permitieron hacer una llamada. Solo una. Solo había una persona a la que quería llamar por aquel teléfono con las teclas desgastadas. Recitó el número de memoria para que lo marcara el policía y dudó un instante mientras le colocaban el auricular en la oreja. No quería molestarle ni ser una carga para él. Pero estaba aterrado y le necesitaba, como si él fuese un marinero perdido y Marcus, su faro, en mitad de la oscuridad y la inmensidad del mar.

Marcus contestó la llamada mientras conducía el Range Rover hacia Northwalk, sin preocuparse por los radares.

—Hola… ¿Luke? —saludó Marcus desde el coche. Se le hacía muy raro volver a hablar con él. Había deseado hacerlo cada maldito segundo que habían pasado separados, pero no tuvo valor.

—Sé que no debería llamarte…

—¿Por qué dices eso? Luke, sí debes llamarme, joder.

—Pero tú...

—Llego a la comisaría en quince minutos. ¿Vale? Tranquilo. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

—Sí, en la cárcel va a ir todo genial —musitó Luke.

—No vas a ir a la cárcel. El abogado llegará enseguida y te sacará de allí. ¿Qué coño te ha hecho Miller?

—Me ha parado en el aparcamiento del *Sunrise* y yo le he he pegado.

—Luke, no me jodas. Tú no vas por ahí dando hostias a la gente. Ni siquiera a los gilipollas de mierda como el puto Miller. —Luke sonrió al oírle decir tacos y pensó en lo mucho que le gustaba que fuera un malhablado.

—Tiene quince segundos. Esto no es una cabina de teléfono — bramó uno de los policías de la comisaría.

—Le he oído —dijo Marcus—. No te preocupes, enseguida llego y estamos juntos.

Marcus se encontró con el abogado en el parking trasero de la comisaría. Rule le dijo que hablaría con Luke y que le sacaría de allí por falta de pruebas. Quiso acompañarle, pero el letrado le recomendó que no lo hiciera, y le pidió que les esperara en una gasolinera abandonada. Miller estaba merodeando por el cuartel, y la presencia de Marcus solo empeoraría más las cosas. El abogado quedó en llevar a Luke hasta el Range Rover en cuanto terminase. A Marcus la espera se le hizo eterna.

Rule entró en la comisaría y se presentó como el abogado de Luke Doyle. Luego habló con él y le pidió que no declarase. Él le hizo caso y no dijo ni una sola palabra. Rule explicó que su cliente se había defendido y que, dado su estado de ansiedad, era más sensato que le viera un médico. Tras las palabras del abogado, Luke quedó en libertad con cargos.

—Gracias —dijo el periodista cuando salieron a la calle.

—No debes dármelas a mí. Yo solo he hecho mi trabajo. El que ha removido cielo y tierra para que venga a ayudarte, te espera en una gasolinera. Cuando te deje allí, lo encontrarás en un Range Rover Sport de color blanco —le informó Aron Rule mientras abría su coche y le pedía que subiera. Al saber que Marcus tenía otro auto, Luke se quedó paralizado.

—Un Range Rover blanco —repitió, convencido de que aquello era una prueba más de que sus caminos se estaban separando.

—Sí. Tranquilo, lo encontraremos fácil. La gasolinera está abandonada.

Cuando Rule le dejó frente al coche nuevo de Marcus, Luke abrió la puerta del copiloto y se sentó en el asiento, secándose las lágrimas que mojaban su rostro. Al mirar a Marcus comprendió lo que Miller le había dicho. Sus ojos azules estaban rodeados de ojeras y no se había afeitado en varios días. Seguramente desde que se fue de casa. En su cara había una expresión de tristeza que odiaba. No soportaba verle así. Los dos se quedaron unos instantes en silencio, mirándose, sin saber qué decir. A Luke le temblaban las manos, su pelo castaño estaba despeinado y sus ojos oscuros se habían vuelto rojos de tanto llorar.

—¿Estás bien? —preguntó Marcus, arrepintiéndose al instante de sus palabras—. Lo siento. Sé que no.

—Tú tampoco estás bien—señaló Luke—. Gracias por sacarme de ahí.

—No me tienes que dar las gracias por nada. ¿Qué ha pasado con el puto Miller?—. Luke suspiró al oírle. Debía contárselo. Lo sabía, pero no tenía fuerzas.

—Marcus, yo… ¿Podemos ir a algún sitio? Me me siento... incómodo en tu coche nuevo.

—¿Por qué? —Luke se encogió de hombros—. Necesitaba un coche. No podía ir a los

entrenamientos con la furgoneta, la prensa me habría vuelto loco, y el BMW no va muy bien. —Luke entendió que estaba en Westbrown, pero no podía evitar odiar ese coche blanco. No tenía absolutamente nada que ver con él, y se sentía como un extraño, sentado en esos asientos tan cómodos y elegantes—. Podemos ir a Serpentown. Tus padres se tranquilizarán al verte.

—Vale.

El viaje hasta Serpentown transcurrió en silencio. Luke miró por la ventanilla y Marcus se centró en la carretera. Cuando llegaron, Barb y Seb les abrazaron y le dieron las gracias a Marcus por haberle sacado de allí.

—¿Queréis cenar? Si me dais 45 minutos puedo preparar mi famoso pastel de carne —Seb estaba ilusionado y convencido de que todo volvería a ser como antes.

—Oh, no, papá. Marcus y yo tenemos que hablar.

—Eh… Vale… Os dejamos tranquilos —dijo Barb apenada. Todo era demasiado raro y complicado.

Al entrar en la habitación de Luke, Marcus se fijó en que el póster de Beckham ya no adornaba su pared. Vio los trozos rotos en el suelo, pero no se atrevió a decirle nada.

Se sentaron en el borde de la cama. Al principio ninguno de los dos sabía qué decir.

—¿Qué ha pasado con Miller? —preguntó Marcus.

Luke iba a explicárselo, pero entonces se dio cuenta de que su insistencia le estaba cabreando.

—Si no querías venir a buscarme, no haberlo hecho.

—¿Cómo no iba a querer? Joder, sí quería hacerlo, pero me gustaría saber qué ha pasado.

—¿Para qué? ¿Qué más te da? Te largaste y no te importo.

—Eso no es así y lo sabes.

—No lo sé, Marcus. Lo único que sé es que te fuiste hace cuatro días porque esa ya no era tu casa. Desde entonces, he dormido en tu puto Bentley porque sin ti, tampoco es mi puta casa. Lo sé, soy patético.

—No lo eres. Luke...

—¡Sí lo soy! Ya no puedo más, Marcus. Tú te vas, yo hago el gilipollas, y vienes a salvarme el culo. Y claro, ahora Marcus Dickinson es un puto héroe y yo un imbécil.

—Para nada. Desde que me fui, todos los días son iguales. Estoy en Westbrown y me odio a mí mismo por ello. Ayer me bebí media botella de whisky. Hoy pensaba acabármela…. Pero me han llamado tus padres, y me he alegrado infinitamente de seguir sobrio para poder ayudarte. Porque no soy un héroe, Luke. Solo soy un cobarde que no sabe cómo solucionar sus putos problemas.

Las palabras de Marcus iban cargadas de lágrimas. Luke le miró y decidió hacer lo mismo que él, contarle la verdad.

—Miller se ha metido conmigo. He pasado de él. Solo quería largarme de allí, pero después me ha dicho que iba a buscar una nueva forma de joderte. Que estabas fatal y que le fue muy fácil encontrar a alguien que se hubiera acostado contigo. Le he pedido que se callara. Lo he hecho. Lo he hecho, joder, pero él ha seguido… Le he empujado contra su maldito coche, le he agarrado del cuello y le he golpeado hasta que me dolían las manos. —Luke se puso a llorar. Marcus se quedó sin palabras. Intentó abrazarle. Ambos lo necesitaban, pero Luke se apartó.

—Lo siento.

—Marcus, las disculpas no cambian nada.

—Yo yo no sé cómo arreglarlo ni qué vamos a hacer ahora.

—Bueno, tú puedes volver a Westbrown en tu puto coche nuevo. Y yo puedo quedarme aquí a intentar dormir en una puta cama, como hace todo el mundo —dijo Luke.

—No quiero irme, y no sé por qué odias tanto ese coche.

—Porque significa que ya no estamos juntos.

—¿No quieres estar conmigo?

—No he dicho eso. Claro que quiero, joder. Pero es evidente que tú estás pasando página.

—¿Porque me he comprado un coche? ¿En serio, Luke? No es toy nada orgulloso de cómo me he comportado. Sé que la he cagado, joder. Pero te aseguro que no quiero pasar página.

—Tienes un coche en el garaje de esa casa en la que vivíamos juntos. Pero eso fue antes de que te marcharas, antes de que te olvidaras de que prometimos ser siempre tú y yo solos contra el mundo —le recordó Luke.

—Luke…

—Solo dime una cosa. ¿Piensas volver a Northwalk?

—Yo… —Marcus titubeó—. No-no-no lo sé. Tengo miedo.

—Marcus, vete.

—Luke… No me hagas esto —suplicó el futbolista.

—¿Yo? Eres tú el que se ha largado y no está dispuesto a volver. Yo he estado allí desde que te fuiste, pensando que volverías por que me quieres.

—Te quiero. Luke, por favor, solo necesito tiempo.

—¿Para beber whisky? No me jodas, Marcus. No puedes ser tan ingenuo y creer que vas a encontrarte a ti mismo en Westbrown.

—Y tú no puedes decir que no te quiero porque tenga un coche nuevo, Luke.

—Marcus, por favor. Si eso es cierto, vete. No puedo más.

Marcus le hizo caso y Luke se arrepintió al instante, pero ya no tenía fuerzas. El futbolista bajó las escaleras cabizbajo. Seb y Barb estaban en el pasillo, y cuando le vieron, se acercaron a él preocupados. Le preguntaron si iba todo bien y si necesitaba algo. Marcus negó con la cabeza y les deseó buenas noches.

Salió de casa y fue directo al coche, ese mismo que Luke odiaba con toda su alma. Cerró la puerta y se acomodó en el asiento, con la mirada perdida en el cielo despejado. Le encantaba Serpentown porque era una ciudad pequeña, tranquila, sin apenas contaminación. Eso hacía que se vieran las estrellas cuando el cielo estaba despejado. Adoraba mirarlas desde la habitación de Luke, abrazado a él. Al recordarlo, se odió a sí mismo y se sintió demasiado cobarde. Pen só en regresar a Westbrown, pero estaba exhausto. No podía dejar de darle vueltas a todo lo que había pasado durante la última semana. Se quedó dormido mirando al cielo, sin saber que Luke estaba apoyado en su ventana, en la misma situación que él.

A las seis y media de la mañana, Barb se despertó y vio que el Range Rover de Marcus seguía aparcado fuera. Se acercó y le despertó.

—Buenos días —dijo Barb cuando Marcus salió del coche—. Ven, dentro desayunarás más cómodo.

—Gracias. Yo-yo… No quiero molestar.

—No eres una molestia, Marcus. ¿Quieres magdalenas? Te vendrá bien comer algo. —Él pensaba decirle que no tenía hambre, pero no se atrevió. Así que, acabó desayunando con ella en la cocina. Las magdalenas estaban deliciosas y el café era una maravilla, pero no sabía tan bien como otras veces. Quizás era porque nada era igual.

—Yo no sé cómo hemos podido llegar a esto. Lo siento —se disculpó Marcus derrotado.

—Es demasiado injusto. Os amáis tanto y lo tenéis tan difícil…

—Estoy cansado de que todo sea tan complicado, Barb. Ya no puedo más. Me fui para intentar entenderme, para dejar de ser un cobarde y ser más fuerte. Pero no lo he conseguido. Sigo tan perdido y asustado como esa noche.

—Es normal que tengas miedo, Marcus. Pero eso no va a ser siempre así.

—¿Y si cuando despierte de esta pesadilla es demasiado tarde, y Luke no quiere saber nada de mí? —Las lágrimas de Marcus volvieron a inundar sus ojos azul océano. Ella se acercó a él y le dio un reconfortante abrazo—. No podría culparle, Barb. No-no podría… Yo me marché, y él tiene derecho a rehacer su vida y a ser feliz. Yo quiero que sea feliz, pero no puedo…

—Marcus, tú le haces feliz. Y eso no va a pasar ni siquiera en un universo paralelo. No podéis vivir el uno sin el otro.

—Ojalá fuera más fuerte —se lamentó Marcus.

—¿Crees que eres débil por no saber cómo afrontar las cosas? —Él asintió—. Pues, te equivocas. Si todo te afectara menos, no serías más fuerte, sino más insensible. Lo único que necesitas es volver a estar bien y Luke lo sabe. Por cierto, ¿hoy no tienes entrenamiento?

—¡Joder! Mierda, sí. —A Marcus se le había olvidado por completo. Miró el reloj de la pared con el escudo del Stanleyfield Wanderers y se echó las manos a la cabeza. Tenía cinco minutos para salir de allí.

—Si necesitas cualquier cosa, aquí estamos. No lo olvides, ¿vale?

—Gracias. ¿Te puedo pedir algo? —Barb asintió—. ¿Podéis cuidar de Luke? Dios, si me oyera, me daría una hostia por ser tan sobreprotector y gilipollas.

—Tranquilo, cuidaremos de él. Por favor, estate bien.

Marcus abrazó a Barb, sin entender por qué le trataba con tanto cariño. Sentía que no se lo merecía porque lo había estropeado todo. Por eso tenía que llamar a sus padres para saber cómo estaba Luke. Eso solo hacía que le doliera el pecho, que le costara respirar y que no pudiera parar de llorar.

Cuando arrancó el Range Rover quiso dar la vuelta y saltarse el entrenamiento, pero no lo hizo. Le daba igual la ira de Mario. Su único motivo para no volver a Serpentown y decirle a Luke que quería dejar de tener miedo, era que él no quería verle. Así que, condujo hasta Northwalk con las lágrimas nublándole la vista.

Luke se despertó al oír el motor del coche nuevo de Marcus. Se asomó a la ventana y desde allí le vio marchar, deseando que diera la vuelta. Se sentía tan contradictorio como vacío. Bajó a la cocina y se quedó paralizado, observando las dos tazas de café que había en el fregadero. Su madre se acercó y le dio los buenos días.

—Mamá, ¿has desayunado con Marcus? —Ella asintió—. Y él-él se ha vuelto a ir.

—Tenía entrenamiento —explicó Barb. Luke no supo qué decir hasta que su padre apareció en la cocina con cara de recién levantado.

—¿Ya es cómodo eso de dormir en un coche? —preguntó Seb, llevándose una mirada

asesina de su mujer. Estaba tan despistado que no se dio cuenta y miró a Luke—. Primero tú y ahora Marcus…

—Él ha dormido en su maldito coche nuevo y yo… Soy gilipollas. No quería que se fuera, pero le pedí que lo hiciera.

—No lo eres. Solo necesitáis tiempo —dijo Barb.

—¿Para qué? —Su madre iba a explicarle que solo tenían que entenderse y saber cómo afrontar las cosas, pero Luke continuó hablando—. Si sigue pasando el tiempo, se va a olvidar de mí. Tiene un coche nuevo. Seguro que se acaba comprando otra casa, lejos de mí porque me odia.

—Luke, eso no es cierto —le corrigieron sus padres.

—Sí lo es y no le culpo. Soy idiota. Ayer pegué a Miller, me detuvieron y él se volvió loco para ayudarme. Y yo… Quiero ayudarle, quiero que esté bien, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo porque no me deja. Ayer solo lo jodimos del todo. Cuando le llamé desde la comisaría, me imaginé que volveríamos a casa. Pero él… Me estaba esperando en su coche nuevo y estaba tan perdido y cansado como yo. Joder, no soporto esto.

Un montón de lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se mezclaron con el café que le había dado su madre.

# 28 MON AMOUR antes

Tras una semana en St George's Park, preparándose para debutar con Inglaterra, Marcus voló con sus compañeros a Londres. Estaba emocionado por jugar con Harris y los demás, en ese templo del fútbol llamado Wembley. El que fuera su compañero en el Redfox, le había ayudado a adaptarse a la selección desde el primer día. Siempre bromeaba con que su amistad con Marcus era a prueba de bombas y de comas etílicos. Además, a Harris le gustaba salir de noche, pero tenía ese autocontrol que, a veces a él le faltaba. Por eso se entendían tan bien.

El delantero vio la primera parte del partido en el banquillo. No esperaba debutar, pero en el segundo tiempo, Clive, el seleccionador, le pidió que saliera a calentar a la banda. Marcus le preguntó si se lo decía a él y Clive se echó a reír. El buen ambiente se estropeó un poco cuando Oseman le exigió que se diera prisa en hacer los ejercicios. El ayudante del entrenador no tenía mucho sentido del humor. Marcus se puso el peto y le hizo caso. Se concentró en el calentamiento, intentando no seguir el partido desde ese lugar tan privilegiado. Inglaterra necesitaba ganar a Gales para sellar su pase al próximo mundial, pero por más que lo intentaba el gol no llegaba.

Cuando Marcus terminó de calentar, esperó las instrucciones de Clive para saltar al campo con el número veintiocho a la espalda. Eligió ese dorsal porque era la fecha de su aniversario. Marcus recordó el día en el que la Federación Inglesa le convocó, con un mensaje tan largo como aburrido. Luke estaba escribiendo y él le dio su móvil. El periodista lo leyó, sonrió, le abrazó y gritó de alegría, antes de volverle loco con todas las instrucciones que debía seguir como nuevo jugador de Inglaterra. Tras una semana de entrenamientos, entrevistas y sesiones de fotos, Marcus estaba a punto de debutar y cumplir su sueño. Sonrió al ver cómo el cuarto árbitro marcaba en el cartel luminoso los números nueve y veintiocho.

—Demuéstrales lo que vales y cállales la boca a los que dicen que eres de quinta —le dijo Morrison, el nueve de Inglaterra, dándole un abrazo.

—Lo intentaré —prometió Marcus.

—¡Lo harás! —gritó Morrison mientras se acomodaba en el banquillo.

Inglaterra y Gales seguían empatados a cero cuando Marcus consiguió hacerse con el balón. Se recorrió todo el campo a toda velocidad y vio que Harris estaba desmarcado. Entonces le dio un pase perfecto, que el diez aprovechó, mandando el balón directo al fondo de la red. El portero de Gales se quedó quieto. La jugada magistral de los ingleses le pilló por sorpresa. Marcus y Harris lo celebraron con sus compañeros. Luke lo festejó en la grada de Wembley, vestido con la camiseta de Marcus y con una bandera de Inglaterra.

El partido acabó a las dos de la tarde, y al ser el último del parón de selecciones, los jugadores tenían el resto del fin de semana libre. Marcus escribió a Luke desde el vestuario para convencerle de que hicieran una escapada los dos solos, lejos de todo.

**Marcus_15:31**
A ver qué te parece esto:
Tú y yo solos en Calais, ahora.

**Luke_15:32**
¿Una locura?

**Marcus_15:32**
**¿Y no es perfecto?**

**Luke_15:33**
Puede…

**Marcus_15:34**
Ven a Francia conmigo, *mon amour*. ♡

**Luke_15:34**
*Je suis fou de toi* ♥

**Marcus_15:35**
Traducción, por favor.

**Luke_15:36**
Estoy loco por ti.

**Marcus_15:37**
*Je suis fou de toi.*

Luke estuvo a punto de perder el autobús hasta el aeropuerto de Londres por ir chateando con Marcus. Había casi cuatro horas de viaje hasta Calais. Luke se lo advirtió, pero Marcus siguió en sus trece. El periodista compró los billetes de tren, reservó una casa rural y buscó un lugar para que alquilasen un coche. La casa de campo que había escogido estaba situada en una zona un poco alejada del pueblo, rodeada de árboles y cerca del mar. Luke no se dio cuenta de que estaba organizando una escapada de fin de semana en solo media hora, algo que las parejas normales suelen planear con meses de antelación. Pero claro, ellos no eran una pareja normal. Y a él le encantaba, no lo cambiaría por nada.

Al llegar al aeropuerto de Londres, los jugadores se desperdigaron para volar a sus ciudades. Marcus se despidió de Clive y de sus compañeros para encontrarse con Luke en una zona apartada de la terminal. Él le avisó de que tenían media hora para llegar a la estación de tren. Marcus se contuvo para no besarle. Se conformó con agarrarle la mano y decirle que pronto estarían en Calais, relajados y solos. Luke sonrió y llamó a un taxi. Los dos llegaron a la estación justo a tiempo, emocionados por el viaje que tenían por delante.

El tren llegó a la estación de Calais Frehtun casi a las nueve. Allí Luke le pidió que le esperase mientras él alquilaba un coche. No tardó en regresar con un Cadillac CT6 plateado. Marcus sonrió y se montó en el asiento del copiloto. Les costó hacerse a la idea de que el volante estuviera a la izquierda, al otro lado. Siempre habían conducido con el volante a la derecha y el cambio era un shock.

—Luke, si no te sale… Puedo intentarlo —sugirió Marcus, al ver cómo miraba nervioso por el retrovisor y todos los espejos, como si estuviera en el examen de la autoescuela.

—Ni de coña. Estamos aquí por tu culpa, así que, si nos tenemos que quedar a pasar la noche en una rotonda, te aguantas. No vas a conducir. El Cadillac es mío, todo mío. —Marcus se echó a reír.

—Perdóname por querer perderme contigo en otro país. Además, me encanta oírte hablar en francés, Lucky Luke.

—Como vuelvas a llamarme así, me largo a Westbrown con mi Cadillac, Ricitos de Oro —bromeó Luke, haciendo que Marcus se desternillara de risa en el asiento—. Por cierto, ¿tú has traído ropa? Porque yo solo tengo la bandera de Inglaterra.

—La ropa no te va a hacer mucha falta —dijo Marcus en un susurro totalmente sensual. Luke le dio una colleja—. Oye, que también vamos a ver el mar.

—¿Solo tienes el traje y la equipación? ¿En serio?

—La semana pasada me dijiste que con el traje de la selección estaba radiante y jodidamente sexy —le recordó Marcus. Luke asintió. Era cierto. Con él, muchos futbolistas parecían alumnos de un colegio privado en su último año. Marcus, en cambio, estaba perfecto, como si hubiera nacido para llevarlo.

—No necesitas ese traje. Ya eres jodidamente sexy.

Luke recogió las llaves de la casa rural y se despidió del casero, que apenas hablaba inglés. El periodista se dio cuenta de que llevaba sin hablar francés en condiciones desde el instituto, pero el hombre le entendió bien. Cuando volvió al coche, Marcus estaba mirando el mar. Se le notaba calmado, relajado y feliz. Fue suficiente para que Luke supiera que había merecido la pena volverse loco, organizando el viaje en un tiempo récord.

La casa rural tenía un jardín con un montón de plantas vivaces, de esas que florecen en invierno. Era un lugar digno de un cuento de hadas, con unas vistas espectaculares. A lo lejos se veía el faro de la ciudad, bañado por la inmensidad del mar.

Al entrar en la casa, dejaron su escaso equipaje en la mesa de la sala y se pusieron cómodos. La habitación estaba situada en el segundo piso y para llegar a ella había que subir unas interminables escaleras de caracol. A Luke le encantaba que Marcus quisiera perderse con él. Estaba tan a gusto, que se planteaba dejarle conducir el Cadillac, solo por ver cómo sus ojos azules resplandecían con el mar de fondo. Así dejaría de vacilarle cuando se quedaba parado en una rotonda.

—¿Te gusta este lugar? —preguntó Marcus, rodeándole con sus brazos.

—Claro, lo he reservado yo. —Luke le sacó la lengua.

—Ya, pero la idea ha sido mía.

—Ahora entiendo por qué los Wanderers te mandaron a la mierda. No pasas el balón y eres taaan egocéntrico —bromeó Luke.

—Uhm… Si fuera tan chupón, no habría dado una asistencia en Wembley. —El periodista sonrió y empezó a besarle, pero el sonido de su móvil les interrumpió. Luke protestó y respondió la llamada.

—Hola, Jacob… *Oops*, se nos había olvidado, pero no podemos ir… Ni siquiera estamos en Inglaterra… Lo siento. —Cuando colgó, miró a Marcus—. Daniella y Avery nos odian porque habíamos quedado en cenar con ellos. Jacob y George tampoco están muy contentos.

—Luke, te prometo que no lo he hecho a posta. No me acordaba de que habíamos quedado con ellos.

—Yo tampoco, pero estoy exactamente donde quiero estar.

—Me alegro de que te esté sentando tan bien Francia.

—Y eso que solo llevo aquí unos minutos. ¿Quieres ir a dar una vuelta y cenar por ahí?

—Solo si me hablas en francés —suplicó Marcus.

Luke condujo hacia el pueblo. Era difícil acostumbrarse a tener el volante al otro lado, pero sentía que le estaba cogiendo el truco. Y le divertía mucho ver a Marcus enfurruñado,

suplicándole que le dejara manejar el Cadillac.

En apenas quince días sería navidad, y todo Calais estaba decorado con un montón de luces de colores y adornos navideños. Encontraron hueco en un restaurante cercano al puerto. Los cinco grados que marcaba el termómetro hacían que la gente prefiriese cenar dentro, pero ellos escogieron una mesa de la terraza. En Westbrown solía hacer más frío. Cenaron patatas gratinadas con setas y *le bouillabaise*, una sopa de pescado. Desde el restaurante se veía la playa vacía, iluminada por la luz de la luna. Era tan bonita que, cuando terminaron de cenar, no pudieron resistirse a pasear por ella. Se les coló arena en las botas, pero mereció la pena. Era una noche diferente, lejos de Westbrown.

De regreso a la casa rural, Luke le lanzó las llaves para que condujese el Cadillac. Marcus sonrió. Le costó adaptarse a eso de ha cer todo del revés. Por suerte, había poco tráfico y nadie les echó en cara que se quedaran tres minutos parados en un cruce vacío.

Nada más bajar del coche, Marcus le tomó en brazos. Mientras le subía por las infinitas escaleras de caracol, Luke sintió que se moría de amor y de unas ganas irrefrenables de parar el tiempo en aquel instante. Marcus le dejó sobre la cama y se tumbó a su lado. La habitación era de ensueño. Tenía un dosel rosa, que a Marcus le recordó a cuando de pequeño construía fuertes con sábanas en el salón de su casa para aislarse de las constantes discusiones de sus padres. El de Calais era mucho más bonito.

—¿Y si nos quedamos aquí y no volvemos a Inglaterra mañana? —bromeó Luke, apoyando la cabeza en su pecho y mirándole emocionado—. Esto es precioso.

—Westbrown es mejor que esto.

—¿En serio?

—Bueno... Es más gris, pero tampoco está mal. Si vivieras aquí, la acabarías odiando tanto como a Westbrown. Porque las ciudades, cuando vives en ellas, pierden su encanto.

—¡Qué filosófico!

—No sé, de vacaciones es como si todo fuera fantástico.

El móvil de Luke sonó de nuevo, interrumpiendo la reflexión de Marcus.

—Hola, mamá —contestó mientras Marcus le acariciaba el pelo—. Sí, estamos juntos. Vale, se lo digo... Eh... No estamos allí... Tampoco en Londres. Hemos venido a Calais... Volvemos mañana… Gracias, mamá... Ahora se lo pregunto. Adiós.

—¿Qué me tienes que preguntar?

—¿Quieres pasar las navidades en Serpentown con mis padres y conmigo?

—¿Las navidades?

—Son dentro de dos semanas —asintió Luke contento—. Y mis padres están emperrados en que vengas. Creo que les gustas más que yo. No les culpo y sé que si vienes, serán las mejores navidades de la historia.

—No me vendría mal eso de tener unos padres decentes y un novio feliz —bromeó Marcus.

—¿Eso es un sí? —Los ojos oscuros de Luke brillaban de emoción.

—Sí, pero… ¿Y tus otros familiares?

—Ah. No nos juntamos en navidad porque muchos están desperdigados por el mundo. Pero igual... Tú ya tenías planes.

—Sí. Había planeado quedarme en casa, y pensaba que para entonces ya podríamos vivir juntos. Así que, esperaría allí a que tú vinieras de todas esas celebraciones familiares, para luego abrazarte y besarte como estoy haciendo ahora. Y desnudarte, como voy a hacer luego.

Luke quería decirle que él también esperaba que para entonces pudieran vivir juntos, en Westbrown o en donde fuese. Pero los besos de Marcus y el hecho de que le estuviera desnudando, tal y como había prometido, le impedían hablar con claridad. Marcus le besó el cuello despacio, intentando memorizar cada pliegue de su piel y que no quedara ni uno solo sin ser besado. Luke le quitó la ropa con calma. Era muy distinto a aquella vez en la que casi lo hicieron en el ascensor y después en el rellano. Esta vez había menos urgencia, pero la misma pasión. No tenían prisa por terminar. Podían pasarse así toda la noche, con aquel ventanal con vistas al mar de fondo, siendo testigo de lo mucho que se amaban y deseaban.

La ropa tardó muy poco en acabar esparcida por el suelo de la habitación. Luke acarició su torso desnudo con tanta delicadeza como sensualidad. Marcus seguía con los labios pegados a su cuello, acelerando sus latidos y los de Luke. Se quedaron sentados, el uno frente al otro, desnudos, acariciándose y comiéndose a besos hasta que Marcus pegó sus caderas a las suyas. La respiración de ambos se volvió entrecortada.

—*Ne t'arrête pas, mon amour*—No pares, mi amor, le susurró Luke con un nuevo jadeo, volviéndole loco y haciendo que le besara con más ganas.

Se colocaron en la postura perfecta para hacer un 69, inundando aquella habitación de cuento de hadas con su amor, besos y caricias. Estaban empapados, corriéndose juntos, cada uno en la dulce boca del otro. Durante el orgasmo, Luke sintió que les estaba oyendo gritar toda Francia y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Marcus, con la voz aún temblorosa, tumbándose con la cabeza a su lado.

—De que me encanta que chilles mi nombre y yo el tuyo, sin que tengamos que cortarnos porque mis vecinos sean unos cotillas o porque mis padres puedan oírnos. Solo por eso, quiero que nos vayamos ya a vivir juntos.

—Estás admitiendo que solo me quieres por el sexo, Lucky Luke. Y eso no está bien —dijo el futbolista divertido. Luke le sacó la lengua.

—Creo que necesito una ducha.

—Yo también.

—¡Joder! La bañera es gigante —gritó Luke cuando entró al baño que había junto a la habitación.

—Lo dicho, solo me quieres por el sexo, pero si te apetece, puedes mudarte conmigo a Ground Hill. Sé que no es una mansión y que es el apartamento más soso del mundo...

Luke volvió a la cama eufórico, con los ojos muy abiertos y radiantes por culpa del orgasmo y de la propuesta de Marcus.

—¿Quieres que me mude contigo a tu casa?

—Me encantaría si tú quieres.

—¡Joder, sí! ¡Sí que quiero vivir en tu casa! —chilló Luke, abrazándole.

—En nuestra casa —le corrigió Marcus—. Y tendremos que abrirnos una cuenta en el banco.

—Ricitos de Oro, estás demasiado... responsable.

—¿Tú no necesitabas ducharte? —preguntó Marcus divertido al ver cómo Luke se tumbaba en su pecho, totalmente relajado y feliz.

—Solo necesito esto.

Al día siguiente aprovecharon la mañana para desayunar cerca del puerto, hacer unas compras y ver Calais con la luz del día. Marcus se empeñó en comprar un montón de cosas

para convertir su deprimente casa en un hogar

—¿Por qué no has decorado nunca el apartamento? —preguntó Luke cuando salieron de una tienda cargados con un montón de marcos de fotos.

—No tenía un motivo para hacerlo hasta que me pediste que viviéramos juntos.

—¿Soy tu razón para querer tener cosas bonitas?

—Eres mi por qué y lo más bonito que he visto en mi vida, Luke.

# 29 KEEP CALM ahora

El siguiente fin de semana los *wildcats* volvieron a vencer. Esa vez al Wolverhampton, en casa. El lunes, todavía les duraba la euforia por ganar dos veces seguidas. Marcus, en cambio, seguía deprimido y encerrado en su mundo.

—Marcus, sabes que puedes contarnos lo que sea, ¿no? —le preguntó Konstantin, tras el primer entrenamiento de la semana. Marcus asintió, consciente de que vivir lejos de Luke le estaba consumiendo.

—¿Y por qué no lo haces? —insistió Rizik, dándole una colleja.

—Porque estoy bien. No me pasa nada —replicó Marcus, pero ninguno le creyó.

—No te lo crees ni tú, pero cuando quieras hablar, aquí estamos —sentenció el capitán del Northwalk.

Marcus condujo hasta Westbrown, odiándose a sí mismo por ser un amigo pésimo y el peor novio del mundo. Antes de llegar a su apartamento, se detuvo en la tienda de tatuajes de la ciudad. Era un local pequeño y acogedor, con las paredes pintadas de rojo y adornadas con un montón de dibujos artísticos. Además, los tatuadores eran de lo mejorcito del país. Marcus entró y preguntó por John. El chico que atendía en el mostrador no tenía prácticamente un solo centímetro de piel sin tatuar. Le sonrió y le dijo que estaba acabando de atender a alguien. Marcus se sentó a esperar. Odiaba hacerlo, pero sabía que merecería la pena. Necesitaba sentir de nuevo cómo la tinta se marcaba para siempre en su piel.

John solo tardó cinco minutos en aparecer al lado del futbolista. Seguía igual que cuando Marcus le conoció con dieciséis. Delgado, con pendientes, *piercings* y tatuajes hasta en las clavículas. Pero John no se tatuaba cualquier cosa. Todo tenía su significado y su dibujo perfecto. Él solo se dejaba marcar por los mejores y por sus amigos.

—¡Hostias, Marcus! ¡Cuánto tiempo! —John le abrazó, siendo consciente de que él tampoco había cambiado mucho—. ¿Qué te trae por Westbrown?

—Nada bueno. —Lo decía en serio, pero John se lo tomó a broma y se echó a reír—. ¿Me puedes hacer un *tattoo*? No es muy complicado. Es una letra.

—¿Una letra? —Marcus asintió—. Claro. ¿Cuándo te viene bien? ¿Y qué letra es y cómo la quieres?

—Haces muchas preguntas, John —bromeó Marcus—. Cuanto antes, mejor. Quiero una ele y pensaba que tú me darías alguna idea.

—Me iba a ir a casa, pero por ser tú, puedo quedarme. A no ser que le tengas miedo a la tinta…

—No tengo miedo —aseguró Marcus mientras pensaba en su interminable lista de cosas que le aterraban. Perder a Luke, que sus padres volvieran a atormentarle, no ser suficiente…

Fueron a una de las pequeñas y cómodas salas del local. John cogió la Tablet y empezó a dibujar mientras Marcus le explicaba dónde quería tatuarse. En el brazo, al lado de la mano, donde más se notan las venas. John le avisó de que esa zona dolía más que otras y él le replicó que era justo lo que necesitaba. También le pidió que fuese grande, porque era

importante para él. De hecho, era lo que más le importaba en el mundo, pero eso no se lo dijo. John le enseñó varios dibujos. La letra ele con la típica tipografía de Los Ángeles, otra en cursiva, punteada… Marcus se quedó maravillado con una en la que la letra era una especie de firma y de la parte de arriba, de uno de los trazos de la inicial salía un corazón. Le gustó más que ninguna otra y le dijo que no hiciera más. John imprimió el dibujo y preparó la máquina para pintarle la piel. Mientras esperaba, estaba sereno. Sabía lo que iba a hacer, aunque no tenía ni idea de si al dueño de la inicial le haría gracia que le llevara marcado en su piel para siempre. Pero lo sentía como si fuese el único modo de estar con él. Como si necesitara llevar su letra allá donde fuera, para recordarse a sí mismo que todavía no le había perdido. Cuando John empezó, no sintió dolor sino alivio.

En menos de media hora, Marcus salió de allí, habiendo hecho feliz a John por confiar en él para tatuarse de nuevo. El tatuador le explicó cómo debía hacer las curas. Marcus le miró y asintió, pero en realidad no le escuchó. Tres días con el plástico, ¿o eran cuatro? No lo tenía claro. Ya le escribiría para preguntarle. Nada más llegar a casa, se preparó un café helado, seguido de más de media botella de whisky. Mientras bebía se recordó a sí mismo que el alcohol sabía mejor que las lágrimas. Se tumbó en el sofá con la botella en la mano y miró su tatuaje nuevo. Era bastante elegante para un chico que llevaba la frase *bad boy* tatuada debajo del ombligo. La piel todavía estaba roja, pero pronto se acostumbraría y dejaría de escocer.

Quedaban cuatro días para que el Northwalk viajara a Manchester. Marcus no había jugado nunca en Old Trafford, pero no le apetecía hacerlo. No cuando no tenía con quién compartirlo. Así que, se acercó llorando a la despensa, y regresó al sofá con otra botella de whisky. Sabía que era un irresponsable por beber y que vivía sumido en el caos más absoluto. Pensó en llamar a John y pedirle cita para que le tatuara esa palabra que tanto le representaba. El whisky enseguida empezó a hacer efecto, deprimiéndole más de lo que ya estaba. Pensó en Luke, y en lo mucho que echaba de menos su dulce voz y su risa contagiosa. No le dio más vueltas. Desbloqueó el móvil y vio que sus llamadas más recientes eran de Barb, Rizik y Konstantin. Se maldijo a sí mismo porque Luke no estuviera en ese podio.

—¿Marcus? —contestó Luke preocupado, al otro lado de la línea.

—¡Lucky Luke! —exclamó el futbolista con un exceso de alegría.

—Marcus, ¿estás borracho?

—Eh… No… Estoy bien.

—No lo estás. ¿Qué has bebido?

—Whisky.

—¿Necesitas que vaya?

—No-no. No hace falta. —Marcus se sintió un cobarde por no decirle la verdad. Le necesitaba más de lo que sus pulmones necesitaban el aire para respirar. Sin él se estaba volviendo loco y nada tenía sentido, pero no se lo dijo.

—Entonces… ¿Para qué me llamas? —preguntó Luke extrañado

—No lo sé. Yo… Solo necesitaba oír tu voz.

—Luke, tus amigos están abajo —les interrumpió Barb.

—Yo lo-lo siento, Luke. No tenía que haberte llamado. Soy-soy-soy gilipollas.

El delantero colgó sin darle tiempo a contestar. Luke se quedó petrificado, con el móvil en la mano, escuchando cómo comunicaba. Marcus se estaba autodestruyendo y él no sabía

qué hacer. Quería ir a Westbrown, ayudarle y sacarle del lado oscuro en el que se estaba metiendo. Pero él no quería su ayuda. La voz temblorosa de Marcus todavía retumbaba en sus oídos cuando su madre volvió a llamarle. Luke no entendía qué hacían sus amigos allí. No le apetecía estar con nadie, pero se armó de valor y salió de su cuarto. Se guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros y se prometió a sí mismo que si Marcus volvía a llamar, iría a buscarle.

Daniella, Jacob, Avery y George estaban en la sala, charlando con sus padres.

—¿Qué leches hacéis en Serpentown? —preguntó Luke confundido mientras ellos le miraban como si fuese un unicornio.

—Nos conocimos aquí. ¿Ya no te acuerdas? —bromeó George, intentando que sonriera. No lo consiguió.

—Y desde entonces somos tus amigos —recordó Daniella.

—Bueno, os dejamos tranquilos para que habléis. —Se ofreció la madre de Luke, llevándose a Seb.

—Venga, anímate. ¡Nos vamos a cenar a la bolera! —exclamó Jacob, como si eso fuese a alegrarle.

—Te vendrá bien. Parece que llevas una semana sin comer y dormir —comentó Avery. Luke pensó en contestarle que era cierto, pero prefirió callarse.

La bolera estaba cerca de la casa de los padres de Luke. El menú era el de siempre: Hamburguesas y patatas congeladas, fritas a 180º. No tenía hambre, pero acabó cediendo ante las protestas de su estómago.

Al principio, la conversación se centró en el embarazo de Daniella, y en la ilusión que les hacía a sus padres convertirse en abuelos. Todo iba bien hasta que Avery habló de Marcus.

—Sé que ahora estás mal, pero pronto estarás mejor. —Las palabras de Avery parecían sacadas de una postal cutre. No como la que le escribió Marcus cuando se fue a Leeds.

—No creo —respondió él, dando un sorbo a su refresco.

—Ya verás como sí. Esta ruptura te va a venir bien —añadió George.

—¿Qué? —Luke empezó a enfadarse—. ¡No hemos roto!

—Luke, se ha ido de tu casa y de tu vida. Cuanto antes lo asumas, mejor —sugirió Daniella. A Luke, los ánimos de sus amigos empezaban a sacarle de quicio. Levantó la voz y la gente de la bolera empezó a mirarles— ¡No se ha ido de mi vida, joder!

—¿Cuándo le has visto por última vez? —preguntó Jacob, hablando más bajo.

—El lunes pasado —recordó Luke.

—Eso es mucho tiempo —opinó Daniella. Luke se encogió de hombros. Esa semana había sido un infierno, igual que la anterior.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —les pidió cansado.

—Luke, solo nos preocupamos por ti. Él te ha dejado tirado cuando las cosas iban mal —insistió Avery—. Además, no te convenía. ¡Sois tan distintos!

Luke intentó calmarse, pero George no se lo puso fácil.

—Avery tiene razón. ¡Joder, te obligó a ponerte una camiseta del equipo que más odias! —Luke le miró sin creerse lo que estaba diciendo. Con Marcus siempre era él mismo, de hecho, era la única persona que le entendía y le conocía de verdad. Sus padres lo sabían. ¿Por qué sus amigos no? George siguió hablando, ajeno a su cara de decepción—. Todavía me acuerdo de cómo se puso cuando le vacilé con lo del penalti.

—¡Él jamás me ha obligado a hacer nada! Ese día me puse su camiseta de los Wanderers porque me dio la maldita gana. Y, por si lo habías olvidado, se disculpó contigo por lo del puto penalti —replicó Luke muerto de rabia.

—Nunca debiste salir con él. No te merecía y tampoco te quería —sentenció Daniella—. Por eso se ha ido.

—Estoy de acuerdo. Vosotros os acostasteis sin tener una cita, y una relación no se puede basar en el sexo, Luke. Ni siquiera con un futbolista. —comentó Avery, bajando la voz en su última frase.

—¡AVERY, RETIRA LO QUE ACABAS DE DECIR! —exigió Luke hecho una furia.

—A ver, vamos a calmarnos —sugirió Jacob mientras Avery guardaba silencio—. Luke, yo creo que tú le quieres más de lo que él puede quererte a ti.

—¿Cómo cojones sabéis vosotros si él me quiere? No os habéis molestado nunca en conocerle ni en escucharle. Él sí, pero nunca le aceptasteis en este grupo de mierda. Y tú, Avery, deja ya de demonizar el sexo. Eres patético. Joder, te recuerdo que vas a ser padre. Por cierto, los padres de Marcus definieron nuestra relación igual que tú. Son encantadores —ironizó Luke—. ¿Sabes que le mandaron a terapia de reorientación sexual cuando tenía quince años? En serio, Avery, igual deberías plantearte la mierda de persona que eres, antes de que tu bebé nazca.

—¿QUÉ DICES? Yo no soy igual que ellos. Jamás le haría eso a mi hijo —se defendió Avery.

—¡Luke! Te has pasado y mucho —le recriminó Daniella, al ver a Avery dolido por lo que acababa de decirle—. Nosotros no tenemos la culpa de que tu relación se haya roto. Somos tus amigos y queremos ayudarte, pero no nos lo pones fácil. No cuando sigues defendiéndole y olvidándote del daño que te ha hecho. Nos has dejado tirados mil veces para largarte con él a Francia, a Scarborough y a vete tú a saber dónde. ¿Qué has ganado haciendo todo eso?

—He aprendido a vivir sin el puto reloj, a amar sin condiciones, y a ser feliz, a pesar de que el mundo sea jodidamente injusto.

—El mundo no es injusto. Es el que es y no va a cambiar solo por vosotros —replicó Avery.

—¡Que te jodan, Avery! —contestó Luke, conteniéndose para que no le oyera todo el restaurante.

—¡Luke, para! Estás hablando como él —opinó Daniella.

—Sí, parece que le ha lavado el cerebro —dijo Jacob.

—Joder, sois unos amigos pésimos. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

—Luke, por favor, él no va a volver. No tiene sentido que te pelees con nosotros —suplicó George.

—Dejadme en paz. No tenéis ni puta idea de lo que va a pasar. Marcus está… Él... Yo... Me tengo que ir —balbuceó Luke nervioso antes de largarse corriendo de la bolera.

# 30 DESASTRE antes

Luke se iba a Serpentown a pasar unos días, antes de navidad. Su maleta estaba abierta y encima de su cama mientras él elegía qué ropa llevarse. Marcus estaba tumbado observándole.

—Ni lo sueñes, Ricitos de Oro —protestó Luke al ver cómo metía en su maleta la camiseta que llevó en Halloween.

—¿No puedes llevártela y hacerme una videollamada con ella puesta? Voy a echarte mucho de menos, Lucky Luke.

—Si mi tío Bert me viera así vestido, le daría un infarto. Y aunque vaya a extrañarte infinito, paso de que nos pillen teniendo sexo a sesenta millas.

—Vaaale. Nada de *crop tops* y guarradas telefónicas.

—Buen chico —le vaciló Luke, revolviéndole el pelo—. ¿Vas a ir a entrenar luego?

—Sí, en cuanto te deje en la estación. Oye, siento que hayamos tenido que postponer la mudanza hasta el veinticuatro por mi culpa.

—No pasa nada. Me parece genial que te hayas empeñado en entrenar todas las tardes para aprender a marcar goles olímpicos.

—Me importa más que vivamos juntos —admitió Marcus, acercándose a él para besarle. Después le sonrió—. Hablando de eso, tengo algo para ti.

Marcus sacó una llave plateada del bolsillo de sus vaqueros y se la dio junto a un llavero con el escudo del Stanleyfield United. Luke se lanzó a sus brazos y su maleta acabó en el suelo, con toda la ropa esparcida. Le dio igual. No había nada más importante que el comienzo de su nueva era viviendo juntos.

Marcus llevaba varias tardes entrenando solo en Fox Park. Fabio se había puesto las pilas, y el inglés quería mejorar y seguir jugando. El jueves, antes de ir a recoger a Luke a la estación, estaba en el campo, al lado del banderín de córner, concentrado en la portería. Chutó el balón y observó cómo dibujaba un arco perfecto para después estrellarse contra la red. El delantero sonrió. Lo había conseguido. Ese era su cuarto gol olímpico de la tarde.

Cuando sacó su furgoneta del parking del estadio, miró el reloj. Todavía eran las cinco. Faltaban dos horas para que Luke regresara. Los cuatro días habían sido duros, sin sexo por videollamada, pero con infinidad de mensajes y conversaciones.

Al llegar a Westbrown paró en la mejor pastelería de la ciudad para comprarle a Luke galletas de pan de jengibre. Nada más salir de la tienda se topó con Mia. La última vez que se vieron fue en la fatídica noche de Halloween.

—¿Desde cuándo tienes espíritu navideño? —le preguntó ella divertida, al verle sujetando una caja llena de galletas de navidad.

—Solo son galletas. —Marcus sabía que no era así. Luke las adoraba. Siempre decía que la pastelería debería venderlas durante todo el año—. Y yo no soy el Grinch.

—Lo sé, ¿quieres tomar un café?

—Nunca hemos hecho eso.

—No es muy difícil. Vamos a una cafetería, pedimos, escogemos una mesa, nos sentamos y charlamos.

Marcus sonrió al ver que ya había estado antes en ese sitio. Era la misma cafetería en la que Luke y él tomaron su primer café juntos.

Mia le observó desde la mesa mientras él pedía. Sus rizos dorados seguían tan adorables como siempre y sus ojos azul océano tenían un brillo especial. Cuando regresó con los cafés, ella decidió sincerarse.

—A ver cómo te digo esto… —Empezó hablando mientras él cogía su móvil para responder a Luke—. Marcus, ¿puedes volver a la tierra?

—Sí, perdona estaba respondiendo a… un amigo.

—Ya… —Mia le quitó el móvil de la mano y lo dejó en la mesa bocabajo. Él puso cara de sorpresa, pero cuando iba a protestar, Mia le miró fijamente y le habló en bajo—. Tu amigo y tú deberíais tener más cuidado.

—Mia, ¿qué cojones dices?

—Que… Joder, Marcus. No sé cómo leches decirte esto. ¿Sabes quién es Andrew Miller?

—¡No me jodas! —protestó él en alto.

—No seas idiota. Baja la voz y cálmate.

Mia le contó que Miller se enteró de lo que pasó en Halloween. Sabía que Luke estuvo allí, y se moría por saber el motivo. Por eso la había tanteado.

—Vale, ¿qué coño sabéis Miller y tú?

—Ese tío es lo puto peor. Se cree que lo sabe todo, y en realidad, no tiene ni idea de nada. —Al oírla, Marcus sintió pánico—. El muy imbécil creía que tu amigo quedaba contigo para sacarte información del Redfox.

—¿Luke?

—Sí. A mí también me cae bien, es un buen chico, y no pienso quitarle el novio —replicó ella, guiñándole un ojo. Al ver que se ponía pálido y que empezaba a hiperventilar, Mia se acercó más a él—. Miller sospechó que había algo más cuando se enteró de vuestros disfraces. El muy cabrón está obsesionado con sacar a un futbolista del armario. En serio, odio a la gente así. Marcus, ¿estás bien?

—No, joder. ¿Cómo voy a estar bien?

—¿Me dejas que acabe de contártelo? —Él asintió—. Vuestros disfraces eran...

—Fue una puta casualidad. ¡Joder! —protestó nervioso.

—Pues estabais adorables. —Marcus agachó la cabeza avergonzado y asustado—. Miller sabe que tú y yo estuvimos juntos y también que no voy a hablarle de ti jamás.

Marcus levantó la cabeza y abrazó a Mia mientras le daba las gracias por lo que había hecho.

—¿Por qué no le has dicho la verdad?

—Le he dicho la verdad. Ya sé que todos pensáis que se me da fatal guardar secretos, por culpa del idiota de mi hermano, pero no es cierto. ¿Nos vamos? —Él asintió—. Coge las galletas, anda. Joder, me acuerdo de cuando nos conocimos en el instituto. No había un día en el que no te olvidaras algo en clase o en casa de tu abuela.

—Ya, soy un desastre —sonrió Marcus.

# 31 COSAS GAIS ahora

Luke se metió en el Volvo, temblando por la discusión y preocupado por Marcus. Le llamó para avisarle de que estaba de camino hacia Westbrown, pero saltó el contestador. Las lágrimas empezaron a inundar sus ojos mientras conducía y los limpiaparabrisas luchaban contra la lluvia. Cuando llegó, aparcó el Volvo en la calle de enfrente, junto a la furgoneta de Marcus. Buscó las llaves plateadas en su llavero del Stanleyfield United. Después entró en el apartamento, llamando a Marcus, pero él no respondió. Al principio pensó que era porque le odiaba y no quería saber nada de él, pero enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. Caminó por el pasillo y se lo encontró tirado en el suelo, junto a esa habitación, en la que hace un año dormían abrazados cada noche. A su lado había dos botellas de whisky vacías, cada una de 70 centilitros. Se acercó a él. Estaba desmayado y no respondía. Le movió, le habló, le gritó, lloró y se desesperó.

—¡MARCUS! Joder, joder... Mierda… No-no-no, ¿Qué has hecho? —chilló Luke, preso del pánico. La respuesta de Marcus fue el silencio. Un silencio contra el que luchó, suplicándole que volviera. Al ver que no respondía, le llevó hasta el baño y metió su cabeza debajo del grifo, con cuidado de no hacerle daño. Esperaba que el agua le devolviera la consciencia. No lo hizo, así que optó por el plan b, la ducha. Se metió dentro con él y abrió el agua. Marcus enseguida empezó a balbucear y a toser. Luke cerró el grifo y le sacó de allí.

—¿Luuuke? ¿Es-estás aquí? —gimió el futbolista, abriendo sus ojos azules y mirándole como si fuese un sueño.

—Claro… Tranquilo ¿vale? Voy-voy a-a prepararte un café… para que estés mejor.

—Ya he tomado uno —balbuceó.

En vez de contestarle, Luke se marchó a la cocina para poner la cafetera italiana al fuego. Desde allí escuchó los gritos de Marcus y su llanto ahogado y desgarrador. Después oyó los golpes. Se estaba liando a hostias con la pared. Luke corrió a su lado y le agarró las manos.

—Para, por favor —le suplicó.

—No puedo más. Yo-yo-yo todo lo hago mal.

Luke se agachó y le abrazó, haciendo que Marcus se sintiera de nuevo en casa. Dejó de balbucear y de reprocharse cosas a sí mismo, y se envolvió en su cálido y reconfortante abrazo. Al beberse el café, todavía notaba el sabor del whisky, pero la cafeína intentaba abrirse paso en su cuerpo. Cuando terminó, Luke le llevó a la cama.

—No te vayas, por favor —suplicó Marcus, ya cubierto con el edredón.

—Te prometo que no lo haré.

Al oírle, Marcus se quedó dormido. Luke se sentó a su lado, mirándole. No quiso ni imaginarse lo que habría pasado si no hubiera ido hasta allí. Cuando le oyó gritar en sueños le acarició el pelo. El futbolista se relajó y Luke sintió cómo a él también le vencía el cansancio. Llevaba varios días sin dormir en condiciones. Primero en el Bentley y luego en Serpentown. Se descalzó, se tumbó y sus ojos se cerraron enseguida. Esa fue la primera noche que consiguió dormir desde que todo había estallado.

Al día siguiente la alarma sonó temprano. Luke se despertó sobresaltado. Marcus gimoteó, suplicando cinco minutos más. Luke no le culpó, sabía que su resaca sería horrible. El futbolista se dio la vuelta, dispuesto a dormir más, pero se quedó despierto cuando sus ojos azules se cruzaron con los oscuros de Luke. Marcus le miró avergonzado.

—Buenos días. —La voz de Marcus sonaba muy suave, como si temiera herirle.

—Hola —saludó Luke algo cortado.

—Gracias por quedarte. Perdón por haberme portado así. ¡Joder, me va a estallar la cabeza!

—Yo quería quedarme. ¿Necesitas algo?

—Sí, gracias. ¿Me puedes alcanzar una pastilla de la mesilla de tu lado?

Luke frunció el ceño, recordando que antes Marcus nunca tomaba nada para el dolor. Aun así, accedió. Marcus se tomó la pastilla y se dio una ducha rápida. Lo cierto era que, a pesar de todo el alcohol que se había metido en el cuerpo, no había dormido mal. Cuando volvió a la habitación se encontró a Luke sentado en la cama, con la mirada perdida. Le observó y se sintió culpable y avergonzado de que hubiera ido a salvarle, pero a la vez se alegró infinitamente de que estuviera allí. Se vistió en silencio, temiendo romper el hechizo. Cuando agarró el desodorante de menta que tenía en la mesilla, Luke se quedó observando su brazo con cara de sorpresa.

—Es un tatuaje. —Marcus se sintió gilipollas por soltar una obviedad así—. Me lo hice ayer antes de... Ya sabes. Lo siento.

—Marcus, no tienes que disculparte por todo lo que hagas —dijo Luke, dejándole perplejo. Marcus asintió y él sonrió un poco.

—¿Te gusta? Digo el tatuaje.

—Me encanta. ¿Por qué lo has hecho? —preguntó Luke mientras bebía un trago de agua.

—Porque… Es una ele.

—Ya, pero ¿por qué te la has tatuado?

—Joder, Luke. ¿Me acompañas a Sandhill y te lo explico de camino?

—No sé si es buena idea. —Marcus pensó que el hechizo se había roto del todo—. No lo digo por nosotros. Sé que Miller estará allí, y no quiero estropear más las cosas.

—Ya, te entiendo. Joder, Osborn es gilipollas. No tenía que haberte echado —opinó Marcus. Luke le miró alucinado. No se lo había contado, pero él lo sabía—. Me lo dijo tu madre por teléfono.

—¿Hablas con mi madre? —preguntó Luke boquiabierto. Marcus asintió—. ¿Por qué?

—Porque quiero saber cómo estás.

—¿Y por qué no me lo preguntas a mí?

—Es-es complicado —se defendió Marcus—. Me largué de casa, y no me extrañaría que no quisieras saber nada de mí.

—Estoy aquí —le recordó Luke.

—Lo sé y me encanta, pero no me lo merezco.

—Eso no es cierto.

—¿Puedes quedarte hasta que vuelva? Prometo no tardar. —Luke asintió y Marcus se despidió de él con un tímido beso en la mejilla.

A Luke la mañana se le hizo eterna. Avisó a sus padres de que estaba en Westbrown y deambuló por la casa, como si fuera un fantasma. No parecía el mismo apartamento que

compartieron cuando empezaron a vivir juntos. Tiró las botellas vacías de whisky y también las llenas. Encontró más en el cubo del cristal y se derrumbó. Los restos de la autodestrucción de Marcus estaban delante suyo y las lágrimas volvieron a inundar sus ojos de nebulosa. Cuando su estómago rugió porque no había desayunado, Luke se acercó a la nevera y se dio cuenta de que tenía que ir al supermercado. No se puede vivir a base de *bacon* y *whisky.* Cuando regresó, colocó la compra en su sitio, hizo la cama y esperó a que Marcus volviera de su entrenamiento en Sandhill.

Marcus se inventó una excusa para librarse de la comida con sus compañeros. Mario insistió un poco, pero él no cedió. Por nada del mundo dejaría plantado a Luke. Cuando llegó no se sorprendió de que la casa volviera a estar limpia y ordenada. Conocía a Luke mejor que nadie y sabía que el desorden le daba alergia.

—¿Has hecho la compra? —preguntó sorprendido al ver la nevera llena. Luke asintió—. Gracias. No tenías que molestarte. Todavía quedaba *bacon* y...

—Marcus, no hay más alcohol ni va a haberlo.

El futbolista agachó la cabeza. Luke sabía que había pasado los últimos días sumido en el caos más absoluto.

—Vale... Está bien… Joder, ¿por qué es todo tan raro? —Los dos se quedaron mirándose sin saber qué decir. Marcus tenía razón. Habían pasado demasiadas cosas en poco tiempo y todo era distinto—. No sé ni cómo tratarte, Luke.

—Últimamente la hemos cagado mucho. El otro día te eché de mi habitación, pero no quería que te fueras. Joder, me superó todo tanto que no supe qué hacer. Cuando fuiste a buscarme, pensaba que volveríamos juntos a Northwalk. Dios, soy idiota.

—Si pudiera volver a Northwalk, lo haría ahora mismo.

—¿Por qué tenemos que ir allí? Marcus, yo quiero estar contigo. En Northwalk, en Westbrown o donde sea.

—Y yo contigo. —Los dos se sonrieron y rompieron el pequeño espacio que les separaba, fundiéndose en un abrazo.

—¿Vas a explicarme por qué llevas una ele con un corazón tatuada en el brazo?

—Porque… Luke, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y te echaba tanto de menos, que necesitaba llevarte marcado en la piel —dijo con sinceridad.

Luke le rodeó con sus brazos y acercó sus labios a los de Marcus, susurrándole que le amaba, antes de besarle. Los dos se sintieron en casa, decididos a seguir intentándolo, aunque todo estuviera en su contra. Comieron juntos y pasaron el resto de la tarde tranquilos, entre besos, risas y abrazos.

A la noche Luke preparó un pastel de carne. Los dos agradecieron comer bien, tras varios días sin hacerlo. Se fueron a la cama pronto y enseguida se quedaron dormidos abrazados. Un rato más tarde el móvil de Luke les despertó con un mensaje tras otro.

—Luke… ¿Qué pasa? —preguntó Marcus bostezando.

—Nada. Son los gilipollas de George, Daniella, Jacob y Avery — Al oírle, Marcus encendió la luz y le miró intrigado.

—Son tus amigos. ¿Cómo van a ser gilipollas?

—Después de lo de ayer, no creo que sean mis amigos. Se portaron fatal, discutimos, y ahora se mueren por saber si hemos vuelto.

—¡No me jodas! —protestó Marcus—. ¿Lo hemos dejado?

—Según ellos rompimos cuando te fuiste —recordó Luke.

—Pero…

—No lo hicimos. Ni vamos a hacerlo. —Marcus sonrió al oírle—. Vamos a dormir, anda.

—Luke, tu móvil sigue sonando —le recordó Marcus.

—Ya no —replicó Luke, silenciando el grupo de mensajes donde sus amigos no dejaban de hablar de ellos.

Unos días más tarde Marcus viajó a Manchester con el equipo, y Luke fue a Northwalk para coger algunas de sus cosas. Los dos querían estar juntos y les daba igual dónde.

El viaje hasta Manchester fue agradable. Rizik y Konstantin se alegraron de que Marcus volviera a ser el de siempre. Sentía que había salido del infierno en el que se había sumido cuando se marchó de Northwalk, pero todavía tenía miedo. No se atrevía a regresar allí y se sentía culpable de arrastrar a Luke con él a Westbrown.

El Northwalk ganó por la mínima con un golazo de Rizik, tras un pase magistral de Marcus. Ese resultado bastaba para que siguieran liderando la Premier y para que estuvieran muy cerca de ser campeones de invierno.

Las entrevistas postpartido corrían a cargo de Miller, y Marcus intentó librarse. No le apetecía tener que aguantar a ese imbécil. Sin embargo, el jefe de prensa del Northwalk le obligó a hacerlo. Cuando se puso delante del micrófono de la nueva estrella del *Sunrise*, Marcus se obligó a sí mismo a ser cauto. La recompensa era regresar a Westbrown para estar con Luke.

—Bueno, Dickinson. Hoy no has marcado —comentó Miller, con la nariz vendada y los pómulos amoratados, pero tan arrogante como siempre.

—Ya, pero he dado una asistencia. Me gusta más ayudar a mi equipo —opinó Marcus.

—Bien, bien, bien. Por cierto, ¡tienes un tatuaje nuevo!

—Lo sé.

—Vale, me quedó claro que no eres gay.

—Miller… —Marcus quiso largarse de allí. No le apetecía hablar de eso. No estaba preparado. Tenía demasiados problemas como para salir del armario después de jugar en Old Trafford. Pensó en el comunicado que escribió Luke. Ni siquiera había tenido el valor de leerlo y eso le hacía sentir muy cobarde.

—Calma, Dickinson. No tengo dudas sobre tu sexualidad, pero sí sobre tu tatuaje. A ver, déjame que lo adivine. Ele de… ¿Laura? ¿Linda? ¿Lizzie? Quizás Lindsay o Leah. Es un nombre bonito. Aunque igual es de Lisa, de Lucy o de Loreen.

—Me tengo que ir. ¿Has acabado ya tu «entrevista»?

—Si me das el nombre de tu novia… —sonrió Miller.

—A estas alturas, deberías saber que no hablo de mi vida privada.

—¿Layla? ¿Lana? ¿Lexie? ¿Lorelai? —Marcus iba a marcharse hasta que escuchó el último nombre—. ¿LIAM BARNES? He dado por hecho que el nombre es de una mujer, pero no tiene por qué ser así. Igual quieres llamar su atención de nuevo. ¿No sabes que se va a casar?

—Eh… Miller, acabas de decir que sabes que no soy gay. ¿Se te ha olvidado?

Marcus intentó disimular que estaba asustado. Odiaba tener que mentir sobre quién era. Por desgracia, estaba tan acostumbrado a hacerlo, que funcionó una vez más. Lo supo en cuanto Miller volvió a la carga, gritando un montón de nombres de mujer. El periodista deportivo más cargante de toda Inglaterra parecía una guía para padres indecisos.

A Marcus no le importó que su tatuaje fuera la estrella del partido. Desde el túnel de vestuarios todavía se escuchaba a Miller con su interminable lista de nombres empezados por la letra ele. Todos eran de mujer y Marcus sonrió. Miller tenía razón. La inicial no era de una chica, sino del chico por el que estaba deseando regresar ya a Westbrown.

Cuando llegó a casa, Luke estaba viendo otro partido de la Premier en la tele. Hasta en el siguiente encuentro hablaban de su tatuaje. Decían que todo el país estaba en vilo, debatiendo sobre quién era la afortunada, a la que el nueve de Inglaterra llevaba marcada en la piel. Al verle, Luke corrió a abrazarle y Marcus le besó con ternura.

—¿Qué tal por Manchester?

—Bien, ha sido un buen partido, aunque tú eres mucho mejor que jugar en Old Trafford —admitió Marcus sin soltarle. Luke sonrió—. Me ha entrevistado Miller.

—¡Oh, dios! ¿Por eso hablan del puto tatuaje todo el rato?

—Lo primero, el puto tatuaje es la inicial de tu nombre, capullo —le recordó Marcus, haciéndole reír—. Y lo segundo, ha sido una mierda.

Marcus le contó cómo había ido la entrevista con Miller. Luego le preguntó por el comunicado que escribió aquella noche.

—Más le vale que siga creyendo que no eres gay si no, tendrá que ir a declarar a los tribunales.

—Creo que no tiene ninguna duda —sonrió Marcus—. Mientras decía todos esos nombres, yo solo podía pensar en una cosa.

—¿En qué? —preguntó Luke con curiosidad.

—En hacer cosas jodidamente gais contigo. —Luke se echó a reír—. ¿Todavía le tienes manía al Range Rover?

—Ni te lo imaginas. —Luke le miró enfurruñado.

—Tengo una idea para que te guste.

—No vamos a hacerlo en los asientos traseros.

—No digo eso, aunque no suena mal. A ver qué te parece esto. Preparamos la maleta y nos largamos a Escocia, a pasar el finde los dos solos. —Luke sonrió. Nada más decirlo, ya le había convencido, pero Marcus siguió hablando—. El lunes no tengo entreno, estamos cerca y nos vendrá bien cambiar de aires. Además, la última vez que estuvimos allí fue en la maldita pretemporada del Redfox y no acabamos muy bien.

—Vale, pero conduzco yo. Si quieres que le coja cariño al coche…

—Todo tuyo.

—¿Sabes? Daniella me echó en cara que siempre me propones que nos larguemos lejos de todo.

—Lo hago porque quiero estar contigo —dijo Marcus.

—Lo sé y adoro tus planes improvisados. Me muero por perderme contigo y hacer todas esas cosas gais en las que pensabas cuando te entrevistaba Miller.

La mañana del 24 de diciembre, mientras todos los habitantes de Westbrown terminaban de prepararse para Nochebuena, Luke y Marcus hacían su mudanza. Hacía bastante frío, pero el delantero no tardó nada en entrar en calor a base de cargar y descargar cajas. Sudó tanto que acabó en tirantes. Una adolescente que vivía en el edificio del que Luke se estaba mudando, se quedó embobada mirándole. Luke vio desde la furgoneta cómo Marcus levantaba pasiones entre sus exvecinos. Sobre todo, cuando se subió la camiseta acalorado, provocando que a la chica se le escapara un grito de sorpresa. La madre le echó la bronca por ser tan descarada y ella se defendió, diciendo que no tenía la culpa de que ese chico rubio estuviera tan bueno.

Acabaron la mudanza a la hora de comer. Dejaron todas las cosas en el pasillo y pidieron comida mientras Luke empezaba a ordenar sus cosas.

—Marcus. ¿No sabes doblar la ropa? —preguntó Luke al abrir el armario para guardar sus camisetas, y ver que todas las suyas estaban tiradas hechas un trapo. El futbolista se encogió de hombros—. Creo que por tu culpa voy a acabar en Narnia.

—Mientras vuelvas a tiempo para ir a Serpentown…

—¿Me dejas un hueco en tu armario, Ricitos de Oro?

—Claro, Lucky Luke. —Marcus se acercó y apartó con una mano toda su ropa hacia un lado del interior del mueble, sin doblarla ni colocarla. Luke negó con la cabeza—. Me voy a la ducha. Estate atento por si viene el repartidor.

Cuando Marcus salió de la ducha con un albornoz azul, la comida todavía no había llegado. Lo normal en navidad es que todo tarde más que de costumbre.

—Viendo tu armario, no me explico cómo puedes vestirte —comentó Luke, al ver cómo se ponía unos vaqueros y una camiseta.

—Te gustaría más que fuera desnudo, lo sé.

—¿Con un grado bajo cero? —Marcus se echó a reír.

—¿Solo en verano? —bromeó mientras Luke seguía con la vista puesta en el armario y con la boca abierta—. ¿Hay un pájaro dodo ahí dentro?

—Si hubiese uno, tú ni te enterarías —dijo Luke divertido.

—Oye, ya sé que no soy muy ordenado, pero si te asustas el primer día...

—¿Muy ordenado? ¡Marcus, eres la personificación del caos!

—Nunca me habían dicho nada tan bonito. —ironizó Marcus, sujetándole la cara para besarle con ganas.

Comieron en la sala, rodeados de cajas y Luke amenazó con convertir el armario en un lugar agradable y ordenado cuando terminaran. Pero no le dio tiempo, porque a la tarde tuvieron que ir a Serpentown para la cena de Nochebuena.

Barb y Seb habían decorado la casa con un montón de adornos navideños. En la entrada había un Santa Claus gigante de peluche, luces de colores iluminando las ventanas y un árbol cargado de guirnaldas y figuritas. Marcus no había celebrado la Navidad desde que murió su abuela. Eso fue cuando él tenía diecinueve años, estaba solo y no creía en el amor.

Ahora tenía veintidós, nunca se sentía solo y estaba perdidamente enamorado desde verano.

Luke sonrió a ver las luces y Marcus se dejó invadir por el espíritu navideño. En la mesa había vino, refrescos, pudin de Yorkshire, coles de Bruselas y pasteles de carne. Todo ello estaba colocado encima de un mantel en tonos rojos y verdes. Barb contó que había sido un capricho de Luke. Cuando tenía diez años, lo vio en unos grandes almacenes y se puso pesado hasta que sus padres lo compraron. El pequeño Luke quería usarlo todo el año, pero ellos le convencieron de que sería el mantel especial de navidad. Marcus sonrió al escuchar la historia. El Luke de diez años era casi tan cabezota y adorable como el de veintidós. Y sus padres no tenían nada que ver con los Dickinson. Si Marcus hubiese hecho eso, Brendan le habría dado una paliza.

—Si queréis, puedo echaros una mano con la mudanza —se ofreció Seb.

—Gracias, Seb, pero ya está hecha —respondió Marcus.

—No tienes que dar las gracias. Estamos para ayudarnos. ¿Habéis llevado todo en un solo día?

—Sí, esta mañana. Marcus ha cargado un montón de cajas en tirantes, haciendo suspirar a una adolescente —explicó Luke divertido.

—Hacía calor. ¿Tú no suspirabas por mí desde la furgo en doble fila? —preguntó Marcus riéndose.

—Estábamos a un grado bajo cero y yo te tengo muy visto —le vaciló Luke, sacándole la lengua.

—¿Seguro que es buena idea que os vayáis a vivir juntos? —bromeó Barb.

—No sé. Me da algo de miedo eso de vivir con un obseso del orden —confesó Marcus, llevándose una colleja de Luke.

—Te entendemos, somos sus padres. Si algún día te aburres, su habitación es toda tuya —se rio Seb.

—¡No puede aburrirse de mí porque no le dejo! —replicó Luke, haciendo que Marcus se atragantara de la risa con su copa de vino—. ¡Además, él es un obseso del desorden!

Todos se rieron y Marcus se dio cuenta de que Luke tenía razón. Esa era la mejor Navidad de la historia.

Barb y Seb les dijeron que al día siguiente irían a Fox Park a verle jugar. Marcus les dio las gracias. Sus padres jamás habían ido a ver un partido suyo, y le hacía mucha ilusión que los Doyle quisieran hacerlo.

Se fueron a dormir a las doce de la noche, después de hablar de mil cosas, de tomar café y de dejar bajo el árbol los regalos para el día siguiente. Luke se quedó perplejo al ver a Marcus poner tres cajas bajo el abeto.

Cuando subieron a la habitación le preguntó a Marcus por qué había comprado regalos para todos.

—Porque soy Santa Claus. Shhh... No se lo digas a nadie —bromeó Marcus, haciéndole reír.

—Eres increíble.

—Pensaba que era un desastre —le vaciló el futbolista.

—Oh, sí, también. Eres el desastre más maravilloso del mundo. Uhm… ¿Puedo abrir mi regalo?

—Ni de coña, Lucky Luke. No es navidad

—No recordaba que Santa Claus fuese tan malhablado. Por fa, si lo abro ahora, te

prometo que mañana me hago el sorprendido y que nadie se dará cuenta.

—Mientes fatal —le recordó Marcus divertido.

—¡Jo! Es medianoche y se supone que ya es navidad, Ricitos de Oro. —Marcus negó con la cabeza.

—Eres un capullo. No vamos a abrir los regalos sin tus padres.

—Es nuestra primera navidad juntos. Venga, te prometo que solo abro el tuyo —sugirió Luke, haciendo pucheros y mirándole con cara de ángel. Al ver que Marcus volvía a negarse, Luke salió de la habitación a toda prisa y bajó corriendo y saltando de dos en dos las escaleras hasta llegar al salón. Marcus se echó a reír y fue detrás suyo—, ¡Oh, dios! El papel de regalo es precioso.

—¿Sabes que eres el ser más cabezota de la tierra? —le preguntó Marcus al verle ensimismado, frente al árbol de navidad, mirando su regalo. Ese mismo que él había envuelto con torpeza, pero con mucho amor.

—¿Más que tú? —Marcus se rio y se sentó a su lado, observando la caja que llevaba su nombre escrito, dentro de un corazón azul precioso. Luke sonrió al verle tan intrigado—. ¿Te rindes, Santa Claus?

—Un poco… ¿Qué es?

—No pienso decírtelo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Marcus confuso.

—No sé. Quería abrirlo, pero… —Marcus le interrumpió.

—No agites la caja.

—Así que es frágil —adivinó Luke sonriendo.

—Una parte sí, otra, no. —Luke dejó el paquete junto al árbol, tal y como estaba. Marcus hizo lo mismo con el suyo—. Ya sé que me he puesto un poco petardo, pero creo que podemos aguantar unas horas para abrir nuestros regalos.

—Oh, estás madurando —le vaciló Marcus.

—Ya, deberías hacer lo mismo, Ricitos de Oro. —Marcus tiró de él, tumbándole en el suelo para besarle. Cuando pararon para respirar, Luke se envolvió en su abrazo—. ¿Alguna vez te has quedado despierto esperando a Santa?

—Sí, pero no servía de mucho. Nunca me traía lo que quería.

—¿Qué solías pedir?

—Balones, botas de fútbol y camisetas de los Wanderers.

—¿Y qué te regalaban? —Luke se frenó. No quería que recordara su pasado en Stanleyfield con los Dickinson—. Perdón, no quería…

—Juguetes cutres y ropa más cutre todavía. Luke, no pasa nada. Puedes preguntarme lo que quieras, y no lo digo porque seas periodista. —Luke se rio—. De hecho, voy a confesarte algo. De todas las navidades que he celebrado, estas son mis favoritas.

—Las mías también. ¿Sabes? Si nos quedamos despiertos, Santa puede venir y traernos lo que queremos.

—Creo que Santa solo pasa una vez por cada casa, Lucky Luke y aquí ya ha estado. —Marcus señaló el árbol.

—Pero no sabemos qué ha traído porque tú me has convencido de que debemos hacer el bien y blablablá. En serio, ¿en qué leches estabas pensando para tatuarte esto? —dijo Luke, acariciando las letras del tatuaje de debajo del ombligo de Marcus.

—Eres un puto superhéroe, se supone que debes hacer el bien. Y si quieres, puedo borrarme el tatuaje.

—¡Ni de coña! —protestó Luke, antes de que unieran sus labios—. Adoro tu tatuaje, y me encanta que tu boca sepa a café y que puedas beberte un expreso por la noche y quedarte dormido.

—¿No querías que nos quedásemos despiertos? —Luke sonrió al oírle y los dos se levantaron del suelo para volver a la habitación.

—Podría estar besándote todo el día —le susurró Luke, parándose en mitad de las escaleras y acariciándole la cara.

—Deberías hacerlo.

—Lo haré.

Entraron en el cuarto de Luke comiéndose a besos, y olvidándose de que existía el mundo. Allí hicieron el amor, sintiéndose, acariciándose, arañándose y fundiéndose el uno con el otro. De madrugada se quedaron dormidos, desnudos y abrazados. En pleno solsticio de invierno mientras los copos de nieve cubrían Serpentown, en la noche más mágica del año.

Al día siguiente temprano, Barb tocó la puerta de la habitación en la que Luke y Marcus seguían abrazados, enroscados al edredón y sin nada de ropa. Cuando se despertaron, se dieron cuenta y ambos agradecieron la ocurrencia de haber cerrado bien la puerta.

—¡Ya vamos, mamá! —respondió Luke, recorriendo relajado el pecho desnudo de Marcus con las yemas de sus dedos.

—¿Queréis café? —preguntó Barb.

—Sí, por favor —respondió Marcus. Al mirar a Luke bajó la voz—. ¿Nos vestimos?

—Jo, se está tan bien. ¡Qué pereza! —protestó Luke.

—Luke, no podemos quedarnos a vivir para siempre desnudos en tu cama —le recordó Marcus, dándole un beso de esquimal.

—Vale, pero nos ponemos el pijama.

—¿Por qué?

—Porque en Navidad se desayuna en pijama y porque te he comprado uno. —Luke se puso cabezota y Marcus se echó a reír—. Así que, te lo pones y punto.

—¿Desea algo más, mi alteza? —ironizó mientras se vestía con el pijama navideño de cuadros rojos y negros que le había comprado Luke.

—Sí, un beso.

El café estaba tan delicioso que consiguió borrarles la impaciencia por abrir los regalos. En cuanto acabaron de desayunar, los cuatro se reunieron para abrirlos alrededor del árbol.

Marcus escogió para Seb un viaje a Manchester y entradas para ver el derbi contra el United. Seb se puso muy contento y le dio las gracias con un efusivo abrazo. A la madre de Luke le regaló un viaje a Londres, con estancia en uno de los spas más lujosos de la ciudad. Luke sonrió, consciente de que el chico con el armario más desastroso del mundo, era también el más detallista.

Luke abrió primero el regalo de Marcus. Al verlo se quedó maravillado. En la caja había dos cosas. Una de ellas era una libreta preciosa de color negro. En la portada había una foto de los dos juntos en Fox Park y a su lado ponía: «Lista de razones infinitas por las que amo a Luke Doyle». Dentro había un montón de fotos de los dos, acompañadas de los motivos por los que Marcus le amaba, escritos de su puño y letra. Había instantáneas de la gira del Redfox, de Halloween, de sus viajes a Scarborough, de sus visitas a Serpentown, del piso de

Luke, del apartamento de Ground Hill y de su reciente viaje a Calais. El otro regalo era una cámara de fotos para que siguieran llenando su álbum de recuerdos.

Luke le abrazó y le dio las gracias antes de entregarle una enorme caja. Marcus sonrió al volver a ver su nombre escrito en un corazón, y la abrió, intentando no romper el papel de regalo. Dentro había una camiseta de los Wanderers de la actual temporada. A la espalda llevaba su apellido junto al número nueve. El futbolista se emocionó y pensó que su regalo no podía ser más perfecto. Tardó unos segundos en descubrir que se equivocaba. Al lado había unas alas de ángel de color negro. Eran grandes y más bonitas que las que acabaron rotas en Halloween. Tenían una nota escrita por Luke: «Marcus, eres un ángel. Nunca pierdas tus alas».

Seb y Barb le regalaron a Marcus un jersey rojo, con la inicial de su nombre bordada en blanco y unos cascos para que escuchara música antes de los partidos. Luke recibió un jersey idéntico con su letra ele, y una bandolera nueva para que, según Seb, llevara su portátil cuando se escaparan a Calais. Los cuatro se rieron de la broma del padre de Luke y Marcus confirmó que esas navidades eran las más divertidas y felices que había vivido nunca.

Los dos regresaron pronto a Westbrown, a su casa llena de cajas y de recuerdos por crear. Al futbolista le tocaba concentrarse con el Redfox después de comer. A las nueve de la noche tenía el partido del *Boxing Day*. Esos días en Inglaterra son especiales porque el fútbol se junta con las reuniones familiares.

—¿Me cambias el jersey? Me gusta más el tuyo —dijo Luke cuando llegaron al apartamento. Marcus sonrió, se lo quitó y se lo dio. Debajo llevaba su nueva camiseta de los Wanderers—. Gracias. Por el jersey y por el regalo. ¿En serio hay tantas razones por las que me quieres?

—Sí, y hay espacio para que vaya escribiendo más. Creo que voy a añadir una nueva.

Luke le miró intrigado. Marcus dejó sus alas en una de las estanterías vacías del salón y buscó un boli.

*«Amo cuando Luke me besa y me abraza con un deseo infinito. Me hace sentir más conectado a él. Va mucho más allá de lo físico. Es como si nos fundiésemos en uno solo».*

## 33 SOLOS CONTRA EL MUNDO ahora

Las luces navideñas con forma de árboles y estrellas decoraban Ground Hill y el resto de las calles de Westbrown. Luke las observó mientras llegaba a casa con el coche, después de hacer la compra. Le pareció increíble que faltara menos de una semana para Nochebuena. Ni siquiera se atrevió a pensar que cuando acabaran las fiestas, llegaría el mundial. Habría sido una tortura jugar en verano en un lugar tan caluroso como Luhah, por eso sería en febrero.

Vivir en Westbrown tenía su lado bueno y su lado no tan bueno. Estaba lejos de Northwalk y Marcus tenía que madrugar más para llegar a tiempo al entrenamiento. Además, guardar su secreto, viviendo en una de las calles más concurridas de la ciudad, era complicado. Su casa de mitad del bosque de Northwalk era mucho más segura, pero Marcus todavía no había curado sus heridas y no se atrevía a volver. Temía que sus padres se hubiesen fundido el dinero y que vendieran su dirección a los tabloides. Lo único bueno era que, a pesar de todo, estaban juntos.

Cuatro días antes de Nochebuena, Luke vio un anuncio de una casa en venta en Northwalk. No estaba en mitad del bosque como la suya, pero sí en un lugar discreto y alejado. Le mandó la ubicación a Marcus y él se acercó allí después del entrenamiento. Estaba en lo alto de una colina. Al subirla con su Range Rover, a Marcus le vino a la mente el incauto Jonathan Harker, yendo a su encuentro con el conde Drácula. Esperó que lo suyo no acabara tan mal. Por dentro, la mansión era casi tan impresionante como por fuera. Mezclaba el estilo victoriano con el moderno a la perfección. Tenía una piscina olímpica, gimnasio de última generación, pistas de pádel y tenis, un jacuzzi gigante y una sala de cine. Marcus se imaginó allí con Luke mientras el agente inmobiliario divagaba sobre ofertas y escrituras. El hombre pretendía vender la casa en ese mismo instante. Marcus se negó. Comprar una casa no es como elegir un coche para que no te siga la prensa. Decidir dónde volvería a crear un hogar junto al amor de su vida, era algo que no se podía pensar a la ligera.

—¿Qué te parece? —le preguntó el de la inmobiliaria.

—Está muy bien.

—Perfecto. Llamo al dueño y me encargo del papeleo. —Marcus le interrumpió.

—Eh… No-no. La casa es genial, pero no la voy a comprar solo. Tengo que hablarlo con la… otra persona.

—Está bien, pero dile a tu novia que se dé prisa. El dueño de esta maravilla es… demasiado especial.

Marcus no le dijo nada. Si decidían comprarla, fingirían que eran amigos, como hicieron con la casa del bosque. Tampoco le sorprendió que el dueño fuese extravagante. Las figuras de ángeles y los extraños cuadros abstractos que decoraban la mansión, lo gritaban a los cuatro vientos.

Hacer una mudanza en Navidad no era muy recomendable, aunque ellos tenían experiencia porque hicieron la primera en esas fechas. Marcus necesitaba pasar media hora

más en la cama abrazado a Luke todos los días, en vez de conduciendo hasta Sandhill. Cuando llegó a casa, Luke estaba hablando con sus padres por teléfono, con el altavoz puesto mientras se pintaba las uñas de negro.

—No mamá. Todavía no sé qué hacer en navidad.

—Hijo, queda menos de una semana.

—Lo sé y estaría bien que no me agobiaras.

—Yo no te quiero agobiar —se defendió Barb.

Marcus sintió que eso era culpa suya. Si no se hubiera largado de Northwalk, no tendrían dudas de que pasarían las navidades en Serpentown. Pero no podía volver atrás. No cuando sentía pánico solo con oír hablar de esa casa que hasta hace nada era su hogar. El futbolista fue a buscar un bolígrafo y un papel para escribirle.

*«Luke, quiero que cenemos con tus padres en Nochebuena y que, vuelvas a hacerme el amor, tapándome la boca para que no grite tu nombre. Te prometo que iré donde te dé la gana. Ahora y siempre.*

*Oye, la jodida mansión del Conde Drácula no está nada mal».*

Marcus le mostró la nota y al leerla, a Luke se le escapó un grito de sorpresa.

—Mamá, Marcus dice que el año pasado fue genial y que le encantaría repetirlo.

—¡Qué alegría! Tu padre se va a poner como loco por poder cocinar su pastel de carne. Igual podemos decorar el árbol los cuatro juntos. —Barb soñó despierta y Marcus sonrió.

—¿Ya nos vais a explotar? —bromeó Luke más relajado y haciéndola reír. Tras charlar un poco más, se despidió de su madre y miró a Marcus—. ¿Te ha gustado la casa?

—Es rara de la hostia y tiene demasiadas habitaciones y cosas que no necesitamos.

—No pasa nada. Podemos buscar otra. Una chica del *Sunrise* ha compartido el anuncio en el grupo de wasap, el dueño es su tío. Por cierto, debería salir de ese grupo. Ya no soy periodista. —Marcus frunció el ceño y se sentó a su lado en el sofá, mirándole y entrelazando sus manos con las suyas, manchándose con el esmalte.

—Luke, siempre serás periodista, y no entiendo por qué no te pintabas las uñas nunca.

—Es fácil. Si me presentara así en la redacción, Osborn me echaría la bronca y muchos de mis compañeros se reirían de mí. Ya sabes, el mundo es una mierda —explicó Luke apenado mientras limpiaba con quitaesmalte la mano de Marcus—. Bueno, supongo que jamás volveré a escribir en el *Sunrise*. Ya sé que no es el único periódico de Inglaterra, pero ni siquiera tengo trabajo y joder… No te tenía que haber pedido que fueras a ver esa mansión.

—Ya, el mundo es un asco, pero nosotros estamos juntos. Antes, mientras el de la inmobiliaria hablaba sin parar, te he imaginado sentado en la mecedora que hay junto a una de las estatuas de ángeles, leyendo y tomando café y yo… No he tenido ninguna duda de que quiero vivir allí contigo.

—¿Hay estatuas? —preguntó Luke boquiabierto.

—Ajá. Y pista de tenis, de pádel, un jacuzzi en el que me encantaría besarte y un gimnasio que no pienso pisar.

—Marcus, ahora no tengo trabajo. Miller dijo que iba a joder mi carrera y creo que Osborn le está ayudando. Nadie quiere contratarme. No puedo comprarme una mansión

contigo. —Al oírle, el futbolista se encogió de hombros.

—No me importa. No estoy contigo porque trabajaras en el puto *Sunrise*. De hecho, cuando te contrataron, me dejaste tirado en Backtown —rememoró Marcus.

—Eres un rencoroso. ¿Es lo único que recuerdas de aquella noche?

—No. También recuerdo tu: «dios, soy imbécil, pero te quiero».

—Y yo tu: «yo más» —añadió Luke sonriendo.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Nos queremos y podemos comprarnos esa casa y ser felices en ella. Nos lo merecemos, Luke. Será de los dos, igual que esa que no me atrevo a pisar por ser un cobarde.

—Marcus, no eres un cobarde. Es normal que tengas miedo. Joder, tus padres son lo peor. —El futbolista le abrazó. Sabía que Luke era el único capaz de entenderle, amarle y salvarle hasta de los malditos Dickinson.

—Me gustaría dejar de tener miedo.

El 23 de diciembre hacía demasiado frío en Northwalk como para hacer una mudanza en tirantes, pero no era un mal día para firmar la compra de una mansión. El entrenamiento se alargó más de la cuenta. En el *Boxing Day* jugarían contra el poderoso Manchester City, y Mario quería que sus chicos estuvieran preparados. Por eso, entrenaron hasta la tarde, y merendaron todos juntos en el enorme comedor de Sandhill.

Mientras Marcus ensayaba los saques de esquina, Luke estaba en la casa de Northwalk, embalando sus pertenencias. Cada caja que cerraba, quedaba perfectamente etiquetada con su nombre o con el del futbolista, junto a una cara sonriente o un corazón dibujado. Hasta para un maniático del orden como Luke, esa tarea resultaba demasiado aburrida. Sonrió cuando sacó del cajón de su escritorio la libreta que le regaló Marcus la primera navidad que pasaron juntos y no pudo evitar sentarse en la cama a leerla. La abrió por una página al azar.

*«Amo que Luke sea tan ordenado. Me parece increíble que se haya enamorado de mí porque yo soy un desastre y mi armario, más. Me encanta ser su caos y que él sea mi equilibrio».*

Luke sonrió al leer la frase y miró el reloj. Casi eran las cuatro y tenía hambre. Buscó comida y encontró una bolsa de nubes y un mechero, para tostarlas como le había enseñado Marcus. Derretidas sabían mucho mejor. Cuando se cansó de sentirse un *Boy Scout*, se subió al Volvo. Había quedado con Marcus a las cinco en la mansión. Allí se encontrarían con la chica de la notaría, el agente inmobiliario y el peculiar propietario para firmar los papeles. Mientras conducía hasta allí, llamó a Marcus por teléfono.

—Hola —saludó el futbolista, guardando a toda velocidad sus cosas en la mochila, antes de salir corriendo hacia el parking de Sandhill.

—Hola, ya estoy de camino.

—Yo… Joder, Luke, voy a llegar tarde. Mario ha alargado el entrenamiento. Como perdamos contra el City, nos mata.

—¿Sabes lo que significa eso, Ricitos de Oro? —preguntó Luke emocionado.

—Sí, que por fin cree que podemos ganar la Premier.

—Yo también lo creo, y no te preocupes, si hace falta jugaré al tenis con los que nos van a vender la casa hasta que llegues. —Marcus se rio.

—Pobrecitos, con lo competitivo que eres, Lucky Luke.

—No tardes mucho, bobo.

Cuando Marcus hizo el stop de la salida de Sandhill con su Range Rover, tan solo faltaban diez minutos para la cita en su futura mansión. Llegaba tarde y no le hacía gracia que pensaran que era uno de esos famosos adictos a hacer esperar a todo el mundo. Él no era así. Para colmo, en la autopista dos coches habían tenido un accidente y el atasco era monumental. Marcus se resignó. No podía hacer nada. Así que, le dio un sorbo a uno de los cafés que había comprado en Sandhill. El otro era un capuchino para Luke. El sabor del expreso hizo que se sintiera algo mejor. Entonces recordó que había un desvío libre de atascos: La carretera S19. No era gran cosa y tenía partes sin asfaltar, pero no le importaba. Quería llegar ya a la casa y firmar los papeles. Cuando los coches avanzaron, Marcus condujo hacia el desvío a toda velocidad. A la entrada había un control policial, que no vio por ir demasiado rápido. El Range Rover se llevó por delante la valla y el bolardo, ante la mirada de sorpresa del agente de policía. Nada más hacerlo, frenó de golpe, metiendo un ruido ensordecedor y haciendo que se derramara todo el expreso encima de su sudadera blanca.

—¡Joder! ¿Pero, qué cojones…? —gritó Marcus asustado por la que acababa de liar mientras el policía se le acercaba con cara de pocos amigos.

—¡Ah, señor Dickinson! Buenas tardes, por decir algo. ¿Se puede saber qué hace? —dijo el agente mirándole con desaprobación, cuando Marcus abrió la ventanilla del coche para disculparse.

—Yo… Lo siento, no lo he visto.

—Deme su documentación —replicó el policía sin tragarse sus disculpas y frunciendo el ceño. Marcus estaba empapado de café y su coche apestaba a alcohol.

El delantero se llevó las manos a la cara cuando se dio cuenta de lo que pasaba. Las botellas del maletero, esas que compró cuando se marchó de casa, se habían roto por culpa del frenazo. Cuando fueron a Escocia le prometió a Luke que las tiraría, pero se le había olvidado y ahora sabía que su despiste le costaría caro.

—Creo que se ha roto algo en el maletero. No es nada —se justificó mientras le daba los papeles del coche. Enseguida vio que con ese tipo daba igual lo que dijera. Ni siquiera le estaba escuchando.

—No le he pedido su opinión, Dickinson. Abra el dichoso maletero —replicó el agente con autoridad, sin apenas mirar la documentación. Le interesaba más el maletero y fue directo hacia él, en cuanto el futbolista lo abrió. Al ver que tardaba mucho, Marcus le preguntó si había algún problema. Al instante escuchó la risa del agente—. ¿Algún problema? Se ha saltado un control policial a toda velocidad y en un estado lamentable.

—¿Cómo que en un estado lamentable? —preguntó sorprendido. El agente se acercó a la ventanilla con una botella de whisky abierta y otra de tequila, que acababa de sacar del maletero. Se las mostró con chulería.

—Vale, sí, puede que tenga el maletero lleno de alcohol.

—Lo tiene.

—Sí, pero no he bebido nada.

—¿Le llaman *Party* Dickinson porque no bebe? —ironizó el agente en alto desde la parte trasera del coche. Marcus le dijo que no y escuchó cómo rebuscaba entre las bolsas. Unos segundos después, el tipo volvió a su lado con una lata redonda con un rayo dibujado—.

¡Señor Dickinson, es usted una caja de sorpresas! Tequila, whisky, ginebra y ahora bolsitas de nicotina. Lo peor es que se ha topado con el tipo equivocado. Yo no voy a dejar pasar esto porque sea famoso.

—No quiero que deje pasar nada. Pagaré la multa —se ofreció Marcus.

—¡Como que esto se arregla con dinero! Salga del coche ahora mismo.

El móvil de Marcus empezó a sonar y él alargó el brazo para contestar, en vez de seguir las indicaciones del agente. Su gesto solo sirvió para cabrearle más, tanto que le arrancó el teléfono de la mano, sin que Marcus pudiera explicarle a Luke lo que estaba pasando.

—Por favor, deje que responda. Es importante.

—Yo decido lo que es importante y eso no lo es.

—Por favor —suplicó Marcus de nuevo.

—Se acabó. ¡Bájese del coche ya!

—Oiga, no he hecho nada malo. Sé que es raro que tenga el maletero lleno de alcohol, pero le aseguro que no he bebido. Hágame un test de alcoholemia.

—Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer, maldito niñato. ¡SAL DEL COCHE! —bramó el policía insultándole y tuteándole con desprecio mientras se le hinchaba la vena de su musculoso cuello. Marcus se dio cuenta y pensó que quizás debía callarse, pero no lo hizo.

—Oiga, yo no le he faltado al respeto.

—¡Solo faltaría! —replicó el tipo.

—Bueno, usted tampoco tiene derecho a insultarme.

—Baja del coche con las manos en alto. ¡YA! —chilló el policía. Marcus le hizo caso. Se quitó el cinturón y salió del coche, como le había dicho.

—¿Puedo volver ya? —balbuceó Marcus, un rato después. Tenía el abrigo dentro y se estaba helando de frío.

—¡No! —gritó el agente mientras miraba la guantera, en busca de algo más fuerte que el alcohol o el *snus*—. No me extraña que no hayas visto el control. Tu coche y tú apestáis a alcohol.

—Pero no he bebido.

—¿Tú te crees que yo soy tonto?

—No lo sé. No le conozco de nada —replicó Marcus.

El policía le miró chasqueando la lengua con desaprobación, para después empujar la cabeza de Marcus contra el capó blanco del Range Rover.

—Soy el agente Gibson, tu peor pesadilla.

—Pero… ¿QUÉ COJONES HACE? —gritó Marcus aterrado y enfadado.

El agente presionó su cabeza con más fuerza contra la fría carrocería del coche, hasta que vio a su compañero de patrulla, mirándole con cara de póquer. Era más joven que él, pero parecía más razonable. Lo cual no era muy difícil.

—Gibson, ¿qué diablos haces? —le preguntó el agente recién llegado.

—¿A ti que te parece, Collins? Mi puto trabajo. Anda, haz algo y llévate todo eso—dijo el tipo mostrándole el botín.

—No puedes detenerle por esto —le espetó su compañero.

—¡No seas ingenuo, Collins! Apesta a alcohol, lleva *snus*, y ya te sabes lo de la resistencia a la autoridad y ese rollo.

—¿Cómo que detenerme? —gritó Marcus, sintiendo cómo su mundo se derrumbaba—. No he bebido alcohol.

El agente Gibson volvió al coche y regresó con los dos vasos de café con el logo de los *wildcats*. Los mostró orgulloso y convencido de que eran un escocés o un irlandés con el helado ya derretido.

—Entonces ¿cómo explicas esto?

—Son dos cafés de la ciudad deportiva del Northwalk, joder. Los he comprado antes de salir del entrenamiento.

—El *snus*, ¿también? Da igual, no respondas. Marcus Dickinson, te informo de que estás detenido. Por saltarte un control ebrio, por resistencia a la autoridad y por conducción temeraria e imprudente. Esta zona es de 60 millas por hora y tú conducías a más de 80.

Marcus se quedó sin palabras y el agente Gibson le empujó y le agarró las manos con brío para esposarle.

En aquel coche de policía tan pequeño como deprimente, Marcus se echó a llorar. Era la peor pesadilla que había tenido en su vida, solo que esta vez, estaba despierto. Lo peor de todo era que no tenía forma de avisar a Luke. El agente había metido su móvil junto al alcohol y la cajita de *snus*, como si fuesen las pruebas de un asesinato. Para colmo, le dolía todo el cuerpo por los empujones de Gibson.

—¿Te das cuenta de que acabas de detener a una estrella de la Premier? —le preguntó el agente Collins a su compañero mientras conducía.

—La ley es igual para todos —replicó Gibson orgulloso—. Además, para ser futbolista, llora demasiado.

Marcus le oyó, pero no dijo nada. No entendía qué hacía allí. Él debería estar con Luke, firmando los papeles de esa casa en la que serían felices. No en un coche de policía, llegando a la comisaría de Northwalk esposado y magullado.

Los agentes aparcaron el coche en la zona de empleados y llevaron a Marcus hacia el cuartel. Gibson estaba tan orgulloso de su trabajo que mostró al detenido a todos sus compañeros, comparándolo con un trofeo. Collins le pidió que parase y se llevó al futbolista a una zona más tranquila de la comisaría. Allí le sentaron en una silla incómoda y le leyeron sus derechos, lejos de Gibson. Podía hacer una sola llamada.

Luke respondió enseguida, desde su Volvo aparcado frente a la mansión. Marcus le explicó dónde estaba. En la comisaría, detenido y asustado. Ni siquiera pudo contarle lo que había pasado, pero el «todo va a salir bien» de Luke, le hizo sentir mejor.

Tras recibir la llamada de Luke, el abogado llegó enseguida. Marcus le contó todo lo que había pasado y Rule le pidió que no declarase. Le costó más que a Luke eso de estar callado, pero lo consiguió. No tenía fuerzas ni para defenderse. Le hicieron un control antidroga y otro de alcohol. Dio negativo en ambos y Rule le prometió que todo acabaría pronto.

Luke condujo hasta la comisaría de Northwalk con su emisora favorita de fondo, una de Newcastle en la que hablaban de deporte. De repente, una noticia de última hora interrumpió el debate sobre los fichajes del mercado de invierno. La locutora explicó que el nueve del Northwalk estaba detenido por conducir ebrio, por excederse del límite de velocidad y por resistencia a la autoridad.

Luke sabía que lo del alcohol no era cierto. Marcus jamás conduciría borracho, pero no entendía qué había pasado. De repente, el avisador de cambio de carril del Volvo empezó a pitar de forma insistente y Luke volvió a la realidad. Decidió parar en un parque situado a tres millas de la comisaría. Allí, se obligó a sí mimo a respirar sin hiperventilar. Quitó la

radio tras escuchar la descripción del alcohol y el *snus* que Marcus llevaba en el maletero de su coche. Luke estaba desconcertado y no entendía nada. Tenía de masiadas preguntas: «¿Desde cuándo toma *snus*? ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué no tiró el alcohol cuando prometió hacerlo? ¿Por qué no confía en mí?». Era incapaz de responder ninguna. Sabía que muchos futbolistas usaban esas bolsitas de nicotina para concentrarse en los partidos y que, incluso la Premier había advertido sobre lo peligrosas que eran. Lo que no sabía era que su novio era uno de esos jugadores. Luke también recordó su breve, divertida y romántica escapada a Escocia. Entonces vio las botellas de alcohol en el maletero y Marcus le prometió que las tiraría.

El periodista volvió a arrancar el coche. Necesitaba verle y saber que estaba bien. Cuando llegó a la comisaría observó que el edificio estaba rodeado por la prensa. Todo el país estaba pendiente de la detención del delantero de la selección. Luke no sabía si estaba más nervioso por todo lo que había pasado o por no tener ni idea de cómo iban a poder verse, rodeados de cámaras y periodistas. De repente, le llegó un mensaje de Aron Rule con la respuesta. El abogado se comprometió a acercar a Marcus a la gasolinera. Esa que estaba abandonada, a cinco millas de la comisaría y que los dos conocían de la detención anterior. Luke se alegró de que Rule fuera tan resolutivo. Él estaba tan nervioso que no podía pensar con claridad.

Tras veinte minutos esperando en el parking de la desierta gasolinera, un coche negro entró derrapando. En cuanto frenó, Marcus se bajó y echó a correr hacia el Volvo. Nada más entrar, abrazó a Luke. Él le acarició las mejillas y rompió a llorar.

—Lo siento. Luke, por favor no llores —suplicó Marcus acariciándole el pelo mientras las lágrimas inundaban también sus ojos azul océano—. Perdóname, por favor. Siento haberte dejado tirado con lo de la casa.

—Marcus, hay cosas más importantes que esa —opinó Luke, mirándole cuando se separaron. La cara de Marcus estaba roja, sus ojos se habían hinchado de tanto llorar, y se sentía tan dolorido como cansado.

—¿Prefieres que nos quedemos en Westbrown? —preguntó Marcus confuso. Luke negó con la cabeza—. Entonces… ¿Quieres que volvamos a Northwalk? Porque sabes que no puedo hacerlo.

—No te estoy pidiendo eso.

—Vale. ¿Podemos irnos de aquí? La comisaría estaba llena de periodistas. No quiero que nos encuentren.

Luke asintió y arrancó el coche. Durante el trayecto solo hablaron cuando Marcus le pidió permiso para abrir la ventanilla. Hacía frío, pero la cabeza le dolía horrores y necesitaba que le diera el aire.

Cuando llegaron al número siete de Ground Hill, Luke metió el Volvo en el garaje, al lado del hueco que solía ocupar el Range Rover. Observó ese espacio vacío y pensó en el coche nuevo de Marcus. Había dejado de odiarlo, convencido de que nada había cambiado, pero ahora sabía que jamás estaría en otro garaje que no fuera ese. Intentó borrar el pensamiento de su mente, pero todo había cambiado y ninguno podía negarlo.

Fueron a la sala y se sentaron en el mismo sofá en el que Luke le dijo que le quería por primera vez.

—¿Por qué no me contaste lo del *snus* ni tiraste el alcohol? — preguntó Luke decepcionado.

—Se me olvidó que las botellas estaban en el maletero. No lo hice a posta. Luke, te prometo que no he bebido nada.

—Lo sé.

—Y lo otro… Cuando viniste a buscarme aquella noche y te quedaste, pensé que, si te lo contaba, tú te irías.

—Marcus, fuiste tú el que se marchó de casa.

—Ya, pero pensaba que me entendías y que sabías por qué lo hice.

—Lo sé y te entiendo mejor que nadie. Marcus, yo te lo cuento todo. Quiero compartir mi vida entera contigo, pero… Joder. Tú tú piensas que voy a juzgarte, y-y no es así. Ni siquiera confías en mí.

Marcus se tocó el pelo, lo hacía siempre que estaba nervioso. Confiaba en Luke, como jamás había confiado en nadie, pero no soportaba hacerle daño. Y cuando le contaba sus problemas, sentía que era justo lo que hacía.

—El *snus* me lo dio Juul y solo lo he usado dos veces. La última fue en Old Trafford. Luke, te prometo que desde que viniste no he probado una gota de alcohol —se sinceró Marcus.

—Te creo, pero podías habérmelo contado cuando volviste de Manchester y me propusiste que nos largáramos a Escocia.

—Esa tarde solo quería que nos perdiéramos juntos y que entendieras que nada había cambiado.

—Marcus, todo ha cambiado. Tú te marchaste de casa, yo pegué a Miller, vine a Westbrown… Nada es igual que hace unas semanas. No-no tengo trabajo ni amigos. Lo he he perdido todo. —Al oírle le dijo que no era cierto, pero Luke sabía que sí lo era—. Mi vida es patética. Me despierto y me encanta desayunar contigo. Luego tú te vas a entrenar y yo-yo después de llorar, me obligo a ser responsable. Hago las cosas de casa y voy al maldito supermercado. Antes iba al de siempre, pero el otro día me encontré con Mia. Hablamos un poco y me dijo que llevaba tiempo sin verme por Westbrown. —Marcus quiso interrumpirle, pero Luke siguió hablando—. Yo… No supe qué contestar. Sabes que se me da fatal mentir, y desde entonces… No hablo con nadie y-y hago la compra a quince millas de aquí. Soy-soy patético y estoy solo.

—Luke, no eres nada de eso y me tienes a mí. Además, Mia sabe lo nuestro. —Marcus entrelazó sus manos con las suyas y Luke le miró sorprendido y con la cara llena de lágrimas—. No va a contar nada. De hecho, mintió a Miller por nosotros. No te preocupes.

—Y tú no me lo contaste. ¿Cómo quieres que no me preocupe? Nunca me dices lo que te pasa, y… Joder, no necesitas nada para jugar al fútbol. ¿Cuándo vas a darte cuenta de lo bueno que eres? ¿Cuándo vas a dejar de destruirte a ti mismo? ¿Cuándo vas a entender que estoy aquí y que puedes confiar en mí? Marcus, yo quiero que estés bien, quiero ayudarte, pero no sé cómo hacerlo. En serio… Todo es jodidamente difícil si tú te vas cada vez que algo sale mal.

—No quiero cargarte con mis problemas, Luke.

—¡Es que yo quiero cargar con ellos, joder! Marcus, cuando me pediste que saliera contigo y te dije que sí, sabía que viviríamos momentos maravillosos y momentos malos. Porque la vida no es de color rosa. Tú lo sabes mejor que nadie. —Marcus asintió. Todo era demasiado complicado—. Quiero que nos riamos juntos, que nos besemos hasta que salga el sol y que al día siguiente nos pesen los párpados. Quiero todo eso, pero también quiero que me cuentes cuando estás mal. Quiero ser tu lugar seguro, como tú eres el mío.

—Luke, eres mi lugar seguro —replicó Marcus.

—Si lo fuera, no huirías de mí ni me ocultarías lo que te pasa.

—Sí lo eres, pero… Sabes que me cuesta decir las cosas y y que no me entiendo ni yo.

—Sé que cuando te pasa algo puedes portarte como un capullo, largarte o quedarte en silencio. Y… cuando pasa eso, yo te doy espacio y espero a que vengas a contarme lo que te hace daño. ¿Por qué has dejado de hacerlo? ¿Por qué querías que nos compráramos una mansión juntos si no confías en mí? —preguntó Luke.

—Porque quiero pasar toda mi vida contigo, pero no soporto que lo pases mal. Yo-yo-yo, joder, me encantaría ser como tú y poder contarte las cosas, sin darle vueltas a todo. Pero no sé hacerlo, Luke.

—Créeme, no te gustaría ser como yo. Me odio a mí mismo por ser tan frágil y dependiente.

—No lo eres. Y no deberías odiarte. Eres…

—El gilipollas que te cuenta todo lo que le pasa.

—Quiero saber todo lo que te pasa, quiero ayudarte, que estés bien y que seas feliz —replicó Marcus, soltándole la mano para secarse las lágrimas.

—No soy feliz.

—Puedo arreglarlo. —La voz de Marcus sonaba temblorosa—. Dime el número del dueño de la mansión. Le llamaré, me disculparé y quedaremos otro día para firmar los papeles.

—No.

—Luke, por favor. Allí-allí podemos empezar de cero, crear un hogar y volver a ser felices.

—El dueño de la casa no quiere ni vernos, Marcus. Le he entretenido durante dos horas, hablándole de mil gilipolleces y cuando se ha hartado, me ha mandado a la mierda.

—Luke, me han detenido. Yo quería llegar a tiempo. Quería que viviéramos rodeados de libros y de estatuas de ángeles. —Al mirar a Luke, Marcus supo exactamente lo que estaba pensando—. Joder. Crees que el policía que me ha esposado y ha golpeado mi cabeza contra el puto coche, tiene razón.

—No, joder. ¿Cómo voy a pensar eso?

—¿Acaso no crees que si no hubiese tenido eso en el maletero me habría dejado marchar?

—Puede que sí. No-no-no lo sé. Pero ese tío no tenía derecho a detenerte ni a tratarte así. Y odio que lo haya hecho. No soporto que sufras ni que te hagan daño.

—¿Seguro que no puedo llamar al de la mansión?

—No puedes, y hay cosas más importantes que esa —replicó Luke, sujetándose la cabeza con las manos.

—No sé qué puede haber más importante que nuestra felicidad.

—No podemos ser felices sin confiar el uno el otro.

—Eres la única persona en la que confío.

—Si eso es verdad, ¿por qué no te quedas conmigo cuando las cosas se van a la mierda? ¿Por qué ya no somos tú y yo solos contra el mundo? ¿Cuándo hostias hemos dejado de serlo?

Marcus se quedó en silencio hasta que tuvo valor para hablar.

—Son las cosas las que han cambiado. No nosotros, Luke.

—Pero no hemos sabido afrontarlas.

—Podemos aprender. Yo quiero cambiar —dijo Marcus con los ojos brillantes por culpa de las lágrimas.

—Marcus, yo no quiero que cambies. Te amo tal y como eres. Adoro que seas desordenado, impulsivo y cabezota. Amo hasta tus defectos. Pero-pero… ¿Te acuerdas de cuando vine aquí aquella noche y hablamos al día siguiente? —Marcus le dijo que sí—. Me confesaste que no sabías cómo tratarme. Ahora soy yo el que no sabe.

—Luke, sigo siendo el mismo de hace unas horas. El mismo con el que te ibas a mudar a una mansión, el mismo que no puede vivir sin ti. Porque yo también te amo sin condiciones.

—Sé que me amas, pero cuando pasa algo malo, me alejas de tu lado. Y ya no tengo fuerzas para intentar atraerte hacia mí, como si fuera un maldito satélite.

—Así que… ¿Ya está? —balbuceó Marcus, mirándole derrotado y con la cara llena de lágrimas—. Todo se acaba porque no soy suficiente…

—¡No, joder! Sí eres suficiente, lo eres todo para mí. Eres maravilloso, pero nunca te das cuenta. Te encierras en tu mundo y cuando lo haces, no lo soporto. He tardado en verlo, pero lo he hecho. Soy yo el que no es suficiente para ti. No soy capaz de hacer que te veas como eres, ni siquiera soy tu hogar. En cambio, tú me haces sentir siempre que estoy en casa, da igual donde estemos. Pero yo no consigo lo mismo contigo.

—Luke, sí lo haces. Siempre lo haces.

—Marcus, yo contigo soy valiente, yo mismo y no tengo miedo a nada. Me haces sentir tan bien y tan seguro, que pienso que no me lo merezco. Porque sé que, por mucho que me esfuerce, no consigo que tú te sientas así.

—Luke, para, por favor —suplicó Marcus—. Eso no no-no es cierto.

—Marcus, sí lo es. Yo… —A Luke le costaba un mundo hablar. Sentía que el problema era él y no tenía ni idea de cómo solucionarlo—. Siento haberte culpado de que te largaras de casa. No tenías motivos para quedarte allí.

—Sí los tenía. Joder, Luke. Tú eres mi por qué para todo.

—Lo sé, pero no es suficiente.

Luke le acarició las mejillas y le miró con los ojos inundados en lágrimas. Marcus estaba igual. A los dos les encantaría que no fuera cierto, que nada hubiera cambiado, pero ya nada como antes. Cuando Marcus dejó atrás su casa de Northwalk, dejó también su café de la mañana junto a Luke, las alarmas pospuestas para que siguieran besándose, sus charlas interminables, los cálidos abrazos, las bromas que solo entendían ellos, los Lucky Luke, los Ricitos de Oro, sus te quieros infinitos, las ganas de comerse el mundo juntos y sus sueños. Todo se quedó en su casa de mitad del bosque, aquella noche en la que los Dickinson volvieron. Parecía que todo había vuelto cuando Luke fue a Westbrown, pero solo era un espejismo. Esta vez, los dos estaban al borde del precipicio y ninguno sabía cómo dar un paso atrás para no caerse.

Se quedaron en silencio unos segundos, mirándose. Como si necesitaran memorizarse el uno al otro. Realmente lo necesitaban. Ambos sabían que todo había terminado. No tenían fuerzas para negarlo ni para cambiarlo.

—Aunque la haya cagado mil veces, aunque me haya perdido y ya no sepa quién soy, hay una cosa que jamás cambiará. Nunca dejaré de amarte, Luke —dijo Marcus mirándole a los ojos de color nebulosa que, igual que los suyos, estaban rojos y brillantes por las lágrimas.

—Yo a ti tampoco.

CONTINUARÁ ♡


OFFSIDE

# Acerca del autor

## Tania Albeira Rodriguez



Nació en Bizkaia y se crió en Santurce. Estudió periodismo y acabó en Madrid, especializándose en información deportiva. Ahora reside en Vitoria con su pareja, y acaba de terminar un grado de Paisajismo.

Ha trabajado en sitios tan distintos como una librería, una tienda de disfraces, un periódico deportivo, un campo de fútbol o una copistería. También ha arbitrado partidos de fútbol, señalando algún que otro fuera de juego.

Se pasa los fines de semana viendo F1 y partidos de fútbol, sobre todo de la Premier League inglesa y la Championship. El resto del tiempo está leyendo, escribiendo, escuchando música o jugando con sus perros y gatos. No sabe aburrirse y nunca para quieta. Empezó a escribir cuando era pequeña, era la única forma de que estuviera sentada. Le gusta leer antes de dormir, tomar un té mientras escribe y perderse en las historias y los personajes de los libros.